

UNA
FILOSOFIA
DEL
INSTANTE

LUIS ABAD CARRETERO

19.72
1161 f

EL COLEGIO DE MÉXICO

La Editorial Flammarion de París publicará próximamente
la traducción francesa de esta obra.

UNA FILOSOFÍA DEL INSTANTE

1^a edición, 1954

Derechos reservados conforme a la ley
Copyright by Luis Abad Carretero

Printed and made in Mexico
Impreso y hecho en México para
El COLEGIO DE MÉXICO
Durango 93, México 7, D. F.
por
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

LUIS ABAD CARRETERO

*UNA FILOSOFIA
DEL
INSTANTE*

EL COLEGIO DE MÉXICO

**A MI MADRE
Y A MI ESPOSA**

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	IX
--------------------	----

Primera Parte

CAPÍTULO I

AMBICIÓN Y ÉXITO

1. El sentido del éxito	3
2. Éxito y muerte	6
3. Éxito y presente	8
4. Presencia, ausencia y éxito	10

CAPÍTULO II

ETERNIDAD E INFINITUD

1. El concepto de eternidad	15
2. El concepto de infinitud	18
3. Las fuerzas de que dispone el hombre para ir hacia el futuro	26
4. La negación del infinito según Consentino	30
5. La afirmación del infinito en Dunne	32
6. Lo eterno fuera y dentro de nosotros	33

CAPÍTULO III

LOS RITMOS TEMPORALES

1. Tres presentes diferentes y tres ritmos distintos del tiempo	37
2. Consecuencias de la existencia de los tres presentes	40
3. El tiempo social o colectivo	43
4. La interacción de los tres tiempos	47
5. La rebelión contra el ritmo colectivo	52

CAPÍTULO IV

¿ES POSIBLE UNA FILOSOFÍA DEL INSTANTE?

1. Sensación, percepción y vibración	61
2. El método de observación	63
3. Estudio del momento de presente	65
4. Las dimensiones del presente	76
5. El pasado y el futuro vistos desde el presente	86
6. La noción de cambio en el instante	99
7. La memoria y el instante de presente	101
8. La verdad, la atención y el instante	107
9. Instante y voluntad	118
10. La muerte como motor inmóvil	123
11. El dominio de la voluntad	129
12. Querer y ser	132
13. Vida y determinismo	143
14. Cuerpo y alma	147
15. Decisión, cópula y ser	156

Segunda Parte

CAPÍTULO V

1. Consideraciones acerca de las fuerzas psíquicas	163
2. El impulso afectivo	168
3. El temperamento	171

CAPÍTULO VI

1. La intuición	175
2. La inducción	179

CAPÍTULO VII

EL SONAR COMO FUENTE DE LA ACCIÓN

1. El ensueño como fuerza	185
2. Ensueño y fantasía	187
3. Ensueño y profecía	190
4. Ensueño y poesía	192
5. El ensueño según Bergson	195
6. El ensueño para Dunne	197
7. Ensueño y futuro	200

INDICE GENERAL

ix

CAPÍTULO VIII

LA AFIRMACIÓN DE LA ESPERANZA

1. La negación de la esperanza en Sartre	204
2. Esperanza y desesperación	207
3. Paciencia, resignación y arrepentimiento	209
4. Esperanza y fe	212
5. El saber esperar	213
6. Dos sistemas vitales: optimismo y pesimismo	216

CAPÍTULO IX

LA FUERZA DE LA VOCACIÓN

1. Qué es la vocación	219
2. Factores psicológicos de la vocación	224

CAPÍTULO X

VICIO Y TIEMPO

1. El vicio como fuerza	229
2. El vicio y el “ni fu ni fa”	230
3. Consideraciones acerca de la virtud	234
4. Por qué se dice “hay que” tener un vicio	236
5. Objetiones contra el vicio	240

CAPÍTULO XI

LA ANULACIÓN DEL TIEMPO Y DE LA MATERIA. LA PRISA

1. La prisa como fuerza	243
2. La prisa y los inventos	246
3. La prisa, fenómeno moderno	249
4. Prisa y personalidad	251
5. Presente y velocidad	253

ÍNDICE DE AUTORES	257
-------------------------	-----

INTRODUCCIÓN

Siendo yo muchacho me sorprendía sobremanera la estabilidad de mi vida psíquica sin tener en apariencia ningún soporte visible. Parecía como si viera todo en el aire, sin unión, sin apoyo, y me preguntaba con premura cómo mis pensamientos tenían solidez y unidad a pesar del fuerte vaivén a que los veía sometidos, cómo podía recordar las acciones propias y ajena con la precisión que lo hacía. Era el orden y la fijeza de mi vida mental lo que me preocupaba insistente-mente.

También a veces surgían en mí, de manera esporádica, interrogaciones acerca de la significación del tiempo, sin que acertara a plantearme la relación que pudiera existir entre el continuo cambio temporal y mis pensamientos y recuerdos.

Fué más tarde cuando comprendí que el movedizo cañamazo sobre el que se borda nuestra vida es el tiempo, que éste es una película invisible que se desenvuelve sincrónicamente y en íntima unión con nuestra vida total: física, intelectual y sentimental.

Se me presentó después el tiempo en visión atomizada y vi el momento de presente como la única realidad, como el esencial del vivir, con mucha más fuerza aun que la que yo le atribuyera en un ensayo que acerca de "El concepto de la actualidad" publiqué en Madrid en 1934. Y a lo largo de mi existencia, el instante fugaz siguió apareciéndome con caracteres cada vez más indelebles y agudos. Y fueron surgiendo de nuevo en mi conciencia los problemas que siempre me preocuparon, pero esta vez, al mirarlos desde el punto de vista del instante, adquirían un aspecto diferente y hallaba respuestas que antes no había podido encontrar. Pero preguntándome cómo podría yo apoyarme sólidamente en el instante, observé en los ciclos de duración una repetición de

los mismos motivos desenvolviéndose en síntesis crecientes, con lo cual la inestabilidad y momentaneidad del instante quedaba superada; es decir, que lo que el tiempo me negaba me lo daba mi espíritu. Pero saliendo del plano mental había que mezclarse en la lucha diaria, en sus vicisitudes. Y lo que vi en la conciencia lo hallé también en la realidad. La estrecha unión entre la vida mental y el instante la observaba igualmente en la vida de la materia y en la de la sociedad. Todo vive sometido a un ritmo temporal y depende del instante fugitivo, de ese instante que nos abre horizontes nuevos en los llamados "momentos psicológicos" e inspiración estética.

Y hay en la época actual una nota que la caracteriza y le imprime un sello. Me refiero a la velocidad y a la prisa. La invención del motor eléctrico ha transformado radicalmente el vivir humano. Si vais por la calle, si viajáis, si abréis las páginas de un periódico, sentís que todo se precipita, veis a todo el mundo impulsado por la prisa, por el ansia de "record".

Pero la transformación mayor se ha dado sobre todo en algo más hondo y profundo, en el radical viraje que se ha operado en nuestro sentido de la eternidad. La eternidad se ha humanizado. El deseo de alcanzar un "record", de vencer la materia por el aumento febril de la velocidad, es vivo reflejo de este sentido de eternidad que nosotros queremos situar en el presente mismo en que vivimos. El concepto de eternidad, que fué siempre lejano y contradictorio, se ha transplantado exactamente al momento de presente en que vivimos. Y el ser, al coincidir con el querer en el presente se ha liberado de la muerte. El instante se ha hecho eterno. Frente al "ser" surgen el "ha sido" y el "será". Y los tres conjuntamente constituyen la vida, por lo cual ésta, al adquirir una presencia continua se ha convertido en transcendente con respecto al ser, y por eso es sobre todo objeto de nuestras reflexiones.

Considero la muerte como un hecho positivo que nos freña, y al hacerlo obliga a la conciencia a esbozar sus formas,

y veo en ella como el "motor inmóvil" que da sentido total a nuestra vida.

En la distinción entre esencia y existencia doy a aquélla la nota fundamental de la presencia. Hago coincidentes ser, actualidad y hacer en el instante de presente y apoyo éste en el querer. El "yo quiero" es el que impone el presente. La decisión es el acto más importante y solemne de la vida. Sin embargo, el objeto surge frente al querer para orientarlo, y en la unión del objeto y del querer aparece la cópula, que se llama verbo en el juicio y en la acción es viva corriente de enlace. La cópula, al igual que la decisión, quiebra el continuo espacio-temporal y engendra con mi conciencia, el mundo y el ser, porque en ese acto se opera nuestro nacimiento psicológico, fiel reflejo de nuestro nacimiento orgánico, conjunto que hasta el momento de presente fué una vida nebulosa y subconsciente.

A pesar de estar nuestra vida limitada por el nacer y el morir, veo como infinitudes nuestro pasado y nuestro futuro. Y encuentro en las fuerzas psíquicas, que nacen espontáneamente en nosotros, la capacidad suficiente para atacar esos infinitos y colmarlos, razón por la cual la vida resulta expllicable, y posible la superación del agobio que ella es para muchos hombres.

Comprende este libro dos partes. La primera está consagrada al estudio de nuestro presente y de los procesos psíquicos que tienen con él una estrecha relación. Destacando el presente en la forma que lo hago todas las cuestiones humanas que son objeto de mi curiosidad me aparecen bañadas en una nueva luz. Paso revista en la segunda parte a las fuerzas psíquicas, que forman como un haz en que se expande el impulso vital y analizo aspectos de esas fuerzas. Son éstas: la ambición, el impulso afectivo, el temperamento, la intuición, la inducción, el ensueño, la esperanza, la vocación, el vicio y la prisa.. Y saco de la segunda parte la ambición, que es su lugar adecuado, y la coloco a la cabeza del libro, por ser la fuerza psicológica de mayor calibre.

Después veo que la acción consiste en obrar de forma que

el tiempo sea superado, anulado, por este hombre moderno que vive preso en la vehemencia de sus propios inventos. Y, sin embargo, en esa anulación veo al tiempo recrearse al humanizarse, esto es, cuando se le ha quitado su aspecto de "res nullius".

Yo expongo aquí mi impresión temperamental de la naturaleza, y ello me lleva a clasificar los hombres en tres grupos, según tres ritmos fundamentales: psicológico, colectivo e histórico, que dan lugar luego a otros grupos por combinaciones entre sí, y que reflejan el influjo tan grande que sobre la vida humana ejercen los ritmos temporales. Cada hombre vive en un ritmo que le es típico. Pero la diferencia entre ellos nos es tan radical que no se den aspectos de los tres en el mismo hombre; sin embargo, en cada uno hay una preferencia hacia uno de ellos. El tiempo que se impone a todos es el social o colectivo, pero los hombres procuran la evasión hacia el psicológico siempre que pueden valiéndose del ensueño, que es el gran impulsor de la acción, o bien recurriendo al vicio, que es una palanca cuyo sentido estriba en satisfacer el querer individual en el exacto momento de presente. Pero los que verdaderamente se imponen en la sociedad son los hombres de ritmo y de sentido histórico, sobre todo en el futuro.

Las nociones de vibración y de ritmo son fundamentales en el ser vivo, más aun que la de sensación, y a ellas atengo particularmente mis reflexiones. Muchos de los pensamientos que el lector encontrará en este libro son producto del ritmo, han nacido de un ritmo de interna melodía, propio, de ese ritmo de que nos habla Bachelard en "La dialéctica de la duración".

El lector verá en este libro gran número de citas de artículos de periódicos y revistas y muchas captadas en los múltiples libros que sobre la cuestión he leído, e incluso frases que he oído en el cine o en las conversaciones, y en las que se pone de relieve la importancia creciente que se atribuye en la actualidad al instante temporal. De haber citado en este trabajo todas las páginas y todos los artículos que he

leído, en los que se aludía al instante temporal, no hubiera tenido bastante con un solo volumen, por eso no he entresacado más que las que he considerado como más importantes. Yo hubiera podido enlazar todas esas citas, darles unidad y consagrарles un apartado de un capítulo, pero he preferido dejarlas esparcidas a lo largo de todo el libro para que el que leyere, a su continuo tropiezo, percibiera su notoria presencia. Hay como una saturación reveladora de que en nuestra época la preocupación por el instante de presente es esencial. Yo no he hecho más que poner de relieve ese interés primordial y darle forma.

“Una filosofía del instante” me he atrevido a llamar a mi trabajo. Acaso sea un título demasiado pretencioso ese de “filosofía del instante”. Porque para que mis reflexiones pudiesen tener el volumen de doctrina, sería necesario unir con método y sistema todas las partes que clásicamente comprende una filosofía. Posiblemente se crea que me ha guiado un afán de ponerme en parangón con las investigaciones atómicas. No ha sido ése mi propósito. En todo caso, si alguien lo imaginara, seríamos todos hijos de las maneras propias de nuestra época.

Añadiré, que aunque el lector vea que yo me ocupo continuamente del pasado y de futuro, no lo hago más que como tendencias ante las representaciones de los mismos, puesto que para mí no hay más que presente y todas las operaciones que realizamos son a la vista de ese presente y van insertas en él y nunca pienso en imposibles desplazamientos. Aunque a veces yo hable de ausencias debe entenderse que ellas no existen más que en relación con la presencia alternante de los ritmos.

No se sorprenda el lector de las numerosísimas citas que tomadas del francés leerá en este libro. Es completamente natural, puesto que llevo ya viviendo en Francia doce años. Por lo demás, la curiosidad intelectual francesa es cosa que atrae vivamente mi simpatía.

París, octubre 1952.

L. A. C.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

AMBICIÓN Y ÉXITO

1.—El Sentido del Éxito

Como hemos dicho en la introducción, si empezamos nuestro trabajo hablando del éxito es porque la ambición es la fuerza esencial de la psique, la que le da continua presencia.

Nietzsche, el creador moderno del “vivir peligrosamente” es el apóstol del éxito en nuestra época, por eso ha provocado luchas tan denodadas. Él sacrificó al éxito su propia vida, al éxito de su inmortalidad, no al de su propia existencia. He aquí una frase que revela su ambición y su fracaso: “No hay serenidad más que cuando hay victoria”, dice en su libro “Consideraciones inactuales”.

La época moderna viene al mundo bajo el signo del éxito múltiple, bajo el dictado de la ambición individual. Siempre hubo ambición, puesto que es motor esencial del hombre, pero actualmente la ambición tiene más caminos abiertos que nunca y jamás hubo tantos hombres con pretensiones de éxito como ahora.

Explicaciones varias caben para interpretar la noción de éxito y todas tienen de común el considerarla esencialmente vital. El éxito es la expresión terrenal de la felicidad. Sin embargo, la felicidad y el éxito son conceptos de diferentes dimensiones, porque la felicidad no es por esencia vital, ya que las religiones hablan de felicidad en el más allá.

Dícese que obtener éxito es triunfar, tener poder, dominar. Así visto tiene un carácter social. Ser rico es un éxito y ser pobre un fracaso, porque el dinero supone el premio a una actividad del sujeto y abre inmensas posibilidades, aun-

que cierra otras que pudieran crearse en el tiempo que a ganarlo se le consagra.

Otro defensor del sentido moderno del éxito, William James, decía en su libro "El pragmatismo" que todo aquello que facilita el éxito es bueno y verdadero. La verdad y el bien se subordinan al triunfo. La moral nacida de este principio es una moral de dominio y de fuerza.

Vemos que el éxito está en relación con los demás. Si los demás aceptan lo que hacemos hemos obtenido éxito, de no ser así hemos fracasado. La sociedad no aplica una escala de valores, sino que concede lo que ella cree ser un valor, sin preocuparse del lugar que ocupe en esa escala. Es verdad que no siempre todo lo valioso es aceptable por la sociedad, ni tampoco es valioso realmente lo que ella acepta; pero en fin, lo cierto es que el éxito es una concesión obtenida, a veces, por medios que caen en el plano de los imponderables.

Se suele obtener éxito cuando nos reconocen como expertos, cuando sabemos dar un dictamen, una forma, una respuesta a un problema actual, cuando ponemos un valladar, un límite al no saber qué, ni cómo hacer, en fin, cuando se ve en nosotros un fabricador de criterios, un "non plus ultra".

El derecho a la libertad, aparte del sentido metafísico que ello encierra, no significa otra cosa que la pretensión de obtener éxito. Y a veces, de una manera sobreentendida, los hombres y los grupos, en sus aspiraciones hacia la libertad, se entienden tácitamente entre sí y vanse pasando de unas manos a otras la antorcha temporal del éxito.

Pero el éxito actual se tiñe de colores vivos, no sabe gozar de su propio bien en íntima satisfacción, sino que necesita ser mostrado a los demás. Un éxito callado, silencioso, no es éxito, no tiene valor. Hay que lanzarlo a la cara de los demás como una lengua de fuego. Y en los periódicos y en las radios las lenguas de fuego lamen y corroen los corazones de los lectores y oyentes.

Obtener éxito es un combate. No es la lucha por la vida simplemente, sino la lucha por una vida mejor y más bella. En esa lucha el candidato ataca sin interrupción, sin descanso, siguiendo con toda decisión un mismo camino. Ya Des-

cartes decía que se sale antes de una selva siguiendo siempre la misma dirección que cambiando a cada instante. La perseverancia es una condición para triunfar. Los demás se dan por vencidos cuando el atacante insiste sin sentir desaliento. Las puertas se nos cierran sistemáticamente, pero se abren siempre que se pega con la aldaba recio y con insistencia. El conceder éxito a alguien quiere decir que se abre la espita del vino y se cierra la del agua, y depende del que llame que no se mezcle el vino con el agua.

Cada hombre lucha por su personal éxito, que algunas veces suele ser mezquino. El llegar a ser rico es la noción más corriente que del éxito tiene la gente. Los más sensibles y los más inteligentes ponen su idea de éxito en realizar creaciones que enriquezcan su propio espíritu y abran caminos a los demás. Estos hombres se elevan sobre el nivel común y cuando contemplan el mundo danse cuenta de su limitación y de la necesidad de interpretarlo, y sobre todo de saber cuál es nuestro papel dentro del mismo. Consideran entonces que el éxito del mundo, el del hombre, es su propio éxito. Ese hombre vive en un ritmo que podríamos calificar de histórico.

Las normas culturales producidas por los hombres especulativos son las que a la larga conducen a todos. "Es el progreso de la especulación —dice Stuart Mill en su Lógica— lo que rige el progreso de la sociedad". Pero en el momento actual los que mandan y dirigen son los que tienen entre sus manos la riqueza material, los que viven de lleno en el ritmo colectivo. Los políticos están repartidos entre ambos grupos, y unos se inclinan del lado de los ricos y otros del de los productores de formas culturales. Pero todos tienen la ambición del éxito: los artistas y los científicos, los ricos y los políticos. Todos ellos son los que llevan la dirección de la sociedad. Y la masa informe de los demás hombres se pone del lado de los que obtienen éxito para conseguir algunas ventajas. Así se presenta el panorama social a primera vista; pero la vida humana es más profunda que la apariencia social.

2.—Éxito y Muerte

El hombre conoce una verdad de tipo absoluto, que acaso es la única en la que están todos de acuerdo: el hombre sabe que morirá, que su muerte puede sobrevenirle en cualquier instante de su existencia en esta época de velocidades formidables. Este hecho absoluto constituye, vitalmente considerado, un fracaso. Es posible que no todos coincidan en esta aseveración, pues hay quien considera la muerte como una liberación. Sócrates prefirió beber la cicuta a huir de Atenas, porque después de su muerte creía encontrar el mundo de las ideas, ya que tenía fe ciega en la razón. Las religiones la consideran también como una liberación, pues tras ella los hombres creen alcanzar la felicidad eterna. Para los japoneses, que prefieren el harakiri al deshonor, para los suicidas, a los que la vida es insoportable, la presencia de la muerte no es absurda. Sin embargo, todas esas posiciones, vistas desde el ángulo vital, son otros tantos fracasos. El hombre quiere vivir a toda costa. Vitalmente, biológicamente, Sócrates es un fracasado. Pedagógicamente también, por no poder educar a la juventud ateniense como él pensaba. Si eso lo hubiera conseguido no hubiera tenido que abandonar la vida terrestre voluntariamente.

Si a cualquier religioso se le pregunta si quiere perder la vida, contestará de manera negativa. De aceptarlo, sería un suicida, y el religioso no puede serlo. El religioso vive clavado en su idea de eternidad porque niega, porque por principio no acepta la muerte. Es un rebelde ante la naturaleza. Por eso, aun sin ninguna demostración ni prueba, cree en la existencia del alma y en su inmortalidad. Pero cuando el religioso niega la muerte, desde el punto de vista vital confiesa también su fracaso. Todo lo que no sea aceptar la muerte paladinamente, aunque luego se ideen todos los medios para defenderse de ella, es un fracaso. Así, pues, la muerte es el fracaso ante la vida, pero aceptarla constituye un éxito porque ella nos sirve de freno y nos da las normas de la medida.

Si la muerte es un fracaso y hay que superarla, para conseguirlo el hombre emplea en primer término su ambición. Y se apoya en el presente como un poseso, y hace de la vida y

de su actividad su más fundamental espectáculo. Y siente un placer formidable en ver pasar sus momentos decisivos actuando en ellos, pero sobre todo si ve que sus decisiones pesan sobre los demás, si su personalidad se desenvuelve, si adquiere influencia y poder; en una palabra, si toca el éxito. Entonces siente expandirse sus ansias de acción, aumentar su energía. Amar el éxito es querer el instante actual. Querer triunfar es amar la vida.

En la época moderna, acaso más que en ninguna otra, adquirir éxito es un placer de dioses. El éxito se cotiza hoy más que nunca. La idea del éxito ha envanecido al hombre, lo ha sacado de quicio y lo ha hecho insoportable.

Y he ahí el medio que el hombre moderno ha encontrado para defenderse de la muerte: el éxito. El hombre de nuestro tiempo ha dado a la muerte un sentido pagano. El éxito siempre llevó envuelta la noción de triunfo, de dominación, mas en nuestra época ésta tiene tanta extensión como vías de comunicación hay. El amor a la vida nos ha pegado a la tierra. El hombre actual se plantea la ecuación siguiente: la muerte es una verdad absoluta y con el éxito yo puedo paliarla, pues con el éxito llega la inmortalidad, una inmortalidad aquí abajo, la de continuar viviendo en la memoria de los hombres, la de la supervivencia. Este éxito es el que ama apasionadamente el hombre moderno.

Ahora bien, pocos son aceptados por los demás plenamente como triunfadores, en tanto que todos los hombres mueren. Una verdad absoluta no puede ser reemplazada por una verdad limitada y aleatoria. Y aun muchos de los que obtienen éxito están lejos de sentirse satisfechos. Obtener éxito en todo es muy difícil, de no ser imposible. En fin, habremos de renunciar a este principio del éxito como básico del vivir humano. Sin embargo, una minoría lo conoce y goza de sus beneficios. Y muchos hombres piensan que como la fecha de nuestra muerte es problemática, acaso en el tiempo que nos quede por vivir tendremos ocasiones de obtener éxito, pues, sea como sea, hasta el morir tiene el hombre la obsesión del éxito. Y si éste no es para muchos una realidad, lo que sí es una realidad es la aspiración al mismo.

Y esta aspiración es una verdad absoluta, tan absoluta casi como la evidencia de que hemos de morir.

3.—Éxito y Presente

Cuando sentimos con plenitud el momento de presente consideramos la vida que llevamos como definitiva, como aceptable por ser nuestra, aunque acaso no estemos conformes con ella. Siempre habrá algo en ese instante en el que podremos reconocernos, y en la concentración en ese reconocimiento estribará el interés y el éxito posible de nuestras empresas. Porque viviendo con la máxima intensidad el momento de presente coincidiremos con gran número de personas e interpretaremos, sin darnos cuenta a veces, las aspiraciones e inquietudes de esos seres.

Si nos trasladamos al futuro y abandonamos el presente no hay posibilidad de éxito. La promesa engaña al sujeto. A veces la promesa falsifica el éxito. Lo que queremos en el presente, aun en la tristeza o en la miseria, nos da la solidez de la materia, la fuerza del color, el contorno y la pureza de la línea, algo que nos unge de eternidad y carácter.

Si queremos que la vida sea un éxito hay que aceptarla plenamente. Éxito aquí no significa éxito social, éxito reconocido por todos, sino más bien estar exentos de una contradicción que consiste en vivir pendientes de comentarios ajenos, que contradice la idea del éxito, la cual es obra creadora y de liberación sobre todo. Esto quiere decir que es preciso evitar los escollos de las luchas inútiles y estériles para conseguir lo máximo de uno mismo. Es preciso también no desplazar nuestra acción, porque nuestro futuro está aquí, ahora, aquí mismo, no luego. Y nuestro éxito estriba en defendernos del futuro, en liberarnos de él, considerándolo como un personaje extraño.

Nuestro pasado perturba asimismo nuestro presente y hay que arrojarlo por la borda. Los recuerdos inoportunos alteran nuestra atención y falsifican nuestro presente. Para conseguir una obra de plenitud, para dar la máxima belleza a nuestra ocupación, tiene ésta que dejar de ser preocupación y post-

ocupación. Para que nuestro querer viva incólume hay que ir siguiendo las vicisitudes del tiempo.

El libro de André Gide "Les nourritures terrestres" es una obra de juventud, plena de poesía, de dinamismo y de vida. Las reflexiones de Gide acerca del instante de presente surgen continuamente, sobre todo al comienzo del libro. Son de una gran belleza, razón por la cual voy a transcribir a continuación algunos de sus párrafos. He aquí uno, un poco largo, pero lo copio íntegro para que el lector goce de su presencia, de la de Gide y de la de sí mismo: "¿Crees tú poder, en este instante preciso, saborear la sensación poderosa, completa, inmediata de la vida, sin olvidar lo que no es ella? El hábito de tu pensamiento es un obstáculo; vives en el pasado, en el futuro, y no percibes nada espontáneamente. No somos nada, Myrtile, más que en el instante de la vida; todo el pasado muere en él antes de que nada del porvenir haya nacido. ¡Instantes! ¡Tú comprenderás, Myrtile, cuánta es la fuerza de su presencia!, pues cada instante de nuestra vida es esencialmente irreemplazable: aprende a concentrarte únicamente en él." (pág. 82)

¡Cómo Gide ha captado aquí la esencia de nuestra vida! ¡Qué comprensión tan clara de nuestra presencia, de nuestra naturaleza, del tiempo, de nuestra vida, de nuestro éxito!

Las referencias al libro de Gide serían interminables. El lector encontrará otras. Gide, por su parte, no cita ni un solo autor en su libro, porque éste es pura poesía, y la verdadera poesía no necesita de intermediarios humanos para sentir la naturaleza. Es el trabajo de un alma que está en contacto directo con la materia y con todo lo que el hombre, bajo el poder de la inspiración, es capaz de crear.

Gide se lamenta en el prólogo de la edición de 1927 del total fracaso de su libro. Ni un solo crítico hablaba de él. En diez años se vendieron 500 ejemplares. Y, sin embargo, el libro en sí es un pleno éxito y luego lo ha sido. Y lo es, porque Gide se concentró en sus instantes de manera frenética, vivió los momentos de su juventud en que escribiera su libro con absoluta intensidad. Sin negar a los otros se afirmó a sí mismo, porque así afirmó a todos.

El éxito que nos conceden los demás no es nuestro éxito. Nuestro éxito está en nuestra convicción, en nuestra afirmación, en la creencia de que vivimos como si lo que hacemos no fuera interinidad, provisionalidad, sino por el contrario presencia definitiva, eternidad. Si queremos ir hacia el éxito no hay, no puede haber evasión del presente, aunque lo intentemos. Y no lo intentaremos, aunque lo parezca. Porque no hay afirmación en lo que me prometa yo mismo o la sociedad. Repito lo que he dicho antes: la promesa es el fracaso. Es el "hic et nunc" lo esencial mío.

4.—Presencia, Ausencia y Éxito

El mundo moderno se ha llenado de presencia. Todo aspira a estar presente. Se quiere verter la conciencia fuera de sí, llenar con ella el tiempo que transcurre. Todo el mundo quisiera mostrarse a los demás de alguna manera. Parece como si todos se creyesen con cualidades para hacer algo que los otros no son capaces de hacer. Y si no existen esas cualidades personales quiérese de todas maneras actuar. Todo el mundo quiere convertirse en actualidad posible. Presencia es éxito. Vivimos en la fiebre de la presencia vital.

Esa presencia muestra el vigor, la audacia, y como consecuencia se obtiene la popularidad, si es que llega, y las satisfacciones materiales de la vanidad. Presentarse ante los demás es lanzarles interrogaciones, y todo el que se siente capaz de interrogar a los demás se cree con derecho a exigir el reconocimiento de un valor. Hay como una protesta ante la idea de que el mundo es dirigido por un grupo selecto. No, todos llevan en sí algo de selecto; lo que hay que hacer es dar ocasión a que esas cualidades se pongan de manifiesto. A orgullo no hay quien gane, porque todo el mundo tiene el derecho a sentirse orgulloso. Eso de los "héroes" de Carlyle se ha acabado. La aristocracia del espíritu no existe, es un mito creado por unos cuantos egocéntricos. Todo eso parece escucharse en silencio bajo el galopar de las multitudes. Los derechos integrales han cuajado en todas las mentes, y por esos derechos se cree en la posibilidad de existir como individuo. No se subraya al propio tiempo la noción de mé-

rito y si se hace, el juicio valorativo afecta más al orden moral que al estético.

Comienza el hombre a crear un nuevo sentido, y éste es de tipo social: el de la presencia múltiple. Hasta hace poco la mayoría de los hombres no osaban mostrar su presencia más que en el oficio en que ganaban el sustento. Ya, cualquier hombre siente que tiene derecho a sentirse presente en los más variados ambientes.

Los inventos modernos no son más que nuevos métodos para elevar el grado de la presencia individual. La radio, la televisión, el periódico, no tienen a menudo más finalidad que resaltar dicha presencia. El tren, el auto, el avión, son otros tantos medios de aumentar la presencia de cada uno. Se está tanto más presente ante los demás cuantas más posibilidades haya para abordar esos medios de comunicación o de transporte.

La moda cambia con una rapidez inaudita. Los medios de hacer resaltar el exterior de la persona han crecido según el deseo de aumentar la presencia personal. Y si los demás aceptan la presencia de un sujeto, éste no se priva del gusto de presentarse a cada instante en el periódico o en la radio. Personas así podrían conquistar el título de la superpresencia.

Se quiere la presencia continua, por doquier. Será algo efímero, temporal, pero se ansía. Y hay millones de hombres humildes que sueñan durante toda su vida en ver el medio de gozar unos años de presencia, y recurren para conseguirlo a los artificios más complicados, a las argucias más inverosímiles, a los esfuerzos más denodados. Esta presencia lleva consigo el sentido de la libertad, y esta libertad encierra la idea de ir donde, cuando y como se quiera. Lo mismo que se dice "llueve igual para todos", se dice también "el tiempo es igual para todos". Por eso trátase de ocupar todas las horas del día para que los demás nos vean. Se hace actualmente un uso de los sentidos, tomando a la persona como objeto de ellos, que nunca se había hecho. Y es que ahora se ha multiplicado un placer que antes era patrimonio de un número limitadísimo de personas: el sentirse objeto de la curiosidad ajena, el sentirse actualidad, presencia para los otros. Como

causa de esa realidad, a más de la multiplicación de los inventos, tenemos el hecho de que el dinero es accesible ahora a todos y por ello todos pueden comprar. Debido al número fantástico de compradores, el que obtiene éxito con un invento, con una película, o con una novela, de la noche a la mañana se encuentra con posibilidades económicas que transforman su vida.

Esta elevación al plano colectivo de la conciencia individual, ha hecho que el sujeto pretenda arrinconar la noción de inconsciente, y trátese de poner en un sistema de coordenadas la acción y el tiempo en que se realiza.

Parece como si el hombre quisiera mostrar sólo lo que a todos concierne. Por eso se lucha contra la ausencia denodadamente. No se quiere que en la vida actual pese la ausencia más que la presencia. El hombre moderno está cansado de vivir en romántico y pretende hacer todo sobre la marcha. Y hasta el que vive humildemente ve los múltiples fuegos cruzados y se siente sobrecogido. Ese hombre carece de perfil ante todos los que piensan en la real presencia, ante los que se sienten vivir en las dimensiones de esta época; cuando contempla a los demás tiene una reacción, que no es precisamente romántica, y siente un egoísmo desmesurado. Y es que el mundo ha perdido sus secretos. El hombre de la calle ha penetrado entre bastidores, y ha visto cómo viven los hombres influyentes y poderosos de que había oído hablar a sus padres y abuelos, y los encuentra con los mismos defectos que él; y a veces mayores. El criado ha visto a "Anatole France en pantouffles", ha observado la cara vulgar y adocenada del hombre mortal, y ha dado al traste con todas las cosas que él creía respetables. Y se ha puesto en pie en ese hombre el sentido de la presencia. No ha reparado en matices ni en valores, en esfuerzos específicos, ni en historia. No ha visto más que lo político, la nueva organización de la ciudad. Cuando el utilitarista Bentham decía: "La mayor felicidad del mayor número", lo que hacía era afirmar el legítimo egoísmo de cada cual, sin pensar en las consecuencias sociales de su principio eminentemente revolucionario.

La gran industria se ha concentrado en pocas manos, bien

sean las de particulares, bien sean las del Estado. Con el comercio ha sucedido lo mismo. Ello ha ocasionado que se produzca y se venda más barato. Y otra consecuencia ha sido el crecimiento de la ciudad y del Estado. Los campesinos, impulsados por la miseria y atraídos por el creciente número de puestos de la ciudad, han abandonado el campo y han ido a instalarse en ella. Por otra parte, la burocracia ha crecido en términos extraordinarios. Y los pretendientes a la riqueza, y los de profesiones liberales, y los artistas, todos han sido atraídos por la gran ciudad. Las enormes concentraciones permiten encontrar facilidades, conocer a hombres de los más variados matices. Hay también, a mi ver, otra causa de índole psicológica. El hombre de la ciudad se siente vivir en la actualidad mundial, el del pueblo perdido en el campo cree hacerlo fuera de esa actualidad, siéntese como aparte del presente colectivo universal que transmiten el telégrafo y la radio a cada instante. Y las ciudades han ido creciendo monstruosamente. Hay un pugilato por llegar a poseer ciudades que sobrepasen el número de habitantes de las del mismo país y especialmente de las otras naciones. Y el inglés lanza su Londres con diez millones de habitantes, el norteamericano se llena la boca con su Nueva York de ocho millones y lamenta íntimamente que no tenga más que Londres. Y el ruso presenta Moscú con seis millones y el francés París casi con cinco. Y todos sienten un orgullo nacional cuando la natalidad ha aumentado. Se ha producido el fenómeno de la total presencia: de los individuos, de los grupos, de las ciudades, de las naciones, del Estado. Se lucha rabiosamente contra la ausencia.

CAPÍTULO II

ETERNIDAD E INFINITUD

La eternidad y la infinitud son dos conceptos que se barajan con frecuencia de manera semejante, sin reparar en que su sentido es muy diferente y sus orígenes muy distintos. El origen del concepto de eternidad es religioso, el de infinito es matemático. El sentido del primero responde a preocupaciones de índole moral y escatológica, el del segundo a la división del espacio y del tiempo.

La idea de eternidad respira en el temor a la muerte y en el ansia de felicidad, que son objeto de la atención continua y profunda del hombre. El problema del tiempo es uno de los temas favoritos de éste, pero ha sido sobre todo el religioso el que más le ha preocupado. Y la vida del hombre en relación con su fin último ha sido lo que mayor número de interrogaciones ha provocado en todas las edades.

1.—El Concepto de Eternidad

El hombre quiere vivir como si fuera eterno. El tránsito de la vida a la muerte le ha llenado siempre de zozobra porque sabe que no hay medio de esquivarlo. Y entonces ha imaginado el modo de alejar el principio y el fin naturales, desbordándose de tales límites de la vida de cada uno. Esa pretensión ha surgido, porque el tiempo aparece como no teniendo ni principio ni fin.

Las religiones han pretendido hacer del hombre un mundo, un cosmos, quitándole así el signo de la fatalidad. Las religiones han querido evitar la tragedia de la muerte negándola, aunque a veces la han complicado con problemas morales. Pero es el caso que los religiosos han negado el tiempo,

pretendiendo llevar la actuación del querer a reinos donde las leyes de la naturaleza no existen. Todo ello revela la fuerza que tiene la fantasía humana y la necesidad en que se ve el hombre de superar su propia pequeñez y debilidad.

La eternidad no concibe ni el principio ni el fin del tiempo, decíamos ha poco. Jean Guitton, en su libro “El tiempo y la eternidad en Plotino y San Agustín” (Boivin et Cie. París. 1933), ve tanto en uno como en otro de estos filósofos dos místicos que quisieran negar la existencia del tiempo. Para Plotino el mundo del tiempo es el del espíritu, por eso quiere liberarse de él, para ir hacia Dios, en cuyo reino no sentirá su discurrir. San Agustín no quiere separarse de su naturaleza humana y desea encontrar a Dios en ella, para así poder liberarse del tiempo. San Agustín, en sus “Soliloquios” hace una oración y no un relato, porque él no cultiva la historia, como tampoco desde luego la cultiva Plotino.

Hay en la idea de eternidad una tendencia a la beatitud, en la cual se niega el tiempo. Pensar en el placer que se prolonga indefinidamente es más agradable que imaginar la muerte, con cuya existencia ese placer no podrá realizarse. Como dice Guitton en referido libro: “Lo eterno, la aspiración a lo eterno, provienen de la idea de placer, de bienestar, de goce en la experiencia del hombre, que quisiera verla siempre persistir” (pág. 243). Por otra parte Guitton añade: “...la eternidad es más fácil de captar que el tiempo de definir” (pág. 181). Aquella idea de placer y esta facilidad de captación, al propio tiempo que la superación del tránsito de la vida a la muerte, hacen que los hombres acepten sin grandes aspavientos, y acaso con cierta voluptuosidad, una inmortalidad que les resuelve múltiples problemas que no podrían digerir de otra manera. La idea de eternidad se da en todas las religiones y responde a las mismas causas señaladas, y como dice Guitton: “La eternidad no ha sido objeto de ninguna experiencia: ella no es conocida en suma nada más que por la negación de los caracteres del tiempo”. Ahora bien ¿puede negarse el tiempo, el devenir de las cosas en él? ¿No es el tiempo la expresión del movimiento? Podrá afirmarse y negarse su principio y su fin, pero no se podrá poner en duda que lo sentimos

pasar. Y la eternidad lo que hace es negarlo precisamente, anulando con ello el principio esencial de la vida, que es, como decíamos, el movimiento.

El hombre religioso ha inventado su eternidad. Si el Ser Supremo es eterno y efectivamente nosotros vivimos en un mundo limitado, nuestra aspiración a la eternidad no es más que eso, una aspiración. Y la eternidad, como el éxito, como tantas cosas nuestras, no son más que aspiraciones. Vivimos como quisiéramos ser. Y quisiéramos ser eternos, no morir.

El hombre trata de dar a sus situaciones un carácter de generalidad, de expansión total, en cualquier momento de su vida. Si el placer persiste pensará en un futuro lleno de placeres; si es por el contrario el dolor, imaginará un porvenir exento de venturas. Si observa un fenómeno en la naturaleza seguido de otro en ocasiones varias, ideará el concepto de causalidad. Es decir, que el pensamiento, reflejo de la vida, es naturalmente inductivo. Pero como nuestro campo de acción es doble, el de la ciencia y el de la moral, de ahí que conozcamos dos clases de leyes: las científicas y las normativas; aunque existe una diferencia entre ellas, y es que las primeras tienen siempre un carácter hipotético, porque la ciencia reposa sobre las experiencias y éstas son cambiantes, y en cambio las segundas se dan en una forma absoluta, a pesar de que sean menos estables que las primeras. El hombre trata de imponerse e imponer a los demás las leyes morales y políticas con más fuerza que las científicas, convencido de que la ley moral no tiene más fuerza que la que el propio hombre le dé, mientras que la ley científica trata de traducir lo que es ajeno a la voluntad y que por lo tanto, más tarde o más temprano, terminará por imponer la propia naturaleza, si es que en efecto era una ley.

La idea de eternidad va inserta en todas las leyes, o tiene la pretensión de acompañarlas. Nada tiene de extraño que el hombre, enfrentado con la muerte que tanto le arredra, y de la vida, que tanto le atrae, sienta como posible su aspiración a la eternidad, donde vivirá una felicidad eterna.

Durante las edades antigua y media la noción de ley

científica fué muy limitada, y en cambio la de ley moral y religiosa conoció una mayor amplitud. La época moderna, por el contrario, ve extenderse el campo de la ley científica hacia horizontes insospechados. La vida ha entrado de lleno en los estudios científicos como realidad biológica, en la cual, como es natural para nosotros, la humana tiene rango de primera categoría.

En la edad media la noción de religiosidad alcanzó un supremo nivel y el hombre creó toda una moral basada en ella. La idea de inmortalidad encarnó en el espíritu humano, y éste se pobló de imágenes que crearon un arte y una ciencia cuyos tendencias coincidieron con ellas. La inmortalidad suponía un tiempo sin límites, y la eternidad *real*, ilimitada, se aceptó como un concepto intangible.

2.—El Concepto de Infinitud

Llegado el Renacimiento la ciencia moderna emplea la observación y la experiencia en el estudio de los fenómenos, y ve en la materia propiedades no menos complejas que en el espíritu. Los estudios de Descartes, Leibniz y Newton descubren un nuevo principio sobre el que reposan las leyes científicas: el principio de la infinitud de la materia, esto es, de su división sin límites, a pesar de establecer con apariencia contradictoria que la cantidad de materia y de energía es siempre la misma. Y ve el mundo nacer un nuevo concepto: el de fuerza, el de energía, y ante él los conceptos medievales se sienten desplazados. Comienza el hombre a sentirse más en el seno de la naturaleza y las nociones de inmortalidad y eternidad pierden vigor. La muerte y el devenir se hacen realidades más tangibles en la conciencia humana. Los hombres inician luchas políticas y sociales a fin de obtener en este mundo mejores condiciones materiales de existencia, y la noción de felicidad eterna se ve reemplazada por la de felicidad terrenal, más sustancial, menos aleatoria, pero también menos ideal y calurosa.

Mas la inquietud del hombre trabaja continuamente. Su fantasía no encuentra reposo ante su fin inevitable. Las ideas de la muerte, del amor, del saber, de la belleza, mueven las

más nobles y delicadas fibras de la psique. La idea de eternidad, vieja como el mundo, sigue trabajando el espíritu, pero esta vez se instala en él con caracteres diferentes. A la idea de eternidad reemplaza la de infinitud.

El hombre echa la vista hacia atrás y hacia adelante y se encuentra con dos series: una la de su pasado y otra la de su futuro. Series temporales y espaciales que pueden considerarse como infinitas.

Para el hombre no hay más realidad inmediata que su presente, realidad dada en su querer o en su juicio. Fuera de cada momento de presente no vemos y no podemos ver más que dos continuos, a un lado y a otro del mismo: el del pasado y el del futuro, salvo cuando con la imaginación o el recuerdo podemos hacerlos discontinuos, aunque también en ese instante los discontinuos se cierran como las aguas tras el barco que avanza, y reaparecen ambos continuos. En éstos coinciden el tiempo y el espacio. Ahora bien, el hombre no puede perder de vista que su vida es limitada, que tiene un nacimiento y una muerte. Y entonces los dos continuos, el de su pasado y el de su futuro, son dos continuos "limitados". Y desde el momento en que yo supongo que esos continuos podrán pasar por el instante de presente, puesto que toda nuestra vida tiene que pasar necesariamente por los instantes de presente para convertirse en objeto del querer y del conocer, los dos continuos, el del pasado y el del futuro, se convertirán en infinitos, por ser posible suponer matemáticamente una serie infinita de puntos en una distancia limitada.

Consentino, filósofo italiano, autor del libro "Tiempo, espacio, devenir, yo" (trad. francesa P. U. F. París. 1938), llama al infinito que mira hacia el pasado "infinito actual" y al que va hacia el futuro "infinito potencial". "Actual" el primero porque ya ha transcurrido, "potencial" el segundo porque está en potencia en el sujeto. Pero Consentino considera absurda la regresión *ad infinitum*.

Ahora bien, si Consentino repara en los límites del nacimiento y de la muerte, como decíamos ha poco, observará que los dos infinitos son posibles. Sin embargo, se dirá in-

mediatamente: ¿Cómo se va a considerar como infinito un plazo limitado?. Y a este propósito pienso en las "aporías" de Zenón de Elea. Zenón hace el conocido razonamiento siguiente: la flecha disparada por el arquero deberá recorrer la mitad de la distancia existente entre él y el blanco, después el que hay entre el tirador y ese momento, y así sucesivamente, luego al final la flecha no se habrá movido del punto de partida. Y sin embargo, la flecha llega al blanco. Esta contradicción resulta de considerar dos cosas heterogéneas: la razón y el movimiento. Pero en el espíritu humano esta contradicción desaparece, porque si la flecha va impulsada por una fuerza que la razón no puede captar, en cambio el devenir de la flecha, y hablando en general de la vida personal de cada uno, ha de pasar necesariamente por la conciencia, aunque no todos los momentos tengan la particularidad de ser conscientes. Y nosotros tendremos entonces el derecho a aplicar el procedimiento matemático de las interpolaciones sucesivas al espacio-tiempo en que viven nuestro pasado y nuestro futuro.

Sabemos que entre dos términos de una progresión puede interpolarse un nuevo término, entre éste y el anterior otro, y así sucesivamente. Es el razonamiento de Zenón hecho sin tener noción de la matemática moderna. Ahora bien, consideremos el tiempo que hemos vivido o el que nos queda por vivir como una progresión, y nosotros podremos considerar ese tiempo, ese plazo determinado como infinito, como un "infinito potencial". Pero mi razonamiento no es exhaustivo como el de Zenón, porque yo considero el espacio, el tiempo y la materia divididos "posiblemente" en un número infinito de puntos, pero sin llegar al límite de esa división, pues en las nociones ilimitadas desaparece la realidad de la vida. En el momento que se alcanza el límite, la muerte, la eternidad "clásica", da un salto en el vacío; mientras que como ya veremos más adelante, la noción de eternidad puede adquirir otro sentido cuando se la mira desde el punto de vista vital.

El pasado y el futuro están en una estrecha relación. Todo lo que el pasado aumenta o ensancha restringe o limita

el futuro y, sin embargo, ambos son infinitos. El del futuro es un infinito potencial. Si el pasado pudiera serlo también "en cierta manera", el futuro y el pasado, en los avances naturales, coincidirían. Para ello distingamos en el pasado dos aspectos: uno como concreción de recuerdos, otro como preparación del futuro. En el primer aspecto tenemos un depósito que suministra datos, en el segundo una fuerza, o un conjunto de fuerzas, que avanzan hacia el futuro. Porque la diferencia fundamental es ésta: que en el pasado hay una serie de recuerdos y un conjunto de fuerzas psíquicas que se manifiestan en los sucesivos presentes, y en el futuro no hay más que una cosa de cierto: un camino a llenar entre los sucesivos momentos de presente y el de la muerte. Este camino es un espacio-tiempo que encierra un número infinito de puntos por los que hay que pasar mediante un sucesivo número de acciones, y de tal manera, que aun cuando no haya acciones nuestro impulso vital se encarga de llenar todos los intersticios del continuo, sin que haya la posibilidad de la existencia de un vacío. Esos dos infinitos tienen que igualarse. Este es el problema. Como se ve los dos infinitos son de calidad diferente. El del futuro es un infinito matemático. El del pasado, el constituido por las fuerzas, no por los recuerdos, encaja precisamente en los puntos de ese infinito del futuro en cada instante de presente. Y así, los dos infinitos, el "matemático" y el "vital", son dos infinitos potenciales. Si el del pasado es también un infinito potencial es porque necesariamente ha de coincidir con el del futuro, ya que el instante de la muerte lo impone. He ahí por qué el instante de presente es el esencial del vivir, porque en él hacen irrupción las fuerzas en dirección opuesta al futuro, que lo atraviesan con vigor máximo.

Así pues, nuestra idea esencial estriba en considerar como infinito el tiempo que nos queda por vivir. Si este punto no se acepta todo cae por tierra. Podrá objetarse: ¿Cómo se va a considerar como infinito un tiempo y un espacio que terminan el día de la muerte?. Es la misma objeción que se hace al razonamiento clásico de la inmortalidad del alma, pues los que lo sostienen suponen que ese tiempo se dilata "ad

infinitum"; pero con una ventaja para nosotros, y es que mientras estamos viviendo consideramos nuestro vivir como infinito, en tanto que ellos lo consideran como finito y dejan la infinitud para después de la muerte somática. Y aun con otra también en favor nuestro: y es que ese infinito que nos queda por vivir encuentra su inseparable pareja en fuerzas capacitadas para atacar ese infinito inédito del futuro.

*

* * *

La vida del hombre se desliza sobre la línea del tiempo. Realizamos acciones, las contamos y las relacionamos a cada instante. El tiempo hace posible nuestra vida, nuestra memoria y nuestra fantasía. Situar la eternidad del tiempo en la divinidad es una manera de mostrar la pequeñez de nuestra vida.

Detengámonos en dos hechos concretos de la vida: el nacimiento y la muerte. Es en estos dos hechos donde se fija actualmente con preponderancia inigualada en otras épocas la atención humana. En los tiempos medievales ambas fechas vivían nebulosamente, envueltas en las nociones religiosas de eternidad e inmortalidad. Verdad es que nadie moría por otro, pero la mayoría de la gente no creía en la muerte total. Había como una idea de tutela.

El hombre moderno, a pesar de todo, no pierde sus aspiraciones a ser eterno e inmortal. El mundo del pasado en que ha vivido asalta su fantasía, unas veces sin inquietud, otras de manera aguda y con acento dramático. Ese pasado se pone en pie no queriendo desaparecer, anularse, y juega un papel activo en su futuro. La corredera del tiempo personal llega hasta el tope de su nacimiento. Del tiempo anterior sabe lo que le cuentan, o lo que lee en los libros, o por la herencia, que sólo en ciertos casos influye conscientemente sobre su conciencia.

En sentido opuesto el hombre avanza hacia el futuro sin poder detenerse, como el tiempo. La fantasía se lanza a recorrerlo, pero hay un hecho cuya posibilidad le preocupa enormemente: el de su muerte personal. Mas así como en

su pasado el hecho del nacimiento es fijo, determinado de manera absoluta, en el de la muerte no existe ninguna determinación. El futuro se pone en pie. Sólo quiere voluntariamente saber de él el hombre en cuanto le dé estabilidad en su presente, en cuanto se sienta contento. Su fantasía avanza presurosa y libre por las dos vías señaladas, por la del pasado y por la del futuro; a veces, las menos, recelosa y tímida. En su ir y venir localiza sus recuerdos y aspiraciones. Pasa inquieto e inestable de un punto a otro. Piensa en lo que hará en tal época. O bien, si fracasa, en lo que podrá hacer en tal otra. La noción de perspectiva se alarga o acorta, estrecha o ensancha. Y para sus movimientos encuentra puntos donde situarse. Imagina las cosas, las perfila con arreglo al personal deseo, ambición o capricho. No le falta nunca una posibilidad en su fantasía. Para todo encuentra solución, siempre halla una salida. Y en esa continua función el hombre crea esencialmente una "sensibilidad de infinitud". E incluso quiere liberarse de sus fechas topes e imagina que el número de sus posibles referencias al pasado y al futuro puede sobrepasar todo límite. Pero todo eso no es más que el deseo de ser eterno que la muerte posible nos revela a cada momento.

El hecho de que el hombre moderno haya reemplazado el concepto de eternidad por el de infinitud le ha llevado a plantearse el problema de la eternidad en su vida misma. ¿Cómo es posible ser eterno siendo perecedero?. Su idea clásica de inmortalidad ha sufrido un eclipse, lo cual no quiere decir que haya desaparecido. Lo inmortal, lo eterno, se ha hecho infinito y lo infinito es matemático, moderno, es del mundo que vivimos, que imaginamos y sentimos. Y en esa infinitud lo eterno encuentra espacio y tiempo donde situarse, porque como ya hemos dicho, de aquí hasta el momento de morir nuestro número de instantes es potencialmente infinito.

La sensibilidad del poeta y del escritor modernos encuentra este pensamiento entre sus realidades psíquicas. Y así dice Denis Saurat en su libro "Modernos" (Les éditions Denoël et Steele. París. 1935): "Y no es a una inmortalidad a lo

que aspira Proust; no es a una continuación del yo en el otro mundo. No es la inmortalidad lo que quiere el moderno, es la eternidad. Distinción esencial". "No es el yo que él ha manchado, vaciado, vivido, lo que el moderno quiere encontrar después de la muerte. Es en esta vida, en la cima de la existencia de este yo, donde él quiere encontrar la eternidad" (pág. 60-61). Más adelante, en la página 115 vuelve Saurat por el mismo tema con estas palabras: "La eternidad reemplaza la inmortalidad. Y esta eternidad es sentida en estos momentos eternos, en la tierra y no en un mundo por venir". Y en la página 153 reproduce este diálogo de Dostoyevsky en "Los poseídos":

—La vida existe y la muerte no existe.

—¿Usted cree pues en una vida futura y eterna?

—No, no en una vida futura eterna, sino en una vida terrestre eterna. Hay instantes en que de súbito el tiempo se detiene y se hace eterno".

*

* * *

Decíamos más arriba que el hombre tiene ante sí dos infinitos: el del pasado y el del futuro, en los que hay infinitas referencias. Frente a ellos hay en nosotros un número infinito de deseos y de fantasías, y el que nunca se extingan es la intención fundamental del hombre, y esta intención es lo que justifica la consideración de que el tiempo que le queda por vivir sea de tipo infinito. Cuando Leibniz ideó el cálculo infinitesimal ¿pensó acaso en la división efectiva de la materia?, ¿pudo imaginar lo que hoy son realidades: la existencia del atomismo y las fantásticas velocidades?. En la materia, la noción de infinito quisiera hacerse tangible. La física de Einstein ha dado al traste con la idea de infinitud en la propagación rectilínea de la luz. A pesar de esto ahí está en la mente humana más despierta que nunca la noción de infinitud. Parece como si cada vez que la fantasía se sintiese sobre cogida, la materia misma la ayudase a continuar su desenfrenado camino. No debe extrañarnos, pues, el

que el hombre imagine encontrar infinitas posibilidades ahora que la vida tiene más caminos a recorrer que nunca.

Pero insistimos aún sobre el mismo tema. Cuando el hombre imaginaba la eternidad en la edad media, la velocidad que le servía de tipo para apreciar las distancias era la de los agentes naturales y la de los animales. Ahora, la noción de velocidad es ajena al ser vivo. En el espacio se piensa como si no tuviera límites, como si se pudiera acortar o ensanchar según el personal deseo. Ya se puede dar la vuelta al mundo en algunas horas. ¿Es que esto no ejerce ninguna influencia sobre la psique humana? ¿No es el mismo pensamiento el que empleamos cuando hablando del futuro decimos que se puede recorrer a voluntad por la fantasía? ¿Es extraño decir, si consideramos el futuro como una longitud, que esa longitud puede ser dividida en un número infinito de partes y que esa infinitud puede llenarse por su propia naturaleza, por su mundo de fantasías y de creaciones? ¿Por qué hemos de negar al espíritu lo que concedemos a la materia y lo afirmamos en el espíritu?

Tanto la eternidad como la infinitud (cuando no hay límites) son dos conceptos contradictorios, pero el fundamento que la razón suministra para probarlo no constituye siempre un argumento válido. Volvamos al argumento de Zenón. Decíamos antes que la flecha avanzaba y daba en el blanco, a pesar de que Zenón negaba la posibilidad racional del movimiento. Es como cuando Hume negaba poder probar racionalmente la idea de causalidad, diciendo que la idea de causa no envuelve la de efecto; pero el caso es que los cuerpos chocan y se ponen en movimiento. Decíamos que había contradicción porque el movimiento es un continuo y el pensamiento es discontinuo. En cambio nosotros hablamos de un "infinito matemático". A ese infinito responde otro, no el de la razón, sino el del movimiento engendrado por la propia psique humana, porque ésta, cuando avanza hacia el futuro no lo hace con un razonamiento, sino en forma de continuo, como lo veremos dentro de poco, cuando hablamos de las fuerzas psíquicas. Por eso nuestro razonamiento no es contradictorio. Y sin embargo morimos, se dirá. Sí,

pero en tanto no morimos estamos viviendo como si no fuéramos a morir, como si tuviéramos infinitas posibilidades. ¿De qué dispone el concepto de eternidad que no tenga el de infinitud? De la creencia en que aunque se muera el espíritu va a continuar viviendo. Nada priva al hombre pensarla aunque crea en la infinitud. Sí, pero en ese momento el argumento de infinitud ha perdido su valor. La materia no pierde su fuerza aunque se le niegue el carácter de infinitud. Al fin y al cabo, en donde reside tanto el argumento de infinitud como el de eternidad es en nuestra fe.

Tanto hemos forzado el razonamiento que hemos llegado a la anterior conclusión, sin reparar en que el razonamiento, como antes dijimos, es inconciliable con el movimiento. Y aquí se trata de un doble movimiento: el del tiempo de nuestro futuro que va acortándose poco a poco, y el de una actividad, la de nuestra psique, que va creciendo lentamente para colmar aquél. La coincidencia de ambos es la vida en el presente actual, es toda la vida.

3.—*Las Fuerzas de que dispone el Hombre para ir hacia el Futuro*

En el proceso que es la vida personal surge el agudo contraste entre la *infinitud* de la vida que a cada uno le queda por vivir y la marcha discursiva de la conciencia. Vivimos en ésta verificando continuos cortes para formar sucesivamente los juicios. Y es ante estas soluciones de continuidad donde surge la necesidad de colmar, de llenar la infinitud del proceso con otros procesos que tengan también el mismo carácter de continuidad, de corriente ininterrumpida, y que en cambio no adolezcan de esas continuas interrupciones de la conciencia. Descartes había visto el pensamiento, el juicio, pero no había prestado atención a “lo” que hay inmediatamente antes y después del juicio.

El continuo del futuro no puede ser colmado por el pensamiento, por la vida mental “solamente”. Necesitamos de fuerzas que tengan también el mismo carácter de continuidad y de infinitud que el futuro. Estas fuerzas tienen que ser impulsos ininterrumpidos originales e inagotables como

es el infinito del tiempo contenido en el futuro, pero de tendencia contraria a esos procesos o corrientes, y estas fuerzas las encontramos en nuestra psique y en nuestro organismo. Dice Saurat: "El centro de Proust es su concepción de que en ciertos momentos de la vida entramos en comunicación con fuerzas profundas que pertenecen a un mundo fundamental". (pág. 106. o. c.)

El devenir vital no se interrumpe. La conciencia ve ese devenir y se da cuenta de que cabalga sobre el tiempo y de que vida y tiempo tienen el mismo carácter de infinitud. El sujeto ve su futuro en un puro devenir y en él piensa a cada instante. La masa inmensa del futuro avanza como un alud sobre el presente, y el ser humano se apresta a la lucha, a resistir y a hacerle frente. Pues bien, del mismo modo que el organismo dispone de reflejos que intervienen en el instante mismo para responder a la excitación exterior y salir victorioso, así también el alma tiene, en estrecha relación con el cuerpo, fuerzas de tipo psíquico y de tipo psicofísico, con las cuales se defiende, primeramente del tiempo que avanza impertérrito como la vida, en segundo lugar, de lo que en el tiempo viene. Es decir, que el hombre tiene en sí mismo los medios, que no son de tipo intelectual específicamente, con los cuales ataca el futuro, creando en cada momento la presencia suya correspondiente, esforzándose con la misma energía, tesón y ductilidad que las defensas orgánicas. Y entonces el hombre va elevando dentro de sí todo un edificio que lentamente va creciendo, y en el cual se encuentra el fundamento de la estabilidad y de algo más valioso aún: la posibilidad de la interpretación del mundo y de la postura del sujeto en él. En una palabra, el hombre sale triunfador de la vida. Este es el resultado del choque entre el infinito encasrado en el futuro personal y las fuerzas del alma humana que se dirigen hacia él saturándolo.

Vengamos ahora a pasar revista a los procesos psíquicos y psicofísicos de que ha poco hablábamos, y que nos sirven para hacer frente al infinito potencial que se presenta en el futuro.

Si observamos nuestra relación inmediata con el mundo

que nos rodea, veremos que existe un puente que hay que atravesar, que une nuestra conciencia y nuestra psique entera, y nuestro organismo, con ese mundo. ¿Cómo relacionar los cuerpos si no hay entre ellos un medio con el cual se llegue a formar un continuo? Las vibraciones que atraviesan la materia harán las cosas y personas accesibles a nosotros. Pero así somos algo pasivo. El pensamiento mismo y la conciencia son algo de pasivo, que dejan la iniciativa a ese mundo interior de fuerzas que los determinan. Responde el juicio, pero no basta, porque todos sabemos que hay en nosotros iniciativas originales que se nos imponen y que asimismo dirigen las vibraciones que nos llegan del exterior. Esas iniciativas residen en fuerzas que forman unitariamente un impulso, pero en el cual podemos distinguir diferencias fundamentales que nosotros vamos a tratar de precisar.

En tres grupos podemos dividir esencialmente esas fuerzas originales existentes en nosotros: fuerzas psicofísicas, fuerzas intelectivas y fuerzas psicológicas típicas. Todas estas fuerzas las podemos considerar en bloque como fuerzas psicológicas, pero debido a especiales características, hemos hecho la anterior distinción. En el primer grupo colocamos el impulso afectivo y el temperamento. En el segundo situamos la intuición y la inducción. Y en el tercero la ambición, el ensueño, la esperanza, la vocación, el vicio y la prisa. Estas fuerzas están en continua actuación y modifican el sistema vibratorio que nos liga a personas y a cosas, y a nosotros con nuestro cuerpo. Y todas forman el impulso vital que es lo que entendemos por alma. Sus orígenes los ignoramos, pero sus efectos los sentimos en cada instante de nuestra vida. Esas fuerzas saben "a priori" de la existencia de un futuro y lo atacan y se enfrenta con él en cada instante de nuestra vida, en cada momento de presente, para superarlo, para vencerlo, y para adquirir ellas mismas su entera plenitud. El dominio de la razón nos capacita para describir estas luchas, pero eso no es nada en comparación con la lucha misma. En este combate constante cuenta como liza auténtica el momento de presente. El sujeto puede hacer gala de su libertad, de su conocimiento, de su experiencia, como armas defensivas en

su camino vital, pero en el fondo no es lo esencial ese mundo consciente que se manifiesta en la conciencia y en lo que se llama fuerza de la voluntad, sino esas fuerzas básicas enumeradas, que son el motor de la psique humana en íntima unión con el organismo, pero que adquieran relieve y forma por el temor de ser anuladas, apareciendo quintaesenciadas en lo profundo de nuestra actividad debido el devenir temporal.

Las sensaciones, las imágenes, las percepciones, los juicios, los razonamientos, son elementos básicos para formular ideas, teorías o hipótesis, pero no son fuerzas ni corrientes que actúen en continuo movimiento como son las fuerzas enumeradas, las cuales son activas y se expanden cada vez que entran en contacto con nosotros mismos y con los demás.

Las fuerzas de que hablamos son corrientes originales, de un valor que supera a toda la vida consciente, con las cuales el hombre hace frente a la acción permanente de infinitud que cae sobre cada instante de presente.

Dice Max Scheler en "El puesto del hombre en el cosmos" (trad. R. de O. Madrid): "Bien se ve el error, el error fundamental de Descartes, que consiste en pasar por alto el sistema impulsivo de los hombres y los animales, sistema que sirve de intermediario entre todo auténtico movimiento vital y los contenidos de la conciencia y engendra su unidad" (pág. 119).

Las fuerzas que tiene el hombre están siempre dispuestas a saltar sobre el futuro a través del momento de presente. Evidentemente, según la edad del sujeto, las diferentes fuerzas no tendrán la misma presencia, pero esas diferencias no impedirán que se manifiesten. Será una cuestión la de estudiar estas diferencias psicológicas, pero ello no puede ser una objeción contra la existencia y perennidad de esas fuerzas.

Conforme pasa el tiempo se aproxima la muerte y, a pesar de eso, el tiempo que nos queda por vivir es infinito —decía yo más arriba. Esto, ya queda dicho; pero ahora insistimos en que tal hecho no se apoya en la realidad espacial, sino en la posibilidad de las fuerzas que están siempre dispuestas a penetrar en el instante de presente.

4.—La Negación del Infinito según Consentino

Consentino, a quien antes hemos citado, sostiene el antiinfinito. Entiendo que es justa su negación del infinito en el espacio y en el tiempo total y, sin embargo, yo me pregunto: ¿por qué él emplea continuamente la expresión “se llega forzosamente al infinito”? Y en frases como la siguiente se ve también la aceptación de la noción de infinito: “Y no es el número de elementos intermediarios lo que constituye la distancia, porque ellos son infinitos, tanto para una gran distancia como para una pequeña” (pág. 10. o. c.). Ese empleo de la noción de infinito revela que es necesaria para nuestra comprensión del tiempo y del espacio. Subrayamos en el final de la frase citada: “son infinitos, tanto para una gran distancia como para una pequeña”. Se nos podría haber objetado antes cómo rechazamos el infinito en el tiempo ilimitado y en cambio lo aceptamos para un tiempo limitado. Con la frase anterior Consentino no podría hacernos esta objeción. Y añadiremos también que si una recta indefinida no puede medirse, en cambio sí puede hacerse de un segmento de recta por muy pequeño que sea.

La idea del infinito matemático no es contradictoria. La idea de que entre dos términos de una progresión se pueden interpolar otros no encierra contradicción. Donde sí la hay es en el tiempo o en el espacio ilimitados. Pero la materia no se puede dividir hasta el infinito. Podrá acentuarse la división, como cuando Jean Perrin descubre que un gramo de hidrógeno contiene 800 mil trillones de átomos de hidrógeno. Asimismo en las interpolaciones sucesivas habrá que detenerse forzosamente. Y el tiempo que le queda a un hombre por vivir habrá de tener también un límite, pero podrá suponerse que el número de los instantes que aun vivirá es infinito. Es decir, que verá su vivir futuro como un número infinito de posibilidades. Y yo aplico a esas posibilidades la noción de infinitud. Eso es todo. Empleo como posible una noción que en los términos que lo hago no es contradictoria. La libertad gana con ello y la propia realidad de la vida también. No se trata de capricho o de mixtificación porque yo empleo un lenguaje matemático, que por lo

demas está a la altura de cualquiera que haya leido los preliminares del cálculo logarítmico. Lo matemático se ha transformado en posibilidad vital al contacto con la materia.

Naturalmente que no se traducirá tal idea por la de longevidad, pero sí se podrá pensar que el número de posibilidades en los presentes sucesivos, de decisiones a tomar, serán en número infinito. ¿Qué concepto utilizar si no se emplea el de infinito para comprender, para interpretar los innumerables momentos en que el hombre podrá vivir?. Todos los conceptos que se empleen tendrán que tener la nota de ilimitación. En esa noción de ilimitación se apoya el alma humana para desenvolverse. Quitadla de la fantasía y habréis anulado lo más valioso del hombre.

Podrá decírsene: ¿Y por qué reemplazáis la expresión de eternidad por la de infinitud?. ¿Qué gana la verdad con ello?. ¿Qué más da eterno que infinito?. Lo eterno, ya lo decía al comienzo, es un concepto que suele tener un sentido religioso, y lo religioso supone que el tiempo no tiene límites. Es decir, que no se tiene en cuenta la realidad biológica de la muerte. En todo caso, nosotros, hombres de nuestro tiempo, no podemos encontrar el sentido de lo eterno al margen de la vida y de la muerte. Los religiosos tienen su derecho a hacerlo.

Cuando empleamos la expresión de infinito no nos alejamos absolutamente de lo finito. Suponemos lo finito, pero imaginamos que una serie continua de finitos da margen a la fantasía del hombre para cubrir todo lo que no sean los finitos, y para establecer leyes que darán sentido perenne a la relación del hombre con la materia.

La afirmación del futuro, a pesar de la muerte personal, es un hecho esencial para la existencia humana. Y no hay modo de afirmar ese futuro más que afirmando el presente, puesto que a un instante sucede otro. Y ésta es la idea a que tiende la expresión de infinitud. Yo no encuentro otra para interpretar la realidad. Por lo demás, el hombre no tiene otro medio de decidirse más que pensando en esa continuidad del tiempo. El hombre se queda siempre con la decisión en la mano. Y eso indica que las fuerzas insertas en

su psique desbordan su presente, es decir, que "a priori" piensa que el número de momentos que hay ante él son infinitos. Por eso he establecido una ecuación entre el futuro, constituido por un infinito potencial, y las fuerzas de que dispone el sujeto que son de naturaleza infinita y que todas deben atacar ese infinito del futuro como un infinito en potencia.

El emplear la expresión de infinito como "conjunto de los innumerables momentos que le quedan al hombre de su vida personal" tiene la ventaja de ver su derrotero vital también como un conjunto, pero esta vez de decisiones, es decir, como la integración de los instantes del tiempo que son algo nuestro en una voluntad, en un ser.

Aunque yo diga que en nuestro infinito personal se pueda considerar un número infinito de puntos, no quiere ello decir que ese infinito sea dividido en partes efectivamente, sino que en él cabe simplemente imaginarlas; esto es, que en tanto yo exista tendré ante mí un número infinito de posibilidades que nosotros podemos imaginar, y que vistas desde nuestro presente actual harán que nuestras fuerzas, de tipo infinito, sean capaces de enfrentarse con ese nuestro futuro. Nuestra actividad vital tiene el mismo carácter que el futuro que llega sobre nosotros. Si en nuestro futuro hay un devenir indivisible, en nuestras fuerzas vitales hay también un devenir indivisible. Y a la posible presencia del futuro hace frente la actualidad de esas fuerzas.

5.—La Afirmación del Infinito en Dunne

Y he aquí que el escritor e inventor inglés John W. Dunne, contrariamente a Consentino, hace la afirmación del infinito. Dunne se apoya en el concepto matemático de serie para hacerlo. Creo, como Dunne y Wells, que el tiempo es consustancial con el espacio, pensamiento que es igual al de Einstein. La idea de serie lleva a Dunne, en brazos de la fuerza de la fantasía, del ensueño, a viajar por las esferas seriales. Dunne afirma en su libro "El tiempo y el ensueño" (trad. francesa "Aux éditions du Seuil. París. 1946) que la precognición es un hecho real. Partiendo del espacio tridimensional considera el tiempo como una cuarta dimensión.

Después dice que se necesita un segundo tiempo para apreciar el anterior, y así sucesivamente. Y Dunne, en contra del argumento incontrovertible de las antinomias kantianas afirma que "la regresión hasta el infinito suministra una indicación correcta y válida de la relación que existe entre el espíritu y su universo objetivo" (pág. 245).

Para Dunne la regresión hasta el infinito es válida. Para mí, no. La noción de Dunne es la de una serie divergente, la mía es la de una serie que tiene límites, esto es, una serie convergente. Y en esta serie yo considero el infinito como obtenido por interpolaciones sucesivas, sin complicar ni mezclar el devenir con el tiempo como cuarta dimensión; en primer término porque el tiempo es más que una dimensión, y en segundo lugar porque fiel a mi idea de que el tiempo y el espacio son continuos, existentes antes y después del momento de romperse la continuidad por la intervención de la conciencia y del querer, yo mido el tiempo como pudiera medir el espacio. Además, como se verá más adelante, yo distingo tres clases de ritmos en el tiempo: el psicológico, el colectivo y el histórico. Estos problemas del infinito no pueden darse más que en el ritmo psicológico en realidad, pues sólo en él es dable al sujeto desplazarse del presente con su imaginación. En cambio Dunne maneja la noción de infinito como una realidad tangible y llega, confundiendo el sentido de los dos tiempos, y esto es grave, el psicológico y el natural, a afirmar de manera absoluta que "El serialismo es una filosofía perfectamente legítima; es la que, en mi opinión, reemplazará un día a todas las demás" (pág. 259. o. c.).

6.—Lo eterno fuera y dentro de nosotros

En el continuo devenir el hombre no sería ni produciría nada. Frente al tiempo que avanza, ante el futuro que penetra en nosotros, hemos de tener algo que sea permanente. Hablamos del yo, de la personalidad, del individuo, del carácter, como algo de permanente y estable en nosotros; pero hablando del yo, las diversas escuelas filosóficas discuten su naturaleza sin llegar a coincidir. Sin embargo, todas las doctrinas tienen algo de valioso; en todas ellas se exponen hipó-

tesis y hechos consistentes, que prueban hay algo de permanente en nosotros frente a los acontecimientos cambiantes que acompañan al tiempo y frente al continuo devenir de la conciencia.

Pero si queremos encontrar lo que de permanente o eterno hay fuera o dentro de nosotros, caemos inmediatamente en las antinomias kantianas sobre el tiempo, el espacio, la libertad y la existencia de Dios. En cuanto a la primera hemos ya dicho que el tiempo como infinito, fuera de una longitud limitada, es contradictorio; por lo tanto tenemos que venir a considerar el tiempo en los límites de nuestra vida. Y entonces diremos que somos o existimos en instantes sucesivos, que podemos morir en uno de ellos, y sin embargo somos permanentes, porque ante nosotros existe siempre un instante. Si la vida no se interrumpe, ese instante existirá siempre. Esto no encierra contradicción. Es claro que la objeción es inmediata: ¿Y la existencia de la muerte? Pero la permanencia de que hablamos no quiere decir que la vida personal exista siempre, sino que la sucesión del tiempo para nosotros es continua y que vivimos sobre el supuesto de que hemos de dar cortes sucesivos en ese continuo. Luego lo que se plantea aquí es ver la posibilidad que hay en nuestra psique para atacar el continuo existente en nuestro futuro. Rechazábamos, pues, lo eterno fuera de nosotros y venimos a encontrarlo dentro. Lo eterno en nosotros es la posibilidad de forjar el presente. Porque existiendo esta posibilidad nos sentimos vivir y vamos creando la historia, que nos da nuestra idea de permanencia.

Nuestra idea de permanencia en el mundo nace de lo que encontramos de permanente en nosotros. Y recíprocamente, es también cierto que la identidad del mundo y de la sociedad producen el pensamiento de la perennidad en nosotros. Pero esa permanencia, donde se especifica y consolida es en cada momento de presente. En éste formamos sensaciones y percepciones, juicios, emociones, decisiones, etc. De ahí que nos veamos pasar de lo permanente a lo permanente, y que nuestra vida sea un conjunto de permanencias. Vivimos como si fuéramos eternos. El dicho clá-

sico de “vivere sub specie aeternitatis” es verdad para todos los seres vivos. La conciencia registra en todo momento nuestro devenir incesante, se detiene y atiende a cada instante en que se vive. La conciencia tiene un sentido de permanencia y en esto estriba el que vivamos atenazados por ella.

Guitton, en su libro “Justificación del tiempo” (P. U. F. París. 1941), habla de la división del presente y dice que hay en éste dos partes: una que toca a la eternidad y otra a lo temporal. Pero yo doy la nota de eterno a lo temporal cuando pasa por nuestra conciencia y evito esa división, porque para mí el problema vital no es trascendente, sino inmanente. Decía Jesucristo: “¿Queréis que os diga lo que me contiene el creer en la vida eterna? Es esta satisfacción casi perfecta que yo experimento en el esfuerzo mismo y en la realización inmediata de la felicidad y de la armonía”. (Citado por Guitton. Pág. 64. o. c.). Es en la presencia donde forjamos el momento de actualidad. La ausencia queda latiendo fuera de él, pero es la presencia la que da la seguridad y realiza la coordenada esencial del presente y de la vida. Lo eterno no está en la ausencia, sino en la presencia. No puede haber eternidad de lo que no ha existido. Para persistir hay que existir primeramente. La persistencia implica la existencia.

Bergson, cuando establece como fundamento de la vida creadora el “impulso vital”, pone un acento místico en sus palabras. Si hubiera apartado este misticismo, creo que hubiera matizado el sentido del “impulso” para ver sus componentes. Pero, primeramente, para distinguir en el impulso incontenible de la psique las fuerzas que a mi juicio lo componen tendría que haber visto el porqué de la infinitud del “impulso”. Y para ello hubiera hecho falta ver antes si el “impulso” responde al infinito que se ha de desarrollar en el futuro de nuestra vida. Porque si hay un infinito ante nosotros y nuestra vida va a continuar, tendrá que haber capacidad en nosotros para atacarlo con fuerzas de tipo infinito como lo es nuestro futuro. No basta decir que es la imaginación, o la energía creadora, lo que constituye ese infinito; hay que ver en qué se especifican, analizarlas, ver cuáles son los so-

portes o pilares "concretos" sobre los que se canalizan las energías psíquica y orgánica. Se dice que ese "impulso" reside en el espíritu, pero asimismo reside en el cuerpo, porque el temperamento, por ejemplo, depende tanto del cuerpo como de la psique; pero en fin, como ya otra vez dije, podemos adoptar el nombre genérico de fuerzas psíquicas.

En el capítulo V insistiremos sobre el problema de las fuerzas psíquicas. Por el momento terminaremos diciendo que la pluralidad de las fuerzas psíquicas aparece al considerar la vida como una sucesión de instantes. Vista la vida sólo como un continuo surge la idea del "élan", del "impulso", pero no de las diferencias existentes en el seno de ese "impulso", y todos sabemos que son notorios los matices de los instantes y que por lo tanto no pueden ser atacados siempre de la misma manera. He ahí por qué es preciso establecer fuerzas diversas. El instante, lo que casi todos niegan, es lo que hace presente la realidad vital que todos aceptan y que todos atacan en virtud de poseer fuerzas psíquicas, cuya existencia acaso no todos acepten tampoco.

CAPÍTULO III

LOS RITMOS TEMPORALES

1.—*Tres presentes diferentes y tres ritmos distintos del tiempo*¹

Podemos distinguir con Bergson y otros filósofos dos tiempos distintos: uno objetivo y otro subjetivo. El primero es el natural, el astronómico, el cual es común a todos, pues por él ponemos los relojes en hora, y el segundo es el psicológico, el personal. El tiempo relojero es el de nuestras ocupaciones diarias, y el personal es el de nuestro humor cambiante, el de nuestras ambiciones y deseos. Y el hombre vive en lucha permanente entre ambos. Si se somete al primero es por una necesidad absoluta, mas siempre que puede se evade de él. Pero hay un tercer tiempo, de características especiales, que es el histórico, el cual tiene la máxima importancia, pues es donde el genio del hombre planta lo que en la naturaleza no existe: su historia, su cultura.

Para precisar los tres tiempos o ritmos señalados habremos de detenernos en los tres presentes correspondientes. El presente es lo esencial en el tiempo, es lo que crea, y con él surge el ser. Una vez aquél afirmado queda fraccionado el continuo del tiempo y se establecen el pasado y el futuro.

Vengamos primero al tiempo psicológico. En el ensayo que yo publiqué en 1934 sobre "El concepto de la actualidad", decía que: "La idea del pasado y del futuro dependen

¹ Advertimos al lector, que donde empleamos la palabra "tiempo" deberíamos decir "ritmo", pero conservamos aquella expresión para ser más familiares en nuestra expresión, aunque solemos emplearlas indistintamente.

del punto en que el sujeto se sitúe como presente para actuar desde él". (pág. 73). Esto revela que en el tiempo psicológico no queda afirmado el presente más que por el propio sujeto, de acuerdo con sus propios deseos.

En el tiempo colectivo el presente no nos pertenece. Es un presente que la sociedad nos impone, impersonal. El tiempo psicológico se oculta temeroso ante él lo mismo que la tortuga retrae la cabeza a la más leve excitación exterior.

En el tiempo histórico es el hombre quien impone el presente a los demás, lo forja él con su esfuerzo, creando así un sentido original de actualidad. Eso quiere decir que acepta la vida porque la comprende y quiere mejorarlala para elevar su nivel.

Si hubiéramos de traducir brevemente la significación de los tres tiempos, diríamos que el psicológico se resume en la expresión deseo, el colectivo en la de obligación y el histórico en la palabra creación. Atienda el lector a los ritmos diferentes que en él evocan estas tres palabras: "deseo, obligación y creación", y verá tres actitudes, tres maneras de vibrar del alma radicalmente distintas.

La vida que se puede llamar humana, porque es la de todos, es la que se desarrolla en el tiempo subjetivo, esto es, la del deseo. En él caen las emociones, los sentimientos, las pasiones y los pensamientos personales. Todas las reacciones de tipo personal no pueden producirse, ni en el tiempo que marca el meridiano, ni en el de la cultura creadora. El tiempo psicológico es el incomunicable, el que da ritmo personal, el que nos diferencia de todos los demás y el que nos hace inaccesibles. Es el que está en íntimo contacto con el temperamento.

En el presente colectivo vivimos obligados. En el momento que salimos de nuestra esfera personal dejamos de pertenecernos. En él no atendemos a nosotros, sino a los demás, o a la naturaleza externa. Si vamos por la calle tenemos que prestar atención a las señales de la circulación, de no hacerlo así un auto puede aplastarnos, o un agente detenernos. Si vamos a clase tenemos que situarnos en el tiempo común a los alumnos y a nosotros. Si intervenimos en un

litigio hemos de defendernos. Es decir, que en el presente social o colectivo hay que vivir en conexión íntima con los demás, sometidos al tiempo que los relojes nos imponen.

En el tiempo histórico, el que crea algo, de la índole que sea, es porque de antemano ha pensado que el hombre es un defensor de toda la especie humana y tiene que forjar los elementos adecuados para su vivir, y entonces sale de la esfera angosta del individuo, familia o grupo para vivir en un ritmo de vida que no coincide, ni con el psicológico, ni con el colectivo. Ese hombre despierta la atención de los otros, pero no al modo del abogado que nos defiende, del policía que nos llama la atención, o del alumno que nos responde. Ese hombre obliga a los demás a cambiar de hábitos, altera la visión del pasado y produce inquietudes nuevas. Si de una ojeada pudiéramos darnos cuenta de todo lo que el hombre ha hecho o creado, desde la vasija de barro para cocer los alimentos, desde la escoba para barrer, hasta el invento más complicado, o la obra literaria o artística más selecta, tendríamos una noción de ese ritmo temporal en que el hombre vive entregado a acciones creadoras, creadoras por insignificantes o humildes que parezcan.

No hay realidad actual que no envuelva una historia, sea objeto, doctrina, individuo o grupo. El tiempo histórico es aquél en que han vivido o viven los que ponen un acento de simbolismo o universalidad en sus actos, son los que viven en ciclos que sobrepasan las personales ambiciones. Mas ¿qué tiempo es ése?, ¿quién lo cuenta? Tenemos la obsesión de contar el tiempo. Yo no sé si sería así en las épocas antiguas, cuando el reloj de agujas no existía, pero hoy llevamos el movimiento de ellas inserto en nuestra médula. Ese tiempo histórico sale de las entrañas del sujeto consciente y se dirige a la humanidad entera, creando un derrotero genérico, con un sentido propio y sobre el que cabalga una época. Todo el inmenso conjunto de hombres que viven o aspiran a vivir en el ritmo histórico crea un ritmo, un tiempo, que es fuerza o voluntad. Interpretaré esto como un simple hacer, como un hacer que surge en el tiempo común; mas el género de presente que en él se forja no responde ni a leyes

ni a órdenes, sino a actos del individuo que se afirman por el propio querer y que coge cada hecho en el punto que otros lo dejaron y lo transmite, transformado, a los que han de sucederle.

2.—Consecuencias de la existencia de los tres presentes

Vamos penetrando en la corriente del tiempo que hay en nuestro futuro, y conforme avanzamos esa corriente va adentrándose en nuestra conciencia y dividiéndose en otras tres: una, es la del tiempo psicológico, otra la del tiempo colectivo, y otra la del tiempo histórico. Pero el hombre las vive indistintamente y a veces pasa de una a otra sin darse cuenta en la barahunda de la acción, aunque conservando su tipo personal; así sus acciones están teñidas por una de las tres modalidades.

Dos aspectos distintos tiene el hombre que vive en el tiempo psicológico: uno es el de su querer y su fantasía, y el otro el de su conciencia. La fantasía es la que produce el ambiente propio para su liberación. El sujeto, apoyado en los demás, pretende no permanecer en el presente colectivo, como antes dijimos, de ahí que trate de evadirse y cree un ritmo personal de vida, fantástico, donde se realicen sus ansiedades, sus deseos, sus ensueños; en fin, donde sea protagonista. Ese mundo es el que se llama ordinariamente el reino de la felicidad. Mundo quebradizo, donde pululan las mayores ilusiones del hombre, mundo de la dorada soledad, en el cual se refugia en muchos instantes de su existencia.

El segundo aspecto del tiempo psicológico es el de la conciencia, la cual acompaña al sujeto como un monótono vigía; pero como su continua presencia le atenaza con exceso, trata de liberarse de ella siempre que puede en la línea de su fantasía. El sujeto pasa a cada momento revista a su vivir cotidiano y lo compara con su vivir anterior y con el que quisiera conseguir en el futuro. Reflexiona sobre la forma de vida que quisiera llevar en éste con tendencia a mejorarlala. Se representa a las personas que conoce, los hechos en que

interviene. Odia a los que impiden su éxito y siente antipatía hacia los que no son amables con él. En ese instante se aleja hacia el pasado o hacia el futuro y coloca el presente de su ilusión donde quisiera obtenerla; entonces se abstrae, pero la conciencia nuevamente reclama sus derechos, y así va el sujeto dando tumbos en su soledad, entre sus ilusiones y su rígida conciencia.

El hombre que vive en el tiempo psicológico forma un gran contraste con el que se desenvuelve en el tiempo social o colectivo. Todos los hombres tenemos que vivir en sociedad, pero hay unos a los que cuesta mucho trabajo adaptarse y otros que se desenvuelven en su ambiente como peces en el agua. Estos últimos son los que llevan el peso de la vida diaria. Viven al margen de su vivir interior y piensan únicamente en sus beneficios personales, en sus intereses. Son los hombres plenamente adultos. Lo infantil se ha eclipsado en ellos casi absolutamente y no saben de la significación de lo histórico.

Vengamos ahora a las consideraciones sobre los que viven en el tiempo histórico. Estos hombres viven una vida que trasciende del tiempo genérico. Trabajan y se esfuerzan como si el tiempo fuera eterno. Viven entregados a una faena personal, pero que afecta a todos. Son hombres profundamente apasionados, pero tienen el poder de liberarse de pasiones inútiles, conservando sólo las que apoyan sus designios creadores. Por eso difieren de los que viven en el tiempo subjetivo. Son los hombres que sueñan en la posibilidad de obtener la verdad, el bien y la belleza. El hombre que vive en el tiempo colectivo habla de estos términos sin ninguna convicción efectiva en ellos, porque en el fondo es un escéptico; pero es innegable que existen hombres cuyo esencial objeto es crear la belleza, practicar el bien, o investigar la verdad.

La división que nosotros hemos hecho en tres tipos de hombres no quiere decir que obren como comportamientos estancos, o como si fueran tres clases sociales, pues en todo hombre se dan los tres tipos, pero cada uno de éstos acusa un predominio y los dos otros rebajan su tono en presencia

del auténtico. Desde luego, en todo hombre se da el tipo psicológico. Todos tenemos deseos, todos somos accesibles a simpatías y antipatías. Y en todos se da también el tiempo colectivo. Y en esto hay una ventaja para el hombre de ritmo histórico, pues los de los tiempos psicológico y colectivo no pueden acceder a su esfuerzo creador.

Por lo demás, los hombres complementan sus diversos ritmos en la sociedad, aun sin darse cuenta. En grandes líneas, lo que rige nuestra vida de relación son los conjuntos rítmicos. Socialmente se es lo que corresponde a cada ritmo en coincidencia con el volumen de las fuerzas psicológicas y de un cierto destino personal. Los hombres se van estratificando, categorizando, según sus ritmos propios. Los de ritmo histórico ascienden en su labor por su impulso intenso e íntimo, pero como quiera que en todos los hombres hay un cierto ritmo histórico, se realiza la unión de estos ritmos desperdigados, aun de los que poseen mínimas vibraciones, y los lanzan en apoyo de los que tienen un ritmo histórico acentuado para salvar y procurar así la eclosión de los designios civilizadores de la humanidad. Respondiendo a un impulso análogo, los de ritmo colectivo se agrupan tácitamente en los puestos destacados del éxito material a lo que son impulsados, aparte de su propia ambición, por los de ritmo histórico y psicológico. Los primeros les dan directrices y los segundos ayúdanles a perseverar en su misión. A su vez los de ritmo colectivo dan facilidades a los de ritmo histórico para desenvolver sus actividades creadoras y obligan y someten a los de ritmo psicológico a limitarse en sus funciones sociales a una esfera restringida. De esta manera los hombres, obedeciendo a sus ritmos auténticos e independientemente a veces de opiniones o razones individuales, van forjando sus personalidades en los puestos de producción y se verifica un equilibrio en cierto modo estable dentro de la inestabilidad propia de la vida social.

*

* * *

Con la clasificación de la conducta de los hombres según el ritmo temporal yo veo ocupar un lugar definido, neto,

muchas opiniones y actitudes a las que no podía encontrar sentido por estar hechas en una sola vía, la de la comprensión del tiempo en sentido único. En realidad ellas debían ser interpretadas en el instante mismo en que fueron concebidas, o expresadas teniendo en cuenta las vías diversas que corresponden a la intimidad de cada individuo, el cual vive continuamente saltando de un ritmo a otro y haciendo a causa de ello cosas de una extraordinaria complicación y de las que él mismo no se da siempre cuenta. Es demasiado tarde cuando el hombre de ritmo histórico aplica su espíritu científico al estudio de tales conductas y trata de captar su oculto sentido, dando así forma a la vida de la cultura que encontramos disecada en los libros y monumentos.

3.—El tiempo social o colectivo

En este ritmo temporal los hombres se ven obligados a vivir en un mismo presente. Todo les fuerza a ello. Tienen los mismos días y las mismas horas como lecho común. Han de realizar funciones en las que la coincidencia ha de ser completa.

Somos lo que los demás nos impongan, lo que la función social nos dicte. Entonces, los tiempos psicológico e histórico se resienten, porque sus correderas no funcionan y los pasados y los futuros de ambos se ven obligados a empequeñecerse, a desaparecer por escotillón. En el tiempo colectivo todos nos esclavizamos en el mismo presente. Y sólo así es posible que la sociedad subsista. Pero en este presente surge algo que para la formación del espíritu tiene el máximo valor. En el interés común se polariza la atención de la persona. Y en el momento común se da forma a los conceptos, a los juicios, al lenguaje, y tratan de cristalizar las ansias de éxito y en general se ponen a prueba las fuerzas psicológicas que sirven de base a la vida del hombre. Los sentimientos se van sistematizando, y en las interrupciones que los demás operan en nosotros periódicamente, encontramos fundamentos para renovar y ensanchar nuestro espíritu. En estos cortes el hombre vuelve a su tiempo psicológico, reflexiona, lucha internamente. Si se alejó en brazos del tiempo

histórico, sus elucubraciones le harán darse cuenta del sentido de la vida. De ambos tiempos volverá purificado al medio del tiempo colectivo. De esta manera encontraremos en los tres tiempos un sentido creador. El psicológico da caminos a la libertad, el social posibilita el éxito, que es acaso la más dura obligación existente, y el histórico es el impulsor de nuevas formas, necesarias para la renovación de la vida.

Lo plástico del tiempo colectivo se manifiesta en la actualidad colectiva, formada por el conjunto de hechos límites de los individuos, esto es, por la suma de los éxitos y fracasos cumbres de cada cual. Un invento, una innovación, es un hecho límite. Un crimen es también un hecho límite. Estos hechos constituyen el atractivo de la curiosidad general. Antes, los hechos límites eran conocidos sólo por los que vivían cerca de los sujetos que los producían. Hoy, debido a las facilidades de las comunicaciones, nadie los desconoce. Con la aparición de los grandes rotativos, del cine, de la radio, de la televisión, las noticias afluyen, saturan y colman nuestra curiosidad. Y el presente colectivo es inmenso, hasta el punto de que a la vista de un periódico estamos obligados a hacer una clasificación de los hechos límites si queremos leerlo con sentido. Una página que no nos interesa en el periódico es para nosotros como una ciudad desconocida. En ésta no podemos abarcar los diversos tipos de personas. Hablamos de ellas, nos relacionamos con muchas, pretendemos encontrar en sus rostros algún parecido con caras amigas, pero inútilmente. Cuando vivimos en país extranjero ocurre lo mismo. En las grandes ciudades, sobre todo, no se repará en nada ni en nadie. El bosque nos impide ver los árboles, como suele decirse.

Uno de los fenómenos sociales que más me han sorprendido siempre ha sido la actuación de las grandes orquestas. Es cosa maravillosa ver cómo ante un centenar de hombres cada uno entra en funciones exactamente en el instante en que el director, siguiendo la partitura, le requiere. Desde que el tiempo se ha amplificado, que es cuando la máquina ha adquirido carta de naturaleza en el hombre moderno, las empresas, las grandes colectividades, las enormes fábricas, el

Estado, han tomado el aspecto de orquestas de proporciones monstruosas. En ellas el ritmo colectivo liga a los causantes. El tiempo se impone a todos como en una grandiosa sinfonía. Cada cual ocupa su puesto cuando se le dice, y lo abandona en el instante que se le indica. No se permite desafinar. Lo que vale es la función que se realiza, no quien la hace. La persona no cuenta, lo que tiene importancia es el servicio. Colectivamente, lo mismo da estar arriba o abajo en la escala social. El rey o el presidente de una república es un empleado más; tal automatismo ha adquirido la vida del Estado. Si muere, se le reemplaza, y el Estado sigue marchando. Y lo mismo da que pase un año o que pasen diez. Si vosotros os vais de una ciudad y volvéis a ella después de veinte años, encontraréis los servicios lo mismo que antes. No encontraréis iguales funcionarios, acaso tampoco estén en pie los edificios primitivos, ni serán iguales los instrumentos de trabajo, pero el servicio, sí. El ritmo social no depende de una psique personal. En cambio el ritmo psicológico es el de la vida. El sujeto nace y muere. En la sociedad no hay idea de la muerte porque la continuidad de la función hace que se olvide. Lo que sobrecoge al hombre moderno es que encuentra entre sus manos una eternidad real. Los servicios que organizan el Estado, o las corporaciones, funcionan con la regularidad de los movimientos astronómicos. Antes de la aparición de las grandes nacionalidades, el peligro de muerte de las pequeñas repúblicas, o de los minúsculos reinos, era muy grande, y todos seguían las vicisitudes de las vidas de sus jefes. Los reinos y repúblicas nacían y morían con ellos. Entonces, el tiempo colectivo era un tiempo psicológico ensanchado, agrandado. Hoy, el tiempo colectivo pretende anular el tiempo personal, reducirlo al mínimo. Y esa reducción no se ha operado por deseo expreso de los hombres, sino porque los pequeños Estados se han ido integrando en otros mayores, porque los inventos han impuesto una nueva noción de la organización social, en la que el ritmo temporal colectivo ha ido abarcando paulatinamente mayor número de hombres, porque la velocidad ha unificado los ritmos psicológicos en

un enorme ritmo colectivo, como si los hombres se hubieran transformado en materia cósmica.

Las constituciones modernas afirman que los hombres son iguales en derechos por tener la misma naturaleza. La religión cristiana anula al individuo porque éste simboliza el vicio, y afirma en cambio la noción de persona. Rousseau tiraba piedras contra el tejado social sin saber que era de vidrio, y ponía al individuo en toda su salvaje realidad. Seguidamente ideaba el contrato social para que el individuo conservase lo más posible de esa realidad al verse obligado a ser persona.

La política dice al individuo: tienes derecho al goce, si no conculcas la ley que yo establezco para la defensa de todos. La religión le hace la promesa de la felicidad eterna a condición de ser virtuoso. Y entre felicidad prometida y obligación impuesta el individuo siente que no le llega la camisa al cuerpo. La religión, que nos recuerda en todo momento "moriri habemus" promete algo. El Estado, que no puede imaginar la muerte, se simboliza en el garrotazo y tente tieso. El Estado nos trata sin piedad. La religión es más humana y nos mece en nuestros recuerdos infantiles. La religión practica la psicología. El Estado no tiene por qué ser psicólogo porque tiene más fuerza que todos juntos.

En el tiempo colectivo las personas no son seres en formación, sino definitivos y acabados. No son más que lo que sea su aspecto exterior. La vida jurídica, creando la persona, ha dejado vacío al hombre. El escepticismo lo ha ganado. Añadid a esto ahora que el huracán de la vida moderna ha hecho de él un ente ensartado en el tiempo colectivo, un ser de reflexiones rapidísimas, tan rápidas que a veces llegan a ser nulas, y de sentimientos limitados. Se habla con melancolía del egoísmo o de la mala fe en la sociedad, pero no se repara en que el ritmo colectivo impide la actuación sensible. Ese tiempo lleva una dirección en su marcha, un ritmo propio y único. Rebelarse contra él es absurdo. Es como si a una rueda que marcha en un sentido quisieramos obligarla de pronto a girar en sentido contrario. Los hombres que viven en el tiempo colectivo, y en momentos deter-

minados lo hacemos todos, no actúan como seres sensibles porque van al ritmo de la avalancha, de los motores. Por eso la sociedad nos produce la impresión de aislarnos. Esa impresión la tenemos cuando marchamos por las calles. Andamos acosados, porque las calles no están hechas, sobre todo en las viejas ciudades, de acuerdo con las necesidades de la circulación moderna. El motor, la velocidad, ha dislocado las ciudades. Estas estaban construidas para que las personas y los coches y carros de tiro de sangre circulasen por sus calles. De pronto han hecho irrupción los automóviles y los camiones, y a veces varios camiones enlazados, y las aceras se han reducido al mínimo. Y las ciudades crecen, como decíamos en el capítulo I, mas el hombre se siente arrinconado.

Pero el tiempo en que el hombre vive no es exclusivamente el tiempo psicológico, ni el tiempo colectivo. El ritmo temporal es un continuo y entre ambos la vida humana tiene una serie de jalones en los que puede reposarse de vez en cuando. En realidad, si no fuera por el tiempo psicológico-colectivo, del que nos vamos a ocupar seguidamente, si viviéramos colgados de las aspas de un reloj exclusivamente, bien en la soledad de nuestro tiempo, o incluso en la transcendencia del tiempo histórico, la vida sería para nosotros impenetrable y la sociedad insufrible.

4.—La interacción de los tres tiempos

Algunas veces, para ver la continua vigilancia y la sorprendente energía que vibra en cada instante de presente, yo he interrogado en la calle o en el "metro" a personas que jamás había visto, pero para hacerlo me he insertado en la calidad del instante en que estaban viviendo, sometiéndome al ritmo particular suyo, el cual se ponía de relieve por factores externos. Así, por ejemplo, si veía una persona que llevaba un perrito en sus brazos, inmediatamente podía entrar en su ritmo psicológico ensalzando las gracias o la belleza del animal. Si junto a mí viajaba en el "metro" una persona que leía una revista de electricidad donde se hablaba del microscopio electrónico o de la televisión, al interrogar a la persona inopinadamente, me insertaba en su ritmo

histórico y se establecía, sin transición, un diálogo acerca de estos maravillosos descubrimientos, que no era interrumpido más que por la llegada al término del trayecto.

Tanto el diálogo en el ritmo psicológico, como el realizado en el ritmo histórico, tenían lugar dentro de la mayor cordialidad, como si la persona interrogada y yo hubiéramos sido viejos amigos. Ambos habíamos coincidido en el mismo ritmo temporal, que era la causa de que ni sintiéramos transcurrir el tiempo, ni nos alterase el espacio cambiante.

Podemos entrar igualmente en el ritmo colectivo. En cualquier instante que preguntemos a un agente en funciones de servicio acerca de la situación de una calle, por ejemplo, nos responderá inmediatamente para satisfacer nuestra pregunta. Al penetrar en un comercio cualquiera y pedir un artículo determinado, el empleado entablará un diálogo con nosotros para vendernoslo. Estos diálogos impersonales insertos en el ritmo colectivo ligan a las personas con igual fuerza que los ritmos psicológico e histórico; sin embargo, en ellos se actúa en el plano impersonal y frío de la conciencia y no se presente lo que de intimidad y ansiedad calurosa hay en el hombre. Los tres ritmos son impulsados por las fuerzas psicológicas, que están siempre prestas a actuar en el instante, pero no conociendo a las personas interrogadas es imposible hacer interacción entre los tres ritmos.

El tiempo colectivo fuerza al hombre a buscar coincidencias con otros seres de vibraciones sincrónicas a las suyas. La misma prisa en que vive y su aislamiento le obligan a zafarse de ese monoritmo colectivo para constituir grupos reducidos en los que su capacidad y su ritmo encuentren eco.

Pero la división de la naturaleza humana en los tres ritmos típicos que nosotros hemos señalado: psicológico, colectivo e histórico, no es tan tajante que impida las interacciones entre ellos.

No se puede decir que el hombre de tipo histórico, o que el de tipo psicológico, vivan de continuo y exclusivamente en sus tiempos respectivos, como tampoco que el ser de tipo colectivo lo haga siempre en el tiempo común. Las

influencias entre ellos son mutuas. Entre esos tipos surgen otros intermedios, como por ejemplo, el psicológico-colectivo. Y también, recíprocamente, los ritmos arremeten contra el colectivo para tratar de modificarlo. Vamos, pues, a pasar sucesivamente revista a estos nuevos aspectos. Ocupémonos primero de la vida del hombre en el tiempo psicológico-colectivo.

La profesión agrupa a los hombres en asociaciones o sindicatos con objeto de establecer lazos afectivos y de defender sus intereses. Otras veces es un defecto físico, como la ceguera o la sordomudez, lo que les reúne. O también el pasado común, como el ser antiguos combatientes de una guerra. El llamado espíritu de equipo se forma en el trabajo profesional sobre la base de un fin común, de una tarea en la que participan varias personas, entre las que llegan a despertarse simpatías mutuas, y de esa manera el esfuerzo no se hace tan penoso, porque sienten menos transcurrir el monorrítmico tiempo colectivo. Se hace así una fusión de los ritmos psicológico y colectivo de que hablamos. En fin, las causas de las agrupaciones son múltiples, pero hay relaciones sociales que son independientes de tales fines positivos y concretos, como sucede con las originadas por los sentimientos. Estos impulsan a todas las personas a relacionarse; mas ese impulso tiene que limitarse, no puede irradiar a todos, ni de cualquier manera. Y no lo puede porque los seres son muy diversos, porque no todos aceptan nuestra influencia, ni nosotros la de todos. Lo que fundamentalmente limita estas relaciones es la simpatía. La simpatía agrupa a las personas. La vibración conserva los lazos. ¿Cómo si no fuera por las continuas vibraciones semejantes podrían tolerarse las personas que viven en continua presencia? Cada uno tiende a salir de su tiempo psicológico con los menores riesgos posibles. Esta salida para formar un grupo ha de verificarse por un fin común, que tiene por base esas vibraciones comunes. Es muy difícil que esas vibraciones encuentren eco en muchas personas. Son posibles a base de limitarse, de restringirse. Bajo su influjo la visión rápida de seres o paisajes desconocidos se aprecian tem-

ralmente. Cuando esa primera impresión ha tenido lugar surgen otros factores que influyen en las relaciones humanas, tales como el económico, el lenguaje, la nacionalidad, la raza, la religión, la familia, etc. Pero si se pudieran eliminar esas diferencias, cosa evidentemente imposible, los hombres se relacionarían por las propias vibraciones y el mundo sería un concierto vivo. Es claro que entonces los lazos sentimentales serían más espontáneos y los grupos que de ellos surgieran se formarían teniendo en cuenta el ritmo psicológico-colectivo. En el seno del ritmo colectivo los hombres no podemos abrirnos enteramente a los demás, y al replegar nuestros sentimientos se van formando en la sociedad círculos más o menos limitados, como los del amor de hombre y mujer, luego más amplios, como los de la familia, las del grupo de amigos, las sociedades musicales, deportivas, etc. En todos estos grupos cuenta sobre todo el tiempo psicológico, esto es, la vibración personal, pero también una vibración específica del tiempo colectivo. Es un tiempo colectivo limitado. No es el tiempo colectivo amplio, social, impuesto por la ley y el tiempo naturales. Es un ritmo en el que se quisiera vivir sin salir de uno mismo, pero estando acompañado. Es un tiempo hecho a base de ritmos iguales, de ambiciones semejantes, de prisas similares, de apreciaciones parecidas, de gustos coincidentes, de ideales comunes; es decir, de un conjunto de aspiraciones que participan de una nota unitaria. En el grupo o los grupos así formados se permiten las explosiones del tiempo psicológico, puesto que los que forman parte de ellos tienen fundamentalmente una vibración semejante. Dentro del grupo, pues, las personas pasan del tiempo psicológico al tiempo colectivo restringido sin grandes fricciones, y eso es lo que hace posible su existencia. El límite de las reacciones violentas de cada sujeto es conocido o previsto por los demás y la intuición de ese límite es lo que hace posible su existencia. La ley del grupo psicológico-colectivo es temperamental, vibratoria, psicológica. Es un tiempo subjetivo, que sin dejar de serlo abarca a otros sujetos de parecido tiempo, formando un tiempo *sui generis*. De esta manera, todos esos grupos forman como

pequeños círculos tangentes dentro del gran círculo social; los que los integran se dan cuenta de la afinidad reducida, limitada, y no osan desbordarse, convencidos de las mutuas diferencias vibratorias. El derecho regula las relaciones entre los elementos componentes de esos grupos, como sucede en el matrimonio, la familia, las asociaciones, etc.; pero en general existen todas por el libre consorcio de sus miembros, ya que es la libertad lo que les ha dado nacimiento.

El niño es un ser que vive esencialmente en el tiempo psicológico; mas por su necesidad de jugar tiende a relacionarse con los demás niños. Es al fin de la niñez, hacia los doce años, cuando su ritmo colectivo se desenvuelve, que abarca todos los fenómenos y comienza entonces a atisbar la existencia del tiempo común, como dice Piaget en el prólogo de su libro "El desenvolvimiento de la noción de tiempo en el niño". (P. U. F. París. 1946).

Vamos a pasar ahora a ver las interacciones existentes entre el tiempo histórico y el colectivo, que tienen bastante semejanza con las que acabamos de ver existen entre el psicológico y el colectivo.

El hombre de ritmo histórico se pierde dentro del ritmo colectivo. Lanza hacia la sociedad sus innovaciones, sus descubrimientos, por su necesidad de obtener éxito, para contribuir al mantenimiento de sus necesidades materiales, pero en el momento que puede se evade de aquélla para concentrar sus esfuerzos y continuar su trabajo. El hombre de ritmo histórico vive en contacto con su acción, considerándola como la acción de todos, pero no puede estar con todos materialmente, sino que ha de vivir en un círculo reducido de hombres. Habrá tantos círculos como preocupaciones básicas existan en la sociedad. El físico se relacionará con el físico, el poeta con el poeta, el músico con el músico, pero estos círculos se restringirán hasta reducirse a la más mínima expresión en virtud del principio de las afinidades electivas. Y cualquiera que tenga preocupaciones creadoras, en cualquier esfera o actividad, se reunirá o tenderá a hacerlo con los que se orienten en sentido semejante, porque en esos círculos se vivirá la historia y se la sorprenderá en sus íntimas

transformaciones, en las que se verán coincidir los hombres a causa de las vibraciones similares, y cada uno de los círculos representará la sensibilidad específica de cada grupo de ellos. Todos estos hombres viven esparcidos por el mundo, muchos de ellos no se conocen, pero viven entregados a las mismas tareas, centrados en esfuerzos similares, y coincidiendo fervorosa y tácitamente en una estrecha amistad.

El ritmo histórico vive alerta siempre en el hombre, pero es sobre todo en la edad madura cuando adquiere la plenitud en su desarrollo, porque entonces el hombre necesita encontrar sentido y forma a su existencia.

5.—*La rebelión contra el ritmo colectivo*

Las normas de la vida colectiva son rígidas. Cada hombre vive entregado a la tarea diaria de su profesión, a la que dedica la mayor parte de su tiempo, y tiene que hacerlo con máxima atención, porque de ello depende su subsistencia y su éxito personal. Aparte de su profesión tiene también otras actividades, y en todas tiene que comportarse hábil, disciplinada y enérgicamente. Pero en todas las cuestiones en que se ve mezclado ha de someterse a normas genéricas de tipo social y de las que no puede salirse si quiere conservar la posición que ocupa en la sociedad. Todos han de vivir con rigor y disciplina, pero no lo hacen con igual acento que los que encarnan esencialmente el tiempo colectivo. El agente de la circulación, por ejemplo, no se puede permitir la menor distracción durante el cometido de su oficio. Y lo mismo el juez, el notario, el médico, etc.; los cuales viven entregados a una función social en que el tiempo colectivo se les impone. Viven un ritmo de vida uniforme, reglamentado, dentro de un sistema riguroso de hábitos. Aplican todos los principios que en la experiencia han ido acumulando. La disciplina del hombre que vive en el tiempo colectivo es de un absolutismo completo, porque ese hombre representa la ley.

La ley jurídica rige la vida humana y todos han de someterse a ella para vivir en lo que se llama el orden social. La ley jurídica es la conquista superior de la civilización.

Ella condensa todo el pasado y da a la sociedad su fisonomía del presente, del presente colectivo. Cumplir, exigir el cumplimiento de la ley, es la forma típica en que el tiempo colectivo se formaliza, en la que todos coinciden para tomar decisiones sociales, comunes.

Hemos ya dicho que el tiempo colectivo se impone y absorbe los demás ritmos. El tiempo social es un monstruo, de cuyos tentáculos nadie se libra. Pero por eso mismo el individuo quiere evadirse de él, rebelarse contra él, haciéndolo de dos maneras: o provocando luchas entre los individuos mismos, sin que éstos quieran saber del representante del tiempo colectivo, cosa que realizan los hombres de ritmo psicológico, e incluso los de ritmo colectivo, o rebelándose abiertamente contra él, y esto lo hacen los hombres del ritmo psicológico-colectivo y los de ritmo histórico. Vamos a pasar brevemente revista a estas cuatro modalidades del mismo hecho de la rebelión.

El hombre quiere exaltar el perfil de su personalidad, pretende imponerse, obtener influencia. Unas veces encuentra obstáculos en las demás personas. Surgen las envidias, las vejaciones, los odios, las ansias de venganza. Cada cual calibra quien es el que tiene más poder social, y el que menos tiene se ha de someter al que tiene más. Pero hay quienes no aceptan ese sometimiento y en lugar de recurrir a los representantes de la ley social hacen y practican ellos mismos la ley; es lo que llamamos tomarse la justicia por su mano. De aquí surgen el robo, el homicidio, en fin, el acto delictivo. Esta rebeldía es la más peligrosa y la más dada al fracaso, porque el individuo ha conculado abiertamente el orden social.

El hombre de tipo colectivo arremete también contra la ley social a causa de su ambición. Poseer. Tener. Poder mandar. Y este hombre se habrá rebelado contra su propio ritmo. Pero si es hábil podrá conculcar la ley sin ser castigado. He ahí la finalidad secreta de su rebeldía.

Vengamos al tercer caso de la rebelión. Los individuos pertenecientes al ritmo psicológico-colectivo quieren satisfacer sus necesidades materiales y ven que no tienen suficiente

poder para ello, e individualmente se sienten impotentes para conseguir los medios. El ritmo psicológico se rebela contra el colectivo bajo la forma de principio económico. Entonces se ponen de acuerdo todos los que practican la misma profesión y forman un grupo llamado sindicato. Aquí la rebeldía no va directamente contra el Estado, sino contra el patrón, la compañía, y en las empresas nacionalizadas contra el Estado mismo, todos representantes del ritmo colectivo. En realidad, a quienes se imponen es al resto de los ciudadanos que utilizan los servicios de los sindicatos, pero de rechazo éstos influyen sobre la estructura del Estado, la quebrantan y la modifican lentamente. A veces se producen movimientos revolucionarios, y si éstos vencen, el orden y la ley cambian, pero se establecen otros, de tipo igualmente colectivo, a los que todos los individuos tendrán que someterse. Y el tiempo colectivo se impondrá de nuevo a los grupos de ritmo psicológico-colectivo que se dispararon en rebeldía, pero esta vez ya con menos posibilidades de producir nuevas rebeliones.

Por último, como cuarta modalidad de la rebelión contra el ritmo colectivo, tenemos a los hombres del tiempo histórico. Estos, naturalmente, actúan de diferente manera que todos los anteriores. Lo hacen creando nuevas doctrinas políticas, sociales, filosóficas. Los más audaces lanzarán nuevas escuelas artísticas, o hipótesis científicas arriesgadas que sembrarán inquietudes en todos los demás hombres. Unos saldrán como contradictores y todos se sentirán en la necesidad de modificar sus conocimientos tradicionales. Esos hombres lanzan nuevos empujes, acentos originales, vibraciones personales que tienen la virtud de modificar las de los demás. Son vibraciones que marcan tránsitos. El ritmo colectivo queda roto, y semejándose a una cadena deja entrar nuevos eslabones para volver a soldarse más tarde.

Y he ahí cómo por las sucesivas cuñas introducidas por los ritmos psicológico, histórico y psicológico-colectivo, y por el mismo ritmo colectivo-individualizado, se modifica el monorrítmico tiempo colectivo-generalizado. Los hombres viven incubando nuevos ritmos, pero una vez pasados los momen-

tos críticos ese tiempo común vuelve a imponer a todos su devenir uniforme, regular e inflexible, como decíamos más arriba.

Cada sujeto determina su presencia por medio de sus fuerzas psíquicas, que tienen poder para sucederse de un modo incesante y con gran frecuencia de manera superexcitada. Así sucede que esa presencia continuada hace lanzar al sujeto confiadamente en el mar de la vida colectiva pleno de confianza en sí mismo. Y obra así porque pretende rebasar los límites materiales de los instantes. Pero esos impulsos son difíciles de ser aceptados por los demás. En cambio, cuando se está en el ritmo colectivo se abandona el querer, el pasado y el futuro adquieren todo su volumen y se localiza el recuerdo, verificándose el fenómeno de la reflexión, que es la que pretende frenar la espontaneidad del sujeto. La acción y el querer individuales viven en la ausencia del juicio, sobre todo en nuestra época de prisas, de instantaneidad y de presencia de sensaciones y de reflejos. Pero en fin, el caso es que los hombres no pueden relacionarse más que dentro del ritmo colectivo, o en los resultantes de combinaciones de éste con los otros, como acabamos de ver, y en estas relaciones emplea el razonamiento como medio. Se nos objetará acerca del ritmo colectivo que unas veces lo hemos calificado de conceptual y otras de acción común que se impone en un tiempo genérico; pero obsérvese que en este segundo caso las acciones son también en realidad razonamientos, aunque sean a veces sofísticos. El ritmo colectivo es continuamente interrumpido por las reacciones individuales que sólo pueden manifestarse por la intervención de las fuerzas psíquicas. Acción no hay más que cuando éstas aparecen y la violencia de la acción depende sobre todo de la pérdida del freno del sujeto en los casos límites de que hemos hablado; por eso el periodista va a la caza de estas acciones y se lanza a describir los robos y los crímenes, los accidentes, y sobre todo los conflictos guerreros.

El hombre es el ser de los matices más variados, porque su vida transcurre en instantes sucesivos y pasa de impulsos a juicios para volver a nuevos impulsos. El ritmo psicológico

es el de más activas vibraciones, el más frecuente de todos, el de vena más rica. El ritmo colectivo hiere nuestra intimidad, o la falsifica continuamente, porque es el ritmo en que la razón vive con pleno derecho. La razón interviene también en el ritmo psicológico, y hasta tal punto, que podríamos decir que hay tantas "pequeñas razones" como ritmos individuales diferentes existen, pero en estos casos se trata de una razón que se pliega a justificar la conducta personal. De ahí la sorda lucha, que en nuestra época ha adquirido una virulencia máxima, entre la sinceridad desenfrenada del individuo y el medio social, cuando aquélla es la expresión de una espontaneidad egoista.

Nuestra verdadera liberación no puede advenirnos más que por la existencia del tercer ritmo, del ritmo histórico, que es pedestal de ficciones, realizador de ensueños, forjador de creaciones, que los pone de relieve como auténtica realidad que anula nuestra soledad y nos da el sentido de nosotros y del mundo.

La naturaleza humana es la única de las naturalezas vivas que tiene la ficción y el ensueño como motores básicos y que se suceden en ritmo alternante con el colectivo que la sociedad nos impone, sin que los diferentes ritmos puedan coincidir a pesar de un inaudito aumento de velocidad, pero es también la única en la que la razón se eleva a cada instante para evitar la anulación del individuo en el devenir psicológico o en el histórico. La Razón, con mayúscula, a pesar de haber abierto el abismo de una doble dirección en el juicio, de desvirtuar la espontaneidad de las fuerzas psicológicas y de crear múltiples contradicciones entre los hombres y en nuestro fuero interno, es también la que amplía el área de nuestra conciencia y por el alternante recuerdo de personas y de cosas contribuye a la formación de nuestro carácter y nos abre las puertas de la solidaridad.

En el ritmo histórico, el hombre vive también en un plano mental como lo hace en el ritmo colectivo, pero tiene sobre éste el valor de excitar las fuerzas psicológicas cuando el pensamiento toma un punto de vista original y se convierte en una finalidad transcendente. Por eso el querer y el pensar

hacen en este ritmo buen maridaje, en el cual lo estrictamente personal llega a desaparecer y el sujeto se da cuenta de las ilimitadas posibilidades de la razón cuando toma puntos de vista objetivos. Esto es lo que le permite transformar en instrumentos, en hechos, o en fórmulas sus ansiedades psíquicas, y encontrar por ellos el medio de reemplazar el vigor periclitante del organismo hasta tanto llega el momento querido, porque hay que quererlo, del tránsito solemne de la muerte.

CAPÍTULO IV

¿ES POSIBLE UNA FILOSOFÍA DEL INSTANTE?

He aquí un tema que ofrece interés. Pero surge en seguida la duda y la pregunta: ¿Cómo es posible una filosofía que se sustenta en el instante, esto es, en un momento incapturable del tiempo?

Dice Husserl en sus "Lecciones sobre la conciencia interna del tiempo" que el presente escuetó, como un instante infinitesimal, es decir, como término ideal de una división llevada hasta el infinito, es la nada. (Citado por Sartre en su libro "El ser y la nada". Gallimard. París. 1943). Y Bachelard, en su libro "La dialéctica de la duración" (P. U. F. París. 1950) expone que "el presente no puede hacer nada, no puede crear nada" (pág. 3). Y ante estas afirmaciones tan radicales ¿cómo nos atrevemos nosotros a intentar una filosofía basada en ese instante efímero?

Una filosofía idealista cree que la realidad exterior es de igual naturaleza que el pensamiento. Una filosofía crítica analiza el conocimiento tratando de interpretar con él el mundo externo y el interno del hombre. Una filosofía de la intuición intenta fundarse en los procesos del espíritu más allá del plano de la razón. Y no acabaríamos nunca de citar los diferentes puntos de vista que ha habido en filosofía: filosofía del inconsciente, existencialista, grafológica, del "como si", etc. Pero una filosofía del instante sale del amplio marco donde se desarrollan todas esas doctrinas para entrar en una esfera angosta, en la que incluso el objeto, el instante, desaparece inmediatamente para no quedar más que el recuerdo de lo que desapareció, y un devenir que fluye incesantemente como aquel río de que nos hablaba Heráclito.

Y una filosofía es algo muy amplio y complicado. En

ella se ataca de preferencia la relación del hombre con el mundo para saber cuál sea su posición en él. Y surge toda una serie de problemas: estudio del conocimiento de los procesos subconscientes, volitivos y sensibles, ligados con otros de mayor envergadura, tales como la naturaleza del ser, el origen y destino del hombre, el estudio del tiempo y del espacio, y la existencia de Dios, y el del bien y el del mal, y el de la libertad y la justicia... ¿Y cómo del limitado concepto del instante podrá surgir el medio de estudiar tantas y tantas cuestiones?

El supremo valor del instante estriba en que en él se produce la decisión. En el instante se condensa lo que somos nosotros y lo que son las cosas. La presencia denota por sí sola la historia de todas ellas. Pero en el sujeto que obra se da todo un proceso intelectual que va desde la conservación y el recuerdo a la decisión, pasando por la duda y la incertidumbre. Y aun la decisión, si no va acompañada de la acción, deja de producir el movimiento necesario para que el hombre se vaya formando. Lo que podríamos llamar decisión-acción sintetiza, pues, un engranaje muy complicado, en el que el sujeto vive y arrastra todo lo que es, todo lo que será y todo lo que fué.

Analizar el presente del hombre es de capital importancia. Estudiamos aquí la vida desde un punto de vista temporal. No extrañe, pues, que la consideremos como una serie de momentos. Y no sorprenda tampoco que tomemos el punto de vista psicológico. Estudiar la vida temporalmente y hacerlo desde el punto de vista psicológico encaja en las preocupaciones de los hombres de nuestra época. La filosofía ha tomado también la vida como motivo básico de sus investigaciones. Por ello se verá que en nuestro avance irán surgiendo problemas fundamentales de la filosofía, que yo no puedo aspirar a resolver, pero que doy mi cuarto a espaldas porque me interesan vivamente. Yo creo que en general estas cuestiones de la filosofía son todas abordables desde el ángulo del instante temporal; por esto pienso que estudiando el presente puedo irradiar en todas direcciones.

1.—Sensación, Percepción y Vibración

Sólo en el momento de presente pueden los sentidos actuar. Aristóteles decía que “nada hay en el intelecto que no haya estado antes en los sentidos”. Sin embargo, en esta frase se pasa de la sensación a la percepción insensiblemente, sin reparar en que el puente que las une no es el único lazo existente entre nuestro presente y las cosas y personas que nos rodean. Pero así como la imagen y la percepción entran en la vida psíquica con plenitud de derechos, a la sensación no se le concede la mayoría de edad más que por la intervención de ellas. Y esto, que es una concesión, da lugar a grandes dudas. Por otra parte, la percepción y la sensación no resuelven todo. Antes de que el niño forme conceptualmente sus juicios, se relaciona con seres y objetos de otra manera que por conceptos. Los sentidos actúan recogiendo las ondas que nos rodean, las cuales están formadas por corpúsculos. Estos cuerpos minúsculos nos ponen en relación con la materia por medio de las vibraciones. Los sentidos coadyuvan, pero no bastan para realizar nuestra unión con la materia. Las vibraciones son contemporáneas y a veces anteriores a las sensaciones.

Las radiaciones de los cuerpos no se hacen de una manera caótica, sino que se propagan en forma de ondas a causa de las vibraciones etéreas que se extienden, y son recogidas por los demás cuerpos. Claro es que en la sensación la energía obra también de esta manera sobre los sentidos, pero así como en ese momento cada sentido actúa de una manera típica, el ojo recibiendo ondas luminosas, el oído acústicas, etc., obteniéndose luego por la intervención del lóbulo cerebral correspondiente una sensación específica, en la vibración no se puede afirmar la exclusividad de un órgano, e incluso puede ocurrir en las más rápidas que los sentidos no intervengan. El físico Mach había dicho que “el elemento único de todo lo que conocemos es la sensación”. Pero la vibración nos mantiene en más estrecho contacto con la materia que la sensación.

Dice Janet: “Explicar el cambio y el ritmo por sensacio-

nes es, según la expresión medieval: *obscurum per obscurius*" (pág. 96. o. c.) E inmediatamente añade: "Hay una cosa que me agrada más, que es ya un poco más precisa, es la observación que han hecho todos los artistas, en particular los músicos, y es que el ritmo no es una sensación, es una conducta, una acción y una regulación de la acción". Y cuando nosotros hablamos de ritmo, de vibración, queremos hacer constar, para no caer en la oscuridad de que habla Janet, que nos referimos a la acción, a la que la vibración sirve de substancial físico.

La vibración, participando de las cualidades de la sensación, pronto la abandona para entrar en un reino más rico y complicado. Y llega a sorprender el movimiento para aprehenderlo. El rasgo más característico de nuestra época es éste: la captación por nuestra psique de la velocidad, del movimiento. La psicología habla de las imágenes kinestésicas, e incluso, como dice Guillaume en su libro "La psicología de la forma" (Flammarion. París. 1942): "en ciertas condiciones objetivas se ve un movimiento" (pág. 91). Esa idea del movimiento, que ha transformado radicalmente toda la ciencia, es la que señala Bergson en "La evolución creadora" cuando dice: "La introducción del movimiento en la génesis de las figuras está en el origen de la matemática moderna" (pág. 32).

Sabía el hombre desde hace más de dos siglos que el espacio estaba lleno de éter y circulado por radiaciones ondulatorias perfectamente dibujadas, y creía que ellas influían sobre la materia, pero no sobre los hombres, como si éstos no estuviesen compuestos de vibraciones como lo están los demás cuerpos.

La materia no puede vivir más que dentro del ritmo y lo mismo sucede a nuestra psique. En este sentido materia y alma se mueven en un terreno común en el que pueden desenvolverse y encontrarse, a pesar de sus naturalezas diferentes, a causa de la vibración.

Yo sé que en este concepto de vibración se confunden conceptos heterogéneos, tales como los de vibración física y vibración psíquica, expresiones bárbaras que carecen de claridad mental, pero no se me dirá que las nociones de sensa-

ción e imagen, aceptadas por hábito, son más claras y evidentes que la de vibración; por lo menos ésta tiene la ventaja de entrar en relación más estrecha que la sensación con la íntima composición de la materia, mientras que las otras son más bien palabras que sirven para interpretar nuestros estados psíquicos.

Generalmente, cuando hablamos de sensación pensamos en los cinco sentidos externos, pero cuando empleamos la vibración, las sensaciones llamadas internas y hasta la misma cenestesia, encuentran mejor explicación y acomodo. Con la vibración no tenemos necesidad de emplear el gran número de imágenes inventadas para explicar las sensaciones, sino que las saltamos y entramos directamente en planos más hondos y complejos.

2.—El método de observación

Si yo me tengo que decidir cuando voy a hacer algo es preciso estudiar qué sea ese algo. De la capacidad personal depende sobre todo el éxito en ese hacer, pero hay que darse cuenta de las dificultades del asunto, del medio en el que vamos a operar, de las personas que intervienen, etc. Todo ello supone que tenemos que desarrollar en grado sumo nuestra observación. Observar es saber interpretar, no es un simple mirar, todo lo que cabe bajo el área de nuestros sentidos, o más bien en el ámbito de nuestro espíritu, calibrando aún aquello que en apariencia carece de importancia. Para librarnos tenemos que emplear sobre todo nuestra observación. Es tan rica la acción, que tiene medios suficientes para satisfacer a los más exigentes que quieran observarla. La observación clasifica hechos y cosas según el caudal de conocimientos y tendencias personales. Observar supone una serie de imágenes y de conocimientos, de "elementos apercipientes", que diría Herbart. Para observar adecuadamente hay que haber reflexionado sobre las mismas cosas de muy distinta manera y que llevar en sí mismo un ángulo del mundo, el cual se ensancha en contacto con la realidad por medio de la misma observación.

Son tantas las cosas que pueden ser objeto de la observa-

ción, y tan compleja en matices nuestra sensibilidad, que el enriquecimiento de nuestra vida psíquica es constante. La observación desarrollada hasta el sentido de nuestra libertad y la de todos, porque para ser libre tenemos que estar convencidos de nuestras propias capacidades para comprender y actuar sobre lo que está frente a nosotros. Nuestro sentido de originalidad se desarrolla igualmente. Pero sobre todo la observación sirve de base a la operación fundamental que captamos en el instante de presente: el reconocimiento. En la mala observación, externa o interna, tenemos la causa de numerosos sofismas y errores. Y por ello hemos de retroceder a cada instante hacia nuestro pasado para comprobar la exactitud de nuestras experiencias basadas en los recuerdos, pero ¿quién nos asegura que los recuerdos nos dan la reproducción exacta de los hechos primitivos? Ahí está el "quid" de la vida cognoscitiva. Por eso debemos consagrarnos al instante de presente, que es el de la observación, nuestra energía más preciosa, nuestro más hondo acento de identificación. Pero como lo pasado ya no es, no nos queda otro recurso que quedar vigilantes con el arma al brazo, para que de los instantes venideros se nos escape lo menos posible. Y esto no es una experimentación. En la física o en la química la materia responde dócil a nuestros ensayos, si cumplimos con todas las condiciones que ella reclama, y es posible llegar a conseguir un descubrimiento más fácilmente que si se trata de hechos humanos. En éstos no hay dos situaciones idénticas. Por eso en la acción del hombre es tan deficiente la experimentación. El método apropiado para captar el mundo y nosotros es la observación. No hay verdaderamente más método eficaz que la observación directa e inmediata. Lo que nos dé el instante será lo que tendremos de más valioso en nuestra vida mental y en general en nuestra vida psíquica. La intronspección experimental es muy deficiente. La observación tiene el supremo valor de permitir a la intuición de presentarse antes de que el esfuerzo conceptual haya intentado la formación de un juicio.

Tenemos que vivir en continua observación por ser nuestra vida una sucesión de instantes, si queremos salvarnos en

de fieles en iglesias, capillas, pagodas, sinagogas o mezquitas, en las que se guarda un prolongado silencio durante más de uno y a veces durante más de cinco minutos. Pero el silencio no es completo, pues siempre se oye una tos, el ruido de una silla, el murmullo del rezo. Las reuniones religiosas tienen una especial característica, y es que todos los fieles hacen coincidir, sin hacerse ninguna pregunta, su tiempo psicológico, que es el de la fe, con el tiempo colectivo. En cambio en las reuniones laicas el asistente, aunque también va con su fe, ha de tener en cuenta en todo momento una pregunta: de qué se trata, cuál es el orden del día de la asamblea, y asimismo una respuesta, que a veces constituye todo un curso de historia. Por eso estas reuniones son más inestables que las religiosas, pero al fin y al cabo el presente colectivo se impone, sobre todo si llega a ligar todos los componentes un común sentimiento de protesta, rebeldía u odio.

El pasado y el futuro han adquirido en la vida colectiva un carácter de presente, porque la sociedad funciona cada vez más con regularidad absoluta. Los medios de volver por el pasado o de evocar el futuro han aumentado prodigiosamente. Hoy más que nunca los materiales para la historia son inmensos. Los enormes árboles existentes, las colecciones de periódicos, películas y discos, las continuas publicaciones de libros y revistas, permiten poner al día los más nimios hechos pasados. Esto ha de influir poderosamente en el conocimiento e interpretación de la historia.

El futuro adquiere también proporciones menos misteriosas que las que tenía para nuestros abuelos. Pretende la ciencia penetrar en sus arcanos. La meteorología predice las mareas y la dirección de los vientos con gran precisión. Los eclipses y los movimientos de los astros se someten docilmente al cálculo matemático. Y la astrología pretende despejar la incógnita del futuro individual relacionándola con las trayectorias estelares. Y, sin embargo, los fenómenos políticos sufren vaivenes e inquietudes semejantes a los de las personas en su vida íntima. Y es que la rebeldía o el capricho humanos escapan frecuentemente a toda clase de medida, y

los hombres de ritmo colectivo se dejan también influir, aunque no lo crean, por sus ritmos psicológicos.

Dijimos anteriormente que en el tiempo colectivo el presente se impone a todos por ser invariable. ¿Y en el tiempo histórico? Hemos dicho otras veces que el tiempo histórico se circumscribe a los hombres de vivir transcendente. En todos estos casos el presente estará constituido por grupos de hombres que tengan análogas preocupaciones. Son ellos los que formarán la actualidad y por ende el presente. Los demás no estarán en ese presente y no tendrán por lo tanto noción clara, ni del pasado, ni del futuro históricos. El resto de la gente aceptará como noción de ese tiempo la que ellos les suministren. La gran batalla se librará en el seno de los hombres más selectos de la época. Si éstos hacen deslizar la corredera del presente histórico más allá o más acá del presente colectivo, el pasado y el futuro habrán cambiado, y podremos decir de ellos lo que decíamos antes del tiempo psicológico: que ese pasado y ese futuro dependerán del "punto" en que el grupo de esos hombres esparcidos por el mundo hayan situado el presente.

En la investigación científica, los hombres que están al tanto de las corrientes de su época situarán el presente según los últimos descubrimientos. El futuro de ha poco, en seguida se habrá convertido en presente, y el que era recientemente presente se encontrará pronto en el pasado. La cultura y su historia estarán entre las manos de esos hombres, y sólo ellos conocerán el presente en que viven, y sabrán del futuro y el pasado históricos.

Así, pues, en la vida ordinaria dos hechos tendrán realidad e importancia: el presente colectivo y el presente psicológico. De ellos, el segundo será la realidad vital por excelencia por ser el fundamento de la individualidad, y el primero se mantendrá en la conciencia común de todos los ciudadanos y que encontramos en el periódico, el cual nos da una conciencia genérica, vacía, pero que encierra una suprema realidad, la del éxito, la de la colectividad. En esa actualidad el pasado y el futuro son simultáneamente creados y devorados por ese monstruo moderno que se llama periodista, esencia

representativa de nuestra época apresurada, símbolo de la negación del tiempo a fuerza de contarla y perseguirla, de reducirlo a la nada para forjar flamante y reluciente el presente colectivo, que nos aparece pretencioso todas las mañanas cuando leemos el periódico o escuchamos la radio.

6.—La noción de cambio en el instante

El cambio lo percibimos en el tiempo. La noción de cambio es la más fuerte que nos llega del mundo y de nosotros. Por ella llegamos a tener idea de la división en partes de la materia. Y así dice Pierre Janet en su libro "La evolución de la memoria y de la noción del tiempo:" "El cambio es el punto de partida de todas las ciencias del tiempo", y añade: "La verdadera prudencia metodológica es postular una discontinuidad desde que se está seguro de que se ha producido un cambio". (Citado por Bachelard en su libro "La dialéctica de la duración". Pág. 43 y 44). El cambio es lo que hace posible la vida y sus distintas situaciones. La vida en un continuo inacabable sería la nebulosa primitiva antes de la aparición de las plantas.

Hay momentos en la existencia personal en los que percibimos nociones esenciales del cambio. La noción clara del mismo y en consecuencia mi idea acerca de la constitución de la materia me llegó a mí teniendo unos quince años. Y conservo vivamente el recuerdo del día en que ocurrió. Una tarde me encontraba yo estudiando en el comedor de mi casa. Reinaba un completo silencio. Estaba yo sentado en una butaca. La luz entraba por una gran ventana y las dos puertas de la habitación estaban abiertas. Frente a mí había un viejo reloj de pared que estaba descompuesto. De pronto se interrumpió el silencio reinante por el ruido de un coche de caballos que pasaba por la calle, situada a unos veinte metros del lugar en que yo estaba sentado. En el mismo instante el muelle del reloj comenzó a vibrar fuertemente y a chocar contra el fondo de madera. El paso del coche y el ruido del reloj eran simultáneos. En el momento que el coche se alejó la cuerda dejó de vibrar y el ruido cesó. Instantáneamente surgió en mí una interrogación acerca de la relación existente

entre el movimiento del coche como causa y el de la cuerda como efecto. Quedó planteado el problema de la causalidad. Y surgió netamente en mí esta pregunta: ¿Cómo se han puesto en comunicación el coche y el reloj?. ¿Cómo podía establecerse la unión entre dos hechos tan distantes sin que nadie lo hiciese, sin que hubiese un medio visible de unión?. Y en aquel momento "vi" los muros, el suelo, la "materia", formada por un número infinito de corpúsculos que iban chocando unos con otros, desde las ruedas del coche y las patas de los caballos hasta el muelle del reloj, en un movimiento acelerado, y producir el ruido contra la tapa de madera. No pensé en el espacio vacío, en el fluido transparente que todo lo llena, ni en la irradiación ondulatoria de toda la materia, porque en aquella época, lo digo con rubor, no tenía ninguna noción de ello. Percibí la materia como un conjunto de puntos matemáticos. Tuve la intuición patente del devenir temporal, del cambio, del movimiento. "Vi" toda la materia invisible descompuesta, chocando unos "átomos" con otros, empujándose vertiginosamente, como la hubiera visto un Demócrito hace 25 siglos. Mi noción de la materia ha cambiado, naturalmente, pero en el fondo aquella visión instantánea de división, de cambio, de movimiento, perdurarán para siempre en mi recuerdo.

Yo he reflexionado con frecuencia sobre el siguiente hecho: antes de salir de casa he dejado un objeto sobre una mesa. Cuando he vuelto he encontrado el objeto, en el que ya no pensaba, en el mismo sitio. El objeto me ha impuesto la idea de la perennidad. Nadie ha entrado durante mi ausencia. El objeto ocupa el mismo lugar que cuando yo salí. Nada ha cambiado. Sí, hay algo diferente: es el instante en que lo veo. Acaso también estaba alegre cuando salí y he vuelto triste a casa. Mi ánimo es distinto. El objeto tendrá una capa de polvo en su superficie. Todos hemos envejecido. Aparentemente todo es igual y, no obstante, todo ha cambiado. Este leve hecho me ha llevado a apreciar el devenir psíquico.

Pero cuando tuve noción más fuerte y más dramática del discurrir del tiempo y del cambio fué nueve años más tarde

de la escena relatada al principio, viviendo en la ciudad de Nueva York. Estaba yo acostado. Pensaba en aquella inmensa aglomeración de gente, en los millones de seres de la gran urbe, apiñados unos contra otros y aislados y sin contacto a pesar de ello; pensé en mi propia soledad, en mi conciencia perdida en aquel inmenso mar, y vi el devenir de mi espíritu comenzar a marchar a una velocidad que sobrepasaba todas las velocidades imaginables. Tuve la impresión neta, clara, de un devenir frenético, del impulso continuo, sin obstáculos, sin freno. Yo no encontraba medio de calmar mi ansiedad. Mi angustia subía de punto. Los instantes avanzaban sin que nada pudiera pararlos. Debía de sufrir un acceso de fiebre; pero yo no estaba enfermo. Sólo cuando estuve en presencia de la idea de Dios la rueda vertiginosa de mi conciencia se detuvo, se terminó mi apocalipsis, mi frenesí de cambio. Descubrí en el instante a Dios y a mi querer. La noción de cambio que yo había "visto" antes en la materia la solucioné por la ley, por la forma; la que veía ahora en mi espíritu la resolvía con el querer. La razón me ayudaba en el primer caso y la fe en el segundo.

7.—*La memoria y el instante de presente*

Quien manda y se impone en la vida es el presente. ¿Cómo si el momento de presente no fuera el esencial en la vida del hombre iba a poder exigirse de él, como se suele hacer, que en un momento determinado tomase una decisión de la que puede depender su vida entera y a veces millones de vidas?. Podemos soñar todo lo que queramos, podemos lanzar la fantasía hacia el futuro; pero cuando tratamos de estar seguros de algo volvemos hasta el momento en que tuvimos la sensación, la percepción, el ensueño incluso, para localizar los hechos, y si podemos conseguirlo la confianza se fija en nosotros. Lo que se llama la evidencia es la seguridad en el reconocimiento del hecho de presente vivido. La memoria se forja en el espíritu por el esfuerzo intelectual para volver por los sucesivos presentes que pasaron ante nuestra conciencia y localizar los hechos en ellos. La memoria va acompañada de la atención y sigue sus inflexiones. A más atención

más memoria. Y es este fenómeno de la atención el que precisamente nos hace fijar el pasado en el instante mismo que lo evocamos y el que le da su típica fisonomía. Y la atención suele tender también a fijar elucubraciones, pero la experiencia que de ahí resulta no tiene gran fuerza en el plano intelectual, aunque es posible la tenga en el artístico. Se puede de tratar de precisar un ensueño, pero eso no empece para que ese ensueño ocupe un presente, que es el que nos impulsa a precisarlo. Siempre es el presente el impulsor de nuestra vida, de nuestra vida intelectual, de nuestra vida de conciencia, aunque es nuestro querer el que determina ese presente.

Todas nuestras fuerzas psíquicas tienden a afianzarnos en el presente, bien para formarlo, bien para reproducirlo en el recuerdo. La memoria es un concepto complejo que nos sirve para envolver y reproducir lo que llamamos nuestro pasado, para expresar lo que ha sido presente. La memoria es una reconciliación con el pasado. Es dar a éste lo que le corresponde, hasta el punto, de que si pudiéramos "agotar" el presente, si recordáramos en un momento de presente todo lo que en él hay de historia natural, ni habría memoria, ni habría futuro. Acaso la idea de Dios, desde un punto de vista psicológico, no ande lejos de la total ausencia de memoria y en el terreno moral equivalga a un optimismo absoluto.

El ritmo influye poderosamente sobre la memoria. Todo lo que no va con nuestro ritmo lo olvidamos pronto y nos hace quedar distanciados del exterior. Con el ritmo propio en cambio se desenvuelve una otra memoria, la que afecta a cosas personales. Tenemos la memoria que nuestra capacidad rítmica y óntica nos permite y nace de nuestras posibilidades expansivas.

El presente no puede ya dejar de existir, pero no todas las inteligencias pueden percibir esta característica del presente; ni aun el sujeto cuya conciencia fué testigo del presente puede fijarlo a menudo con fidelidad; de ahí la "versatilidad" de la memoria y el esfuerzo tan tenaz y "sórdido" que se presenta a los hombres para reconstituir lo que fué presente.

El presente es eterno, es transcendente, pero de él el sujeto conserva su recuerdo, el cual es oscilante, manteniendo un

duro combate para objetivar lo subjetivo. Y precisamente si se esfuerza es porque tiene fe absoluta en la eternidad de lo que fué su presente. Se suele decir "Sólo Dios sabe lo que pasó", y con tal expresión se quiere dar a entender la presencia de lo que fué y la ausencia en ella de nuestra conciencia, que se fija ya en otros hechos que avanzan impertérritos y que ocupan el nuevo presente.

Recordar es tener idea clara de que vivimos, de que tenemos sucesivas experiencias. Si recordamos es porque necesitamos fijar ante los demás, o ante nosotros mismos, hechos pasados que están en relación con hechos actuales. Y en esa fijación los hombres coinciden en afirmar lo que fué presente común. La afirmación colectiva no se impone con la misma fuerza que la afirmación individual, porque la coincidencia de muchos es muy difícil; sin embargo, la opinión común es fundamental para hacer la nuestra.

Los hombres, a causa de su incesante manejo del recuerdo, están continuamente en el plano intelectual; pero el factor sentimental transforma los recuerdos y les permite evasiones temporales. El olvido, o el constante cambio del recuerdo, surgen como válvulas de escape ante el incesante recordar.

La continua reconstitución de su vida en cada momento de presente es la tarea más frecuente que realiza el hombre. En ella pone en juego todas sus fuerzas emotivas, sentimentales e intelectuales. El recuerdo juega como lanzadera que recorre todos los sucesivos presentes y los va enlazando. El juego de esa lanzadera es continuo y maravilloso. Recorre, impulsada por la fantasía, las más lejanas distancias de nuestra vida. Recoge, de cada uno de los instantes pasados, lo que le es preciso para verificar la síntesis conveniente al momento de presente. Nuevas síntesis constituyen nuevos elementos de la esencia. Y el esfuerzo que hacemos a cada momento da a la síntesis mental su valor primordial. El recuerdo es elemento de segunda fila y sin embargo en él está nuestro sentido de la resistencia, porque en presencia de él estamos seguros de que las cosas y nosotros continuamos siendo los mismos que hemos sido. El recuerdo es el que hace que pensemos que cada vida es un ser; y su inestabilidad

es lo que induce a pensar que el ser está en el instante de presente y no más allá. Ya volveremos más adelante sobre este punto.

El estudio del campo del recuerdo es lo que puede dar cabal idea de la vida del hombre. Debemos esforzarnos en el estudio del producir mismo, pues en esa producción se anudan y renuevan los recuerdos que se enlazan con la trama del vivir instantáneo. El estudio de los recuerdos nos puede dar el de todas nuestra vida, el de toda la vida, porque en el recuerdo aparece todo, lo mismo los sentimientos que los pensamientos, las imágenes que las sensaciones. Todo es recuerdo y sin embargo el instante es más que todos los recuerdos juntos. Y somos una sucesión de momentos de presente y somos una sucesión de recuerdos, pero como lo esencial es el presente, tendremos que estudiar con el mayor ahínco la influencia que sobre él ejercen los recuerdos. Queremos volver por lo que fué, nos encariñamos con ello, o bien rechazamos volver a verlo de nuevo, y ambas tendencias reposan sobre la errónea creencia de que el antiguo presente vuelve. No vuelve nada. Estudiar los matices de las deformaciones a causa de las sucesivas influencias psíquicas, he ahí nuestra función fundamental. Y a pesar de eso, salvar lo que se pueda del antiguo presente. Nuestra tarea es una labor de rehacer, es una obra de salvación propia, por el estudio de las deformaciones de nosotros mismos y de las cosas aplicándonos sobre la atención y los recuerdos.

El esfuerzo recordativo de la función intelectual es crear los medios de volver a un presente que ya es pasado para convertirlo en presente de nuevo. No es la memoria quien hace esto, sino lo que se llama voluntad. El recuerdo se mueve a impulsos de la necesidad imperiosa del momento, el cual impone la vuelta atrás. Si yo trato de hacer una cosa y para ello se requiere un utensilio, y me olvido de él, la necesidad de hacer dicha cosa me impondrá nuevamente el recuerdo del utensilio o viceversa. En ambos casos, el utensilio o el recuerdo son el medio, el presente es el fin, el futuro nos da el impulso. El físico que hace un experimento somete los fenómenos que yacen entre sus recuerdos a su idea y mo-

difica las condiciones de los experimentos para ver si ese fenómeno se presentará siempre. Los recuerdos de los fenómenos son utilizados como medios. Lo fundamental es la necesidad, el querer, que llena el instante en que vive el sujeto.

El recordar interviene a cada momento para rehacer el antiguo presente. Hay, pues, categorías diversas de presentes. Unos tienen mayor valor que otros. Unos se subordinan a otros. Y el recuerdo obedece a todas las manipulaciones valorativas de los juicios hechos en el instante. Hay un continuo retorno hacia los presentes primordiales. La función intelectual es la del continuo retorno.

Así como el querer aparece en la lucha entre dos corrientes: la del tiempo continuo del futuro y la formada por las fuerzas psíquicas que actúan continuamente en el sujeto, enlazadas ambas en el momento de presente, la memoria reside en el querer retornar, pasando o intentando pasar por el mismo camino que lo que fué presente había ido recorriendo hasta el instante original. Recordar y querer son el resultado de un contraste entre las fuerzas psíquicas personales que van avanzando y el deseo del sujeto por conservar lo que se pueda de la actuación de esas fuerzas, que tienen por función dirigirse de continuo hacia el futuro. El querer es una función creadora. El recordar lo es recreadora. El sujeto actúa en el instante de presente y nuestro yo recoge esa acción y la conserva. El entendimiento conoce, reconoce, identifica, localiza. La memoria no es una fuerza porque no crea nada, sino que es un registro que ayuda al entendimiento en su función voluntaria para rehacerse en los instantes sucesivos del tiempo.

* * *

Ya dijimos en otra ocasión, que la preocupación más fuerte que tiene el hombre es su futuro; pero no el futuro mismo, sino el futuro en su presente, en este presente que está viviendo. Y no en la forma exacta del futuro, cosa imposible, sino en la provisional que reviste el futuro futuro en el presente y que sin embargo es la definitiva para él, pues bajo su presión tiene que decidirse a obrar en cada instante.

Y este presente es lo que precisamente obliga al sujeto a recordar de continuo su pasado. Nos vemos obligados a tener memoria, de la misma manera que lo estamos a tener un cuenco para poder recoger el agua y llevárnosla a la boca. El recuerdo es, como antes dijimos, una necesidad impuesta por el instante. Mas si nosotros viviéramos siempre en el mismo ritmo, la memoria sería imposible, lo mismo que lo sería la atención, pues como los instantes responden a ciclos determinados, si estuvieran situados en el mismo ritmo, nos faltaría el impulso necesario para movernos en ciclos diferentes. El esfuerzo mnemónico se realiza a causa del desnivel que encontramos en el espacio representativo donde se mueven los recuerdos, que es decir los conceptos. Los ritmos acusan los desniveles, y toman de ellos la distancia en el devenir temporal para conseguir fijar cada instante. Y a su vez la fijación del instante es lo que obliga a la memoria a aparecer. Es también la fijación del instante lo que fuerza al futuro a imaginarse, a soñarse. Cada instante está, pues, cargado de un doble peso: el del pasado y el del futuro, que él separa. Memoria y ensueño, pasado y futuro, nacen por lo tanto a causa de él. Cada instante recibe el impulso de una fuerza psicológica. Una vez realizada la actuación, queda latiendo en el pasado, donde recibe su orientación como tal pasado. Y queda también latiendo hacia el futuro, en el que se distingue como tal futuro por su carácter de flecha en el aire. El pasado y el futuro, repetimos, nacen, se forjan, por la necesidad que tienen las fuerzas psicológicas de aparecer en los instantes; pero como quiera que los instantes pertenecen a ciclos y pivotan sobre ritmos distintos, según ya dijimos, de ahí que estos ritmos, al provocar los desniveles a que antes aludíamos, impulsen todo el arsenal de los recuerdos y de los ensueños.

Instante de presente, pasado y futuro, se mueven en ciclos, y por eso cada objeto tiene un sentido histórico, ya que en la historia se acusa continuamente la mismidad de los objetos. La memoria va pasando de unos objetos a otros, de un sentido a otro de los objetos, mejor dicho, y esa variedad, que va coincidiendo con los ritmos, provoca los desniveles de que hablábamos, y fuerza a la memoria a tomar

cuerpo con carácter de permanencia, lo cual ha motivado que haya sido clásicamente considerada como potencia o facultad del alma. Pero la memoria no es ninguna facultad, sino un esfuerzo tenaz que se patentiza por la propia necesidad del instante. Una vez más, insistimos, es el instante la clave de bóveda que sostiene el arco tenso de nuestra vida psíquica.

8.—La verdad, la atención y el instante

Tan difícilmente abordable es el problema del conocimiento de la verdad que hay quienes la niegan total o parcialmente, como hacen los escépticos. Pero siempre se les ha hecho la objeción de que esa negación supone ya una verdad.

En el estudio de la verdad el pensamiento se debate dentro de un dualismo. Se dice según éste que la verdad es una coincidencia entre la cosa y el concepto correspondiente, o también entre el concepto y la representación de la cosa. En la verdad, surge, pues, un problema de una gravedad extrema, puesto que el plano externo y material de la cosa es heterogéneo con el del concepto, y la relación entre el concepto y la representación plantea una doble cuestión: primero la del tránsito del objeto a la representación, y en segundo lugar la de la coincidencia entre ésta y el concepto, que son de distinta naturaleza.

Los planos en los que se puede apreciar la verdad son varios. Cuando Aristóteles decía que la verdad se sustentaba en la opinión universal, planteaba metafísicamente el problema. Cuando se dice que es la coincidencia entre el pensamiento y la cosa, se estudia la cuestión desde el punto de vista epistemológico. Si se dice que no hay verdad ni bien posibles sin la creencia en Dios, estamos en el plano moral y religioso. Si afirmamos que la verdad depende de nuestro querer, tenemos una verdad de tipo psicológico. De todos estos puntos de vista nosotros adoptamos el último, porque tenemos de la filosofía un concepto activo.

Nuestro criterio es relacionar todos nuestros estados con el momento de presente, porque pensamos que en éste se cuece todo. Partamos del reconocimiento psicológico. Tratemos de encajar nuestra imagen actual en un recuerdo.

Reaccionemos activamente y encontraremos esa unión, si es que teníamos recuerdo apropiado. En ese instante es la intuición quien ha intervenido. Reconocimiento e intuición coinciden y despiertan en la conciencia. Pero ¿qué legitimidad tiene la noción de verdad que en ella nos llega? La legítimo aquí reside en nuestro interés. Para mí es el criterio adecuado. Si mi interés crece mi verdad se enriquecerá, pues trataré, en instantes sucesivos, de precisarla y de aumentar su grado. La verdad no tiene, no puede tener sentido universal, porque la forja el hombre para su servicio, por su interés y en instantes del tiempo, y sobre todo, porque no todos los hombres viven en el mismo ritmo temporal.

La verdad es elemento básico en la vida intelectual, y su valor está en relación con la persona que la alberga. Todos podemos escuchar, leer, o ser testigos de un hecho. La verdad objetiva, con la intención marcada del hecho que la produjo, llegará difícilmente a todos. Yo no pienso caer en el escepticismo. Que el sol ocupa el centro del sistema planetario y que la tierra gira alrededor de él es una verdad inconcusa desde que Copérnico la descubrió. Pero Ptolomeo había dicho que era la tierra la que ocupaba el centro del universo, y a pesar de saberlo, cuando penetrámos en las descripciones astronómicas de libros escritos durante la edad media, nos sobrecogemos llenos de curiosidad por la lectura de los movimientos de los astros, de sus órbitas y la serie de esferas que éstos ocupaban envolviendo a la tierra. Comparando la verdad de Ptolomeo con la de Copérnico se piensa en sentidos diferentes de la verdad, los cuales están de acuerdo con los descubrimientos de las varias épocas. Siempre hay, pues, una relatividad en el concepto de la verdad.

Hay hombres que no quieren conocer la verdad porque les es nociva. Hay otros que se forjan "su" verdad. Son los casos típicos de las neurosis. El sujeto cree lo que él inventa. Y esto sin hablar de la verdad "ad usum delphini". Pero hay otras alteraciones de la verdad que reposan en nuestros cambios continuos, debido a las condiciones temporales inherentes a nuestra vida.

En el desenvolvimiento de la vida mental sabemos que

no se puede pensar en dos cosas distintas en el mismo momento. Se puede pensar en una y pasar seguidamente a la otra, pero la simultaneidad de dos juicios distintos es imposible. Podemos hacer dos y más cosas materiales en el mismo instante, pero no se puede pensar más que en una en el mismo instante del tiempo. Como no se puede tampoco hacer coincidir dos segundos distintos. Y ésta es la causa de que la vida consciente del pensar y del querer se desenvuelva en instantes temporales diferentes.

Entre las múltiples causas del error se encuentra la facilidad y la inevitabilidad del pensamiento a pasar de un momento al siguiente. El que la vida de la conciencia siga el curso del tiempo, hace que la caída del pensamiento en el error tenga enormes posibilidades. Se han dado como causas del mismo: la mala observación, la deficiencia de los sentidos o de los aparatos de medida, o su mal empleo, el olvido, los prejuicios, etc.; pero no se ha insistido suficientemente en las deformaciones que sufre el pensamiento a causa del vaivén de los recuerdos en el tránsito por los sucesivos instantes. Y esto se halla ligado íntimamente con el problema de la atención. A menudo hablaremos de la atención. Es natural que lo hagamos. La atención es el proceso en que el sujeto se liga al mundo y a las cosas. Atendemos por saltos. Atendemos rítmicamente. En realidad, la atención es como la memoria una modalidad del ritmo. No atendemos siguiendo un fin, sino que los fines se nos van imponiendo según el ritmo de la vida se va abriendo paso en nuestra conciencia. Al concepto, a la finalidad, a la función teleológica, se ha dado excesiva importancia. Los fines se nos van apareciendo conforme los ritmos que concuerdan con nuestro temperamento se van ensanchando, y como quiera que los ritmos nos imponen modalidades múltiples, los cambios de la atención son continuos. Por eso es tan difícil mantener la atención y tiene casi siempre un aspecto de vuelo de mariposa.

Decíamos antes que no se ha hecho hincapié suficientemente en las alteraciones que sufre el pensamiento a causa del paso de los recuerdos por los sucesivos instantes. Si, por ejemplo, yo estoy hablando con una persona y mi atención

deriva hacia objeto diferente del de la conversación que mantengo, esto es, si yo me distraigo, al volver a enlazar con el sentido de la conversación interrumpida momentáneamente, aunque no oralmente, como lo dicho entretanto por mi interlocutor no había sido captado por mí, él habrá creído que ello es debido a una errónea interpretación mía; pero cuando no hay interpretación no hay ni verdad ni error. Mi atención, lo que hizo, fué cambiar de objeto. No sabemos cuándo comprendemos realmente, y es posible que las distracciones no sean más que oportunidades que busca el intelecto para comprender lo que en otros instantes no pudo captar.

Abundando en el sentido psicológico de la verdad diremos que la esfera en que se desenvuelve depende del objeto, del sujeto, de la amplitud de aquél y de la actividad y cultura de éste. La verdad tiene un sentido genérico, sea de la índole que sea, pero crece dentro de una esfera típicamente personal. El interés es en ella de importancia suma; mas como quiera que a medida que crece el interés aumenta la atención, será en ésta donde en definitiva se apoyará el problema de la verdad.

Nuestra atención se dispara en todas direcciones y por eso muchas veces la verdad nos es inaccesible. Como cambia continuamente el objeto del pensar, surge entonces una serie de pensamientos que interfieren los relativos a otros objetos, y esa interacción es lo que puede producir el error. Piénsese en lo frecuente que es variar la imagen de un objeto en el pensar y veráse lo corriente que es la causa del error por cambio de la atención. Asimismo, si concentráramos excesivamente la atención en un objeto, esa atención unilateral puede ser también causa de error. Añadid las que hemos señalado anteriormente, y no será extraño que los hombres piensen que la probabilidad es una noción que concuerda mejor con la precariedad de nuestra vida mental que la pretensión de verdad. Sin embargo, el deseo del hombre por aclarar sus estados psíquicos es continuo. Queremos naturalmente la verdad; pero su conquista es dura y a veces problemática, sobre todo para los que no la enfocan en un plano de desinterés. Aunque sea muy difícil entreverla, aunque haya escépti-

cos, todos tenemos el sentido de la verdad y todos creemos estar en posesión de ella, porque es básica para la formación del espíritu. El interés por la verdad trabaja como si ésta apenas tuviera existencia. Nos visita continuamente, pero es ajena a dogmatismos y a imposiciones, y no emplea un lenguaje duro ni agrio. No se la siente apenas llegar, y su aceptación por el propio sujeto no depende de la energía con que se trate de exponer, sino de la cauta manera con que ella acusa su perfil en el fondo de nuestra psique. La verdad se encuentra en ésta como un ser al parecer abandonado, perdido, que no se decide a manifestarse, y se presenta tímidamente. Se entrega al que tiene poder para captar el hondo sentido del instante de presente. Es como una piedra preciosa que brilla, y los ojos que la ven son los que miran con la convicción de que la verdad es temporal y tímida. La verdad no surge más que en el silencio y nunca en la confusión y el alboroto, y lo hace en un instante solemne del tiempo.

Se pensará que lo que acabo de exponer es un producto del lirismo o de una mística intelectual, pero yo diré que es una realidad psicológica que he comprobado en muchas ocasiones. Yo he constatado con frecuencia, que entre los juicios que pugnaban por situarse en el fondo de mi conciencia como verdaderos, yo no prestaba atención a uno que no mostraba ningún ansia de pugna, y ése fué el que ocupó más tarde el lugar primordial por su veracidad, ante mi misma sorpresa. Ese juicio se instaló en primer plano cuando yo me interesé por él.

Hay otros factores que contribuyen a destacar la verdad. Nuestras fuerzas psíquicas tienen la virtud de aumentar el grado de nuestra atención, y con ello la posibilidad de conocer la verdad. Si los hombres no contasen con esas fuerzas no podrían llegar a ese grado de atención que se ve en el amor, en la intuición o en el vicio. Hay algo también que hace que la atención aumente y es el sufrimiento, el dolor. A nada atendemos más insistentemente que al dolor físico o al dolor moral, a la pena o a la tristeza. Pero esta atención no encierra ninguna creación, al menos en el instante en que se siente el dolor. La atención, si no encierra un sentido

creador; pierde su valor para el enriquecimiento de la vida del hombre.

Vivimos en los sucesivos instantes del tiempo. Obramos en ellos. Quisiéramos no equivocarnos. Pretendemos poseer la verdad. Recibimos consejos: "no te indispongas con nadie". Aprendemos refranes: "donde fueres haz lo que vieres". Pero consejos y refranes no nos dan la verdad. Porque no se trata de adaptarse, sino de hacer adaptándonos. Y en ese hacer somos, o pretendemos ser libres. Es ese sentido de la libertad lo que hace peligrosa nuestra acción y lo que puede poner en peligro nuestro grado de atención. Hemos de ser libres para atender a lo que queramos. Interés, libertad, querer, han de coincidir en el vórtice de la acción para que nuestra atención sea eficaz. Atendemos cuando gozamos de esas posibilidades. Todo lo que disminuye nuestro grado de atención hace decrecer nuestro acceso a la verdad. Si yo he de llevar a cabo una misión y mi atención deriva hacia objetos distintos, hago esfuerzos lleno de inquietud para no seguir sus derroteros y concentrarme en el objeto de mi trabajo. Si hago una investigación y no puedo seguirla libremente estoy en una situación errónea porque hago un trabajo a disgusto y con poco fruto. Si hablando de un hecho me equivoco en la fecha en que ocurrió, queda flotando en mí una duda, que es la que me lleva a hacer una consulta para saber la fecha exacta. Si hablando de una persona se hace un comentario equivocado, esa equivocación queda en pie queriendo ser rectificada. En fin, en todos los casos de duda hay como una inquietud que altera el sentido de la atención y que es lo que nos hace volver por la cuestión para situarla objetivamente. La atención no será la verdad misma, pero induce a establecerla.

De todas nuestras fuerzas psíquicas dos son las que tienen carácter intelectual: la intuición y la inducción. Ambas tienen el poder de aspirar en el instante temporal a realizar sus funciones. La inducción vive vigilante, dispuesta a forjar las leyes. Cuanto más restringida es la esfera individual, más limitada es la ley. Los acontecimientos no nos dejan tiempo suficiente para hacer largos razonamientos, por eso lo que

278). Y en el mismo artículo se citan estas palabras de Merleau-Ponty, extraídas de su libro "Fenomenología de la percepción" (N. R. F. París. 1946. pág. 481): "...y mi presente puede ser este día, este otoño, mi vida entera".

Y es que el instante es único, irreemplazable, teniendo a veces un volumen que sobrepasa a la materia, que la envuelve, y que la anula o la crea. En el instante se hace todo. Como el mismo Bachelard dice en citado libro: "Es exacto que la duración íntima sea nuestro bien fundamental, ella es nuestra obra y está siempre precedida de una acción centrada en un instante" (pág. 38). Y luego añade: "el pensamiento, la reflexión, la voluntad clara, el carácter decidido e insistente dan una duración a un acto efímero." (pág. 40). Y aunque para Bachelard la duración es esencialmente dialéctica y que piensa en los tiempos superpuestos, yo creo que para él puede un instante ser incaptable, y también lo suficientemente amplio para ser el fundamento de todo un desarrollo ideológico o sentimental.

*

* * *

Nuestros deseos forman el tejido común sobre el que reposan todos nuestros estados psíquicos. La serie de éstos es interrumpida por nosotros de dos maneras: o por los juicios que realizamos sucesivamente, o por las decisiones que tomamos a cada instante. Los juicios son posibles porque nuestro yo hace la adhesión o no adhesión de nosotros a un objeto. Tienen que tener el recuerdo como sustentáculo y el querer como motor. Al fin y al cabo es la decisión lo que interrumpe nuestro continuo desear, que en la materia se llama espacio y tiempo. Y esta decisión se verifica por la necesidad en que el sujeto se encuentra de salir de su desear para entrar en el campo de las realizaciones. Pero para alcanzar éste, ha de valerse de los complejos fenómenos de la vida sentimental y del vivir intelectual. En cada presente "rompemos" con un continuo de pretensiones. Y cada cual sabe muy bien el aire que respira entonces, cuando se desliza en cada instante de presente. Si surge algo nuevo es porque

ya estaba en potencia. El fingimiento es harto complicado, y de una gran dificultad su realización porque se separa de los presentes anteriores. De ahí las cualidades específicas que se necesita poseer para ser buen comediante. En el vivir intelectual hemos de ser originales, pero toda originalidad ha de conservar formas que lleven los acentos culturales adquiridos a través del tiempo. Tanto sentimental como intelectualmente, los presentes que han ocupado la actividad del sujeto sobre un mismo asunto a lo largo de su vida, reaparecen en su conciencia. Así, el presente, que es un instante, vive cargado de todos sus anteriores presentes y se convierte en una síntesis. El instante no es, pues, un instante, sino una cadena de instantes, una historia completa de cada objeto y de nuestras tendencias hacia él en los varios momentos de nuestra existencia, historia comprimida y marcada por el sello de una imagen y un recuerdo centrales, que admitirán modificaciones, pero a los que los sucesivos presentes llegan a dar una fisonomía típica, un contorno preciso, que lo diferencia de todo lo demás.

Los depositarios de los recuerdos son las palabras, por eso nuestro devenir silencioso de conciencia es una fila india de ellas, de lo que no siempre nos damos cuenta porque nuestra vida de relación lo aborta, pero que lo vemos a solas. Lo único que falta a las palabras silenciosas es la sonoridad. Si voluntariamente queremos pescar una, no hay más que inclinar la caña de la atención sobre la interminable fila india de las palabras silenciosas, y veremos surgir el vocablo vivito y coleando cuando hagamos el impulso de entreabrir los labios. Lo cual revela que juzgamos "a priori" el instante como nuestro perenne acompañante, y que de él depende el sentido de nuestra vitalidad y el de nuestras relaciones sociales. Cada palabra, cuando se repite, reproduce el momento anterior correspondiente a la misma palabra. Hay vocablos que nos eran desconocidos ha poco, pero es que por encima de las palabras están las frases, las situaciones, las formas, y aunque todos son diferentes, los hábitos del lenguaje facilitan la comprensión, de tal manera, que en el idioma materno nos pueden hablar como quieran, que siempre comprenderemos. Esto

revela que el presente responde a capas profundas del sentir colectivo y a ciclos de constitución complicada.

El profesor francés Emile Lubac, en su libro "Presente consciente y ciclos de duración" (Alcan. París. 1936) estudia el presente desde el punto de vista del instinto, de la herencia y en general de la evolución, afirmando que el presente de la percepción forma parte de grandes ciclos que lo superpasan en extraordinaria proporción. Aun la ciencia, que trata de ensanchar el presente de la percepción llega sin darse cuenta —dice Lubac— a encontrarse más allá de ésta. Hay un punto mayormente interesante en el libro, cuando su autor habla del ciclo completo de duración de las creaciones personales, y dice así: "...tenemos que reconocer que la travesía de duración, comprendida entre la prolongación en el pasado personal y el presente donde se hace la nueva realización, se prosigue en un espesor de duración que sobrepasa la memoria de la persona..." (pág. 141).

Lo que sorprende en dicho estudio de Lubac es que no dedique una sola palabra al presente considerado desde el punto de vista histórico, porque el momento de presente no tiene la misma significación en la física que en la historia, y habría que abordarlo. No nos podemos hundir en los tiempos pasados haciendo de nuestro presente un instante de ellos, sino que es nuestro presente actual el que se impone para apreciar los ciclos históricos. La historia no puede interpretarse más que mirada desde este momento en que estamos viviendo.

*

* * *

En mi ensayo sobre "El concepto de la actualidad" decía yo las siguientes palabras: "Acaso uno de los estados más difíciles de estudiar sea el ver cómo se forma la acción de presente, cómo nos desarticulamos del mundo del recuerdo para lanzarnos sin él al momento en que vivimos. En el instante de la actuación rompemos las amarras con nuestro pasado y nuestro futuro para ser creadores. La creación, como decía al principio, es la ausencia del recuerdo." (pág. 77).

Todos los utensilios de que el hombre dispone para afirmarse y expresarse se han ido formando por tanteos sucesivos. Y para que uno supere al anterior es necesario que conserve lo que en él se había conseguido, y lo conserva en forma de recuerdo, como experiencia vivida. Los inventos se consiguen conociendo los avances que otros hombres habían hecho en la misma materia anteriormente. Tal es la continuidad de la cultura. Pero llega un momento en que el hombre ha de dar un salto en el vacío, esto es, que tiene que abandonar todos sus recuerdos para descubrir algo que antes no existía. Si así no fuese nada nuevo podría hacer. Así, pues, la creación, como decía yo en el ensayo, se da en la ausencia del recuerdo. Mas a lo que yo aludía es a algo más genérico, pues se refería a toda clase de acciones, y a la necesidad que hay de cortar las amarras para lanzarse a la acción en el preciso momento en que se vive. Si alguien me interroga y tengo que contestar, para hacerlo he de valerme del lenguaje común, pero la respuesta es completamente nueva. Se ha de comprender la pregunta. Y en la adecuación de la respuesta reside lo original. Y en este sentido toda nuestra vida es inédita, porque nadie vive su vida dos veces, y la idea ciceroniana como "scientia vitae" no sirve para descubrir el porvenir. Y es que siempre nos encontramos ante nuevos matices. La íntima manera de ser de nuestra vida, de desenvolverse en instantes sucesivos, nos obliga a encontrar soluciones a cada momento, a responder a las ininterrumpidas preguntas que nos hacemos para hacer frente a nuestro futuro. Por eso, aun la más vulgar persona está inventando de continuo, aun sin darse cuenta de ello. Somos creadores "a fortiori". He aquí estas bellas palabras que el paseante por los alrededores del palacio de Chaillot, en París, puede leer en el friso de su peristilo, que Valéry redactó para ser allí expresamente fijadas y que confirman mi pensamiento:

todo hombre crea sin saberlo
como él respira,
pero el artista se siente crear,
su acción envuelve todo su ser,
su pena bien amada le fortifica.

En el momento de la acción tenemos que desposeernos de nosotros mismos para entrar en el área de los demás. Y aquí está la gran dificultad del momento, del instante de presente, porque entonces hemos de abandonar rápidamente todo el mundo de nuestros recuerdos para proyectarnos hacia el exterior y coincidir con lo que se nos presenta. El cambio es súbito. Todo el caudal de nuestra atención hace un giro de 180º y se proyecta sobre el nuevo objeto. Una vez hecha la translación nuestros sentidos se ponen al acecho. Y en seguida la intuición interviene para captar el objeto presente. Y no se trata de una simple descripción que los sentidos hacen, sino que se acusa toda la intención que se lanza sobre nosotros, la trama complicada que la situación envuelve. Nuestras imágenes y nuestros recuerdos se reavivan, disponiéndose a presentar aquéllos que coinciden con el objeto presente y a abandonar los que no se utilicen. La palabra entra en juego. Hacemos movimientos, si se nos requiere para ello. Pero aun así no hemos hecho más que bosquejar la complejidad de ese presente. ¿Qué quiso decir la palabra reticente que pronunció mi interlocutor? ¿Y aquél gesto imperceptible, mezcla de insatisfacción y de duda? ¿Por qué se calló en aquel instante la persona que debía haber hablado? ¿Por qué se puso nervioso sin haberle dicho nada? ¡Qué misterio es el momento de presente! Lo que no captemos en él no lo captaremos en un día de explicaciones. ¿Se comprende por qué él nos impone en un segundo un máximo esfuerzo de comprensión? Y no vale decir que el instante es peligroso porque en él cortemos las amarras del pasado y del futuro; es que cada uno de ellos nos obliga a entrar íntegramente contra la potente fuerza de los hábitos. En el diálogo no sabemos ni cómo en realidad colocamos nuestros recuerdos; la transformación que éstos sufren es un verdadero arcano. Y aun hay veces que nos desposeemos de ellos totalmente cuando hemos de obrar inmediatamente sin hablar ni pensar; y a esto es a lo que yo aludía cuando hablaba de la ausencia de los recuerdos, si es que esto es posible.

Si pudiéramos analizar por una misteriosa detención del tiempo todo lo que hay en cada instante, la vida se habría

acabado en ese instante, amplio como la eternidad y el mundo. El instante, sin evocar el pasado o el futuro es lo atemporal, esto es, Dios o la Muerte. Y si ambos cohabitan en el instante, es porque están forjando continuamente, por una transformación indeclinable, el Ser y la Vida.

Nuestro organismo y nuestra psique hacen funciones muy superiores a las que registra nuestra conciencia. Esta es la que acusa todos los golpes, como lo cree Brentano, el cual llega a afirmar que fuera de ella no hay vida psíquica. Para mí, si no hubiera también fenómenos subconscientes no podría desenvolverse la vida consciente. Ahora mismo estábamos hablando del instante de presente. La operación de la conciencia se reducirá a una percepción, a una representación; en cambio la actitud del sujeto puede a veces representar y sintetizar largo desenvolvimiento, tener necesidad de una gran preparación. La expectación del sujeto puede crear en su espíritu un estado sentimental imposible de ser expresado en juicios. Que la característica de los fenómenos psíquicos se la "intencionalidad", expresión extraída de la Escolástica y afirmada por Brentano, es cosa clara; que la única percepción existente sea la interna es una conquista del filósofo austriaco, que no haya vida psíquica más que en la conciencia, es algo que Freud rechazaría abiertamente. Precisamente de esa vida subconsciente es de donde surge la posible originalidad del hombre, su sentido creador, que aparece en el instante de presente, y en el cual, muchísimas veces nos veríamos sin solución si las fuerzas psíquicas no vinieran en nuestro auxilio, y esas fuerzas están en íntima relación con el inconsciente personal. Y éste, y no solamente el conjunto de recuerdos y de juicios que forman la vida de la conciencia, es lo que hace posible la enorme amplitud del momento de presente.

5.—*El Pasado y el Futuro vistos desde el Presente*

Hemos hecho del presente nuestra esencial afirmación. Y hasta diríamos que todo este libro no es más que un breve

estudio del presente, de la actualidad, de la presencia, del querer del hombre.

Queremos ahora interpretar el pasado y el futuro. Pero ello es aún un análisis del presente, puesto que entre ambos no hay otra diferencia que la noción de tránsito. Por lo cual hemos dicho a menudo que la vida entera es un presente, formado por el conjunto de todos los instantes de presente.

Hemos distinguido tres clases de presente: psicológico, colectivo e histórico. En el psicológico nos debatimos en el reino de nuestra fantasía. En el colectivo entramos en contacto con la materia, con la sociedad. Es el psicológico el tiempo de la evasión, el personal, el nuestro propio, íntimo, en brazos del cual nos sepáramos de la colectividad en búsqueda de playas solitarias donde realizar nuestros ensueños.

Ya dije anteriormente, y ahora lo repito, que: "La idea del pasado y del futuro dependen del punto en que el sujeto se sitúe como presente para actuar desde él". Este principio indica que nuestra situación en el mundo depende de nosotros mismos. Esta afirmación nuestra revela una gran inexperiencia, pues sabemos que dependemos a veces de seres insignificantes, y que nuestra vida se mantiene en ocasiones por milagroso designio.

Tenemos que hacer una distinción importante e inmediata antes de pasar adelante, acerca del anterior principio, y es que él se refiere al tiempo psicológico y de ninguna manera al tiempo colectivo, aunque también puede extenderse al tiempo histórico.

Yo puedo, por el poder de mi fantasía, evadirme del presente común y situar mi presente donde yo quiera; es decir, que en mi fantasía yo soy el dueño y señor. Mi libertad me permite, en pleno mar individual, situar como presente mío la ilusión más grande que yo pueda forjarme, y así es posible la afirmación de que la vida es una ilusión, o de que la vida es sueño, o de que es mentira, cuando todos sabemos que no es ni ilusión, ni sueño, ni mentira.

Ahora bien, en este movimiento de las ilusiones, en este ir y venir de los recuerdos, actuaremos también según otro principio, el relativo al agrado o al desagrado con que evoca-

mos esos recuerdos, porque de una manera natural el hombre va hacia lo que le produce placer y se aleja de lo que le origina dolor. Y si compaginamos este principio con el anterior podremos establecer sintéticamente este otro: "La voluntariedad de mi presente dependerá del grado placentero de mis recuerdos".

Vemos, pues, que la vida de los recuerdos responde a una cierta mecánica. Todos los recuerdos placenteros tienden a persistir. Todos los dolorosos tienden a alejarse, a desaparecer, a ocultarse. "No hay cosa que se olvide antes que el dolor sufrido" —ha dicho William James.

En el ir y venir de los recuerdos el sujeto situará la corredera del tiempo personal en lo que más agrado le produzca. Si se trata de un momento del pasado que él traslada a su presente, sucederá entonces que todo lo que es su pasado actual hasta esa fecha se convertirá en futuro, y el presente actual avanzará también y se pondrá a la cabeza de ese futuro. Esto lo solemos ver en las cuestiones amorosas. La persona que sintió un amor profundo en su juventud y que el tiempo no ha entibiado, tenderá a vibrar de nuevo en ese amor a la menor excitación de los recuerdos por influencia del ambiente personal, o por su propio automatismo, y querrá vivir ese pasado, que ya acabó para siempre, en el momento actual. El sujeto se desplazará del tiempo colectivo y en su lugar instalará el suyo propio. Las operaciones corrientes de la existencia cotidiana le obligarán a volver al ritmo colectivo, pero en los instantes libres, su presente psicológico, que para él es el real, ocupará el puesto del presente común. Con motivo del centenario de la muerte de Gay-Lussac, la prensa ha referido como detalle curioso relativo a su viuda, que durante los 25 años que sobrevivió a su marido cada noche le escribía una carta. Y como quiera que en 25 años hay 6 que son bisiestos, esta señora pasó 9,131 veladas viviendo como "realidad" la ilusión de los instantes pasados.

Y lo mismo que en el amor, ocurre con los que tuvieron una brillante posición económica y hoy viven en la indigencia. En todas sus conversaciones evocarán esa situación, y la mayor parte de sus imágenes y recuerdos se situarán en esos

momentos. Para todos estos seres el momento actual no es real, y lo viven como irreal, en cambio el pasado adquiere caracteres de verdadera realidad.

Podrá suceder también que el sujeto viva pendiente de hechos futuros en los que pueda obtener satisfacciones de que ahora carece. Los hombres que viven en ese estado permanente de espera mirarán el presente colectivo sin darle importancia. Y como han hecho avanzar la corredera del presente colectivo hacia su presente ideal, que está en el futuro, no sólo vivirán como pasado este presente actual, sino que el mismo futuro existente entre el actual presente y el futuro ideal, subjetivo, lo considerarán como pasado. Los hechos pasados y presentes se alternarán ostensiblemente por una agudización de la pérdida de la memoria, y exaltarán febrilmente el estado de su fantasía.

En los casos que hemos expuesto, los que sueñan con revivir el pasado y los que todo lo esperan del futuro, el presente colectivo, el común a todos, sufrirá fuertes embates, y ésa es una de las causas más hondas de las desavenencias enconadas entre unos hombres y otros, y asimismo en el fuero interno de cada uno. Por eso dice Gide: "No deseas nunca, Nathanaël, volver a gustar las aguas del pasado". Y en la misma pág. 22 añade: "Nathanaël, no trates nunca de buscar el pasado en el porvenir". Y al negar Gide la eficacia de traer al presente el pasado o el futuro, afirma pleno de inspiración: "Capta de cada instante la novedad sin semejanza y no prepares tus alegrías". (pág. 42. o.c.)

Dice Pierre Janet lo siguiente: "No solamente nosotros tenemos nuestro presente actual, que es el único verdadero, sino que tenemos presentes ficticios que transportamos al pasado o que trasladamos al porvenir y con relación a los cuales nosotros recomenzamos la historia. No hay que olvidar esta noción de presente ficticio para comprender una multitud de fenómenos psicológicos". (pág. 377. o.c.) Y más adelante añade Janet: "Mientras que hay gentes que hacen presente relatos que deberían ser futuros o pasados, hay quienes suprimen el presente y que transforman el presente en pasado". Y Janet se pregunta: "¿Estas ilusiones, son mera-

mente patogénicas? ¿Es que nosotros no tenemos algo de semejante? (pág. 467. o.c.)

A propósito de los anteriores párrafos, que coinciden en cierto modo con mi idea, diré que yo no me sitúo en la vida de los sujetos anormales, como hace de continuo Janet, sino que creo que el presente ficticio existe en todos los hombres. En el hombre normal no hay corte o anulación de recuerdos como en el amnésico. El normal sitúa el presente donde su deseo le impulsa, y en ese forcejeo se debate continuamente; de ahí los constantes desplazamientos de que hemos hablado. Janet ha esbozado la cuestión, pero no se ha aventurado a insistir sobre ella. Yo me he atrevido a hacerlo porque pienso que las fuerzas psíquicas coadyuvan con el deseo a imponer nuestro presente y tienen poder para afirmarnos en cualquier instante del tiempo.

*

*

*

Sigamos estudiando algunas de las particularidades que en general encierran el pasado y el futuro vistos desde el presente. El pasado no puede volver al presente más que representado en el recuerdo. Y es maravillosa la acción de la psique humana de tener poder para volver por los hechos pasados, localizarlos y precisar todos sus detalles, como asimismo para imaginar los hechos posibles del futuro. El hecho pasado vive realizando funciones harto complicadas. El pasado se mezcla continuamente con el futuro y ambos aparecen juntos, pero es el futuro el que conduce más bien que el pasado. Recordamos lo que esperamos. Es eso mismo lo que dice Bachelard: "Nos acordamos de una acción con más seguridad ligándola a lo que la sigue que uniéndola a lo que la precede". (pág. 45. o.c.)

Las nociones de éxito y de fracaso, de placer y de dolor, se entrechocan, y la ideación del sujeto deambula presurosa en búsqueda de su futuro, rememorando experiencias pasadas para asegurarse de la acción que va a emprender, esforzándose por abrirse un camino. Hay una pretensión de avanzar rápidamente hacia el futuro y de abandonar el presente actual

cuando no nos sea propicio. Creemos que el tiempo venidero será más favorable que el actual. (Ya nos ocuparemos de este punto cuando hablaremos en el cap. VIII acerca del optimismo y el pesimismo). La lucha se manifestará en marcha retrógrada hacia el pasado, a veces; mas de todas maneras un continuo impulso nos dirigirá hacia el futuro, porque es en él donde se desenvolverá nuestra acción. En este sentido la evocación y la localización del pasado no se realizarán más que como ayudantes, como soportes de ese futuro.

Es característico de ese futuro el ser inédito, por ser absolutamente desconocido. El futuro no tiene realidad y sin embargo su continua prefiguración nos atrae. Hemos de ocuparnos de él para prepararnos para la acción. No obstante, nuestra idea básica es que el futuro no es lo esencial en la vida, sino que es el presente lo que nos da solidez, eficacia y sustancia. En mi imaginación yo me represento ese futuro hacia el cual quisiera ir, y entonces su imagen se instala en mi conciencia como hecho real, haciendo retroceder a las que ha poco la ocupaban, aunque pertenecían a hechos de mi vivir real e inmediato. Y de la misma manera el pasado puede también instalarse en el presente. Es lo que decíamos hablando de la viuda de Gay-Lussac. Lo que es objeto de la atención es lo que nos interesa. La conciencia ha de tener siempre un presente. Sólo el presente actual, el material, si así se le pudiera llamar por darse en la acción, es el que se nos impone, y el que nos equivoquemos y volvamos de nuevo a tratar de representar en nuestro presente actual el hecho que le dió origen, revela que éste es lo propio de nuestro interés. Así, pues, el futuro no es futuro en cuanto nos preocupa, sino que es presente en cuanto nos ocupa. El pasado y el futuro son circunstanciales. Ellos no son válidos más que cuando se actualizan en mi conciencia. Sólo lo actual puede ser valorado y por lo tanto ser valioso efectivamente. La fábula de la lechera lo revela.

En el ritmo psicológico nosotros situamos el presente donde nos dicta nuestro deseo, lo cual equivale a poner el pasado o el futuro donde nosotros deseamos, hemos dicho anteriormente. Así, pues, en el ritmo psicológico vivimos

continuamente en presente. De lo que no nos cabe duda es de que deseamos, y esa afirmación no la podemos hacer más que en cada instante. Cuando pasamos al ritmo colectivo el pasado y el futuro pretenden tener objetividad, pero como no podemos conocer absolutamente el futuro y que el pasado no puede ser evocado más que en un presente que es ya futuro respecto a él, ambos encierran el mismo carácter de incertidumbre. Cuando pensamos en el futuro colectivo su evocación responde a como nosotros quisiéramos que fuera, pues lo que de seguro encontramos en el futuro y en el pasado colectivo lo hallamos también en nuestros deseos afirmados en el instante. Nos encontramos, pues, al fin y al cabo, en que no tenemos en todos los casos como realidad absoluta más que el instante y nuestro querer en él. He ahí por qué nuestra vida no conoce más que el presente, el instante que vivimos como realidad, como hecho básico. Todo lo demás no es más que suposición. Por ello el tiempo nos produce la impresión de ponernos en la duda y en la incertidumbre y pretendemos negarlo. Y en efecto, lo podemos negar porque fuera del instante no hay más que un continuo. Y si lo afirmamos es porque vivimos en instantes sucesivos. La vida no es comprensible más que como tarea hecha por etapas. Considerarla como una sola equivale a negarla. Felizmente tenemos las fuerzas psicológicas, que poseen un carácter de discontinuidad y de sucesión, como los sucesivos instantes en que vivimos.

Insistamos aún sobre la significación del presente, sobre todo en relación con el futuro, porque para nosotros es de capital importancia. Es una cuestión de perspectiva el interpretar esta cuestión. Así, veremos, que lo que llamamos pasado y futuro no los atacamos como tales pasado y futuro, sino siempre como presentes, porque para el hombre no hay más que presente.

Cuando estamos preocupados por una difícil situación que nos llegará en el futuro, lo que hacemos no es atacar ese futuro, sino enfrentarnos con este presente que está ante nosotros exactamente ahora. Si encontramos una solución al problema descansamos. No sabemos si la solución que

daremos a la cuestión, llegado el instante oportuno, será la que determinamos ahora, lo que sí sabemos es que es una solución para que desaparezca la inquietud que nos agobia en este instante. Lo que nos inquieta no es el peligro, sino la deformación con que aparece en la actual presentación, porque generalmente abultamos el peligro debido al miedo más de lo que es en realidad. La causa es que hacemos un corte en el tiempo y trasladamos a este preciso momento el peligro que nos puede llegar dentro de unos meses; es decir, que lo miramos con una inmediatez que no corresponde a su lejanía. Pero la conciencia sabe reaccionar sabiamente en el instante actual y busca una solución, la encuentra, y con ella sale del apuro. Se podrá llamar ensueño, esperanza, vicio, etc., lo que impulsa a la conciencia, pero el caso es que ésta sale airosa y acepta confiada la solución encontrada creyéndola definitiva. Lo que la conciencia hace es resolver una cuestión de perspectiva por medio de una solución provisinal a la que da la apariencia de definitiva. Cuando yo creo que el peligro es inminente sin serlo, destruyó la lejanía y la estrecho, le quito la perspectiva. La prueba es que si conscientemente coloco otros hechos que pueden producirse en un tiempo anterior al de la fecha del peligro, éste se aleja y me preocupa menos. Las soluciones que encontramos, pues, son dictadas por el presente, aunque parece que sea el futuro que tenemos delante el que las dicte.

Y lo mismo sucede ante el placer que quisiéramos llegar a gozar en el futuro. Nos sentimos deseosos de tenerlo entre las manos, de conseguirlo. Quisiéramos tocarlo antes de su llegada. No tenemos calma para esperar ese placer. El momento lo abulta. Y lo hacemos para gozar de él. Pero como no nos llega cuando deseamos, lo substituimos, lo reemplazamos por una actividad que lo desfigura. La perspectiva substituye ese placer futuro por una imagen placentera provocada en el instante. Y encontramos la calma en el instante. El hombre lucha por la calma.

La verificación de lo que acabamos de decir la encontramos en las revisiones que hacemos de nuestro pasado. Casi siempre sucede, (no hablo de las tragedias colectivas perma-

nentes como las guerras), que los peligros en que habíamos pensado no fueron tan grandes en la realidad como los habíamos imaginado. Eso muestra claramente que el presente es nuestro más certero punto de apoyo y que la perspectiva espiritual es un hecho de la mayor importancia.

El presente no se somete nunca. Y hasta tal punto es él quien ejerce su dictadura en nuestra vida lo revela, que cuando dependemos de un hecho futuro que nos atenaza fuertemente en el presente, hemos de hacer enormes esfuerzos para abrir una brecha en esta fortaleza del presente para librarnos de él, dirigiéndonos con nuestra fantasía hacia climas más favorables donde situar un presente ficticio.

Se puede argüir la "preocupación" permanente como argumento para probar que el futuro es más fundamental que el presente, y asimismo la existencia de los plazos fijos. Pero pensemos que no podemos afirmar el futuro en el presente tal y como será efectivamente y que los plazos fijos no se cumplen siempre.

La imaginación nos presenta el futuro o el pasado en el presente. Y este presente es siempre una condición, una hipótesis, una suposición de lo que fué o de lo que será. Lo que hay en nosotros de realidad absoluta es lo que queremos en el instante, lo que hacemos en fin, porque el pensar mismo no puede tener una realidad. Así, pues, el presente tiene de real un querer como afirmación y más tarde un juicio como expresión del darse cuenta. Las fuerzas psíquicas intervienen en los sucesivos instantes para resolver las incógnitas que se nos van presentando.

Hemos dicho que del futuro no conocemos nada de cierto; sin embargo, hay algo que se nos da en el futuro y que nos es conocido. Me refiero al hecho de la muerte. Sabemos que llegará de manera absoluta, y su evidencia no se da más que en el instante de presente. Lo que desconocemos es el plazo, el tiempo en que ocurrirá, por eso el tiempo es el correlato inseparable de la vida. Y el tiempo físico que nos falta para morir es lo que traducimos en una fórmula moral y lo llamamos "preocupación". La "preocupación" es el tiempo, es "nuestro tiempo". Traducimos un hecho físico en un

hecho moral. Y ya de esto Heidegger ha hablado largamente en "Ser y tiempo". Pero había que haber afirmado que la "preocupación", aunque se da para el futuro, está instalada efectivamente en el momento de presente. Si la "preocupación" existiera en el futuro y no en el presente, no tendríamos "preocupación" y el presente sería absorbido por el futuro. El momento de presente es el que impone mi querer, de donde nace mi pensamiento de la muerte, pero también mi acción y mi ser. Si el futuro fuera más importante que el presente entonces la vida languidecería y al fin se anularía. Si el futuro fuera exactamente previsto nos trasladaríamos a él y el presente no existiría. La vida es "preocupación" porque se realiza en el presente y porque en el mismo presente puede sobrevenirnos la muerte.

Para mostrar la superioridad del futuro sobre el presente se puede hacer valer también la existencia de las ilusiones o de las alucinaciones. Para probar la del pasado sobre el presente los casos de paramnesia y los de ecmnesia. Pero por su intensidad emotiva el choque único del instante se revela en la acción y en el querer. Aun en los casos anormales a que acabamos de hacer alusión el deseo del sujeto se impone, lo que sucede es que su presente no puede ser localizado en el plano de la conciencia colectiva.

Pasemos ahora a interpretar el pasado y el futuro que se dan en el tiempo colectivo. Cuando nos ocupamos de éste dijimos que en él todas las personas tenemos el mismo presente. Comprendemos perfectamente que tengamos el mismo presente. Por ejemplo, cuando en una asamblea pública se guarda un minuto de silencio todos coinciden en considerar enormemente largo ese minuto. Todos sabemos que el tiempo del placer es corto y el del dolor es largo, puesto que esa longitud depende de nuestros estados sentimentales, y donde más se pone esto de relieve es cuando hemos de vivir en el tiempo colectivo. Por eso, repetimos, ese minuto de silencio es tan largo que si hubiera de prolongarse a dos minutos sería imposible llegar a su término sin incidentes. Aquí es donde queremos nosotros ver la cuestión del pasado y del futuro colectivos.

Hay múltiples clases de grupos. Las causas de éstos pueden ser muy diversas. El mismo individuo puede formar parte de los más heterogéneos. En todos ellos el presente es común y en consecuencia deberán serlo el pasado y el futuro. Pero en esto no se coincide más que en la medida en que todos los componentes del grupo conozcan el pasado del mismo y sus aspiraciones, cuando hay intereses, sufrimientos y preocupaciones comunes; esto es, cuando hay una historia de la colectividad o grupo, que tiene que existir en el espíritu de sus elementos dirigentes, como mínimo. Así, pues, el pasado y el futuro, cuando salen del individuo no pueden tener actualidad, esto es, realidad, más que si hay una historia encarnada en unos hombres determinados. También en el vivir subjetivo hay una historia, pero es una historia que sólo el propio sujeto conoce, mientras que en un grupo, o en la sociedad entera, la historia no es conocida, la que se conozca de ella, más que por un reducido número de personas. He ahí por qué el reino de la cultura está limitado a los menos, porque el pasado y el futuro colectivos, aunque sean comunes a todos, no son objeto de la curiosidad auténtica de todos. Es preciso que cada hombre se sienta solidario del grupo o de la sociedad de modo semejante a como él lo está con su propia vida. Los dirigentes de la asamblea donde se guardó el minuto de silencio sabían por qué guardaron ese silencio; pero el ser innombrado de la asamblea ignoraba probablemente su significación, y muchos acaso estarían pensando en asuntos ajenos al acto. Y en la sociedad hay masas enormes de seres que ignoran la historia de los hechos más banales, y no pueden sentir ninguna solidaridad con los que los crearon. No se es solidario de lo que se desconoce, y aun conociendo los hechos históricos, no siempre se siente uno ligado a ellos. He ahí la diferencia entre el pasado y el futuro de los tiempos psicológico y colectivo. No cabe en éste liberarse del presente y moverlo según el propio deseo, como lo hacemos en el tiempo psicológico. El pasado y el futuro del tiempo colectivo son inflexibles y son conocidos de un corto número de sujetos.

Hay, sin embargo, el hecho de las grandes aglomeraciones

el tumulto del devenir. En esa perenne observación todas las posibilidades del hombre encuentran cauce y se unifican. Sólo en la unidad nuestra vida psíquica halla forma y sentido. Y así decía Brentano que “la variedad de los fenómenos psíquicos aparece como unidad”. Y es en el momento del obrar cuando esa unidad es completa y absoluta. No hay verdadera unidad psíquica más que en el momento de la acción. Cuando observamos, para ir hacia la acción, realizamos la unión de nuestras vivencias. Todo lo demás será unidad mental en el caso más favorable, pero separado de la acción, el hombre no puede dar valor a todo lo que en él hay, ni llegar a unificar su conciencia.

El método de observación significa, pues, concentrarnos íntegramente en el instante temporal que nos toca vivir. No siempre tendrá la misma intensidad su empleo, pues no es posible la continua acción, y necesitamos momentos de reposo para renovarnos; pero si nos damos cuenta de su importancia, conseguiremos una objetividad creciente: unificar nuestra energía psíquica y darle directrices seguras.

René Boylesve, en su novela “El perfume de las Islas Borromeas” dice lo siguiente: “El gesto que vale ser fijado no tiene duración; él es incapturable, salvo para un ojo atento que diríamos lo ha presentido, que lo espera, que lo reconoce en el momento en que él tiene lugar. Muy pocos hombres tienen el don de coger al paso este signo fugitivo” (pág. 131).

3.—Estudio del momento de presente

En el ensayo que publiqué en 1934 abordaba yo el tema del sentido de la actualidad. En él trataba de interpretar cuáles eran los elementos fundamentales que intervienen en el preciso momento de la acción. Desde entonces el tema me ha preocupado profundamente.

Dice Bergson en el prefacio de su libro “Duración y simultaneidad” la frase siguiente: “Ninguna cuestión ha sido más descuidada por los filósofos que la del tiempo, y sin embargo todos están de acuerdo en considerarla capital”. Pero esta expresión de tiempo, por sí sola, no dice gran cosa, ya

que el tiempo es un simple devenir y lo esencial es analizar lo que en él deviene o cambia. Es preciso que al considerarlo entremos en el centro propio de la psique humana. No quiero decir con ello que Bergson no lo haya estudiado en su estrecha relación con problemas fundamentales del alma. Por ejemplo, en citado libro se ocupa del problema de la libertad, y lo ataca en el área de la subconsciencia. De ahí que según él cada uno tenga conciencia de su propia libertad y le sea tan difícil apreciar la de los demás. Es en ese tiempo individual, personal, psicológico, donde Bergson sitúa la libertad; pero en cambio, cuando él estudia el sentido del tiempo no entra en otros muchos problemas, y sobre todo no analiza debidamente, a mi juicio, el sentido de la actualidad. De haberlo hecho hubiera modificado seguramente muchos de sus conceptos, e incluso el núcleo central de su teoría. Es en el presente fugitivo, según nuestro punto de vista, donde se encuentra la base de la interpretación de los hechos psíquicos.

El principio de adaptación al ambiente como fórmula de saber vivir lleva en sí implícito el de la diferenciación continua del instante de presente.

Es cosa que todos intuyen que nuestra vida psíquica es un continuo devenir. Desde que nacemos hasta que morimos vivimos experiencias sucesivas, que se van convirtiendo en recuerdos y que forman nuestro pasado. En el presente saltamos de ese pasado hacia el futuro, pero precisamente porque el presente es el punto de confluencia, y porque en ese momento entramos en la acción, repitiéndose indefinidamente como experiencia, es por lo que analizar el presente tiene la máxima importancia.

En primer lugar diremos que, presente es lo que se da aquí, en este preciso instante en que obro, en que miro, en que escucho a alguien. Ni antes ni después. Y sin embargo, ese instante va ligado indisolublemente al antes y al después. Primeramente ha de existir un recuerdo, pues sin él yo estaría aislado. Y tengo además que imaginar, que saber lo que voy a hacer. Este saber, apoyado en un imaginar es, pues, un conocimiento. Todo lo que prevemos se apoya en el recuerdo lo transforma por la otra.

Repetimos, pues, la base del momento actual está en la esfera cognoscitiva. Y siendo ésta imprescindible no es esencial, y no lo es, porque no se trata de conocer, sino de hacer. Cuando yo voy a hacer algo es preciso que disponga mi querer para la acción. Así es que el fundamento de la acción es el querer.

Llegado aquí procede hacer distinciones fundamentales sobre el querer y el pensar. Acabamos de decir que el querer es la base de la acción. Lo esencial del querer es que se da en el instante de la acción, en cambio el pensar, aunque se da también en el instante, lo hace en uno posterior a aquél en que se da el querer, porque se apoya en él.

Entre el querer y el pensar hay una gran diferencia: para pensar hay que querer, para hablar hay que querer. El hombre es el dueño y señor de su vida porque ésta puede depender de su propio querer. Además, así como el pensar es una elección, el querer no lo es, porque el sujeto se decide sin elegir, esto es, espontáneamente. Es verdad que continuamente pensamos en silencio para ver qué nos conviene hacer, pero yo entiendo que en nuestro pensar solitario es también el querer el que nos impulsa. Entonces se dirá: ¿Qué garantías nos quedan si es el ciego impulso del querer el que nos decide? Pero para mí el querer no es un designio ciego, sino una acción inteligente. La persona toma posiciones por su querer. Cada ser vivo calibra perfectamente hasta donde puede llegar en su acción, hasta donde le dejarán ir los demás. Y este sentido del avance o retroceso, de la posibilidad o imposibilidad para obrar, es sopesado inteligentemente por el querer del sujeto. "El sentimiento piensa" —ha dicho Unamuno. Este sentido inteligente del querer es más fuerte, más valioso, más decisivo, que el típicamente inteligente del pensar. En verdad, si nosotros nos fijamos, veremos que en latín la palabra pensar fué primitivamente el vocablo pesar, la acción de pesar con la balanza, y de él deriva. También el sujeto, con su querer, pesa, sopesa las situaciones, y según ese sopesar, obra. Hay en el querer como un pensar sintético que se nos da en la intuición. El querer es síntesis y el pensar es análisis. El pensar ve lo que hay sintéticamente puesto

en el querer. Por eso el querer es el que impulsa nuestras decisiones y finalmente nuestros juicios.

Era preciso entrar en las anteriores distinciones entre el querer y el pensar para no caer en la posición racionalista. El racionalista suele confundir dos sentidos netamente distintos que se dan en la palabra. La palabra puede ser hablada o escrita y pensada. La palabra pensada es elemento del juicio. La hablada o escrita es acción. Cuando pensamos un juicio, le damos un giro que es distinto del que le damos cuando lo expresamos. Dice Brentano que todo juicio tiene pretensión de verdad; sin embargo, esta pretensión es interna, no se proyecta fuera del sujeto. En cambio, cuando ese juicio lo expresamos, no sólo tiene la pretensión de verdad, sino que además queremos que todos coincidan con nuestra pretensión. Es decir, que el juicio expresado sale de la esfera conceptual y psicológica del pensar para entrar en otra social y colectiva del querer. Bien es verdad que en el querer se dan también dos direcciones, la de la simpatía y la de la antipatía, como en el pensar se dan el juicio positivo y el negativo, pero ambas no se corresponden, pues ante la simpatía podemos tomar las dos posiciones opuestas del pensar, así como también ante la antipatía, y ésta es una nueva razón que aportamos para ver la diferencia entre querer y pensar, pues en el querer hay la adhesión espontánea del sujeto, mientras que en el pensar siempre hay la posibilidad de la duda, esto es, la doble dirección del juicio positivo y el juicio negativo. Cuando en el querer surge la duda es porque el ritmo colectivo se ha instalado en el alma del sujeto.

Jean Nogué, en su libro "El sistema de la actualidad" (P. U. F. París. 1947), establece también el querer como fundamento de la acción. Nogué ahonda en el sentido de la actualidad y va pasando revista a los diversos filósofos que en Francia se han ocupado del mismo problema: Guyau, Bergson, Maine de Biran y Descartes. El primero, en su libro "La génesis de la idea de tiempo" dice que hay un fondo activo en toda realidad, esto es, que es en el esfuerzo donde reside la realidad. Nogué encuentra en Maine de Biran, campeón del acto voluntario, un concepto esencial, que es el de

resistencia, y Biran dice que si hay un esfuerzo es porque es preciso vencer una resistencia, y ambos se dan en el mismo tiempo. Y Nogué supera este concepto de esfuerzo recurriendo al "impulso" de Bergson, y añade que el esfuerzo se desdobra en apoyo y en impulso. Estos dos, apoyo e impulso, intervienen según Nogué, en la formación de la actualidad. Esta, pues, se realiza en la esfera del movimiento voluntario. Y dice Nogué estas palabras: "en su fondo el instante es una decisión" (pág. 21. o.c.) De esta decisión, de este acto solemne del decidir, emanan el sentido y el orden del tiempo.

Expone Nogué en citado libro que Descartes hizo del orden la clave de todas las operaciones del espíritu. Nogué nos habla del origen dinámico del orden, y dice que un simple sentido de variación no basta para engendrar un orden, pues se necesita por lo menos un término intermedio. Así, entre el "do" y el "mi" hay que poner el "re" para tener un orden, así como entre el blanco y el negro un matiz del gris. El orden tiene según él un sentido del recorrido, términos intermedios y posibilidad de invertir el sentido de ese recorrido. Aplicando lo que dice Nogué a mi doctrina sobre el instante, yo diría que donde él pone la nota "re" como intermedia entre el "do" y el "mi", o el color gris entre el blanco y el negro, yo pongo el hecho psíquico fundamental que es el acto voluntario, como Nogué lo hace también, pero yo veo en ese acto la nota intermedia que Nogué sitúa en el "re" o en el color intermedio del gris, es decir, que lo que para él es intermedio para mí es lo central y básico, que al afirmarse el instante por el acto voluntario del sujeto, surgen el pasado y el futuro, y el querer en el instante es el que decide de la noción del orden, de un orden vital, que en todo hombre se traduce en orden intelectual. El orden, pues, lo hace cualquier hombre continuamente en su espíritu por imposición de su propio vivir, de los instantes sucesivos en que se ve obligado a vivir. Y esa es la causa de que cualquier hombre, por muy ignorante que sea, sepa el terreno que pisa en cualquier momento de su existencia. El instante, pues, es el que decide del orden en nuestra vida. Y a dicha noción fundamental del orden podríamos añadir también una otra, la

que los diferentes objetos, reales o imaginados, van presentando continuamente a nuestro querer y a nuestro pensar en los sucesivos instantes de nuestro vivir.

En la misma fecha, aproximadamente hacia 1934, que Nogué escribía su libro "El sistema de la actualidad", publicaba yo en Madrid mi ensayo sobre "El concepto de la actualidad", y dábamos al momento de la actualidad el mismo fundamento, la misma base "voluntaria", igual intervención del "querer" como apoyo del instante.

Vengamos, pues, a la voluntad, al querer, mejor dicho, para encontrar la afirmación esencial del proceso discursivo de la vida. Esta esencialidad no es más que la actualidad. Tenemos por lo tanto que analizar este concepto de actualidad, cuyo análisis es inagotable, puesto que él nos da el punto de partida y nos presta seguridad en el proceso del vivir, e intelectualmente considerado nos suministra las sucesivas etapas unificadas de nuestra conciencia. Por otra parte, cuando afirmamos que "estamos" es cuando afirmamos que "somos". Y el "estar", es el "estar" en "este" preciso momento del devenir en el que yo realizo una acción.

Cuando estamos en relación con los demás hemos de dar una respuesta a la pregunta que se nos hace, y para ello hemos de comprender en todo su sentido la interrogación. La pregunta puede sernos hecha por otro, o por nosotros mismos. El momento de presente se localiza con caracteres más netos cuando es otro el que nos hace la pregunta, porque fuerza nuestros recuerdos a situarnos exactamente en la petición del extraño. Por lo cual entendemos que el momento de presente debe ser analizado en nuestra relación con los demás, es decir, en el tiempo colectivo con preferencia al tiempo psicológico, en el cual los recuerdos se mueven con menos rigor.

Supongamos, por ejemplo, que vamos por la calle y súbitamente vemos a una persona a la que reconocemos. ¿Qué ha ocurrido en nosotros para hacer este reconocimiento instantáneo? Ha habido una selección inconsciente dentro del caudal numerosísimo de imágenes de nuestras personas conocidas. Y de entre todas ellas sólo se ha hecho presente la de la persona que ha aparecido súbitamente ante nosotros. Por-

que podría haber ocurrido que surgiese otra imagen distinta a la de la persona aparecida, lo cual acontece cuando nos equivocamos, lo que rarísimas veces sucede porque reaccionamos en seguida en el sentido de reconocer el error y rectificamos. Y esto ocurre, no sólo cuando se trata de personas, sino en el reconocimiento de lo ya visto, o en general, sentido con anterioridad. La percepción tiene como cualidad esencial la localización, necesaria para situar nuestros recuerdos. Esa cualidad, esa capacidad, es la que posibilita tomar una posición y la que determina el momento de presente de manera inconfundible; es, en fin, la nota básica para objetivar el pensamiento. Pero en el instante se nos pide algo más que la espontaneidad en el surgir de la imagen o el recuerdo inmediato. Si estamos, por ejemplo, dialogando con otra persona, tenemos que comprender seguidamente lo que ella nos dice y responderle inmediata y adecuadamente. Hay que saber interpretar la pregunta que nos ha hecho, y hay que hacerlo en un tiempo mínimo. En el diálogo es cuando se percibe en toda su "inmensidad" el momento de presente, porque hay que romper con todo el infinito número de respuestas posibles y presentar sólo la que corresponde. Es la palabra el vehículo que nos conduce certeramente hacia la "página" de la respuesta. Además, dialogando sufrimos a menudo los efectos de una emoción, o de una pasión, y a pesar de ello tenemos que continuar enfocando la realidad presente e interpretarla en sus términos precisos. El espacio existente entre los recuerdos se acorta y se necesita evitar los vacíos y los lapsus, que nos llevarían a la incomprendición, y por lo tanto a la ruptura del diálogo, cosa que ocurre con alguna frecuencia. Hay momentos angustiosos, cuando alguien está hablando y no encuentra la palabra para continuar, y sentimos un gran alivio si, hallado el vocablo, el diálogo sigue su curso normal.

¿Nos damos cuenta del portentoso poder que tiene nuestra psique para no actualizar en el presente todo el inmenso arsenal de recuerdos que llevamos almacenados y en cambio dejar que aparezcan los que coincidan con la situación actual? Y esa maravilla crece de punto en nuestros diálogos interiores.

res, en los cuales evocamos las imágenes y recuerdos que voluntariamente requerimos. Podrá ocurrir que surjan imágenes o recuerdos que no fueron "convocados", pero casi siempre son meros corolarios de los esenciales. La vida intelectual es posible gracias a esta precisión de la actualización, y eso es lo que permite la existencia de la conciencia.

El momento de presente tiene aún mayores complejidades y atractivos. Si, por ejemplo, estamos hablando en un idioma y queremos comenzar a hablar en otro que nos es familiar, obramos como si tuviéramos un interruptor automático entre los dedos, lo hacemos girar, e inmediatamente abandonamos todo el sistema de formas y sonidos de la primera lengua para dejar paso a todos los que corresponden a la segunda. En el momento de presente tenemos el poder de apartar nuestra atención de toda la inmensidad de conocimientos que supone un idioma, que no son únicamente las palabras, sino el color, el paisaje, los tipos y figuras, para entrar de lleno en otros paisajes y líneas, situados posiblemente a miles de kilómetros de la nación donde aprendimos la primera lengua. Y lo mismo que en los idiomas sucede cuando estamos hablando de una determinada materia y la abandonamos para comenzar a hablar de otra diferente. Y en todas estas operaciones psíquicas quien obliga al cambio de decoración es el "interruptor", el "querer", que abandona un momento de presente para reemplazarlo por otro distinto. Si ese nuevo momento no existiera, si la necesidad no se nos impusiera total e imperiosamente en este instante en que vivimos, el mundo de nuestros recuerdos no haría más que moverse sin la fuerza de gravedad necesaria para que la conciencia tomase posesión de sí misma, cual ocurre en los sueños y en los alienados, y la vida de relación y la propia existencia mental serían imposibles.

Quien manda pues en el hombre es su momento de presente. Este ha ido formando paulatinamente su conciencia. Por eso ésta, que tiene un acento individual, es hecho de formación moderna. Sabemos que en los pueblos primitivos es el fenómeno colectivo el que se impone a lo individual, y la naturaleza ejerce un omnímodo poder sobre la subconsciencia.

cia, y los sueños dan las normas de acción a los individuos. Indudablemente, en esas acciones hay otras influencias que las del momento de presente, en las que ahora no es oportuno entrar. Es natural que sea el momento de presente lo que ha llevado a la formación de la conciencia moderna, porque sin la noción de tiempo, que tanto desarrollo ha adquirido en el hombre actual, la conciencia no existiría más que para aquellas cosas que tuviéramos que hacer necesariamente.

Reasumiendo diremos, que en la vida intelectual no hay solamente la recoincidencia continua y la presencia activa del querer, sino que existe también la ausencia sistemática. Cuando tenemos que reconocer la presencia de un objeto, no sólo surge en nosotros la imagen que casa con él, sino que no surge la que no coincide con el objeto. Así, el espíritu tiene la capacidad de dejar aparecer lo que coincide con el objeto y de ausentar lo que no coincide con él. Recurriendo al ejemplo de la persona conocida encontrada en la calle, diremos que al aparecer aquélla hay primero un fenómeno de presencia, una imagen anterior que coincide con la actual, pero al mismo tiempo se ocultan las imágenes de las personas que conocemos y que no coinciden con la de la persona que en este momento pasaba junto a nosotros.

Si en lugar de una imagen única, como es la de una persona, pasamos a un objeto común, como una silla o una mesa, la presencia de tal objeto hace aún más fácil la aparición de las imágenes anteriores de las sillas o mesas conocidas, con la particularidad de que no recordamos tal mesa o tal silla, sino en general la mesa o la silla, pero esto es debido a la carencia de personalidad de esos objetos, porque si se trata de una mesa o de una silla determinadas, entonces reconocemos la imagen de la silla, o la mesa especial de que se trata, y el concepto genérico se desvanece. Esto revela que el momento de presente sacrifica lo genérico e instala lo particular, porque éste es más rico que aquél, ya que supone ambos. Si el mundo del conocimiento sabe de conceptos e ideas a los que se da la noción de universalidad o generalidad, en los momentos de presente la vida intelectual está cargada de noción individuales y concretas; pero como quiera que ambos planos

no viven separados, al presentarse estas realidades alcanzamos las ideas y conceptos. Cualquier instante del tiempo nos da lo general en lo particular. Y ésta es la causa de que en todo hombre, aun en el más ignorante, su vida intelectual sobrepuce en mucho lo que sus palabras denotan, porque él recibe de la cultura estas palabras sin saber, ni su historia, ni su contenido. Y todo ese material "histórico" se pone en pie atizado por la chispa luminosa del instante de presente, que fuerza a cualquier hombre a obrar y a expresarse.

La mujer revela, en la importancia que da a su "maquillage", tener una profunda intuición de la fuerza sugestiva del instante. Toda la infinitud que se oculta en el complejo ritmo psicológico femenino tiende a hacerse presente en ese instante. Y si el hombre no sabe captarlo es porque no aprecia su valor a causa de su tendencia a penetrar en los ritmos colectivo e histórico, donde espera forjar las leyes y las formas.

Paul Valéry intuye todo el valor del instante, y le da un sentido misterioso y creador en las siguientes palabras, citadas por Saurat en su libro "Modernos" (pág. 121): "Hay muchas cosas, prosiguió él, hay... todas las cosas en este instante; y todo aquello de que se ocupan los filósofos transcurre entre la mirada que cae sobre un objeto, y el conocimiento que resulta de ello... para acabar siempre prematuramente", ("Empalinos". 113-115).

La época actual es la que ha destacado con caracteres más agudos el culto del instante en la vida del hombre. Hemos citado repetidas veces a Gide como iniciador de los modernos en ese frenesí de destacar el momento en que se vive. Y con él han venido otros escritores que como Valéry, Proust, Mauriac, Montherland y Supervielle en Francia han situado el instante como hecho psíquico fundamental. En España, la tradición de la vida como un instante es bien conocida desde Jorge Manrique, Quevedo y Calderón hasta Azorín y Unamuno. El instante asimismo ha sido objeto de las preocupaciones de Kierkegaard y Rilke. En Inglaterra Wells, Powys y la escritora Ethel M. Rowell han escrito también acerca del instante. Esta última, en un artículo aparecido en la revista "Hibbert Journal" (abril 1946) afirma, como nosotros hace-

mos, que hay que apoyarse en el instante para interpretar los hechos. Dice dicha escritora que cuando miramos atentamente una pintura, oímos un trozo musical, o leemos un poema, tenemos el sentido de esa amplitud del instante. Y añade que no es sólo en tales momentos, sino también en los más simples de la existencia donde se percibe dicha extensión, y cita varios ejemplos. A este propósito dice que un día de intenso bombardeo aéreo de Londres había una mujer que iba y venía a su casa incesantemente. “—¿Qué le sucede a Ud.? —le preguntó un oficial. Y ella contestó: es que quisiera ver dónde está el lechero, porque a mi marido le gusta tomar el té por la mañana temprano”. Y la escritora comenta: “el pasado era hostil, del futuro ni hablar, era el momento de presente lo único que le quedaba a aquella mujer entre las manos”.

Y George Duhamel, en “Confesiones de medianoche” pone en boca de su protagonista las siguientes palabras: “¡Los que dicen que la vida es corta me hacen reír, entendedlo, reír, reír!. Son los años los que son cortos, pero los minutos son largos y mi vida, la mía, no está hecha más que de minutos”. (pág. 86. Ed. 86. “Mercure de France”. París. 1947).

Schopenhauer, en su libro “El mundo como voluntad y como representación” (trad. francesa de Burdeau. Alcan. París. 1925) expone que: “La forma propia de la manifestación del querer, la forma por consecuencia de la vida y de la realidad, es el presente, únicamente el presente, no el porvenir, ni el pasado; éstos no tienen existencia más que como noción, relativamente al conocimiento, y porque ella obedece al principio de razón suficiente.” (vol. I. pág. 291). Pero el mismo Schopenhauer, al comienzo de citado libro, en la pág. 8, no sólo niega el pasado y el futuro, sino que niega también el presente: “límite sin extensión y sin duración entre los dos”. Al fin y al cabo nos encontramos ante una filosofía de la negación. En cambio para nosotros es todo lo contrario, porque la vida es una afirmación y el instante de presente, a pesar de su momentaneidad es, como hemos dicho frecuentemente, síntesis y expresión de la naturaleza de la vida; y del impulso contenido en uno solo dependen con frecuencia

acciones múltiples de formidable envergadura. Y es que el punto de vista de Schopenhauer, a pesar de que él quiera atenerse al mundo de los fenómenos, es una metafísica que renuncia a toda psicología. En cambio para nosotros la vida responde a una metafísica que no tiene posibilidad de interpretación fuera de los sucesivos momentos del tiempo y es forzoso por eso explicarla psicológicamente. Mostrar como defecto de nuestra vida que sea fragmentaria por manifestarse en momentos sucesivos es negar el inmenso valor del querer que él mismo afirma y que se manifiesta en cada uno de esos momentos. Y esto es lo que hace Schopenhauer. Por eso su renunciamiento pesimista no responde a lo que la vida nos muestra en sus ritmos alternantes. El oficio del filósofo no es el de establecer prejuicios morales, sino el de captar, sintetizar y objetivar sus observaciones propias, y las que los demás hombres hacen sin unidad ni sistema, a causa de vivir entregados a las preocupaciones de sus varios oficios.

4.—Las dimensiones del presente

Para darse cuenta de la dificultad de captar el instante de presente diremos que para James no más de doce segundos dura la atención ininterrumpida que podemos prestar a un objeto, y algunos llegan a limitarla a cinco centésimas de segundo. En estas condiciones, ¿es que nuestros presentes estables pueden coincidir con los cambiantes del tiempo?. Pero nos preguntamos: ¿Es que en el presente fugitivo no hay más que ese instante, aislado, sin relación con nada?. No, evidentemente. Para convencernos se impone ver cuál sea la amplitud de ese presente, qué ramificaciones tiene en la vida de nuestra psique. Repetidas veces hemos dicho que el tiempo para el hombre no es más que las acciones que sucesivamente va poniendo en él, y no el tiempo mismo. Vamos a ver, pues, cuáles son las dimensiones del presente más allá de su momentaneidad.

Las acciones son preparadas por la continua reflexión del sujeto, según los fines que ha de realizar. Hay fines inmediatos y fines mediatos. Los primeros se limitan a las operaciones corrientes del vivir cotidiano. Los segundos son fruto de

lentos esfuerzos y largas preparaciones. Los múltiples presentes que preparan esos fines están enlazados entre sí, y si el instante de la acción es un segundo, los diferentes instantes de acciones similares que lo preparan viven almacenados en ese instante, "recordando" los anteriores e "imaginando" los futuros. El presente no es el hecho aislado, no es el segundo del tiempo, aunque nos baste un segundo para interpretar las situaciones, ya que en un instante aflora a la conciencia el "sentido" de lo que queremos hacer o expresar. El instante de presente generalmente es eso, un instante, pero a veces está incluido en un ciclo, en el que un hecho principal puede recoincidir con múltiples instantes. Y asimismo, el instante se amplía de acuerdo con el interés, con el grado de atención que el sujeto pone en el objeto.

Todo lo que hacemos lo podemos hacer porque nuestro organismo y nuestra psique conservan las trazas de sus operaciones anteriores. Bien dijo Bergson que fundamentalmente somos memoria. Si podemos levantar un objeto es porque hemos aprendido a levantar. El aprendizaje se apoya en la memoria. Pero no hay dos momentos iguales. Esto indica que a veces hay que descubrir algo nuevo. Y la acción nueva se prepara porque responde a una finalidad, la cual es una categoría que nos dirige normalmente. Antes de llegar al presente ya hemos hecho repetidos intentos. Las escenas de una obra de teatro han sido cuidadosamente preparadas de antemano. Hay presentes que son nuevos e inesperados para unos y en cambio no lo son para otros. Las síntesis hablan de esfuerzos previos. Y gran parte de nuestra vida intelectual se apoya en una serie de conocimientos aprendidos en presentes anteriores.

En los sucesivos instantes de todas las horas del día las preocupaciones del hombre son muchas, pero son las relativas a la profesión las que ocupan mayor número de sus presentes. Conceptos y operaciones similares se repiten y cada presente llega a manifestarse en condiciones muy parecidas a las anteriores, y en cada instante se ve todo el enorme peso del pasado.

Todos los presentes que tienen puntos comunes se enla-

zan en nosotros por la percepción, y así se explica que el instante de presente no sea en realidad un instante, sino una muestra, una prueba, que responde a los millares de operaciones similares que hacemos silenciosamente en el fuero de nuestra conciencia. Cuando vamos a hacer algo, los recuerdos se entrecruzan en nuestra mente y de un instante saltamos a otro, y vamos forjando sucesivas rectificaciones espoleados por la noción de presente que va a llegar y de los semejantes que antes existieron, y así resulta que el instante es una síntesis.

Cuando nosotros hemos dado la preeminencia al momento de presente es porque desde el punto de vista de la acción ésta respondía a la decisión operada en el tiempo real. Por lo demás, vivimos realizando enlaces continuos, superando los momentos del tiempo, salvándolos, y si no lo conseguimos, el intento nos sirve para atravesar el tiempo idealmente e ir ensartando como con una larga aguja todas las imágenes y recuerdos que coinciden en el mismo hecho, y estos racimos aparecen cada vez que el auténtico momento de presente, el de la acción, tira de uno de esos elementos. De esta manera queda salvada la dificultad en que nos coloca la brevedad del instante para presentarnos ante los demás.

Hay que penetrar con decisión en el momento de presente para darse cuenta de que sus dimensiones son mayores de lo que a primera vista parece. Dice Guitton en su libro "Justificación del tiempo": "si fuésemos capaces de penetrarlo (nuestro presente), conoceríamos sin duda un aspecto fundamental del ser" (pág. 2). André Gide escribe: "Comprende que a cada instante del día puedes poseer a Dios en su totalidad." (pág. 31. o.c.) Y Bachelard expone: "La concentración de una acción en el instante decisivo constituye, pues, a la vez, la unidad y lo absoluto de esta acción." (pág. 17. o.c.) Y yo coincido también con la idea de este filósofo de que la vida es ritmo, de que la materia es ritmo, porque de otra manera no podría tener presencia; pero ese ritmo no se percibe, no se siente más que en la continuidad de los instantes, o más bien quiero decir, aislando los instantes en esa continuidad, viéndolos, tocándolos, palpándolos. Sin dar su máxi-

ma importancia al instante fugaz la vida es un continuo sin sentido; por eso para mí el instante es la esencia de la vida, porque en él coincide todo lo vital: querer, actuación de las fuerzas psíquicas, actualidad, presencia, cópula y muerte. Todo. Todo lo que es esencialmente vital se da en cada instante del tiempo. El microscopio que va en nuestro entendimiento, en nuestra psique, aísla los instantes a su contacto con la materia, con el cuerpo, y el tiempo va surgiendo al compás de la vida.

Yo podré seleccionar los instantes que más me interesen para llegar a obtener mi posición consciente en el mundo, pero los instantes sucesivos no se preocupan de la función del yo, sino de casar con nuestro organismo. ¡Cuántos instantes mágicos habrán pasado por nuestra conciencia sin que apreciemos su gran valor, y nuestra vida habrá seguido su curso impertérrito!. Por eso la vida es superior a todo lo que podamos imaginar, pensar y ser. Y cuando apreciamos el valor del instante estamos en condiciones de entrar en un nuevo reino, en el cual podemos combinar los elementos de nuestro espíritu con arreglo a modalidades subjetivas originales.

Es de tal manera importante en nuestra vida el instante de presente, que podríamos afirmar que el primer acto efectuado en una tarea cualquiera es decisivo para la apreciación que los demás hacen de nuestra conducta. Y en el plano moral, el que miente, para no sentirse responsable, piensa que la falta corresponde al hombre que mintió por la primera vez, como si este retroceso indefinido en el tiempo pudiese tener algún sentido.

En el instante se da la metafísica del hombre. En él la materia pierde su impenetrabilidad y la psique su transparencia para enlazarse. Es él superior a todas las vías del conocimiento, llámense idealismo o realismo, materialismo o espiritualismo. Porque en el instante se une lo heterogéneo para producir lo indiviso, lo que no tiene partes ni depende de nada. Por eso estoy de acuerdo con el pensamiento de Bachelard citado más arriba. Sin embargo, yo relaciono esa frase con otra del mismo libro, que transcribía yo al principio de este capítulo "El presente no puede hacer nada, no

puede crear nada". En esa frase se le quita al presente toda eficacia física y espiritual y en la primera se le concede un rango metafísico. Se ve que el autor quiere decir que el instante es tan rápido que no permite realizar ninguna acción y asimismo que en la conciencia nos da su unidad. Sin embargo, el instante debe de tener un volumen, puesto que el mismo Bachelard dice en su citado libro que "Es en un grupo de decisiones experimentales donde reposa nuestra persona." (pág. 25). Además, perdemos muchas cosas de vista cuando le quitamos dimensiones al momento de presente. Es lo mismo que si negáramos la existencia de la materia porque se ha llegado al aislamiento del átomo. No reparamos en que la longitud del tiempo no tiene valor más que con relación a lo que en él ponemos y que en un segundo hacemos cosas inverosimilmente complejas. Esto se ve en las mismas cosas materiales. Por ejemplo, en un instante del tiempo interviene todo mi organismo y no sólo una parte de él y hasta el último cromosoma se pone en actividad en el instante del obrar. Es decir, que en el instante no hay que tener en cuenta sólo ese instante, sino todo lo que en él puede actuar, todos los sujetos que en él pueden tomar parte. Ello lo comprobamos hasta en las tareas comunes. Recientemente he leído que un centenar de obreros se pusieron a pintar una fachada en una ciudad norteamericana y la terminaron en un tiempo "record", en unas cuantas horas.

El pedagogo suizo Jean Piaget ha dicho: "...en cada momento particular de este flujo interior nos encontramos en presencia, no de un punto sobre una línea, sino de un estado múltiple y complejo resultante de una coincidencia de corrientes distintas". (pág. 249. o.c.)

El profesor G. Gusdorf, en un notable artículo sobre "El sentido del presente" ("Revista de metafísica y de moral." Julio. 1948) dice que la psicología experimental trata la cuestión del presente de manera impropia cuando la estudia haciendo abstracción de la vida personal. Y Gusdorf añade, confirmando un pensamiento de Bergson: "en el presente hay siempre más de lo que nosotros pensamos; no hay que contentarse con circunscribirse a la palabra estricta" (pág.

más actúa en nuestro momento de presente es la intuición, que apoyándose en la forma de la inducción nos da las leyes hechas como representativas de la verdad.

Los filósofos sueñan en el ideal de la verdad e idean criterios que les sirvan de garantía para sustentarla. Descartes la ponía en la claridad y distinción, que son a su vez los fundamentos de la evidencia. Y se ve por último que la evidencia reposa en la intuición. Hay que venir, pues, al instante, al tiempo, a la vida, si se quiere encontrar la base de la verdad. Y los mismos racionalistas tienen que acudir a las fuerzas prístinas de la psique. Y no me preocupa el dualismo que está en la base de la verdad y del que hablábamos al principio, sino más bien de la posibilidad de mi actividad; por eso yo digo que todo lo que facilita mi atención es verdadero, que la verdad se halla en el camino que las fuerzas psíquicas encuentran para marchar. La intuición es la aventurera del pensamiento y ella nos encana en la atención. Y si por acaso el pensamiento sufre un eclipse, los sentimientos, que son la manifestación de la fuerza del impulso afectivo, ocupan el lugar del combate y con ellos entre las manos el mundo es nuestro, porque como dijo Pascal: "El corazón encuentra los principios y decide las verdades filosóficas."

Si la atención consigue romper con el pasado y con el futuro y situarse absolutamente en el instante de presente, todas las perturbaciones inútiles habrán desaparecido y nuestro querer encontrará un ancho camino por donde marchará libremente, y el sujeto se sentirá en posesión de la verdad. Porque de esa manera el instante no es un instante, sino el representante de un ciclo temporal.

*
* *

De los tres ritmos fundamentales que nosotros suponemos existen en la vida del hombre, el colectivo es ajeno al problema de la verdad, por la razón convincente de que en este ritmo todos estamos sometidos a los hábitos y a las leyes humanas. Esto es, que vivimos mecánicamente, como si estuviéramos en contacto directo con las cosas, sin la interven-

ción del pensamiento o de los sentimientos. Y si éstos se insertan en el ritmo colectivo es porque hacen cortes en él continuamente. El ritmo colectivo fluctúa entre nuestros ritmos psicológico e histórico, pero nuestra vida es muy distinta según se desenvuelva en los dos últimos o en el primero. Dentro del ritmo colectivo nuestra experiencia es esencialmente espacial, y esto hace que captemos simultáneamente una duplicidad de formas, ya se trate del cuerpo y de su sombra, de la concavidad y la convexidad de los objetos, o de la interioridad y la exterioridad de los mismos unidas por una sinuosa línea común. Pero cuando pasamos a los ritmos psicológico e histórico los elementos constitutivos de los objetos no se presentan simultáneamente como en el ritmo colectivo, en el cual el tiempo, siendo por decirlo así común a todos, no se deja sentir. En los dos ritmos señalados aparecen dos clases de objetos de que hablaremos seguidamente, a los que se une una serie de elementos que podríamos calificar de ficciones y que están en estrecha relación temporal con ellos. Es decir, que aquí la duplicidad, en lugar de ser simultánea es sucesiva, en vez de ser espacial es temporal. Por eso en el ritmo colectivo no se plantea el problema de la verdad y en los otros dos sí, porque en éstos aparecen elementos lejanos y dispersos que la conciencia trata de unir en instantes sucesivos. Pudiera hacerse la objeción de que las partes que no percibimos de los objetos materiales son simultáneas en ellos mismos con las partes que percibimos, pero como quiera que no podemos percibir totalmente los objetos materiales, hemos de recurrir a inventar imágenes o representaciones que conservamos en forma de recuerdos y que nos suministran lo que los sentidos no pueden darnos, y entonces es cuando se plantea el problema de la verdad. Es decir, que ésta surge por la imposibilidad de captar totalmente dichos objetos, cosa que intenta la intuición. Por eso Schopenhauer, como también lo expondremos nosotros al hablar de ella, decía que sólo en su esfera podemos atacar el problema del conocimiento y ahí mismo aparece el fracaso de nuestras tentativas gnoseológicas.

Existen para nosotros dos clases de objetos: *uros*, los ma-

teriales, que nos llegan a través de los sentidos, y otros que son los volitivos, los de nuestros deseos. Los primeros nos son dados, los segundos son creados por nosotros. Ante estos dos grupos de objetos nuestra función como sujeto es muy distinta. Ante los volitivos no hay distancia, pues el deseo es tan íntimo con el sujeto que se puede decir son una y la misma cosa, en cambio los objetos del mundo material, aunque sean captados por la intuición, suponen un espacio intermedio porque en principio son extraños al sujeto. Estos objetos materiales provocan en nosotros imágenes, representaciones, que entran por medio de las palabras en los juicios y razonamientos y nos hacen retenerlos e interpretarlos. El recuerdo toma cuerpo y adquiere aquí plaza de la mayor importancia. Y surge en toda su plenitud el problema de la verdad. Y entonces aparece la grave cuestión que ya los sofistas se planteaban y que nosotros sin querer serlo la reproducimos: ¿Es que nuestros recuerdos conservan efectivamente los objetos como en el instante de ser observados?. ¿Es que estamos seguros de que nuestras representaciones y nuestras palabras reproducen siempre los mismos objetos?. ¿Hay algo de común entre la mesa, que es de madera, tiene un volumen, una forma y un color y en la que existe la duplicidad espacial de las formas simultáneas de que hablábamos más arriba, y la representación fragmentaria de la mesa que aparece como una nebulosa en el fondo de nuestro espíritu?. Y entonces el filósofo idea una serie de cualidades a las que llama primarias, para dar a los objetos un perfil de estabilidad y permanencia. Y aun más, crea un potente armazón mental al que llama categorías, para someter a los indómitos objetos. Y para que éstos no se le vayan de las manos supone que tienen una esencia y que ésta es inmediatamente asequible. Y el científico enuncia leyes, con la pretensión de dar al hombre el reino objetivo de las formas forjadas por la materia en su continuo devenir. Y en todas estas tentativas se pone de relieve la dificultad de resolver el problema de la verdad, porque así planteado se trata de unir dos naturalezas que son completamente heterogéneas: materia y pensamiento.

Pero vengamos a la segunda clase de objetos, a los voli-

tivos. Nuestros deseos nos asaltan sin descanso, a causa de nuestras fuerzas psíquicas que emergen misteriosamente de nuestra naturaleza a cada instante. Y surge entonces otro grave problema en cierto modo equivalente a aquél de la verdad, que se nos plantea también en el ritmo histórico: ¿Es que nuestros deseos tienen viabilidad?. ¿Es que los demás los aceptan?. ¿Es que aunque los acepten realizan los valores que nos proponíamos en nuestra intimidad?. Porque ahora no se trata del éxito material que se puede alcanzar en la sociedad, ya que ese éxito no afecta más que al ritmo colectivo; ahora es cuestión de una intimidad que encuentra su plenitud en una coincidencia entre nuestros deseos y nuestras fuerzas psicológicas para objetivar más tarde estos deseos. Pero la cuestión es aún más grave que la que provocaban los objetos materiales en la estricta vía del conocimiento, porque ¿es que nuestros ensueños, por ejemplo, se realizan como los queremos?. ¿Es que en general nuestros actos, que proyectamos como creaciones inéditas, más inéditas que los objetos materiales que son accesibles a todos, son fieles a la línea de nuestra inspiración y los demás los aceptan y sienten en la misma línea?. Porque ahora estamos ante un problema que surge del individuo en su deseo de crear lo que no existe, de forjar objetos nuevos. Y el problema de la verdad, que en el ritmo histórico se planteaba en el plano del conocimiento se ve ahora impulsado en una formidable simbiosis con el ritmo psicológico y ambos producen una ansiedad de totalidad, una inquietud de tipo cósmico, una tendencia a objetivar deseos, que sobrepasa la propia intimidad. Mas como veremos más adelante, para nosotros los objetos no existen más que en la medida que los queremos, y como los únicos objetos de que estamos seguros son los de nuestro querer, de ahí que el problema de la verdad donde se plantea efectivamente, si no de derecho sí de hecho, es en el plano de nuestro querer, de nuestro interés, de nuestra atención. Por eso nosotros, sin salir de los límites del sujeto, apuntamos como solución de este problema de la verdad la continuidad en el mantenimiento de la atención. Todo lo que nos mantiene en el desenvolvimiento de nuestra atención es verdadero. Esto es, cuando

no sentimos el discurrir temporal estamos en posesión de la verdad. Este grado superior de atención que nos impulsa a mantenernos en nuestro querer es lo que nos da la certeza de nuestra posición, es lo que hace que podamos captar el espacio y fundirlo con el tiempo en nuestra psique.

La materia sigue trayectorias que son ajenas a cualquier sujeto. Nuestro cuerpo vive en su ritmo propio inserto en el total de la materia. Es por la intervención del fenómeno psicofisiológico de la atención cuando el ser vivo se afirma como individuo. La atención es base de todos los fenómenos conscientes y es previa a la intuición y al juicio. ¿Cómo plantear en estos últimos el problema de la verdad si es antes cuando se presenta?. Es nuestro deseo de éxito, de triunfo, de liberación en suma lo que nos impulsa a hacerlo. La verdad en el plano del conocimiento es un fenómeno de ritmo colectivo. Pero la verdad auténtica, en su raíz psicológica, donde aparece, como ha poco decíamos, es en el plano de nuestro querer, de nuestra atención. El pensamiento quisiera entrar en el seno de los objetos materiales o de los volitivos y en su combate se siente vencido. La atención no llega a conocerlos, pero puede vivirlos. Y estas vivencias son decisivas porque tienen el poder de formar nuestro ser en cada instante. ¿A qué descomponer lo que en el fondo está íntimamente unido?. ¿A qué dejarse sugestionar por la duplicidad de formas de la materia si nuestra vida psíquica es unidimensional y rítmica?. ¿No es entonces el grado superior de la atención lo que resuelve el problema de la verdad?.

Pero se me dirá: Ud. ha hablado en todo lo expuesto de dos clases de verdades. Una verdad en la que hay dos términos, cuya coincidencia trátase de encontrar, en tanto que ahora habláis de una verdad en la que aparece uno solo. En efecto, hay estas dos clases de verdades: una epistemológica y otra metafísica. La primera constituye un problema sin solución en todos los casos, pues sólo en determinados nos es accesible; en tanto que la segunda lo es a todo aquél que realiza una acción. Y si se me dice que esto no es la verdad, yo responderé que a esto se reduce también la primera, pues cuando yo veo patentemente la coincidencia entre dos términos y se

dice qué es el “consensus omnium”, el éxito o la evidencia su fundamento, es porque se ha llegado por la intensidad de la atención a unificar la conciencia en el instante de la acción.

9.—Instante y voluntad

El que haya seguido la lectura de este trabajo debe haber ya visto que nuestra posición es psicológica y voluntarista; pero nuestra noción de la voluntad no es la que nos han enseñado en las academias. Casi, casi, hemos negado la voluntad como fuerza actuante. Concebimos como voluntad las fuerzas espontáneas que actuando en el presente emanan de nuestra psique y se dirigen hacia el futuro en diversas direcciones y que el entendimiento rectifica, corrige, canaliza, o por lo menos trata de hacerlo, aunque no resulte lo que él se proponga. El sentido escolástico de la voluntad como potencia o facultad del alma está, pues, lejos de ser considerado por nosotros como básico; ni tampoco aceptamos el concepto de voluntad como fuerza psíquica, sino como acción y síntesis que se produce en cada instante de tránsito del ser vivo. Lo que, según mi pensar, se llama voluntad, es todos los juicios y razonamientos que preparan esas acciones, que al fin se convierten en recuerdos de ellas, en propósitos de futuras actuaciones, y también a las acciones mismas. Lo que llaman voluntad es la acción y su preparación en un proceso intelectual. Cousin, que ronda con nuestra idea, se detiene en la decisión y no pasa a la ejecución, que es lo esencial, lo que constituye la voluntad.

Se habla en psicología de las diferentes etapas del proceso voluntario: conocimiento del fin, deliberación, decisión y ejecución. Y envolviendo estas diferentes etapas, los deseos intervienen y modifican todo el largo proceso. Todo se altera y cambia, e incluso el instante de la decisión suele con frecuencia ser diferente del de la acción. Yo no digo que las etapas señaladas no correspondan al mundo volitivo, pero de la volición en potencia y que contiene un proceso intelectual que se dirige hacia el instante de la acción. El querer que sé cotiza es el de la acción, los demás son deseos, que son terreno común de la vida psíquica, ya que lo que en ésta

aparece y desaparece está impulsado por ellos. Lo que es voluntad es la acción misma, porque es en ésta donde lo que se quiere adquiere una forma y sin forma no hay nada de real. Lo anterior y lo posterior es proceso intelectual, empapado en imágenes e impulsado por los deseos. La voluntad no es otra cosa que la unidad de nuestra acción en cada momento de nuestra existencia. En el solemne instante de la acción se opera una fuerte transformación. Es preciso tomar una decisión y además llevarla a la práctica. Hacerlo y crearse la voluntad es todo uno. Mas como quiera que nuestra vida es una concatenación de instantes, de ahí que ella sea una sucesión de decisiones que se forja en el pespunteado de nuestras acciones sucesivas.

En el instante preciso de la acción tengo que darme cuenta clara de la situación ante la cual me encuentro. Esto me llega teniendo en cuenta el saber anterior, el cual está condensado en mis recuerdos de tipo intelectual o sensual. Juega también un papel la inspiración. Y sobre todo he de sentirme decidido a obrar. He de querer hacer la acción que se me pide. Pero la voluntad es querer e inmediatamente hacer. Si en la realidad no ocurre siempre así entonces se produce lo que se llama un proceso intelectual de tipo teleológico, como decíamos ha poco. Pero sea antes o después, el fundamento de la acción es el querer. ¿Y qué es el querer? Dar nuestra inmediata adhesión a algo. O bien no querer, una noluntad, que es igualmente una afirmación del sujeto.

Siendo Sancho Panza gobernador de la ínsula Barataria, encontró en una ronda nocturna a un tejedor, al cual amenazó con mandarle a dormir a la cárcel. "Por Dios, dijo el mozo, así me haga vuesa merced dormir en la cárcel como hacerme rey. Pues ¿por qué no te haré yo dormir en la cárcel? —respondió Sancho. Todo eso es cosa de risa, respondió el mozo. Presuponga vuesa merced que me manda llevar a la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda; con todo, si yo no quiero dormir, y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuesa merced bastante con todo

su poder para hacerme dormir si yo no quiero?". (D. Quijote de la Mancha. 2^a parte. Cap. 49).

La voluntad es, pues, un inmediato adherirse o no adherirse a algo. Vivimos en el tiempo, pero ese tiempo es un devenir. Nuestra vida es lo que pongamos instantáneamente en ella. Y como quiera que las acciones se realizan sucesivamente, nuestra vida es una unión de decisiones sucesivas.

Quitad importancia al acto del momento y veréis, no sólo los hábitos apoderarse de vosotros, sino todas vuestras ideas adquirir un peso de plomo, restringirse el área de vuestra vida. Os preocuparán las mismas cosas que a los demás y juzgaréis todo con criterio ajeno. No os liberaréis de los recuerdos dolorosos, de los odios comunes, caeréis en el sentir general, sin la ventaja de un claro conocimiento y seréis un ser extraño, y ni os reconoceréis ni seréis reconocido. Para entrar en esa posesión hemos de liberar nuestros recuerdos de las notas comunes que en todos tienen. Nuestro ritmo se despertará, adquirirá su vena propia y arrastrará en pos de sí todo nuestro psiquismo. Y nos sentiremos dúciles para atacar el momento de presente con la mínima carga nociva. Asimismo, acentuar la atención sobre ese momento es desembarazar nuestra fantasía de objetos inútiles y dejar a nuestro querer mayor número de posibilidades. La atención es esencial para activar ese momento de presente. Toda la vida de conciencia está basada en ella. Y como la base de la atención es el interés, he ahí por qué interesándonos vivamente por algo tenemos la máxima fuerza para atacar el momento actual. Dice Bergson esta magnífica frase en su libro "El pensamiento y el movimiento": "Como si la verdadera superioridad pudiera ser otra cosa que una mayor fuerza de atención". (pág. 91).

Los hombres se proponen realizar fines a largo plazo: poseer una carrera, un idioma, un oficio, construir un Estado, llegar a ser artistas, etc. Pues bien, esos fines tienen que ser también los fines inmediatos de cada instante. Yo creo que los niños deben de presentir esa convicción. Yo he observado en ellos la necesidad de ser infinitas cosas y no pierden ocasión para hacerlo. Todo lo que cae entre sus manos es pronto transformado en objeto útil, real. La imitación tiene en ellos

un sentido superior. La niña mece la muñeca porque será madre cuando sea mujer. El niño cambia en locomotora la tabla con ruedas que tiene entre sus manos. Y esas transformaciones las hace continuamente. Por intuición el niño pre-siente el valor del instante de presente. En general, diremos, que atacando el tiempo en cada instante creamos nuestra voluntad neta de ser pintor, médico, carpintero u hombre de Estado. Lo transcendente se hace inmanente. Cada hombre se convierte en un fin en sí mismo y llega un momento, uno de los muchos momentos, en que vemos palpablemente, casi sin haberlo previsto, que la madurez ha llegado, que los esfuerzos no han sido baldíos. E incluso los demás nos conceden lo que fué larga aspiración para nosotros. Y es que el tiempo pasa para todos y nuestra acción, en los instantes sucesivos, es lo que más convence.

Considerar el instante como lo esencial en la vida es el pensamiento que nace cuando vemos destacarse la acción como resultado de la decisión. De la nada que es el tiempo el hombre saca el presente en que vive, fundamento del orden, del pensamiento de su vida, su filosofía, su manera de sentir y de ver. Ante el continuo devenir el hombre reacciona forjándose, haciéndose. No rechazamos ningún punto de vista, ningún objeto del querer, sólo establecemos la importancia del momento actual, y de cómo la voluntad se forma de una manera sucesiva en las continuas decisiones que vamos tomando en el devenir temporal. Y no sólo el hombre forma en cada instante su voluntad, que al fin y al cabo es su ser, sino que todos los seres vivos, la materia misma, van adquiriendo sus formas, conforme tienen que adoptar una posición en cada instante que va pasando. La diferencia del hombre con respecto a todo lo demás es que su acción va preparando la acción futura, con arreglo a la cual vivirán los seres que más tarde habrán de nacer. Y aun ésa no es una diferencia verdaderamente, porque todo vive de lo que preparan sus antecesores y la materia actual de lo que prepara la anterior. Estamos, pues, ante una historia natural de la vida.

Atacar con decisión el presente es forjar nuestro carácter según nuestras máximas posibilidades. El juicio, despierto

siempre, adquiere su mayor plenitud, sacando de los recuerdos lo más útil para su formación, evitando la aparición de los intempestivos. La responsabilidad sube a su más alto nivel. En este máximo relieve del acto de presente radica la mayor originalidad que podemos alcanzar. Hincándonos en cada momento de presente nuestra inteligencia da pábulo a los más variados y múltiples juicios, sentimos como una irradiación y como si dispusiéramos de un sistema atencional. El instante del futuro no debe limitar nuestra concentración en el instante actual porque éste es irreemplazable. Cada instante tiene su interés y hemos de vivirlo con plenitud. El "nihil novum sub solem" es pobre, vulgar y falso. "En cada instante nos es ofrecida una vida nueva" —ha dicho el filósofo Alain. Tan difícil es ver todos los aspectos que pueden darse en el momento de presente, que sólo muy de tarde en tarde los hombres ponen de relieve matices fundamentales de sus vidas, aspectos ignorados de las mismas, por no haberse concentrado en sus instantes. Cuando lo hacen, renuevan cada época, conjunto de instantes ligados por un ritmo colectivo único, que adquiere entonces una nueva modalidad.

* * *

Cita Lalande en su "Vocabulario técnico y crítico de la filosofía", hablando de los términos "voluntarismo" y "voluntarista", el siguiente texto de P. Lavie: "Los voluntaristas confunden a menudo actividad y voluntad. De que la percepción, el pensamiento y el sentimiento no se explican 'sin un elemento de actividad original y continuo' (Höffding) ellos concluyen que la psicología no es en su totalidad más que una psicología de la voluntad. Hay en ello confusión y precipitación." (pág. 1193).

Yo, por mi parte, no creo que todo es voluntad. La creencia en que todo es voluntad, o sentimiento, o idea, conduce a un dogmatismo. Y estas posiciones nacen de no tener en cuenta los ritmos diferentes en el devenir temporal de la psique. Haciéndolo, vemos que en cada instante del ritmo psicológico podemos realizar una acción que tiene la virtud

de formar nuestra voluntad. Así, pues, en el ritmo psicológico somos voluntaristas. En el ritmo colectivo, por la necesaria intervención de la atención y la memoria hemos de formar juicios, por lo cual en dicho ritmo somos intelectualistas. En el ritmo histórico nuestra vida comprende voluntarismo e intelectualismo, porque nuestras fuerzas psicológicas impulsan nuestras valoraciones y descubrimientos.

10.—*La muerte como motor inmóvil*

De todos los hechos que se pueden presentar al hombre, el de la muerte, es el que ejerce mayor influencia sobre su psiquismo. La muerte es la “acción” más personal, más “individualizadora”, porque es la que cierra y limita la vida de cada uno. La imagen de la muerte está perpetuamente clavada en nosotros, y todas nuestras resoluciones están marcadas por ella, o por un representante suyo, tras el cual se esquiva furtivamente.

La filosofía se ha planteado siempre el problema del origen de la vida. Los filósofos de la naturaleza, los jónicos, creyeron encontrarlo en el agua, el aire, el fuego, o “lo indeterminado”; pero siempre podemos retroceder en una regressión infinita sin encontrar una solución a tan arduo problema. Por ello Aristóteles lanzó la idea del “motor inmóvil” como origen del mundo y de la vida, algo que mueva todo lo existente y que no sea movido por nada ni por nadie. Ese “motor inmóvil” encierra una potencia infinita y evita la “petitio principii”. La idea es soberbia y sentimos hacia ella una profunda inclinación, pero nuestra razón rebelde se eleva siempre retadora y se pregunta: ¿Cómo puede existir un motor que no sea movido por ningún otro?. Y la filosofía ha ideado otras soluciones. El panteísmo eleva la naturaleza entera al rango de primera causa. El materialismo encuentra en la propia materia el origen del movimiento y de la vida. El positivismo coloca el problema en el plano histórico o, mejor dicho, no se plantea el problema. La patrística y en general la escolástica encontraron la solución en la idea de Dios, que al fin y al cabo es el mismo “motor inmóvil” aristotélico.

Yo no puedo pretender resolver un problema que en el fondo no sé si está bien planteado. ¿Cómo puedo yo conocer el origen de todas las vidas, de todos los seres, de la materia y del movimiento?

Nuestra vida, ya lo dijimos otras veces, está comprendida entre el nacer y el morir. Nacemos de nuestros padres. ¿Nuestro origen?. Se confunde con el de todo lo existente. Del origen del mundo ¿qué puedo yo decir con garantías de verdad?. Si creo en Dios y digo que hemos sido creados por El ¿cómo es posible que me quede tranquilo con la solución que mi enclenque razón me dicte?. ¿De dónde proceden nuestras debilidades y nuestras dudas sino de que todo lo que poseemos como imágenes, como ideas, ha sido creado por el hombre mismo?. Si no fuera así ¿sería posible la explicación de nuestra existencia?. Yo no tengo por qué negar la existencia de Dios, ni caer en el plano del agnosticismo, pero la idea de Dios, o la de cualquier objeto trascendente, plantean a mi razón problemas que yo no me siento con fuerzas para resolver. Yo lo que sé es que el mundo del conocimiento reposa en el juicio y el de la creencia en la fe, y que el enjuiciar y el creer son dos operaciones que pertenecen a la profunda actividad de nuestra psique. Y si nos fuerzan a demostrar la existencia de los objetos de ambos, contestaríamos que tales objetos responden a maneras de sentirnos existir, y que son el juicio y la fe los que nos dan el sentido de tales existencias. Es todo lo que rigurosamente podría afirmar. No tiene la razón más fuerza para convencerme con sus razonamientos que la fe. Mi realidad es que el enjuiciar y el creer se presentan en los sucesivos momentos desde que nazco y conforme voy avanzando hacia el futuro. El tránsito es ininterrumpido. Del supuesto "motor inmóvil" yo me alejo continuamente y voy, impulsado por el "motor inmóvil de mis deseos", como dice también Aristóteles (y este pensamiento del estagirita tiene la mayor importancia), hacia una inmovilidad que puede presentárseme en cualquier instante. Esa inmovilidad, es la muerte, mi muerte, mi anulación como existencia. Y habiendo hablado del nacer hemos venido a hablar del morir, porque todos los problemas se

desenvuelven en planos de dualismo. Hablar del morir es hablar también del nacer, y evocar éste nos lleva a pensar en aquél. Esa *inmovilidad* de que hablamos no es *inmóvil*, puesto que no se da en una fecha determinada. Cuando esa *inmovilidad* llega a instalarse en el presente produce efectivamente la *inmovilidad* de la vida organizada, en lo material y en la conciencia.

Aristóteles, con su idea del “motor inmóvil” trataba de interpretar el mundo y encontrar su causa. Yo, con mi idea del “motor inmóvil” pretendo interpretar la vida, el principio que la mueve sin ser “movido”. Y lo encuentro en la muerte. Su punto de vista era cosmológico. El mío es simplemente vital.

Como quiera que los problemas no se nos presentan más que en la esfera del conocimiento, es en éste donde hay que buscar el efecto de la idea de la muerte sobre la conciencia. La muerte no nos aparece con su faz cadavérica, sino en forma de presagio, a manera de temor, pesimismo, tristeza, miedo, anunciantes de mayores pesares, de grandes desgracias y a la postre, la guadaña dibuja su semicírculo. Esos estados de pena son anunciantes del pensamiento de la muerte. Los esfuerzos que hacemos continuamente son hechos para distanciar el momento de nuestra muerte. Luchamos a brazo partido contra ella. Si somos jóvenes, la idea de la muerte no tendrá la misma intensidad que cuando somos viejos, pero siempre se cernerá su imagen sobre nosotros. La idea que del éxito tenemos está influida por nuestra noción escatológica y en todas nuestras determinaciones, veladamente, esa noción tiene el puesto de honor en nuestra conciencia. Como dice el poeta Paul Eluard:

Para pasar por la vida sin pensar en la muerte
hablábamos un lenguaje embarazoso y sombrío.

Cada momento de presente que queda tras nosotros es como un éxito conseguido. Cada instante que vivimos nos da la noción de perdurabilidad, puesto que por el hecho de haberlo franqueado, en él la muerte no ha existido. Sólo la muerte nos da el real sentido de eternidad. Los sucesivos

momentos de presente los vivimos como si fueran eternos porque en cualquiera de ellos podemos morir. Así, pues, los momentos de nuestra vida tienen de eternos lo que tienen de mortales. La muerte, sucesivamente reemplazada por la vida, da a ésta su sentido de salvación, de inmortalidad, y en un plano más restringido y altanero el del éxito mundano y el optimismo plebeyo.

Yo no admito la muerte como la expresión de la nada, sino por el contrario como algo de positivo, inherente y necesario para el vivir, y cuya evocación o imagen ennoblece nuestros actos y acentúa el fenómeno de nuestra vida como sucesión de cambios. La muerte, arrinconada o alejada, da a nuestros momentos vitales plenitud y ansias de hacer. Si no fuera por la muerte auténtica caeríamos en la más absurda contradicción: la de estrellarnos y no morir. La idea de la muerte es la que nos contiene, la que nos limita y da forma. La muerte actúa como verdadero motor para nosotros. Ante su imagen nos frenamos. No hay freno más fuerte que ella.

Se dan el suicidio y el crimen, esto es, la producción voluntaria de la muerte. Hay hombres con alma de héroes que no tienen temor a la muerte. Pero esas aceptaciones de la muerte son en realidad excepciones. Ellas revelan la riqueza de la naturaleza humana, su exuberancia de energías. En cualquier sentido que se tome, la muerte es siempre un motor que invade nuestra psique y nos impulsa o paraliza en los momentos de la acción.

Dijimos antes que la muerte avanza hacia nosotros. En realidad la muerte, el concepto de la muerte, ni avanza ni está quieto; quien avanza y se mueve es el flujo del vivir junto con el tiempo. La muerte, en nuestra conciencia, es ausencia de movimiento y de vida y podría considerársela como un "motor inmóvil" del ser vivo. Nos mueve sin moverse y sin ser movida. A su evocación el ser vivo se estremece.

Desde el punto de vista del mal la muerte lo encarna en cuanto nos anula. Mirada desde el ángulo del bien es aceptable porque nos alecciona. El bien y el mal han de darse en lo que tiene capacidad para dar salida a la vida.

La muerte mueve sin ser movida, es "motor inmóvil". No vamos a cantar himnos a la Parca, ni vamos a convertirnos en adoradores de Marte. Es en el plano psicológico donde yo veo este poder de la muerte.

Hemos afirmado que la muerte es el "motor inmóvil" de la vida y parece una conclusión teatral. Pero nada tiene ello de extraño. La fantasía es el agua de rosas en que continuamente baña el hombre su espíritu. Entrando en la fantasía no nos hemos alejado excesivamente, porque ésta no es sólo la que nos penetra por los sentidos, sino sobre todo la que aparece en nuestras íntimas preocupaciones, las cuales no siempre se manifiestan de manera abierta, pues a veces lo hacen subrepticiamente, como sucede con la muerte.

Hay ideas generales acerca de la muerte. Se dice, por ejemplo, que ante ella todos somos iguales y que es capaz de detener el odio humano que tanto poder encierra y tantos males causa. ¿Por qué existen las guerras sino para llevar a los hombres a la muerte y con ese sacrificio cumbre, de los otros, atenuar o modificar el aspecto de ciertos problemas? La muerte influye desde un punto de vista social en las decisiones humanas, y desde un punto de vista psicológico en la formación de cada momento de presente, en su fisonomía, en su tónica, en su ritmo.

Jurídicamente, el temor a la muerte mueve a los hombres a modificar los códigos a fin de velar por sus vidas y de paliar sus luchas. Las doctrinas jurídicas tratan de encauzar los malos humores de los hombres.

La religión, sobre todo, se nutre continuamente del temor a la muerte. Para superarla han nacido las más distintas doctrinas. El terrible momento de tránsito que plantea la muerte es atacado vigorosamente por la religión. Describe ésta panoramas espléndidos. Se escuchan promesas maravillosas. La formidable fantasía humana da forma y belleza a los sentimientos fervorosos, místicos y estéticos, que hay en el alma del hombre. El esfuerzo que religiones y mitologías, que los artistas de todos los tiempos han hecho en este sentido es realmente admirable. Y no quisiera que se viera en mis palabras el más leve dejo de ironía. En este sentido Sócrates secó

las fuentes de la poesía. Y las religiones monoteistas, unificando el área de la conciencia, llegaron a unificar también los sentimientos; y al establecer la creencia en el ser único dieron a la muerte un sello demasiado severo.

El egoísmo es una manera grotesca y avara de reaccionar contra la muerte. El vicio es una afirmación acelerada del individuo, que ve a la muerte venir a prisa para anularlo.

Las obras más firmes del hombre han nacido como reacción ante la muerte. Y la filosofía, se ha dicho frecuentemente, que es una reflexión sobre la muerte.

La inminencia de la muerte, general, total e inmediata, es la que ha dado al hombre de nuestra época una fisonomía distinta a las anteriores. El ritmo acelerado de nuestro tiempo, los viajes ultrarrápidos, las ingentes velocidades, nos producen la evidencia de que podemos morir al primer instante. Y asimismo, la bomba atómica, engendra en nuestra mente un escalofrío precursor del aniquilamiento absoluto e inmediato de la humanidad. Todo eso ha hecho que se vea en el hombre moderno como el precursor de muertes infinitas. Y este hombre, de las múltiples y rápidas muertes, tiene una conciencia atomizada, un sentir sintético, un pensar instanteo, que es la patente del hombre actual. Y estas formas de la conciencia y de la psique han adquirido en nuestro tiempo unas características originales que requieren soluciones adecuadas a ellas. Por eso el hombre actual tiene que tener para vivir un intenso valor (y este valor aumenta concentrándose en el instante), que haga frente a las muertes infinitas posibles. "Este valor de la muerte —dice Saurat— que es un rasgo moderno mucho más que un rasgo romántico, está pues en relación directa con la vida de las sensaciones, y con este culto de lo inestable". (pág. 60. o.c.)

Huyendo de la muerte, de ese "la nada" con que se la califica, el hombre encuentra el freno, el núcleo esencial que formaliza su vida. El "motor inmóvil" aristotélico estaría, quién lo sabe, en el "topos ouranos" platónico; el de nuestra vida y el de nuestro tiempo, está pegado a la tierra, en el límite cierto de nuestra vida. La muerte es la máxima y la más patente y luminosa realidad. Si la vida es una presencia

ininterrumpida, es preciso afirmar, de no caer en una contradicción, que la muerte tiene igual presencia.

La muerte deja de estar en el futuro y su idea está colo-
cada de manera perenne en nuestro presente. En el instante
en que vivimos se confunden vida y muerte, deseos y juicios,
y nacen las voliciones como realidad vital. Quién sabe si como
decía Feuerbach: "La muerte no proviene de la falta y de la
pobreza, sino de la plenitud y de la saciedad".

11.—*El dominio de la voluntad*

Si las fuerzas psíquicas atacan continuamente el momento de presente a fin de que el hombre salga airoso en la tarea de su vida, ¿cómo puede explicarse el llamado dominio de la voluntad?. ¿Cómo tenemos el dominio de la voluntad si no existe, como antes dijimos, la voluntad como fuerza o potencia del alma?. Y sin embargo, el dominio de nuestro total impulso es una realidad. Se dice que la voluntad es un freno y tenemos un símil de ello en el auriga platónico. El conductor, el auriga, frena los caballos, los sentidos, que se lanzan en pos de los objetos anhelados, para su satisfacción. Es el freno lo que nos impide ir hacia el despeñadero. Este dominio debe de residir en una fuerza de sentido contrario a todas las que sirven de acicate a la actividad humana. Si nosotros pudiéramos llamar fuerza a la muerte, yo diría que aquélla es la presencia de la imagen de la muerte en nuestra conciencia, como hemos dicho anteriormente.

Cuando nos encontramos ante un peligro echamos marcha atrás, porque si no lo hacemos podemos estrellarnos. La idea del peligro, de la anulación, de la desaparición, ejerce tal poder sobre nuestro ser que lo subyuga y domina, que lo detiene en su marcha hacia el futuro para recomenzarla de nuevo, y el ser queda grabado con el sello de la llamada experiencia, que no es otra cosa que una imagen encubierta de la muerte. Es el sentido de la forma definitiva, que la muerte entraña, lo que nos hace frenarnos y detenernos. De la idea de la muerte posible que nos pertenece íntegramente, como nos pertenece este instante en que estamos viviendo, emana

una fuerza de sentido contrario a las fuerzas que nacen espontáneamente de la naturaleza humana.

Como quiera que la vida es presencia, de cada fuerza psíquica emana una necesidad de existencia. El impulso afectivo, al entrar en contacto con la imagen de la muerte, produce un contraimpulso que lo centra en su producción vital. El temperamento, lánzase incontenible a captar la sensibilidad del mundo ambiente a través de la propia, y se detiene y frena en cuanto que quiere continuar existiendo. Y en cada fuerza, la muerte produce en el hombre el dominio que le da su tónica existencial y que se produce en cada instante que se lanza a la acción. Cada existencia tiene una doble corriente, una por la que avanza, que crea el futuro en el presente, otra que se le opone, que revive el pasado en el mismo presente. La acción nace en el presente, en el cual el pasado y el futuro adquieren siempre un nuevo aspecto. Esa acción es tan rica, que sabe decidir, inspirar, descubrir, imaginar, intuir, pensar en el instante. Como producto de esa obra rápidamente concebida surge la forma, la ley, la palabra, el hecho, que son la expresión del dominio de la voluntad. Esta tiene de subjetivo, lo que tienen de subjetivo las fuerzas que han emanado de nosotros para ir hacia el futuro. La forma responde a las posibilidades de la materia realizadas con la contención operada por la imagen de la muerte, y la llamada voluntad es la unificación de todas las formas en la acción del instante.

Varias veces hemos dicho que la voluntad se forja en los sucesivos momentos de presente. Cuando las fuerzas que brotan de nosotros se lanzan hacia el futuro, al pasar por el presente, se dominan y recortan. Es el momento de presente, por cuyo escotillón surge la imagen de la muerte, lo que hace de dominador de esas fuerzas. Es su presencia lo que permite que exista el dominio de la voluntad. El hombre es un ser de presentes y un forzado continuo. Somos una precipitación, un desencadenamiento. Carecemos de medida y de norma fuera del instante. Y si pensamos que tenemos noción de la medida es porque nuestro pensar tiene lugar también en el presente.

La conciencia personal es el crisol donde adquieren uni-

dad todos los elementos de nuestra vida psíquica. Y esta conciencia nace por el momento de presente. Es en ella donde el sujeto ve elevarse las interrogaciones de la inteligencia. Estas interrogaciones hacen que evitemos nuestra propia enajenación. Interrogándonos nos contenemos. Interrogarse es tener una pretensión, adquirir una forma, dominar la voluntad. Al fin y al cabo la pregunta de lo que se desconoce, envuelve la duda, y la duda es un freno saludable ante la negación y la muerte.

El dominio de la voluntad no es una fuerza que emana de nuestra naturaleza, como lo hacen nuestras fuerzas psicológicas. El dominio de la voluntad no obedece a fuerzas, sino que es más bien una limitación de ellas, y si actúa, es por la excesiva y posible expansión de las mismas. Por lo tanto, queda desvanecida aquella duda que exponíamos al principio de que existiera el dominio de voluntad como fuerza auténtica. Si nosotros habíamos imaginado una fuerza es porque toda noción de contrariedad nos hace pensar en una fuerza. Si acaso se pretendiera dar a la muerte la noción de fuerza sería mientras coincidiese con el instante de presente, porque incluso las fuerzas psíquicas no lo son mientras no se entroncan con el instante que vivimos. “¡Si tú supieses —dice Gide— eterna idea de la apariencia, lo que la espera próxima de la muerte da de valor al instante!”. (Pág. 56. o.c.)

Yo no niego la existencia de la voluntad y su posibilidad de estudiarla psicológicamente. Lo que digo es que la voluntad no es una fuerza original del hombre, sino la sucesiva delimitación de esas fuerzas que existen en nuestra naturaleza, la unificación en la conciencia de los frenazos sobre esas fuerzas. Los procesos de la voluntad son procesos intelectuales, teleológicos, con vistas a la acción. Puede el hombre dominarse, hacer o no hacer algo, pero ese dominio no responde a una fuerza que surge del fondo de la psique ya organizada. De ese fondo no emanan más que fuerzas o tendencias que no son efectivamente conscientes, pero que son la base esencial de nuestro pensar y de nuestro querer. Lo que llamamos voluntad surge cuando la inteligencia se retrae, duda, se

encoge. En ese instante se unifica. La forma es un pesimismo intelectual. Antes no hay voluntad, después tampoco. El instante es un avance y un retroceso. Este retroceso, este dominio, repito, no nace más que de la idea de interrogación, de la duda, del peligro, de la muerte.

12.—Querer y ser

Vamos a hacer un simple esbozo de la noción del ser. Yo no tengo la pretensión de dar a este problema central de la Metafísica una solución aceptable por todos. Abarcar tal cuestión, en la que tanta saliva y tinta han gastado los filósofos de todas las épocas es cosa desmesurada; pero como quiera que me he propuesto atacar todo lo que es objeto de mi curiosidad desde el punto de vista del instante preciso de presente, esto es, psicológicamente, yo no puedo eludir hacerlo de esta cuestión, aunque sea tan espinosa, para ver lo que encuentro en ella.

Cuando yo quiero, yo me siento ser. Queriendo, soy. Es precisamente queriendo cuando siento una expansión mía, inconfundible, que no admite la duda. Descartes llegó al “cógito” por la duda y vió que había algo de lo que no podía dudar, y era que pensaba. Pero al querer no se llega por la duda anterior. El querer se afirma sin plantearse el ser como un producto del pensar. Un ser que necesita del pensar para existir no es un ser, sino una referencia del ser, o más bien un sustrato del ser. Y lo que yo había dicho no es, ni un entimema, ni una intuición, como se ha pensado del “cógito” cartesiano. Es que ser es querer. Claro es que la duda metódica cartesiana que todo lo invadía se presenta ahora de otra manera, se manifiesta en la línea del tiempo, en el pasado, en el futuro. Si queriendo soy ¿es que yo soy cuando quise?. ¿Es que yo soy cuando querré?.

Yo hago contemporáneos, simultáneos, tres conceptos: querer, voluntad y ser. Hemos dicho al hablar de la voluntad que ella no existe fuera de este momento de presente. La voluntad está en este instante. Se podría llamar voluntad al conjunto de todos los actos realizados en los presentes sucesivos, y si hiciéramos coincidir ser y voluntad tendríamos que

hacer sobre el ser las mismas apreciaciones que sobre la voluntad. Rigurosamente podemos afirmar que somos ahora, obrando, haciendo. Antes no somos, después tampoco. No somos más que cuando queremos, y no queremos en realidad más que cuando hacemos. Podríamos querer una cosa y no poder realizarla. En realidad la habríamos ansiado, deseado, pero no querido, porque querer se da sólo *hic et nunc*. Como quiero ahora mismo, ni he querido ni querré. Como soy ahora, ni he sido ni seré. Yo no digo que el querer sea sentimiento, sino ansia creadora, en la cual hay pensamiento y pasión, esto suponiendo que ya en la pasión no haya pensamiento. Yo quiero "hacer", yo quiero "ser". Queriendo se crea el clima favorable a la persona o cosa como objeto del querer. Del querer sólo sabemos que es una adhesión o separación de nuestro yo y de las personas y cosas, directa, inmediata, sin puente. Queremos en la medida que nos sentimos vivir en el tiempo y somos en igual medida. El querer es aquella fuerza del impulso afectivo de que hablamos al describir las fuerzas psíquicas, cuyo impulso nos liga a todo y nos adhiere al instante de presente. Está en la base de todas las acciones. El querer va unido a todas las acciones, tan íntimamente, que entre el querer hacer una cosa y el hacerla, no hay más diferencia que la dificultad material de su realización, porque si el hombre se dejara llevar de su querer, entre él y la acción no habría solución de continuidad. Querer es un fluir, una realidad que forjamos, una creación que nace de nosotros y que crece por nuestros cuidados. Se necesita una autenticidad y un éxito en el querer. Eso quiere decir que vivir depende del querer y que vivir es un éxito.

Muchas veces se ha dicho que la pasión es la base de la acción. La pasión debe adaptarse al devenir temporal y dar a cada momento su vibración adecuada. Todo hombre, de no ser un anormal, pone pasión en cada momento en que se encuentra. Y la pasión es fuente de imágenes, de ensueños, y la misma vida intelectual está empujada por éstos.

Queriendo ser se llega a ser. Y no pretendo denotar con esta expresión que a fuerza de codos se es. Lo que afirmo es

que la base del ser es el querer. Schopenhauer y los budistas dicen que el individuo, el hombre, es un continuo desear. Y si el querer, el desear, es lo más permanente en nosotros, será por lo tanto lo que engendra el ser.

Janet, a fin de encontrar la manera de afirmar el momento de presente sin lugar a dudas, intentaba conseguirlo partiendo de la diferencia entre lo imaginado y lo recordado. Es decir, que se planteó el problema lo mismo que Descartes, pero así como éste encontró la solución en el pensar, Janet no pudo hallarla, porque la solución que él pretendía está en el querer y no en el pensar, ya que su finalidad es netamente temporal, y por eso melancólicamente dice: "El criterio para separar la imaginación y guiar el recuerdo no existe entre los pobres hombres. ¿Por qué? Porque se trata del tiempo, de este tiempo que es el desconocido aún mal estudiado por la ciencia, del tiempo presente que nosotros no podemos franquear". (pág. 469. o.c.). Pero no se trata de franquear, pues esto supondría que el tiempo es algo físico que está ante nosotros, cuando en realidad lo que hacemos nosotros es seguir el devenir vital por un acto de afirmación o de negación. Descartes lo hizo con el pensar, nosotros lo hacemos con el querer.

Y Janet se detiene indeciso en medio del camino. Podría haber reparado en que el "yo quiero" impide confundir lo imaginado y lo recordado, porque así se establece con plena evidencia la noción de presente, ya que presente es lo que yo quiero ahora mismo. El recuerdo es lo que yo he querido de alguna manera, porque lo que yo he querido ha sido presente un día; en cambio, lo imaginado, nunca lo he querido efectivamente y por ello nunca ha sido presente fuera de mi fantasía. La conciencia de presente es el criterio justo para distinguir al hombre normal del anormal. Y así lo expone Jean Deley en su libro "Las disoluciones de la memoria" (P. U. F. París. 1924), lo cual supone un gran progreso sobre el pensamiento de Janet. Pero hacía falta pasar de la conciencia al querer, y este tránsito no lo hacen ni Janet ni Delay; de ahí que la solución se les vaya de las manos. En cambio Jean Nogué, haciendo el análisis del acto voluntario, como hemos tenido ocasión de exponer, la halló en la decisión, en

el querer, como yo lo había también hecho. Sin embargo, Janet, que había afirmado el presente como exclusivamente "social", e incluso había hablado de la creencia como sirviéndole de base, no insiste en su postura psicológica y penetra en el campo metafísico, y encuentra que "La noción de presente se ha hecho idéntica a la noción de ser" (pág. 432. o.c.). Y más tarde, impulsado por la corriente temporal que tanto le preocupa, afirma: "Llegamos pues a esta concepción: "El tiempo se divide en periodos que tienen grados diferentes de existencia y de creencia" (pág. 439. o.c.). Y se detiene ahí sin pasar a las consecuencias de lo que acaba de afirmar. Nosotros partimos del querer como hecho fundamental y luego entramos en discriminaciones acerca del ser, sobre la base del querer en el devenir temporal.

Poniendo el querer en la base del ser éste es todo actividad. El hombre se siente lleno de posibilidades. El ser del hombre es actuar, hacer. Lo intelectual va retrasado para formar el ser. Aristóteles quiso paliar la dificultad natural diciendo que la esencia del ser se da en cada uno. Calias reúne la esencia del hombre y el hombre de carne y hueso. Así, pues, el hombre ya estaba hecho. No había devenir. La esencia hombre es la idea hombre. Las cosas eran fuera del hombre porque "a priori" estaban hechas. Platón era aún más radical. El intelectualismo del estagirita era de un idealismo (y digo bien idealismo) más acentuado en su maestro. El ser hombre era para él la idea y el hombre sólo un paradigma o ejemplo. En Platón la idea es pura, sin carne ni hueso. Ya nos hemos alejado por completo de la vida. En la Escolástica el ser del hombre y de las cosas está en Dios. Las cosas y los seres son en cuanto Dios existe. Las cosas no tienen ser por sí mismas. El hombre no tiene ser por sí mismo. Para Berkeley las cosas no tienen tampoco ser por sí mismas. Y Descartes puede dudar de ellas. Heidegger, que nos dice que sin ser no hay existente, situándose en el plano de las ideas, nos cierra el camino a la existencia del ser.

Los existencialistas dicen que en todas las teorías apuntadas la esencia es anterior a la existencia, pero según ellos la existencia debe ser anterior a la esencia. Esto es, que el ser

es el resultado de la acción, que la esencia hombre la hace él en su existir. Y aunque la inversión es de capital importancia, pues se liberan de un apriorismo peligroso, sin embargo, el ser sigue siendo para ellos idea. Mi noción del ser es articulada como la vida misma, y varía según las modulaciones del tiempo y del querer. Los existencialistas hacen coincidir el pasado de la vida del hombre con el ser. Yo veo el ser del hombre forjarse en cada instante del devenir temporal. En cada momento no está todo el hombre. En cambio los existencialistas, al hacer coincidir la esencia con la idea, ensanchan desmesuradamente la noción del ser al divorciarse abiertamente de la de tiempo.

Vamos a hacer aquí un alto, porque el lector habrá echado de ver que hay algún punto oscuro en lo que acabamos de exponer. Por una parte hemos afirmado que el ser se da en este momento en que queremos y obramos, es decir, que el ser queda reducido al instante del vivir, y por otra se habla continuamente del ser del hombre y de las cosas. Hay como un contrasentido en ambas posiciones, que vamos a tratar de aclarar. Por un lado el ser es algo momentáneo, y por otra coincide con la vida entera del hombre. ¿Cómo compaginaremos estas dos tesis?. Yo veo la cuestión como sigue. Dice Aristóteles que el ser se dice de muchas maneras. ¿Por qué entre esas maneras no ha de haber la producida por la diferencia temporal?. Del mismo modo que existe el "ser" hay también el "ha sido" y el "será", con características muy diferentes. La noción del ser no puede ser ajena al tiempo, puesto que nuestra vida es un devenir. El ser no es una noción homogénea. El hombre no es siempre adulto, hay diferentes etapas en el recorrido desde su nacimiento a su muerte, y aun antes de nacer el sexo no siempre está definido. Y sobre todo el instante en que vivimos acusa una diferencia neta entre el "ha sido" y el "será". El "ha sido" es una inferencia, es un recuerdo, está vivo en tanto que lo vivificamos en el ser en cada instante, y lleva en sí la nota de ausencia. El "ha sido" es la garantía de que el hombre tiene raíces, raíces que se van haciendo más profundas en el devenir temporal; esas raíces nos ligan con nuestro pasado, y a él recurrimos cuando los

demás o nosotros mismos dudamos de nosotros. El “ha sido” puede olvidarse y pertenece a esa vertiente de nuestra vida donde está nuestro nacimiento.

El “será” tiene como base la aspiración, el deseo, y el deseo revela una falta, una ausencia, y vive en tanto que se aspira a él, en tanto que lo imaginamos, que lo presentimos, que lo inventamos en el presente. Una diferencia entre el “ser” y el “será” podría ser la misma que existe entre querer y desear, a pesar de que Descartes y Franz Brentano los consideraban iguales. Yo diría que el querer corresponde al momento actual y el desear al futuro. El “será” estará hecho de deseos, de esperanzas sobre todo, de ensueños, de fe, de ilusiones, y también de inquietudes, de presentimientos. El “será” es el que azota continuamente al “ser” y no le permite su plenitud, o es el que a veces lo salva. Y, sin embargo, en el “será” hay un hecho que le es característico, que le pertenece por entero, que es el hecho de la muerte. El ser del pasado, el “ha sido”, está liberado de la muerte, pero ya es inactivo. Sólo si su recuerdo vuelve al presente activa al “ser”. Por eso sólo el presente, el “ser”, es activo. Y esa actividad quiere decir que es eterno. En el “ser” lo activo es eterno al mismo tiempo, porque no sabe ni del nacer ni del morir.

Vemos, pues, que el “ser”, el “ha sido” y el “será” son diferentes maneras del ser vivo. El “ser” es, pues, según nuestra opinión presencia, porque siendo, esto es, queriendo, anulamos la atención que pudiera despertar lo que es diferente del objeto inmediato de nuestro querer. El “ha sido” y el “será” son ausencias, y de ambos nuestra atención se inhibe en favor del presente, del “ser”. Por eso, el presente, es la auténtica liberación, es el verdadero “ser”. No hay “ser” fuera de la actualidad.

Si tenemos en cuenta los tres ritmos que existen en nosotros y los relacionamos con el “ser”, el “ha sido” y el “será”, diremos que el “ha sido” se forma en el ritmo colectivo porque éste está constituido por ausencias. En él el sujeto es realmente la sociedad, los demás, el pasado, y la memoria y la atención del sujeto van hacia ellos y éste queda ausente de su yo. En el ritmo psicológico aparece el “será” y la aten-

ción y la memoria del sujeto van hacia ausencias, pero éstas pertenecen a su futuro, a lo que le queda por vivir, y el sujeto queda también ausente de sí mismo. En los dos ritmos citados y en el "ha sido" y en el "será" el sujeto va pues hacia ausencias, las del pasado o de la sociedad y la de su futuro. Por el contrario en el ritmo histórico, son la atención y la memoria de los demás los que se dirigen hacia los actos realizados por el sujeto. El "ser" tiene lugar en el ritmo histórico porque entonces el sujeto se forma de presencias, salvo cuando sueña, y su atención y su memoria se concentran sobre sus propias creaciones; forjando el "ser", en efecto, entra en posesión de su propio yo, recrea y se da cuenta de las experiencias que ha realizado en los dos otros ritmos y reflexiona sobre ellas. Pero estas reflexiones son una parte solamente de su actuación en el instante porque el querer, más fuerte que el pensar, se instala decididamente en el instante de presente, impulsado por las fuerzas psicológicas, que son el verdadero motor del "ser". El ritmo psicológico contribuye también a crear el "ser" en la medida que el sujeto puede afirmar su querer.

Se podrá objetar que hacer del instante el ser es simplemente negarlo, puesto que se le quita la nota de la duración, esto es, de la existencia. Pero yo responderé que el concepto de duración no es suficiente para justificar el del ser, puesto que no sabemos cual debe ser el límite de esa duración. Por lo demás, psicológicamente un instante tiene su duración en la decisión. Si se dice por el contrario que el ser no admite la noción temporal, como hacen tantos filósofos, yo lo negaré abiertamente, porque para mí nada vital es ajeno al tiempo. Además, representémonos el número 3, por ejemplo. Disminuyéndole o aumentándole una unidad obtenemos el 2 y el 4, y sabemos bien que dichos tres números son conjuntos diferentes, con particularidades esquemáticas similares a las del "ser", el "ha sido" y el "será". Y como antes hemos dicho, el "ser", el "ha sido" y el "será" tienen características completamente distintas. El instante, pues, la nota temporal, es nota diferenciadora del ser, puesto que a cada instante el sujeto avanza en la vida con una nueva decisión, y crea algo

inexistente anteriormente. Ese algo es un nuevo ser. La vida, como ha dicho Bergson, es una continua novedad.

Abarcando las maneras temporales del ser diríamos que el "ser", el "ha sido" y el "será" constituyen la vida. Es decir, que la vida es un concepto transcendente con respecto al "ser", el "ha sido" y el "será", puesto que los comprende. Hay más. Nuestra vida es vida para los demás, no para nosotros mismos, puesto que cuando se integra ya hemos dejado de existir. Podemos ser testigos de nuestro "ser", no podemos serlo de nuestro "ha sido", ni de nuestro "será".

Descartes, viendo que el pensar es un fenómeno inmediato de la conciencia, que impide a causa de su proximidad con la existencia la posibilidad de la duda, afirmó que la esencia de nuestra existencia es el pensar. Es decir, que en el plano de la conciencia Descartes tenía razón. El afirmó también que la esencia del alma es la voluntad. Que escogiese la vía del pensamiento y abandonara la de la voluntad puede explicarse por la tendencia racionalista de la época del Renacimiento. No es realmente un "error", como decía Max Scheler en la frase que citábamos al hablar de las fuerzas psíquicas en el capítulo 2º; es que Descartes no podía saltar "fuera" de su época. Pero ya es bastante haber descubierto el sentido de la conciencia y de la individualidad, (no hablemos de la geometría analítica), conceptos de los que el mundo ha vivido durante tres siglos.

Ha sido preciso vivir en una época de prisas, de velocidad y de peligros, para darnos cuenta de que el presente y el querer viven más íntimamente unidos que el presente y el pensamiento, porque éste se aleja del presente hacia el pasado en búsqueda de recuerdos que le son necesarios para mantener su acción intelectual, mientras que el querer no tiene necesidad de hacerlo, y hasta puede crear en el instante su propio objeto y prescindir, en consecuencia, no sólo del pensamiento, sino en ciertos casos también de la palabra.

Si yo no creyese que el gran valor del instante reside en que es sobre todo voluntad y por lo tanto actividad y acción, yo sería en absoluto cartesiano, porque fué Descartes quien puso en evidencia el hecho de que el pensamiento se realiza

en la línea del tiempo. Pero yo perdería entonces la convicción de que mi querer es lo que coincide plenamente con el instante, lo que me une a la vida cósmica de una manera auténtica, creadora y fecunda.

Pero Descartes, no planteándose más que el problema del “ser” no podía salir de la conciencia y ver el “ha sido” y el “será”, ni darse cuenta tampoco del “sistema impulsivo de los hombres”, del que nos habla Max Scheler. Si Descartes hubiera podido plantearse el problema de la vida, centro neurálgico de la filosofía moderna, hubiera podido ver que su idea se quedaba corta.

*
* *

Yo no hablo del “no ser”, porque para mí el “no ser”, lo mismo que “la nada” carecen de significación en lo vital y en lo psicológico, aunque acaso tengan valor como términos de comparación. En donde se dice “la nada” siempre hay algo. Si se me presenta la muerte como representante oficial de “la nada” yo lo rechazaré, porque como algunas veces he dicho yo considero la muerte como un hecho positivo que tiene un papel activo en nuestro “ser” y en nuestra vida. Si se me habla de “la nada” como concepto que cubre el tiempo anterior a mi nacimiento o posterior a mi muerte, yo responderé que el “ha sido” y el “será” lo desplazan, que mi vida entera lo desplaza, y si se me arguye aún que antes del nacimiento y después de la muerte se da efectivamente “la nada”, yo diré que en el despojo de mi cuerpo, o en las primeras células que formaron mi organismo, pueden también continuar existiendo psíquica y materialmente el “ha sido” y el “será”.

*
* *

El filósofo francés Gusdorf, en su libro “Memoria y persona” (P. U. F. París. 1951) establece una diferencia radical entre el presente y el instante. Según Gusdorf el presente es solidario del pasado y del futuro, mientras que el instante

está aislado. Pero yo le haría la misma objeción que acabo de hacer a Descartes. Aceptando la tesis de Gusdorf el presente es impotente en cuanto a la acción; sin embargo, es en el presente donde reside toda la fuerza de acción del ser vivo. El instante no es una negación del tiempo, porque es en los instantes donde tomamos nuestras decisiones y, según Gusdorf, éstas no corresponderían al presente. Así, pues, según nuestra opinión, el presente y el instante no pueden ser separados. El presente para Gusdorf responde al pensamiento, es la expresión de la conciencia, y en este sentido ayuda al instante a realizar la acción y hasta se confunde con él.

Yo pienso que hay instantes preferidos por las naturalezas místicas en los que rompen su relación con el mundo, pero pienso que en todo instante hay como una memoria inconsciente, una disposición para cumplir el sentido del destino personal, medios por los cuales el instante queda en relación con el pasado y el futuro. Si según Gusdorf se aceptase el presente y se desdoblase el instante, la vida del hombre sería exclusivamente juicios y razonamientos y no habría acción. Gusdorf es cartesiano en su distinción entre presente e instante, y el rechazar éste, le impide ver el sistema de fuerzas psicológicas que constituyen el alma humana y que se insertan precisamente en los instantes.

Afirmando el presente y negando el instante, se ha complicado inutilmente el problema. Podrá el instante tener toda la limitación temporal que se le quiera atribuir, pero tiene una realidad objetiva indudable. Por el contrario, la afirmación exclusiva del presente carece de esta objetividad, y así vemos (como lo hace notar el mismo Gusdorf) que Piéron distinga cuatro presentes diferentes y Jean Wahl vea en Kierkegaard tres especies de instantes, pero tanto los unos como los otros no son más que simples "distinciones rationis" si los comparamos con el instante de la acción. No hay ninguna duda sobre el instante en que la acción es realizada, y es él mismo el que dirige y determina el presente, del cual nos habla Gusdorf. El instante domina, canaliza y ordena toda nuestra vida psíquica.

Si nosotros no separamos la decisión y el instante en que

ella se toma, del pensar, es decir, si los hacemos coincidentes, como piensa Gusdorf, entonces nos encontraremos ante un misticismo. Esto nos recuerda la posición de Duns Scoto cuando dice que el conocimiento de la cosa y la creación de ella coinciden en el mismo acto de Dios, es decir, que en la mente divina se confunden querer y pensar, con lo cual se niega el discurrir vital, esto es, el tiempo.

*
* *

El ser se da únicamente en la actualidad, hemos dicho más arriba. Podemos evocar en el instante de presente el pasado o imaginar el futuro, y en ambos casos es un presente lo que tenemos también ante nosotros. Por eso San Agustín hablaba de un pasado-presente, de un presente-presente y de un futuro-presente; es decir, que todo en la conciencia es presente porque en ella todo lo actualizamos. Pero no hay solamente el mundo de la conciencia, sino el de los objetos reales, y en éstos el pasado, el presente y el futuro se dan con arreglo a un orden, o bien con relación a un presente colectivo. En los dos casos el "ha sido", el "ser" y el "será" tienen una existencia objetiva, real, pero en el momento que yo me los represento en la conciencia todo es presente, aun el "ha sido" y el "será". Y entonces estos dos llevarán aneja la referencia al pasado o al futuro para distinguirse. Esto es, que en la conciencia es la intención, el "dirigirme a", lo que manda y se impone, mientras que en el mundo de las realidades, pasado, presente y futuro, "ha sido", "ser" y "será", tienen cada uno su perfil neto y se conservan en tres planos diferentes, sin que intervenga mi intencionalidad hacia ellos, porque son independientes de la conciencia.

Tanto en la conciencia como en la realidad todo vive en un continuo devenir, pero el devenir de la conciencia no puede evocarse más que a partir del presente actual, en tanto que en el devenir de la materia todo no es presente, porque ni el pasado ni el futuro pueden serlo, pero como nosotros no podemos vivir en ese mundo sin hacerlo en la conciencia, de ahí que en ésta todo sea presente. Y si distinguimos noso-

etros el "ha sido" y el "será" es porque tenemos que hacer referencias a lo que contribuye a formar el "ser", pues de no ser así el "ser" surgiría de la nada o iría hacia la nada, lo cual no tiene sentido. En cambio, en la sociedad, la separación entre los tres es bien clara, porque siempre hay una materialidad como sustentáculo, llámese número, hora determinada de reloj, o fecha del día en que se vive.

13.—Vida y determinismo

El hombre no tiene más memoria de la que necesita para vivir o para forjar sus creaciones. Es la memoria un concepto tan vital que da lo que se le pide, justamente lo que coincide con la tendencia fundamental del sujeto, ni más ni menos. Es decir, que cada uno obtiene de su pasado lo que su existencia material y espiritual del instante requiere. Bien es verdad que hay varias clases de memoria, pero yo no hablo aquí de una memoria gráfica, de nombres o de cifras, visual u otra, sino de la memoria vital. No tiene el hombre tampoco más fantasía de la que necesita para preparar su futuro. El mundo de sus sueños, de sus esperanzas, de su fe, está en relación con lo que le es necesario para producir su ser en el momento de presente, que tiene más importancia que recuerdos y fantasías. Yo pienso que la vida del hombre se desenvuelve dentro de un gran determinismo. Para mí cada hombre no puede ser más de lo que ha sido en cualquier instante de su vida, ni será más de lo que tenga que ser. Cada cual lleva en sí lo que ha de ser.

No somos hijos de la casualidad y nadie da lo que no lleva en sí, y si lo lleva, lo da en cualquier instante que su vida se lo requiera. Podrá pensarse que todo lo que es vida ha de tener un nacimiento y un crecimiento para llegar a su período de madurez. Conformes. Pero lo que ha crecido es lo que estaba en la semilla. Claro es que esto plantea un problema gravísimo, el de la herencia, y no sólo el de la herencia orgánica, sino también el de la psíquica. Cuestión complicada en demasía es ésta de la herencia para que nosotros pensemos, no ya intentar resolverla, sino ni siquiera atacarla. Supone el análisis de lo infinitamente pequeño y ver la relación exis-

tente entre los principios biológicos originales y el hombre hecho y derecho, entre la vida de los padres, de la familia, del país donde se ha nacido, y el individuo. Que la herencia es un fenómeno real, esto es evidente. Heredamos de nuestros padres y de nuestros antepasados características determinadas. Y no puede negarse, sin embargo, que hay factores que no están prefijados absolutamente. Las mismas enfermedades no siempre son hereditarias.

Cada hombre tiene modalidades propias y pone su máximo interés en ser en cada instante lo que quiere y lo que puede ser. Esto es lo esencial para nosotros. Cada hombre aspira a plasmar en lo que le señalan sus fuerzas psíquicas. El grado de ambición, de aspiración amorosa, de temperamento, etc., todo viene señalado de antemano. Y ese señalamiento viene dado, hace eclosión y adquiere sus límites justos, precisamente, en cada instante de presente. En el instante cada fuerza se limita y da lo que encierra en sí. En instantes sucesivos el sujeto dará lo necesario para que su personalidad se vaya formando. Y no hay un momento de presente inútil. Aun las ilusiones y las aspiraciones momentáneas, que parecen sin trascendencia, son lo que serán más tarde las más profundas realidades. Porque cada cual aspira a lo que quiere ardientemente y no puede tener mayores ilusiones que las que impulsan sus fuerzas psíquicas. No puede soñar con ser emperador el que no puede serlo. Para llegar a ser emperador hay que querer serlo en todos los instantes de la existencia. Como para llegar a ser escultor hay que querer también serlo en todos los momentos del vivir. Y aun más. No hacemos esfuerzos y trabajos para ser un día lo que aspiramos, sino que haciendo esfuerzos ya somos. De no ser así nos llegaría la muerte y no seríamos nunca lo que aspiramos. No hay que decir, como norma de conducta, que no debemos dejar para mañana lo que podamos hacer hoy, porque en realidad no dejamos para ese mañana lo que tenemos que hacer o ser hoy, porque lo hacemos efectivamente. Lo que sucede es que la vida social nos fuerza a hacer lo que nuestra naturaleza no lleva en sí, y nos aparta de la nuestra propia. Los demás están influyendo sobre nosotros a cada momento y nos obli-

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO V

1.—Consideraciones acerca de las Fuerzas Psíquicas

Las fuerzas psíquicas emergen en mí y se dirigen hacia el futuro, y al entrar en cada momento de presente me afirman en lo que la naturaleza tiene de más íntimo mío. Ellas depositan en mí una energía que me salva en todas las situaciones, que me dan los medios de franquear mis dificultades. Si sobrepaso el instante he vencido. Son mis fuerzas psíquicas las que me salvarán en cualquier instante de presente. Y esas fuerzas que forman nuestra psique, que se unifican en mi psique, y que gnoseológicamente unifico en mi yo, entran en el momento de presente para salir victoriosas en su tránsito.

Es evidente la existencia de las fuerzas psíquicas y asimismo su naturaleza operatoria instantánea, pues si no fuera por el impulso que ellas nos dan a cada momento, ¿cómo iba nuestra razón a poder soportar la continua falta de coincidencia entre el futuro imaginado o supuesto y ese mismo futuro cuando aparece en este instante?

Pero ¿cómo compaginar el instante, realidad actual, con todas esas fuerzas que han de constituir la realidad futura? Si he de concentrar mi esfuerzo máximo en este momento actual en que vivo, ¿qué me queda para el futuro adonde esas fuerzas se dirigen? La repetición de los impulsos en los presentes sucesivos, ¿no agota dichas fuerzas y las incapacita para llegar al futuro? Y éste es el valor y el milagro de la vida, que en el presente se afirma y se agota el hombre, ya que en él interviene la conciencia, aunque frecuentemente lo haga con retraso, y aquí es donde yo veo la posibilidad del escape para entrar en el futuro. Penetra en éste el sujeto sin el control de la conciencia, y esa es la causa de la confianza vital,

y las fuerzas rebasan cada presente y se instalan en los puntos infinitos que mentalmente vamos imaginando para el futuro.

Dice Malebranche que “El espíritu humano se comprueba como una potencia que tiene siempre movimiento para ir más lejos”. Esta potencia es el signo de la vitalidad. El hombre vive porque posee una energía que tiene capacidad para atacar con decisión el presente y penetrar en el futuro, con la intención de superar la muerte. El hombre tiene energías, no ya para atacar su futuro inmediato, sino también para atacar su futuro posible.

Si la ciencia ha hecho un gran progreso es precisamente porque ha incluido en sus reflexiones las nociones de energía, de fuerza y de tiempo. La filosofía ha sido extraña a estas nociones y ha vuelto la espalda a la vida, como ha dicho Bergson. Ella ha sabido encontrar en las ideas de razón, de memoria, de voluntad, etc., conceptos fundamentales, pero como éstos se detienen en el pasado sobre todo, puesto que se apoyan en el razonamiento, el presente y el futuro se le escapan. Las nociones de sensación, percepción, imagen, etc., han querido captar el devenir de la conciencia en el tiempo, pero no han prestado atención a las corrientes profundas y esenciales de las fuerzas psíquicas, las cuales implican el devenir y el instante.

Según mi opinión, sin considerar el instante de presente, no solamente la vida del organismo y la de la conciencia, sino la misma vida del alma y la del espíritu carecen de sentido y de unidad.

Todas las fuerzas psíquicas son palancas del alma. Las potencias clásicas de ésta encuentran a su paso por el instante un aspecto nuevo. He aquí por qué estimamos que las fuerzas psíquicas son las esenciales, porque dan el impulso fundamental al alma, y entendemos que las potencias tradicionales de ésta son como categorías interpretativas de esas fuerzas.

Bergson, el filósofo del “impulso”, hablando en “La energía espiritual” de la posibilidad de fabricar la materia viva, dice: “Se imitarán ciertos caracteres de la materia viva; pero no se le imprimirá el impulso en virtud del cual ella se reproduce... no se podrán impulsar los dos grandes motores

de la actividad humana: el amor y la ambición". (pág. 21). Esos dos grandes motores son nuestras dos fuerzas psíquicas esenciales. Mas hay otras fuerzas que no tienen la misma fama, pero que contribuyen a formar de manera diferente el impulso bergsoniano, y a las que Bergson no atribuye el carácter de fuerzas. Y Nietzsche considera que "nuestra vida instintiva entera no es más que el desenvolvimiento y la diferenciación de una sola forma fundamental de la voluntad, quiero decir, conforme a mi tesis, de la voluntad de poderio..." ("Consideraciones inactuales").

Según las frases transcritas, los dos filósofos citados pueden ser considerados como filósofos del instinto, los cuales desmerecen en prestigio ante los filósofos críticos; sin embargo, nadie puede negar la existencia de esa energía que emerge de nosotros, aunque muchos no le atribuyan suficiencia para ser el fundamento de una interpretación del mundo, por considerar que fuera de los elementos ideológicos y racionales no puede haber filosofía. Sin embargo, en esa energía hay distinciones que hacer, y en éstas, la materia nos habla de modalidades específicas diferenciadoras de la naturaleza. El pensamiento descubre lo que hay en la materia organizada. Y lo que está en el pensamiento está ya en lo vital. Esa energía que nace en el ser vivo no es más que un aspecto de la energía cósmica que afecta a la materia entera. En los procesos psíquicos ha de haber un fondo de continuidad con capacidad para atacar el futuro. Por eso yo hablaba antes de Nietzsche y de Bergson, porque ambos han tenido fe en la prístina voluntad de vivir, como asimismo la tenía Schopenhauer y William James. Y eso no quita para que estos filósofos hayan marcado rumbos sobresalientes al pensamiento contemporáneo.

Schopenhauer, en su libro "El mundo como voluntad y como representación" dice lo siguiente: "De todas estas consideraciones resulta pues claramente que el querer-vivir no es una consecuencia del conocimiento de la vida, ni en cierta manera una conclusión *ex proemissis*, ni, de una manera general nada de secundario, sino que por el contrario es el principio primero y absoluto, premisa de todas las premisas, y

merece por ello mismo ser el punto de partida de la filosofía; pues no es el querer-vivir lo que aparece como una consecuencia del mundo, sino que es el mundo lo que es producido como una consecuencia de la voluntad de vivir". (Vol. 111 pág. 172). Yo vuelvo por ese concepto de voluntad de vivir de Schopenhauer, de corriente y fuerza primitivas de que hablan James y Bergson, y que se mantienen complicadas con problemas morales en Nietzsche, pero yo no considero esa fuerza como un simple impulso, como un "élan" único e indiferenciado, sino que veo en él una serie de fuerzas que ayudan al hombre en cada instante. Así, pues, yo encuentro en ellas modalidades específicas. Aisladamente contribuyen a sostenernos, a avanzar en los momentos del tiempo; pero también actúan conjuntamente. Es preciso considerar la cuestión desde el punto de vista psicológico y hacer distinciones donde todos los autores citados no habían visto más que un conjunto, un haz, sin matices ni diferencias.

Quiero dedicar aquí una especial mención, aunque sea breve, a la teoría de Alfred Fouillée acerca de las ideas-fuerzas. Fouillée considera, como los filósofos señalados, que la voluntad, el deseo, el querer, son la base de nuestra vida psíquica, pero su posición intelectualista le lleva a inclinarse del lado de las ideas considerándolas como fuerzas, en lugar de haberlo hecho de las fuerzas auténticas que se encuentran en la raíz de nuestra psique. Por eso rechaza la posición de Bain y todo lo que suponga espontaneidad, porque en el fondo Fouillée es un racionalista, a pesar de que él se elevara contra Boutroux cuando éste le hizo tal aserción. Fouillée considera primero que "La idea es, en la conciencia, como una especie de vacío que aspira a llenarse sin conseguirlo". ("La psicología de las ideas-fuerzas". Alcan. París. 1921. Vol. 1. Pág. 121.). Pero después, a su contacto con las funciones afectivas y volitivas, las ideas adquieren plenitud y se convierten milagrosamente en ideas-fuerzas, y de esta manera las ideas se transforman en los motores esenciales de la vida del hombre. Fouillée estima que las ideas son acciones al mismo tiempo que formas, y no sólo del pensamiento, sino también del querer. A poco más hubiera caído en un idealis-

mo a la manera de Herbart, cosa que él mismo rechaza. Fouillée no acepta el sistema de representaciones de los objetos por considerarlo como pasivo y fija su principal atención en las ideas, a las que da un sentido cartesiano y espinozista. Y avanza hacia las ideas de libertad, de amor, de esperanza, de solidaridad, etc. Y así dice en su "Historia de la Filosofía": "Hay en la idea de libertad, siempre presente en el momento de una decisión grave..." (pág. 531). Pero para mí no son las ideas lo que decide en la vida del hombre, sino el propio temperamento y las demás fuerzas que le impulsan de modo original.

Yo entiendo que hay que plantear los problemas psicológicos en toda su simplicidad, comenzando por situar el ser vivo en la vía del devenir temporal y de la noción de ritmo. Fouillée pretende encontrar al hombre civilizado, pero en el hombre hay siempre aspectos restringidos e insólitos que escapan a lo estrictamente civilizado y que es preciso tener en cuenta de manera fundamental. Estudiando los problemas filosóficos desde el punto de vista temporal se descubren modalidades desconocidas en cada época. Y sobre todo, dando toda la plenitud al instante, se ven aparecer de manera espontánea reacciones psíquicas que nos revelan disposiciones íntimas del alma humana. Las ideas, por mucho que se quiera, son construcciones artificiales, producto de abstracciones. Reside en ellas la civilidad y la cultura, pero son los impulsos primitivos y espontáneos los que deciden del destino de las vidas humanas. Son las fuerzas psíquicas las que nos dan los medios necesarios para abrirnos camino.

Vamos, pues, a ocuparnos, en esta segunda parte del libro de esas fuerzas psíquicas, que son de naturaleza y actuación permanentes, que existen en nosotros y que se dirigen hacia el futuro, el cual se nos presenta como un ilimitado paisaje, vacío y sin horizontes, como un espacio sin límites, en el que entramos en cada momento de presente, sin saber si vamos o no a tropezar con algo. Nosotros avanzamos, porque hay que avanzar, sin carta que nos señale los arrecifes o bajos en que podamos encallar. No tenemos más piloto ni brújula que nuestras fuerzas psíquicas, las cuales no tienen

la estabilidad de la vida de la conciencia; de ahí su pujanza y su inestabilidad al propio tiempo.

La experiencia no basta para orientarnos porque a veces es muda, a veces ciega. Podemos evadirnos de la inestabilidad, de la fragilidad de nuestra vida, entrando en el presente con la confianza del que posee resortes ocultos que surgen inesperadamente en nosotros, y con la conciencia clara y bien plantada de que en el momento que ellas fallen es porque el presente y el futuro habrán coincidido y ya el individuo se habrá anulado. Pero mientras eso no ocurra, atacaremos el presente con todas las fuerzas que existen en nosotros en un ansia de superarlo, de sobrepasarlo. Y la razón nos servirá después del combate para hacernos relatos de la lucha, en la conversación o en el libro.

2.—*El Impulso Afectivo*

En su libro “El puesto del hombre en el cosmos” dice Max Scheler que el impulso afectivo es el grado ínfimo de lo psíquico, que se manifiesta como fuerza primordial en todos los seres vivos, y añade: “No hay sensación, ni percepción, ni representación, por simple que sea, tras de la cual no esté ese oscuro impulso, el cual alimenta la sensación con ese su fuego, constante cesura entre los períodos de vigilia y de sueño. Este impulso representa la unidad de todos los instintos y afectos del hombre, tan numerosos y variados”.

Nosotros poseemos los llamados instinto de conservación e instinto sexual. Por el primero tendemos a conservar nuestra vida, a defenderla. Todos nuestros reflejos responden infaliblemente a ello en el estado normal del sujeto. Por el segundo llegamos a la conservación de la especie. Estos dos instintos son esenciales para la vida del animal. Son comunes a todos. Pero sirviendo de base a los instintos, más profundo que ellos, está el impulso afectivo. Es la fuente esencial de la vida y nada le agota más que la muerte. La atracción de la materia es un rudimento de impulso afectivo. Por ese impulso el mundo, la materia organizada entera, se siente envuelta en un principio de cohesión que la anima y defien-

de. Este impulso actúa en el instante de presente y forma la base de la simpatía, del amor, de la solidaridad. El impulso afectivo se muestra en las vibraciones comunes. Sin agotarse en el instante actual marcha hacia adelante y se encuentra siempre dispuesto a llenar los sucesivos momentos de presente del ser vivo. Sólo el día que se encuentre ante un enemigo mayor renunciará al siguiente momento de presente, pero dotado de una energía superior, de la suprema energía, servirá de base a todos los esfuerzos para atacar el futuro en cada instante y saldrá triunfante, porque él no sabe nada de pesimismos, de tristezas ni de desalientos.

No entramos en disquisiciones acerca del nombre que se pueda dar al impulso más primitivo que es la base fundamental de la unión entre los seres vivos. Lo importante es que el impulso afectivo es una fuerza de nuestro organismo que fluye continuamente en el ser vivo para saltar sobre el futuro. Creemos que es principio más genérico que el instinto porque es la esencia de la vitalidad, por lo cual no hacemos distinción entre instintos de muerte y de vida, ni tampoco lo hacemos coincidir con la "l libido" de Freud.

La sensación está permanentemente en guardia y el impulso afectivo capta lo que esencialmente sirve de base a aquélla: la vibración. Las vibraciones se mueven por el impulso de esta fuerza pródiga. Se plantea aquí la cuestión de relacionar la vibración y el impulso. El concepto de vibración es más amplio, más general que el de impulso afectivo. Este es principio orgánico, aquél es animador de la materia entera. El impulso afectivo es el amor que mueve todo, lo mismo en las plantas, en los animales, que en los hombres. El impulso amoroso dirige las vibraciones según ritmos que no podemos captar más que por medio de la sensibilidad. Acaso sea la música la más capacitada para interpretar estos ritmos. Y lo que sobrecoge en el artista es cómo las notas musicales no secan esos ritmos al ser interpretados en el pentagrama. El que sea capaz de crear o de interpretar la unión íntima entre las propias vibraciones y las del objeto, será el que descubrirá el mundo en que el impulso afectivo vive y se desarrolla.

Si a ese impulso afectivo no le llamamos "impulso vital", como hace Bergson, es porque él lo mismo lo llama impulso que intuición, instinto que simpatía, movimiento que cambio, con lo cual se mezclan y confunden una serie de conceptos que tienen sentido diferente. El instinto, por ejemplo, está sometido al imperio de ese impulso y no constituye una corriente, sino que es específico, mecánico y uniforme en su actuación. La intuición es un proceso más elevado que el impulso y entra en el área intelectual. La simpatía está en el plano de los sentimientos. El movimiento corresponde, en general, a la materia.

No puedo hacer coincidir tampoco la voluntad de poderío de Nietzsche con el impulso afectivo. Aquélla coincide con el instinto, con el ansia de ser, con el afán de éxito. El impulso afectivo se preocupa sobre todo de irradiar lo vital sin individualizar. Por eso hemos preferido a todas las expresiones la de impulso afectivo. Esta es nuestra fuerza indiferenciada y sirve de base a todas las demás que brotan de nuestra naturaleza y avanzan hacia el futuro. Las abraza a todas, las comprende a todas. Es fuerza biológica y, sin embargo, cabalgan sobre ella esperanzas y ensueños, intuiciones y ansias de acción. El impulso afectivo nos hace reír y llorar, y al contacto de la palabra crear formas sorprendentes y conmovedoras que nadie diría pudieran surgir de la tierra que pisamos, o del aire que respiramos.

Heráclito hablaba del eterno movimiento de las aguas del río y decía que nunca podíamos tocar dos veces la misma agua. Y Jorge Manrique comparaba nuestras vidas a los ríos que van a parar al mar. Y en esas dos imágenes el impulso afectivo está latiendo y elevando la materia en movimiento a grados de inspiración y de poesía.

Seguramente un biólogo daría una definición y haría una descripción del impulso afectivo que no sería la que yo acabo de dar. Y suponiendo que yo hubiera empleado mi tiempo en estudiar en un tratado de biología su perfil y desarrollo científicos, y que lo hubiera transscrito aquí, eso me hubiera llevado lejos de mi propósito, pues del impulso

afectivo lo que me interesa destacar es, que es una fuerza, que es amor, y que despierta el amor en todo lo que toca.

3.—El Temperamento

El temperamento es una fuerza primaria del hombre. El es el que nos hace entrar resueltamente en la acción. Si el hombre hubiera de esperar a que su razonamiento le dictase lo que ha de hacer, su acción sería bien pobre. Obramos, y luego pensamos. Solemos, con harta frecuencia, poner el carro delante de las mulas, aunque continuamente nos digamos que debemos pensar antes de obrar. Y esto lo hacen sobre todo los románticos, pero a veces también los clásicos.

El temperamento da impulso y forma características a la vida personal y hace de cada persona un tipo distinto de los demás. Es fuerza que nos conduce sin saber cómo ni adónde, pero que al fin y al cabo nos conduce. El temperamento va hacia adelante, es una fuerza creadora que está en la raíz de nuestro organismo y da perfil a todas nuestras reacciones. Si por un lado participa de nuestra vida vegetativa, penetra también en nuestro vivir psíquico y le da su sello propio.

Es harto oscura la noción de temperamento. Lo que a primera vista aparece ante nosotros es que la noción de tiempo está en su etimología y en su continua acción. El temperamento es el tiempo en que cada cual vive. De los tiempos que nosotros distinguimos en el hombre, el psicológico corresponde al temperamento. En ese tiempo el hombre tiene su vibración propia. El habla al sujeto de los años que tiene y de los que acaso le queden por vivir, y le impulsa a recordar su pasado para compararlo con su presente, le moviliza para su acción en el futuro y para saber colocarse en él. El temperamento, en los momentos de peligro, le hace tomar una decisión y actuar, impulsar la respuesta ante una pregunta inesperada, y dar una total coloración a la persona en un momento incontable del tiempo. El temperamento es el que nos hace sentir la naturaleza y la obra de arte, nos hace ser originales y ver la vida según un aspecto que antes no la vimos. Es el temperamento una fuerza de máximo

sentido creador, que está siempre dispuesta a intervenir y se añade al impulso vital, que es de todos y no es de nadie, para individualizarlo. Por eso está en íntima relación con el subconsciente personal y extrae de él en todo instante lo que necesita para vivir. El temperamento ataca el infinito vital con decisión porque en él se siente a su vez infinito, tan infinito como es la vida personal. Donde hay temperamento hay hombre, fuerza para hacer frente a la vida. El temperamento es una fuerza organizada en lo profundo del organismo, que se impone a la voluntad y al juicio de cada uno, da impulsos suficientes para formar el sistema que es cada vida y se conjuga con la pasión para poder dar cima a la acción. En la pasión los sentimientos se sistematizan bajo el dominio de lo que se llama una idea. La pasión y el temperamento tienen el tiempo a su servicio, cuentan con él, por eso ambos conducen inmediatamente a la acción. La pasión busca al tiempo, se junta a él. El temperamento no lo busca, es él mismo. La pasión es el temperamento juntándose con la idea.

Decíamos que no es claro el concepto de temperamento. Intervienen en él factores físicos como son los diferentes tejidos orgánicos, influenciados a su vez por el sistema glandular, y está en las propias raíces de la psique humana. Desde los tiempos de Hipócrates y Galeno se han distinguido cuatro clases de temperamento: sanguíneo, melancólico, bilioso y flemático. Se habla de temperamento cuando se hace referencia al carácter de la persona, y no se puede precisar dónde termina el uno y dónde empieza el otro; sin embargo, el temperamento está en la base del carácter. El temperamento nos define y distingue de los demás. En la lucha entre la sociedad y el individuo el temperamento tiene reacciones que chocan con los que le rodean, mas no cambia; creará virtudes o formas que le defiendan contra los otros, pero en el fondo continúa encastillado en sí mismo. De él emana lo que de bueno o malo hay en nosotros, lo que nos lleva al éxito o a la desgracia y a la muerte. El temperamento es la curvatura de cada uno. Nuestro organismo envejece, nuestro temperamento, aunque parezca paradójico, no. Es elemento

diferenciador por excelencia. De una persona olvidamos el color de su cara, su estatura, su nariz o su boca, pero nos queda siempre vibrando su manera de reaccionar, rápida o tímida, fuerte o débil. El temperamento ahonda nuestras diferencias con los demás.

Lecomte de Noüy, en un libro que ya hemos citado, "El tiempo y la vida", habla de un tiempo fisiológico que es diferente para cada hombre. El Dr. Alexis Carrel, en su libro "La incógnita del hombre" (Librería Plon. París. 1947) da a propósito del tiempo fisiológico una descripción muy detallada. Ese tiempo fisiológico es el que debe servir de base al temperamento. Y la individualización temporal llega hasta tal punto, que como ya antes hemos también citado, Lapicque ha puesto en claro en sus experiencias que cada músculo de cada organismo vive en un tiempo propio. Vemos, pues, aquí individualizarse cada vez más la noción de tiempo en el organismo vivo, y acaso sea ésta la causa del valor tan fundamental que tiene la corriente del temperamento. Sin saber exactamente la relación existente entre cada músculo en particular y el temperamento en general, sin saber definir éste de manera clara, creo que es en él donde reside la fuente de las vivencias de mayor sentido vital del organismo, y en las cuales el hombre se apoya para situar sus fuerzas del ensueño y la esperanza y atacar así el infinito potencial del futuro de su vida. A cada instante que avanza el tiempo el temperamento está presto a intervenir para dar sentido a su acción y estado y forma al presente. El temperamento no sabe qué sea el reposo y siempre vive en estado de alerta. Por eso es un continuo y es una fuerza, por eso tiene capacidad para hacer frente a la avalancha del tiempo futuro. Y lo mismo reacciona ante las cosas elevadas que antes las de bajo nivel. Es el impulso que mantiene tenso a nuestro querer, el que deja al hombre desnudo de cultura, sin sentido del bien y del mal, de la ambición o de la humildad. Es el más firme defensor de cada hombre y el que le traiciona, porque en su perenne impulso le libera de todas las tutelas, incluso de la propia. Es clave de la individualidad y por lo mismo de la libertad personal. En el

temperamento el hombre encuentra el obstáculo para su absoluta perversión, porque en él radica el sentido de la creación. El arte se apoya en él. Es la voz que queda latiendo en el aire, con la pretensión de tocar algo que no llega. En el temperamento se fusionan lo que de animal hay en nosotros y lo que llevamos de efusivo, de rítmico, de pujante y de valioso. El nos da el sentido de la vibración y del ritmo, y la presencia, y lo que tenemos de más fundamental. En una palabra, el temperamento nos da la base de nuestro sentido estético, síntesis de nuestra relación con el mundo que nos rodea y corriente que va hacia nuestro futuro para enjugarlo con ansias de éxito.

CAPÍTULO VI

1.—*La Intuición*

La función esencial de las fuerzas psíquicas es crear las posibilidades para encontrar sentido en el presente al futuro e incluso al pasado de la vida del sujeto, a la infinidad de problemas que se le presentan. Esa infinidad no puede atacarse más que por fuerzas que sean también de tipo infinito. Entre ellas, la intuición ocupa un puesto preeminente. Es característico de ella hallarse siempre dispuesta a lanzarse hacia todo lo que se presenta a la conciencia para iluminarlo y al fin comprenderlo. Pero la comprensión no la realiza por palabras, sino por visión directa. Y no hay un solo momento en que el instante de comprensión coja inactivo a ésta. He ahí por qué la intuición es fuerza de primer orden del alma, no sólo porque está siempre despierta, sino porque ataca las cosas de manera comprensiva. Intuir constituye un esfuerzo natural. La intuición es la antesala genial de la inteligencia. Existe como fuerza hasta en el hombre más ignorante.

La intuición es la presencia misma del objeto en el seno de la conciencia. Por eso la intuición es nuestra base intelectual más firme, porque nos da inmediatamente las cosas. La dificultad de nuestro conocimiento estriba en efecto en el obstáculo de la sensación, de la percepción, en el enlace entre nuestra conciencia y los objetos, pero con la intuición parece como si el puente material de la sensación o de la vibración formara un continuo. Y el sentido de presencia que tiene la intuición se comunica a todas las demás fuerzas físicas y psicológicas y les da también la presencia de las cosas. La intuición irradiia su luz a la psique entera, a todas sus funciones. Si se trata del impulso afectivo, los seres se ponen en comuni-

cación directamente, sin establecer puentes. Si nos referimos al temperamento, llegamos a sentir la vibración genérica del ambiente en perfecto sincronismo con nuestro organismo, y asimismo sucede si nos referimos a la inducción y a la intuición. En el mundo típicamente psicológico, el ensueño parece como una intuición más. Es claro que la intuición no puede servir para construir el discurso, para un estudio sistemático de nuestras ideas, pero ella nos da los elementos básicos que después la razón utiliza en sus firmes elaboraciones.

La intuición es como un faro que extiende sus radiaciones en todos sentidos, en forma esférica. He ahí su poder. Vive y actúa fuera del pasado y del futuro y solamente se fija, se polariza, en los diferentes momentos del tiempo físico. La intuición descubre el objeto y al propio tiempo le sitúa en el plano del espíritu. El sujeto se encuentra ante un infinito personal y ante él tiene que actuar, que situar su propio presente; ha de avanzar y buscar un sitio para colocarse enteramente. Esta es una función esencial de la intuición. Lo actual es lo creado por mí. Si yo no creara nada no podría dar un paso. Los hábitos nos oscurecen el horizonte, pero la intuición no sabe de hábitos. Ninguna intuición es igual a la anterior. La intuición no conoce ni la memoria, ni el hábito. La función de la intuición es puramente creadora y está siempre dispuesta a lanzarse al trabajo. Y es así, porque es una fuerza que tiene por misión esencial atacar el infinito personal. Con la intuición se abren los ojos de nuestra inteligencia ante el momento que llega, en el que hemos de producir la acción, y en ese instante la voluntad surge. Esta es la unidad del sujeto en la acción. Por eso nuestros presentes sucesivos son fruto de nuestra intuición y de esta voluntad que se hace y se rehace a cada momento, dejando espacios en los que no se muestra.

Yo he de procurar colmar el futuro que viene sobre mí, anular la infinitud del tiempo que avanza hacia mí. Y esa operación la realizo por un fluir, por una continua creación. En este caso, por la intervención de la intuición que prevé, como si dijéramos, el porvenir. Como resultado de ello va surgiendo el espíritu, que va quedando cual una estela detrás

gan a hacer servicios útiles, pero todos esos servicios útiles no ensanchan la verdadera riqueza nuestra, que se esquematiza en unas líneas esenciales en nosotros, en cada uno de los instantes en que vivimos.

Hay quienes piensan en lo que serán cuando sean mayores, y suelen lamentarse de no llegar nunca a ser lo que aspiran. Piensan que si no obtienen éxito no es por falta de ellos, sino de los demás. Hay quienes representan continuamente la comedia, y ésos son los que hacen las cosas sin profundas convicciones. Son millares y millares y viven representando una comedia toda la vida. Mas aun dentro de la comedia se afirman, porque son esencialmente imitación. Pero al fin son algo. Por eso yo creo que todos queremos y todos somos algo en cada momento de nuestra vida. Y el que sabe leer en las actividades insignificantes, en gestos evasivos, en posturas inconscientes, encuentra acentos definidos donde se perfila un carácter. El ser existe y se capta en cada instante y en cualquier momento de la existencia. Hay en nosotros una totalidad, una tendencia genérica, que se reparte entre los instantes, dando en cada uno de ellos pruebas de su existencia. La niña abraza a tres años como abrazará cuando tenga veinte. El muchacho pensará cuando tenga treinta años como pensó cuando tuvo quince. Los recuerdos de la niñez los evocamos a cada momento de nuestra vida de adulto, y reconocemos en nuestras tendencias y aun en nuestros pensamientos actuales los mismos que teníamos al comenzar a vivir. La madurez no hace más que agrandar, ensanchar, lo que era infinitamente pequeño, tanto en la materia (y esto a pesar de la complejidad celular) como en la psique. Ese ensanchamiento consigue el adiestrarse cuando hay un sabio aprendizaje, pero no damos ni más ni menos en la forma del fruto de lo que llevamos en la raíz, y si la forma modifica la raíz es porque esa forma era también parte de la raíz. Y en cada instante de presente hacemos un ensayo para conquistar cuanto podemos. Somos ensayistas perpetuos. Y en el ensayo, el tiempo cuenta tanto como la semilla y la materia.

Hay un determinismo extraordinario en la vida humana,

en la del ser vivo. Vibramos como un resorte cuando hemos de hacer algo, y esas vibraciones llevan consigo el círculo cerrado de la acción entera. La humanidad no será más genial de lo que ha sido hasta ahora. Decía Nietzsche dirigiéndose al padre de familia, que debería esforzarse para que su hijo fuese lo que él no había podido llegar a ser. Aquí lo valioso es el gesto primitivo de potencia que tuvo el padre, no la acción del hijo o de los nietos. Porque hay impulsos que tienen fuerza para transmitirse a través de las generaciones y duran siglos.

No se puede decir que si la nariz de Cleopatra hubiera sido más pequeña la historia del mundo habría cambiado. La historia de Roma no hubiera cambiado por eso. O como a veces se dice, que si Santo Tomás no hubiera vencido a Duns Scoto la historia del mundo hubiera seguido distinto derrotero. Duns Scoto, con su teoría de la voluntad, de la acción y de la individualidad, que yo amo profundamente, no tenía sentido histórico en los días en que vivía Santo Tomás. Lo que ha sido es una realidad que no cabe discutir. Lo hecho fué así y no pudo ser de otro modo. Nadie deja sin hacer lo que tuvo que hacer. No se deja sin terminar lo que se pudo acabar. Lo que no fué es porque no tuvo fuerzas para ser, o porque el ambiente lo impidió. Es lo mismo. La "sinfonía inacabada" de Schubert es composición musical que no pudo acabarse. Y su ser determinante es precisamente ése su no acabamiento.

La creación más pequeña, la más humilde, es hija de la improvisación, es concebida en un solo instante, y no podemos precisar cómo apareció en nosotros, sino que surgió sin darnos cuenta, y en un abrir y cerrar de ojos. Y por el hecho de ser producto de una inspiración sirve en nuestra obra, y los demás la aceptan y saben que no nos ayudan, sino que nosotros les ayudamos. Se habla del ser en filosofía cuando se piensa en la existencia total del ser vivo y de su persistencia, a pesar de los cambios temporales. No hay ser auténtico más que en el instante, porque después o antes queda desfigurado por el recuerdo o la imagen. He aquí por qué nosotros hemos hablado de las diferencias entre el "ser", el "ha-

“sido” y el “será”. El “ha sido” nosotros lo evocamos siempre que nuestro instante, que nuestro “ser” lo necesita. Y asimismo el “será” es anticipado para reforzar nuestro presente, nuestro “ser”. Pero en cada momento del “ser” evocaciones y anticipaciones dan justamente lo que el “ser” necesita para formarse, es decir, para responder *individualmente* a la excitación exterior, o para crear lo que el sujeto tiene que lanzar en dirección a los demás. Por eso al principio decíamos que cada cual tiene la memoria y la imaginación que necesita. Por ello, a pesar de ser hijos de la improvisación, ésta responde a profundas raíces.

Todo lo que hacemos, lo que pensamos, y lo que decimos, encierra una perfecta unidad. No hay disonancias en nosotros. Todo lo que realizamos o expresamos responde a la intimidad del ser a cada momento. La vida es tan amplia, tan compleja, que necesita de cada instante para presentar una faceta suya. En nuestra vida el ser aparece en forma atomizada. Cada momento es un ser, hemos ya dicho, ser de nosotros mismos, ser de los demás, de las cosas que nos llegan a través de las experiencias, de los sentimientos, de las vibraciones.

Pero aunque nuestra misión vital esté señalada de antemano, no quiere ello decir que seamos entes pasivos o abúlicos y que nos caerá el maná del cielo. Decir esto sería no comprender lo que estoy diciendo. Mi pensamiento es que cada cual siente su propio peso, carga, destino y misión, y se dispone a esforzarse y a darle forma. En aceptarlo, con plena conciencia cuando somos adultos, consiste la clara visión de nuestro papel en este mundo. Los demás no aceptan de nosotros lo que no tenga valor, lo inauténtico. Y no podemos engañar a nadie, aunque tengamos gestos de engañarnos a nosotros mismos. ¿Es que podemos ser insinceros en la vida? ¿Podríamos obrar si pensáramos en el instante de la acción?

14.—Cuerpo y Alma.

Siempre fué objeto de mi pensar ver cómo se relacionan el cuerpo y el alma, y siempre ese problema quedó latente

en mi conciencia, sin entrever ninguna respuesta convincente. Las doctrinas que yo conocía no satisfacían las exigencias de mi razón.

Se ha dicho del alma que es un fluido, que es imponderable, simple e inmortal. A la materia se la ha calificado de compuesta, de perecedera, se la ha mirado como algo deleitable y al cuerpo como origen del pecado. Las ideas de tipo religioso influyeron en toda ocasión sobre el pensamiento. Sin embargo, la razón se ha aplicado a estudiar la materia y ha descubierto la riqueza de su composición. Tanto el alma como el cuerpo son igualmente complicados, y ni el uno ni la otra pueden aceptar la noción de simplicidad. Siempre se ha pretendido encontrar la unión entre ambos por acción directa y recíproca. Y el divorcio existente ha continuado. Pero el caso es que esa unión es una realidad superior a las negaciones de nuestro pensamiento. No da un paso el alma sin mover al cuerpo, ni se mueve éste sin que aquella sufra su influencia. No vemos el alma con los ojos y sabemos sin embargo de su presencia continua. Habla la metapsíquica de presencias efectivas ectoplasmáticas, y la religión afirma la existencia del milagro. Es decir, que hay fenómenos que sobrepasan las actuaciones de la materia más allá de lo que nos es accesible a través de los sentidos.

Es tan íntima la unión entre el alma y el cuerpo que no se sabe donde termina el cuerpo y donde empieza el alma, porque en presencia el uno de la otra habría que hablar, no de límites, sino de simultaneidad, esto es, de fenómenos temporales. Los materialistas afirman que la suprema y única realidad es la materia, y los idealistas piensan que esa realidad está en el espíritu; pero el materialista es incapaz de explicar la naturaleza del querer, del pensamiento o de los deseos, y el idealista no puede imaginar el poder creador de la materia, su entronque con el alma y su sostén de ella.

A medida que se desarrollan las investigaciones científicas se pone de relieve la complicada composición de la materia y en particular del cuerpo humano, tan misteriosa y compleja como la del alma. Tenemos noticia de ésta como de algo que encierra poder, actividad, y de su continua actua-

ción sabemos cuando las fuerzas psíquicas que están insertas en ella, y que forman un conjunto unitario, actúan en cada momento de presente.

Del cuerpo sabemos menos que del alma, porque para conocer los fenómenos de ésta tenemos el laboratorio de nuestra conciencia, nuestros sentimientos, que tienen el privilegio de su cercanía con nuestro yo; en cambio, para conocer el cuerpo, únicamente disponemos de las reacciones humorales y de los aparatos inventados por el hombre para amplificar la acción de los sentidos. Y éstos nos engañan continuamente y no podemos tener fe decidida en ellos.

Nuestra conciencia registra la unión íntima entre el alma y el cuerpo. La mayor sorpresa que yo experimentaba cuando era muchacho era ver cómo mis movimientos respondían a mis deseos. Recuerdo muy bien que me decía mirándome a las manos: ahora vas a mover el dedo meñique, y en el preciso instante yo movía el dedo meñique, y no otro distinto. Y aquella unión tan perfecta entre el alma y el cuerpo me atraía irresistiblemente, sin poderle encontrar explicación.

Vemos hombres que son cojos, jorobados, ciegos, contrahechos, o están impedidos, y a pesar de eso pechan con sus desgracias físicas y siguen viviendo y las aceptan, y hay entre ellos muchos que llegan a ejercer funciones sociales de alta importancia. Ejemplos notabilísimos los tenemos en el presidente Roosevelt, que tan gran papel jugó durante la última guerra, a pesar de su parálisis. Y notable es el caso de la norteamericana Helen Keller, que siendo sordomuda y ciega es autora de notables libros.

Lo expuesto anteriormente hace pensar en aquella idea de Leibniz de que el alma y el cuerpo son como dos relojes que se acuerdan perfectamente, en cuya simultaneidad reside la armonía preestablecida. Dice Leibniz en su "Monadología": "Las sustancias son representaciones de un mismo universo". Y el universo del hombre está constituido por su cuerpo y por su alma. Y tanto en Leibniz como en Malebranche, con su teoría de las causas ocasionales, es la idea de Dios lo que hace de unión entre ambos. Pero si Leibniz hubiera podido persistir en su pensamiento de la simultaneidad, acaso hubiera

ido mucho más lejos en este punto. Descartes, menos optimista que Leibniz, más escéptico, concibió el cuerpo y el alma como dos sustancias totalmente heterogéneas. Y quiso encontrar en la glándula pineal un medio de relacionarlas. Acaso aquí se vea como una predicción de la composición de la materia por un ingente número de vibraciones, sintetizadas en la glándula pineal, participante, a causa de sus movimientos vibrátiles, de la cualidad del alma, que era pensar, y de la del cuerpo, que era extensión. Espinosa pensó, siguiendo las trazas de Descartes, que no hay más que una sustancia, y supuso que el cuerpo y el alma son dos modos de ella. La sustancia única es Dios. La solución no andaba muy lejos de las de Malebranche y Leibniz.

Bergson no encuentra en los filósofos del Renacimiento la noción de flujo temporal que él descubre con la intuición, y por eso piensa que ellos han seguido, en cuanto al tiempo, el mismo camino que los filósofos griegos. Sin embargo, hay algo que ha cambiado profundamente, y es que aquéllos consideran como preeminente la simultaneidad de las funciones de las sustancias. Es cierto que persisten en la misma vía de la Metafísica clásica, como dice Bergson al final de "La evolución creadora", de considerar las esencias, las ideas, como fundamento de sus sistemas, pero cuando aplican el concepto de simultaneidad la noción de duración individual se pone de relieve, no como eternidad, sino como devenir con personalidad propia. En cambio, en los filósofos anteriores al Renacimiento, se ve la sucesión del tiempo en los individuos, pero no la simultaneidad entre ellos. Aunque para Leibniz el tiempo sea una percepción confusa (yo creo que no podemos tener percepción del tiempo, sino de lo que se mueve en él) e incluso una ilusión, en su cálculo infinitesimal hay el continuo proceso del devenir en los sucesivos instantes. Y si se dice, como hace Bergson, que la ciencia moderna vive fuera del tiempo (y yo no comprendo cómo Bergson olvida lo que afirmó en la pág. 32 de su citado libro, cuando dijo que "la génesis de las figuras está en el origen de la matemática moderna", a no ser que haya un divorcio absoluto entre ciencia y matemática) y que Leibniz lo haga en su sistema igual-

mente, diremos que cuando él habla de una armonía pre establecida supone tiempos individuales viviendo en las diferentes "mónadas", que coinciden a pesar de ser incomunicables. Pero donde la simultaneidad se ve más evidentemente es en el "cogito" cartesiano, pues en él coinciden pensar y existir en el mismo instante, a pesar de ser dos naturalezas bien distintas. Los filósofos renacentistas descubren, sin exponerlo, un tiempo adscrito a las sustancias y a los modos, y rompen con ello el sentido de eternidad que el tiempo tuvo anteriormente. Bien es verdad que se trata de un tiempo conceptual, colectivo, pero de él arranca la noción temporal moderna que se traslada al vivir individual conforme se va realizando el proceso de los inventos. Por eso hasta el siglo XIX el devenir temporal como fenómeno psíquico característico de nuestra época, como tiempo psicológico, no adquiere carta de naturaleza. Es Bergson precisamente el que descubre o pone de relieve el tiempo como inserto en la conciencia del propio individuo. Y éste es su gran mérito, como otras veces hemos dicho. Ningún filósofo ha destacado como él lo ha hecho la importancia del devenir temporal en nuestra vida. William James lo comprendió asimismo. Y desde ese momento es una verdadera avalancha de pensadores los que se han lanzado a descubrir en el cambio temporal modalidades típicas de la naturaleza humana, que por último han conducido al existencialismo.

Y son también los fisiólogos los que descubren en el cuerpo aspectos que son semejantes a los que se habían encontrado en la psique. El fisiólogo francés Lapicque ha hecho múltiples experiencias para ver el influjo del tiempo en el organismo vivo, habiendo establecido el concepto de "cronaxia" como la "unidad de tiempo que interviene en la excitabilidad de un músculo o de un nervio", y ha llegado a afirmar que no sólo la noción temporal es diferente en todos los organismos, sino que no tiene el mismo valor para un músculo que para otro. Y el profesor Piéron ha hablado en un informe de "la influencia de la temperatura interna sobre nuestra apreciación del tiempo", y Lecomte de Noüy nos habla en su libro "El tiempo y la vida" (Gallimard. París. 1939) de

la influencia del tiempo fisiológico y según la edad del sujeto en la cicatrización de las heridas. Y he aquí la frase que Jean Rostand escribe en su libro "De la mosca al hombre" (Ed. "La Boétie". Bruselas. 1947): "Son evidentemente los mismos factores los que mandan al cuerpo y al alma, y sería realmente interesante saber las correlaciones entre tales rasgos morfológicos y tales caracteres psicológicos: se tendría con ello los fundamentos de una fisiognomía científica". (pág. 61).

Así, pues, lo mismo el cuerpo que el alma tienen una existencia de continuos cambios. La simultaneidad en ambos es un hecho evidente, pues la encontramos en los momentos de la acción. Las naturalezas del alma y el cuerpo son diferentes. Tanto la una como el otro están obligados a vivir dentro de ritmos temporales. ¿Son los mismos? ¿Son diferentes? Ambos viven en estrecha unión, en absoluta unión. ¿Cómo se verifica ésta?

Otras veces hemos dicho que en nuestro pasado y en nuestro futuro el tiempo, el espacio y la materia forman un continuo que sólo es interrumpido en el momento de presente. Sabemos de la existencia del espacio y del tiempo, y del cuerpo y del alma, en cada instante del tiempo, porque en ese instante se interrumpe ese continuo. Y en el mismo instante nos aparece nuestra conciencia y con ella la actualidad, la voluntad, el ser. Es decir, que nuestra conciencia del mundo y de todo lo que somos nos llega en el instante de presente. Sin éste no podríamos hacer la afirmación ni la negación de nada en ningún sentido. Sólo podemos hacerlo porque es en ese instante cuando queda roto el continuo. La materia sirve de soporte al espacio y al tiempo, y al cuerpo y a la psique, y el tiempo, en su discurrir incesante, sirve a la conciencia para formarse. En el mismo instante de presente aparecen unidos el cuerpo y el alma e interrumpido el continuo espacio-temporal. No conozco la naturaleza de la materia, ni la del cuerpo, ni la del espacio. No sé tampoco cuál sea la composición del alma, ni la del tiempo. No soy positivista, pero no sé qué sea la cosa en sí. Sólo conozco los fenómenos psíquicos, las vivencias del alma. Y no tengo

conciencia de la unión del cuerpo y el alma más que en el preciso instante del querer. Dos naturalezas diferentes no pueden coincidir absolutamente, porque entonces no serían dos naturalezas distintas, sino una sola. Si el cuerpo y el alma coincidieran plenamente, o existiría el uno o la otra, pero no ambos; es decir, que no habría problema.

Insisto en que tenemos noción de la unión del alma y el cuerpo en el momento que hacemos algo, en el instante que tomamos una decisión y obramos. La acción, el querer, interrumpen el continuo espacio-tiempo. Cuando me sitúo en el instante formo mi vida de conciencia. La interrupción de aquel continuo crea el ser, que no puede ser continuo, sino instantáneo. Por eso dice Bachelard: "El tiempo es entonces continuo como posibilidad, como la nada. El es discontinuo como ser" (pág. 25. o.c.). Y añade: "Psicológicamente se puede explicar todo dentro de la discontinuidad". (pág. 28. o.c.).

La unión entre el alma y el cuerpo es, pues, accidental y se produce, no directamente, no porque el alma vaya hacia el cuerpo, o porque el cuerpo se dirija hacia el alma. Es la acción, es el "yo quiero", lo que ha permitido el funcionamiento simultáneo de dos ritmos, el del cuerpo y el del alma. El "yo quiero" es un impulso que se apoya sobre las fuerzas psíquicas y corta el continuo espacio-temporal al producirse la corriente nerviosa eferente, y en el mismo momento los músculos actúan y el órgano se mueve. Y también puede ocurrir el hecho opuesto: partir del choque físico que produce la corriente aferente y simultáneamente origina la interrupción del continuo espacio-temporal. Y no hay por qué hacer distinción entre movimientos voluntarios, automáticos e instintivos. En todos ellos se produce igualmente la unión del alma y el cuerpo. En los movimientos automáticos no necesitamos tomar decisión ninguna porque estaba tomada de antemano en los actos primitivos que originaron el hábito. En los movimientos instintivos no necesitamos tomar ninguna decisión, porque la materia nos impone sus leyes, que son las nuestras. Mas hay los movimientos inconscientes. Pero si las tendencias se traducen en movimientos es porque hay en efec-

to unión entre el alma y el cuerpo. Se dan los fenómenos de sugestión y de sonambulismo (aunque Brentano duda de la existencia de estos últimos). Pero yo no concibo que haya movimiento sin querer. Se nos pudiera hacer la objeción de que el acto reflejo es independiente del querer, a pesar de que tiene lugar en un instante, y a ello responderé con el siguiente razonamiento de Janet: "Un movimiento reflejo tiene una cierta intensidad, una cierta forma, pero todo eso se refiere más o menos al espacio y no se refiere al tiempo". (pág. 153. o.c.)

Los instantes temporales son otros tantos momentos en que se forjan los sucesivos presentes de la conciencia; pero entre ellos el alma sigue existiendo. Es entonces cuando la subconsciencia trabaja y se esfuerza preparando lo que ha de surgir en determinados instantes del futuro. Si el instante es corto, la subconsciencia trabaja en espacios que unas veces serán más cortos acaso, pero eso no impide la autodeterminación del alma. Para mí la conciencia supone el querer y envuelve la unión del alma y el cuerpo, y subconsciencia quiere decir actuación del cuerpo o del alma en ritmos distintos. Y si en cada momento del querer se forja la unión del alma y el cuerpo, la incógnita sigue siendo siempre el origen de esa interrupción, el origen del "yo quiero". Esta incógnita es aún más grave de despejar que la de la unión del alma y el cuerpo, porque ¿qué es el querer?, ¿cómo surge el querer? Esta es la raíz ante la cual se siente uno totalmente impotente, porque para atacar los problemas que plantea un dualismo pueden encontrarse respuestas, aunque sean erróneas, pero es que el monismo presenta el carácter de una esfera, cuyo hermetismo impide encontrar una esquirla por donde comenzar su apertura. Sin embargo, para explicarlo, nosotros podríamos recurrir a las que hemos llamado fuerzas psíquicas, las cuales tendrían la iniciativa para interrumpir el continuo espacio-tiempo. Esas fuerzas se ponen en pie por diferentes motivos, sobre todo por la interrupción provocada por los sueños. En esas fuerzas va contenido nuestro futuro. Y cuando surge una, o un conjunto de ellas, todos los continuos que hay delante se rompen. Pero no es que se haga la unión del alma y el cuerpo por la actuación de esas fuer-

zas, sino que ellas interrumpen el continuo espacio-temporal, lo cual da lugar a que los ritmos del alma y del cuerpo se confundan. Interrupción y coincidencia entran, pues, en la vida de estos ritmos. Y así se explica el que la atención cambie de objeto a cada instante.

Observando nuestras fuerzas psíquicas se las puede dividir en dos grandes grupos. Uno de ellos podría ser considerado comprendido dentro de los deseos, y otro, el forjado por la intuición, tendría por base el juicio. Sabemos asimismo que en el instante de presente se origina la formación del juicio, o la realización de un deseo, o más bien dicho, de un querer. No hay instante actual que no contenga un juicio o un querer. Incluso los del juicio tienen también un querer en su base. Así, pues, el querer y su intervención en el instante por la influencia de las fuerzas psíquicas, es lo que rompiendo el continuo espacio-temporal produce la unión del alma y el cuerpo.

Para terminar diremos que cuando dormimos la relación entre el alma y el cuerpo da lugar a fenómenos totalmente distintos de los que se verifican cuando estamos despiertos. En vigilia y en sueño la unión entre ambos se produce, esto es evidente, porque el mal funcionamiento de un órgano nos produce determinados ensueños, y hay ensueños que originan ciertos movimientos corporales con ellos relacionados, y así mismo porque seguimos viviendo y la vida se manifiesta siempre en un cierto ritmo. Pero la unión del alma y el cuerpo no es entonces en la conciencia donde se produce, sino en el desear y en la fantasía. Y esto confirma la separación que hay entre el imaginar y el desear y el pensar, y la independencia a que pueden llegar los dos primeros fenómenos con respecto al segundo. Si en la vigilia se entremezclan, durante el ensueño los campos en que se separan son netos. Cuando soñamos la noción de tiempo cambia, adquiriendo una elasticidad o una compresión que de ninguna manera tiene en la vigilia. En ésta el tiempo colectivo se impone casi por completo, mientras que si soñamos, despiertos o dormidos, el ritmo psicológico es el dominador que ahuyenta el ritmo colectivo y el fenómeno consciente. Es

decir, que en el soñar la unión del alma y el cuerpo tiene lugar en un ritmo en que el presente no responde al presente común. Por eso cuando soñamos tenemos la impresión de vivir una vida anormal.

15.—Decisión, Cópula y Ser

Hemos hablado anteriormente del querer, del ser, del hacer y de la voluntad, y hemos dicho que en la acción todos esos conceptos coinciden en el instante. También nos hemos ocupado de la decisión¹ y hemos expresado que con ella las fuerzas de nuestra psique quiebran la línea continua del espacio y del tiempo y se produce el fenómeno del querer y el de la conciencia y la unión del alma y del cuerpo. Pero la decisión requiere explicaciones de mayor importancia porque es nuestra acción cumbre. La decisión denuncia la presencia del hombre como ser vivo, como actuante. La decisión no llega precisamente al instante de la acción y sin embargo lo sobrepasa. No llega, porque hasta el instante mismo en que actuarnos no estamos seguros de haber hecho lo decidido en la forma prevista. La sobrepasa, porque no es un simple disponer las mismas cosas de manera diferente a como estaban antes, sino añadir un elemento nuevo, consistente en el poder de determinación, que es algo nuevo que antes del instante no existía. El acto hace al ser y el ser hace al acto, porque son simultáneos. No es el "operari sequitur esse", sino que el "operari" es el "esse". Pero la noción de acto no se refiere solamente al simple hacer una cosa, sino a todo lo que sale de nosotros con una dirección hacia algo. Ese algo es lo que manda, lo que se impone. El objeto es lo esencial en la decisión, es lo que da módulo y forma al querer.

Detengámonos aquí brevemente. Hemos afirmado siempre que el querer es lo que determina nuestro acto de presente, lo que fundamenta el ser, y ahora aparece el objeto, con lo cual la noción de finalidad se abre paso y la de querer quedale subordinada. Vamos a dilucidar este punto. Sin querer no hay nada en el hombre, pero el hombre no quiere por querer.

¹ Decisión aquí quiere decir decisión y acción inmediata.

O quiere lo que le produce placer, o lo que considera digno de ser querido. En ambos casos el objeto se impone al querer. Nuestro sentir o nuestro pensar polarizan nuestra atención en el objeto. En este sentido la atención y el interés se subordinan al objeto. Y todo lo que es actividad vital se subordina al objeto, porque el querer supone que hay algo extraño que se impone al propio sujeto. El narcisismo es una acción imposible, por eso el Narciso mitológico se suicida. Pero si el objeto es exterior al sujeto, el querer es absolutamente subjetivo. Entre ambos se establece una relación íntima a la que vive sometido el hombre. El hombre significa aquí lo que se llama el yo, pero en realidad es su vida entera lo que va recibiendo la influencia de este dirigirse del sujeto hacia el objeto, de esta corriente atencional que va forjando la experiencia vital.

Es, pues, el objeto el que nos determina, pero no perdiendo de vista nuestro querer. El hombre es en la medida que es determinado por el objeto. Somos en cada momento el objeto que tenemos ante nuestra conciencia y nuestra sensibilidad, o mejor dicho, somos nuestras reacciones ante el objeto. Ser es reaccionar. En cada instante yo siento, o yo percibo un objeto, y como resultado de tales impresiones me queda el recuerdo del objeto. En ese momento yo he vivido íntegramente el objeto. Lo que haya sentido u observado en él es lo que yo soy. Sin hacer, sin seguir la trayectoria de un objeto, yo no tengo, ni esencia, ni existencia. Yo no soy "sin" objeto.

Hay la voluntad, formada por el haz de fuerzas psíquicas que actúan en cada instante. El querer queda colocado entre el objeto por una parte y las fuerzas psíquicas por la otra. El querer responde a la profunda convicción de que disponemos de fuerzas y de objeto. El querer está en la cópula entre ambos. El querer es la cópula, que en el juicio se convierte en verbo, y en la acción es corriente viva de enlace. El concepto de cópula es más fundamental para comprender nuestro ser que el de idea. El ser como idea es un apriorismo que está reñido con el proceso de la formación de la idea, porque ésta no nace espontáneamente, sino que se forma en virtud de síntesis cuya evolución y sentido desconocemos.

En cambio, el ser como cópula no necesita de interpretación. Claro es que puede preguntársenos: ¿Y el ser hombre, o el ser silla, no es? Las cosas son cuando yo las quiero en un momento del tiempo. Este lápiz que hay delante de mí es cuando yo le consagro mi atención, porque mi interés, mi querer, van hacia él. Entre tanto no sea objeto de mi querer, para mí no es. Ser es ser querido, diría yo imitando el ser es ser percibido de Berkeley. Podrá haber objetos existentes, y los hay en efecto, pero si yo no los quiero de alguna manera, para mí no tendrán esencia. Es decir, que la esencia, que es *mi querer el objeto*, envuelve la existencia del mismo, pero una existencia no envuelve una esencia. Yo no niego a las cosas la existencia fuera de mi experiencia volitiva, lo que les niego es el ser, pues yo no puedo afirmar la cosa en sí, el ser como absolutamente independiente de mi sensibilidad, es decir, sin ser objeto de mi querer. Y por lo tanto yo no puedo afirmar rigurosamente la existencia de un objeto, aunque yo hable de él.

Yo sé que la China existe, porque lo leo en los libros de geografía y en las noticias diarias que me llegan de ella a través de la prensa y de la radio. Yo no sé lo que es la China sin que yo la quiera de alguna manera. En una sola hora que yo estuviera en Shangay, yo podría decir algo de la China que todos los libros o periódicos leídos, o todas las noticias escuchadas, no podrían nunca darme, porque en contacto con el paisaje o los habitantes de China yo la querría de alguna manera. Yo conservo de Venecia una experiencia imborrable en dos días solamente que estuve en ella. Y no eran los cuadros del Tintoretto, de Giorgione, de toda la escuela veneciana, lo que era Venecia para mí. La esencia de Venecia se me quedó grabada en aquel albañil que para levantar un muro estaba sobre una barca, de donde extraía los ladrillos y la mezcla para construirlo.

Yo comprendo que esta tesis plantea muy graves problemas, como por ejemplo el de la existencia de Dios. La base del razonamiento ontológico es que la esencia de Dios envuelve su existencia; pero para demostrar la esencia se recurre a una serie de cualidades, diciendo que Dios es omnipotente,

omnisciente, misericordioso, etc. Pues bien, después de esta descripción yo no conozco, ni la esencia ni la existencia divinas. En cambio, yo conozco la esencia y por lo tanto la existencia de Dios por su presencia inmediata en mi querer; por eso la religión cristiana presenta sabiamente el milagro como fundamental, porque el milagro es el querer, es la fe, y esa es la esencia de Dios. Dios existe porque yo lo quiero. Mi querer hace necesaria la existencia de Dios. No, posible, sino necesaria. Con el milagro, la fe del creyente encuentra la presencia que del objeto se requiere, en el instante de presente, en el tiempo. Dios es eterno en la medida que el hombre lo quiere, en el instante mismo.

Es como cuando yo digo que todo ha sido creado por el hombre, salvo la materia. Ello no pone en tela de juicio la existencia de Dios ni de ningún objeto, porque para mí lo fundamental no es la demostración de la existencia de los objetos, sino la creencia con que los sustentamos. Y esa creencia es la que nos da la existencia. No es forzosa la objetividad espacial para creer en la existencia de un objeto. Esta puede provenir de motivos mentales o de actos de afirmación de los hombres, como vemos que se hace frecuentemente en la vida social. Se nos puede objetar: ¿Qué solidez puede tener la creencia en Dios si decimos que la idea de Dios es producto del querer del hombre?. Y yo me digo: ¿Es que existe, es que es más verdadera la existencia de Dios porque se hagan cadenas interminables de silogismos, que hacerlo por un acto auténtico de fe, de querer del sujeto? A no ser que se confiese que antes del razonamiento se piense "a priori" que Dios existe, en cuyo caso ya hemos afirmado el acto de fe.

Este mismo pensamiento es el que expone Pierre Janet con muy semejantes palabras. Hélas aquí: "El ser, es lo que se cree, no es otra cosa. Creer en algo es darle la existencia. La realidad es lo que se cree, después de reflexión y de crítica; es una existencia más perfeccionada". (pág. 288. o.c.). Naturalmente, que según nuestro pensamiento la razón pierde volumen en los problemas del conocimiento, porque no crea. La fe en cosas, seres u objetos es lo que las crea. Si el razonamiento aparece es porque se empequeñece el objeto; en cuyo

caso no hay fe. Se ve en Janet como un trasunto laico de un recordar agustiniano con su "credo ut intelligam". Es curioso ver un psicólogo y un metafísico dándose la mano, pero ahondando un poco no deberíamos extrañarnos.

Somos querer, pero este querer no nos aísla, sino que nos forma, al entrar en contacto con el objeto. El querer es lo esencial del hombre. El objeto existe, pero para nosotros no existe más que en virtud de nuestro querer. Y su esencia es forjada por nuestro querer. Este pasa al objeto y nos da lo máximo que puede acusar nuestra sensibilidad, y eso es para nosotros la esencia del objeto. En este tránsito del querer al objeto surge en nosotros la noción de cambio y con él la de instante, y en general la del tiempo ante nuestra conciencia. La decisión corta el continuo espacio-tiempo, y en ese corte se opera nuestro nacimiento psicológico, que es un fiel reflejo de nuestro nacer orgánico. Decidir es cortar. Decidir es obrar, hacer. Decidir es ser.

de nosotros. Esa estela no tiene una función activa sobre nuestro futuro. Porque hay dos clases de fuerzas en el yo personal: unas que son originales, tal la fuerza de la intuición, que se lanza al asalto del futuro en el presente, otras que vienen en el seno del recuerdo, entre las que tenemos la razón. La intuición es fuerza creadora. La razón es asimiladora e interpretadora. La razón no crea, sino que compara y aconseja. Con la razón no podemos atacar el infinito que es la vida personal de cada uno. De ahí que el hombre pretenda inútilmente descubrir el arcano de su futuro. La intuición es más sabia porque sabe a priori que el futuro no puede conocerse por mucha precognición o "décalage" que haya en el tiempo, pero en cambio sabe que dejando a esa fuerza su inmanente sabiduría, el sujeto saldrá airoso en el instante, porque a la dificultad y al enigma del futuro la intuición responde en los términos de una ecuación perfecta y lo hace en el instante. Más allá de él la intuición no se aventura. Cuando lo hace la intuición deja de serlo para convertirse en adivinación o telepatía, estados vibratorios que sin negar sus posibilidades, a veces sorprendentes, no tienen la penetración, la claridad o el genio de la intuición.

Lo sorprendente de la intuición es ser una fuerza de tipo racional, cognoscitivo, en la que no obstante no interviene el razonamiento. Ilumina con su luz todas nuestras situaciones y nos permite avanzar seguros de nosotros mismos. De esta manera, nuestro problema vital se ha planteado como un hecho biológico en el terreno de la acción, que no depende de problemas de la psique. La vida sigue siendo incógnita, pero deja de serlo en cada momento que nos llega, porque para el instante siempre encontramos una solución.

La intuición es la salvación intelectual del hombre. ¿Cómo se podrían conocer las cosas si no fuera por ella? ¿Qué otra fuerza del alma tiene su poder cognoscitivo en tan íntima conexión con el tiempo? Todas las fuerzas nacen en el tiempo, pero la intuición es la que les sirve de guía. ¿Cómo podríamos entrar en completo contacto con la vida de no ser por la intuición? Esta es la acción directa del pensamiento. Con ella vamos hacia los objetos nuevos, o hacia

las situaciones más originales de la vida, como si nos fueran familiares. La intuición es la fuerza mágica de la psique.

Bergson emplea la intuición, no como una investigación de lo eterno, sino como un método para encontrar la duración. El acierto de Bergson es haber sabido dar a la intuición su verdadero valor. No va la intuición hacia la eternidad de un tiempo que se desenvuelve indefinidamente, porque esto sería una contradicción. Bergson pretende con la intuición entrar en lo real, incluso atacar la causa profunda de la organización de los seres y de la materia inorgánica. "La intuición es lo que descubre el espíritu, la duración, el cambio puro". ("El pensamiento y el movimiento". Pág. 29). Pero Bergson da un salto y de la duración y del cambio pasa al espíritu. Y aquí es donde yo quiero detenerme. Coincido con Bergson en apreciar el poder creador de la intuición y en rechazar ese poder a la inteligencia, porque la misión de ésta es más positiva y concreta que la de la intuición, y es incapaz de captar el desenvolvimiento temporal de nuestra vida. Conformes. Porque como dice Bergson: "La intuición parte del movimiento, lo pone o más bien lo apercibe, como la realidad misma". (pág. 30. o. c.). Es decir, que suponiendo como nosotros suponemos que nuestro futuro está compuesto de un número infinito de puntos, al pasar el tiempo de nuestro pasado a nuestro futuro y entrar en el presente, será objeto de un sucesivo número de intuiciones. Y entonces podríamos decir que la actividad del hombre se ha eternizado. Ahora bien, yo no coincido con la idea de Bergson acerca del espíritu. Para él espíritu es duración, para mí es decisión tras decisión. El dice: "La sustancialidad del yo es su duración misma", y añade después: "pensar intuitivamente es pensar en duración". (Pág. 30. o. c.). Mi noción del espíritu no es intelectual, no es "pensar", sino que es actividad, acción, decisión, conjunto de decisiones, como decía antes. La intuición sirve de base a la decisión, es cierto, pero ésta la rebasa en importancia, porque con la intuición se forja el pensar, mas con la decisión se forja el ser. La decisión, la voluntad, interrumpe nuestro continuo espacio-temporal, pero al mismo tiempo sintetiza y resume.

Por eso el ser se está forjando a cada instante. Y por ello digo que el pasado es el "ha sido" y el futuro es el "será". Del contacto entre el ser en el sentido tradicional y el tiempo surgen tres conceptos nuevos y distintos que a su vez, por sus mutuas relaciones, hace que se influencien y se transformen. De ahí que el ser de las cosas y el ser del hombre sea un continuo hacerse y rehacerse y deshacerse.

Dice Bergson que "La intuición, unida a una duración que es creciente, percibe una continuidad ininterrumpida de imprevisible novedad..." (pág. 31. o.c.). Esta frase revela la claridad con que el filósofo de la intuición había visto su valor tan importante. Esa "imprevisible novedad" es la esencialidad de la vida, porque la intuición considera como nuevo todo lo que viene, y lo resuelve con el mismo acento de novedad. Sólo quemando las naves a cada instante se puede llegar a resolver el problema, o los problemas que la vida plantea a cada cual.

La intuición es el apoyo más valioso con que contamos intelectualmente en el instante, habíamos ya dicho. Si no fuera por ella, la duda nos asaltaría de continuo y no podríamos penetrar en la acción con la decisión que lo hacemos. Pero la intuición cuenta con firmes apoyos que se dan asimismo en el instante. Me refiero a los principios metafísicos del ser. Estos principios no aguardan al razonamiento para afianzarnos en el momento de la acción. La identificación intuitiva de los objetos nos evita el planteamiento de problemas y hace que los manejemos con absoluta seguridad. La intuición, en virtud de su simbiosis con el principio de identidad, circunscribe y limita el papel de la imaginación, y en los instantes de la acción nos da la evidencia y la afirmación del ser.

2.—*La Inducción*

El hombre vive una vida precaria, estrecha, restringida, a causa de los hechos materiales a que se ve obligado a limitarse. El quiere liberarse de esa pequeñez y se acoge a la ciencia para ensanchar su base de acción. E inmediatamente aplica el principio de la inducción, por el cual sale de ese

limitado espacio, para proyectarse sobre las cosas en que anda mezclado y crear las leyes.

Ese excitante, que es el infinito temporal de la vida de cada uno, y que pide corrientes que le colmen de la parte del propio hombre, cultiva el impulso inductivo como una fuerza que le devuelva ese infinito temporal, transcrita en lo que llamamos leyes.

El hombre observa algunos hechos singulares y piensa que la repetición de ciertos efectos responde a las mismas causas, y presta atención a los fenómenos de la naturaleza para ver si en todos los casos los hechos se producen emanando de las mismas causas. Y en el momento que comprueba sus resultados hace que lo que fué una hipótesis, producto de una intuición, se eleve a ley, insertando en ésta una nota esencial de universalidad.

De las dos clases de inducción de que la Lógica nos habla, sólo la incompleta o baconiana tiene valor científico y vital. La completa o aristotélica no puede descubrir nada; por lo cual, los juicios universales en los que el sujeto y el predicado tienen la misma extensión no pueden decir nada nuevo, y así el juicio "todos los seres son mortales" es decir lo mismo que el juicio "el ser es mortal". La verdadera inducción consiste en elevarse de varios hechos comprobados experimentalmente a la ley, en la cual se sintetizan las experiencias relativas a una misma idea. Naturalmente, el riesgo de error es extraordinario, pues ¿cómo podemos afirmar absolutamente que todos los fenómenos que comprendemos en la ley seguirán el mismo derrotero que los pocos hechos que sirvieron para establecerla? De ahí que se pueda afirmar que toda la ciencia tenga un carácter provisional y que la vida cambie de aspecto a cada inducción que hacemos, esto es, a cada instante, aunque nos cueste mucho trabajo el creerlo así, a causa de nuestros hábitos inveterados.

Los hombres no tienen una excesiva preocupación por los sofismas que continuamente cometan. Pero de todos los sofismas hay uno que ocupa el puesto más destacado, me refiero al de falsa inducción: "Ab uno disce omnes". Pero

este sofisma tiene una gran importancia. Sin él la vida sería imposible.

La inducción está ligada a la intuición. Por la primera el hombre establece leyes, pero es la segunda la que impulsa a hacer hipótesis, que luego la razón convierte en leyes. Y ya hemos visto cómo la corriente de la intuición hace frente al infinito vital. Asimismo, la inducción hace frente a ese infinito. El hombre, en su vida sentimental, también se ve forzado a crear leyes al igual que en la vida científica, y que le sirvan de base a una corriente que se enfrente con la noción infinita del tiempo. El hombre tiene la innata finalidad de convertir en leyes sus propias tendencias. Por eso dice Rilke que "en lo profundo del ser todo es ley".

Siente el hombre simpatía o antipatía hacia personas y cosas. Por la primera afirma lo que ama, por la segunda lo que odia. Cuando siente una simpatía, empleando la fuerza de la inducción, eleva a ley lo que es local y limitado. Por ejemplo, si una mujer rubia le fué agradable un día por su presencia o acción, y luego ve otra mujer rubia que le produce análoga impresión, el sujeto eleva a principio genérico los dos hechos aislados y se dice: las mujeres rubias son simpáticas. Posiblemente luego rectificará, viendo que también las morenas pueden serlo, pero la tendencia inmediata es la de generalizar. Los términos "siempre" y "nunca" los emplea el hombre a cada instante en su juicios sobre las cosas. Es decir, que cada cual establece leyes, forma verdaderas leyes, para su uso personal, de todas sus particulares experiencias, que él las afirma con carácter de necesidad y de universalidad, la universalidad de su microcosmos. La inducción entra en lo más recóndito de nuestro pensamiento sin darnos cuenta. Sobre todo en las penas y en los fracasos nos decimos: ya no volveré a hacer eso. Y ésta es la razón por la cual la inducción es una verdadera fuerza, porque nos soluciona los problemas en los instantes en que vivimos. La inducción siempre nos ha aparecido como una figura lógica, pero es mucho más que eso, porque ella nos defiende en todos los casos, en todos los instantes en que hemos de dar soluciones "mentales" a nuestra vida.

Aun en la vida colectiva, los hombres más influyentes de cada generación, emplean también la inducción a cada instante y elevan al rango de leyes sus opiniones personales y forman, por decirlo así, opiniones-leyes que los demás hombres adoptan y utilizan inconscientemente y que acaban por dar carácter a la generación entera. Cada período de la historia responde a un número determinado de inducciones de este género, y cuando son aceptadas como un dogma, las consecuencias para los períodos posteriores pueden ser incalculables.

Podrá decirse que sólo científicamente se puede hablar de leyes, pues a las opiniones personales no se les puede dar tal nombre, ya que no tienen tales caracteres. Efectivamente, el hombre de ciencia tiene la conciencia de las leyes, sabe que primero ha establecido una hipótesis y luego ha hecho todas las experiencias para llegar a la ley. Y cuando ha sometido la naturaleza a los mismos principios, y ve una coincidencia repetida de ellos, se decide a establecer la ley. En la vida sentimental el hombre no ausculta la naturaleza, no la somete a experiencias, sino que con una le basta. Esto hace de cada hombre un ser concentrado en sí mismo. Cada hombre es un conjunto típico de leyes propias. Las simpatías o las conveniencias hacen salir al hombre de su aislamiento para ligarse con los demás, según leyes que son comunes a un grupo. Y aun en ese grupo el principio de la inducción cumple su papel y da la ley propia del grupo. Así obra el hombre con su propia naturaleza, la de su espíritu. Con la externa, se liga al mundo de la materia extraña a él y las leyes adquieren mayor amplitud. Abarca los demás seres vivos y la materia en general. Ante tal espectáculo intenta buscar una interpretación, pero como sus experiencias son limitadas y tiene necesidad de eternizar su visión y sus ideas en el presente en que vive, porque sabe que le queda poco tiempo por vivir, cubre entonces su inquietud futura con la afirmación presente de la ley. En el mundo de los sentimientos crea sus propias leyes, con arreglo a su propia convicción, y sin grandes preocupaciones por los errores que pueda cometer. En el de la ciencia, el control

es más severo. Pero tanto en uno como en otro la inducción es una fuerza intelectual de primer orden, de que el hombre dispone para defenderse en cada instante. Esta inducción sentimental de que yo hablo es la que nos lleva continuamente a cometer errores y nos traiciona; pero traiciones y errores no nos impiden emplearla continuamente.

Con la inducción y la intuición el hombre ataca intelectualmente el futuro de su vida en el instante. Con la primera se defiende de las personas y de la materia interpretándolas científicamente, o según sus deseos. Con la segunda se afirma a sí mismo. Ambas posiciones le abren la posibilidad de seguir su camino, que más que al conocimiento deben su valor a la imperiosa necesidad del movimiento hacia adelante que el hombre está obligado a seguir, según fuerzas que residen en su ser y que él mismo no sabe distinguir y apreciar. Sin embargo, solamente con la inducción el hombre no podría avanzar, porque la inducción salta hacia el futuro, pero en ella la duda siempre hace mella, porque como dice el Dante en la "Divina comedia": "Que en el pensamiento siempre surge la duda". En cambio la intuición va más allá de la verdad, del error y de la duda, porque afirma íntegramente la vida del hombre en el momento en que vive y en todas sus situaciones, a pesar de hacerlo desde un punto de vista intelectual. La inducción afecta a la razón y al razonamiento. La intuición considera la vida del hombre como elemento integrante de la naturaleza que es. Por esto la inducción y la intuición van unidas y lanzan al hombre hacia el futuro de su vida. La inducción se apoya en los materiales que le suministra la intuición, porque ésta tiene, como si dijéramos, la fe en el ámbito de la inteligencia.

CAPÍTULO VII

EL SOÑAR COMO FUENTE DE LA ACCION

1.—*El Ensueño como Fuerza*

Entre las fuerzas que colaboran para cubrir el infinito del futuro personal descuello con máximo valor el ensueño, para cuya iniciación y desenvoltura pueden intervenir todas las demás fuerzas que alientan en nosotros. El ensueño tiene el extraordinario poder de mostrar la vida de cada ser en sus más profundas aspiraciones y sintetiza las tendencias raciales, vocacionales, sentimentales, etc. El ensueño va hacia el porvenir, prepara la vida futura, y no descuida nada de lo que a su formación puede contribuir. Si se llama memoria a nuestra tendencia permanente a reproducir el pasado, debería haber también un nombre específico para enunciar nuestra continua referencia al futuro. Ensoñación, ensueño, podría ser la expresión más justa, ya que esta fuerza en realidad se dirige hacia el futuro con preferencia. Y no empleo la de fantasía, semejante a la de memoria en el pasado, porque ensoñación la comprende.

Dice Dilthey acerca del ensueño: "El progreso del mundo va de los sueños, de las hechiceras y de los augures, de los oráculos y de los profetas, por la puerta de oro de la fantasía artística, hacia el mundo de la ciencia universalmente validera, que somete lo real al conocimiento humano". En estas frases se revela que el ensueño despierta las posibilidades de acción del hombre y le impulsa a buscar caminos de manera nebulosa y balbuciente, hasta que sabe encontrar formas precisas en las que parece haberse extinguido la causa inestable de su origen.

Sin embargo, se nos preguntará: ¿Por qué el ensueño es una fuerza?. Primeramente porque con él vamos hacia el fu-

turo con decisión y porque salvando los presentes sucesivos tenemos capacidad para obtener éxito. En segundo lugar, porque sirve de base a obras sólidas, a hipótesis de valor. En tercer lugar, sobre todo, porque en él se apoya nuestra acción. No hay acción que no vaya precedida de un cierto ensueño, aunque la acción sea ordinaria, tosca y de raíces materiales.

El soñar está en íntima relación con lo que se desea, con lo que se pretende realizar. Se sueñan imposibles, porque el hombre piensa en la posibilidad de todo. El hombre es el ser de las puertas abiertas, de las más libres aspiraciones. En nuestro fuero interno la voluntad de los demás no cuenta en el plano del ensueño. Este es el reino de la aspiración. Aspirar es lo propio del hombre, a pesar de sus continuos fracasos. El éxito de cada cual es el camino querido cuando los demás lo dejan libre, pero ese éxito no llega más que cuando se ha hecho del ensueño algo sistemático. Los hombres que vencen son los que se trazan un método y los que al mismo tiempo dan unidad a sus ensueños, porque no saben dónde meterlos, y al fin tienen que aflorar a la superficie.

El animal vive por sus instintos, el hombre por sus ensueños. El hombre vive como si fuera realidad lo que desea. No sólo cada hombre ve las cosas según el color del cristal con que las mira, como dijo el poeta, sino que cada uno forja pacientemente el cristal a lo largo de su vida con arreglo a sus designios y ensueños. No varía cada vez, sino que la estructura de los cristales de las gafas ha sido creada por él sistemática y uniformemente. Si el hombre conociera su porvenir no tendría por qué soñar. Soñamos por dos razones: porque ignoramos y porque amamos. El soñar da al hombre todas las posibilidades, y sobre todo la de olvidar. El ensueño permite crear infinitos derroteros, tantos como sean los puntos que existen como referencias al futuro. Soñar es liberarnos del límite preciso e inexorable de nuestra vida. Soñar es liberar ésta de odios y de venganzas. El soñar nos ennoblecen. El ensueño se nutre de lo antiguo, de lo pasado, pero todo él es nuevo, todo lo tamiza, lo remoza y lo traslada al futuro con original fisonomía. El ensueño no vive mucho tiempo desperdigado, por lo cual está siempre dis-

puesto a tejer. La tela de Penélope no es un tejido material, sino la tela de los sueños en el tiempo. He ahí por qué soñar es una de las fuerzas esenciales con que cuenta el hombre para atacar su vida, defenderse y vencer.

Cuando el hombre se evade de la realidad, y lo hace siempre que puede, se refugia en su subconsciencia, en el reino de sus sueños. Cuando está en él se siente liberado y recorre toda su vida y con preferencia su futuro, colocando donde quiere y como quiere su presente. Y allá se va con toda la carga personal de ilusiones a gozar de ellas, evadiéndose así de sus continuas preocupaciones. Imagina, no ya lo que quisiera ser, cómo quisiera vivir, sino que se pone en pie todo el mundo de sus caprichos. Da entonces rienda suelta a lo que la sociedad le impide hacer, e incluso se libera de ésta, segando la presencia de los que le molestan, o creando las más dispares fantasías que su sentido de la evasión le dicta. Es sobre todo en ese sentido de la evasión donde dominan sus sueños. Para el hombre la evasión es una fuerza, el ensueño es una fuerza, porque evasión y ensueño al fin y al cabo coinciden en el presente psicológico. Pero ¿cómo se compagina la existencia de esta fuerza del ensueño que tiende siempre hacia el futuro, o la de la esperanza, que tiene igual tendencia, con nuestra idea básica de que el presente es lo esencial en la vida?. Sencillamente, porque el ensueño me anima ahora, me da energías en este instante preciso en que vivo y transforma lo nefasto en fasto, lo funesto en alegre, y es capaz de cambiar la tragedia en comedia. Vivir de ilusiones, y todos vivimos de ellas, no es más que colorear el presente, que en sí no tiene color ninguno. La vida es una dura realidad, y por eso mismo el ensueño pretende reemplazarla en este instante mismo en que vivimos por una forma atractiva. El grado y el valor del ensueño están en estrecha relación con el poder creador de cada cual.

2.—Ensueño y fantasía

La fantasía es la compañera infatigable del ensueño. Con ella el hombre hace frente a todo. Si no fuera por la fantasía el paisaje terreno sería angosto y sombrío. El tacto sabe de

las formas. El ojo de los colores. El oido de los sonidos. Y la fantasía sabe de todos juntos, con algo que todos los sentidos y la misma inteligencia ignora, que es la combinación de las imágenes. Si pudiéramos dar el nombre de ley a la libertad en la combinación de las imágenes, yo me atrevería a decir qué es la ley de la suprema originalidad. Por ella el mundo será siempre nuevo ante el hombre. Puede éste vivir miles y miles de años, siempre tendrá en su fantasía maneras distintas de considerar las cosas y su propia vida. Con dicha ley encontrará nuevas formas y colores y modificará la visión diaria y vulgar de las cosas. En su sentido tenemos el del cambio y la posibilidad de modificar las costumbres y las modas. Estas son producto del ensueño. Y los que las siguen se ven obligados a hacerse preguntas que la fantasía ha de esforzarse en contestar.

Lo fantástico no sale de la nada, ni tiene por fin perderse en la esterilidad. Lo fantástico encarna el desear del hombre. Cuando Cervantes hace que Don Quijote cree gigantes para luego combatirlos, no hace una acción vana o quimérica, sino que quiere probar con ello que la vida es un hacer y un destruir, es un crear y un debatirse encarnizadamente contra la propia creación. Todas las obras de Cervantes revelan el inmenso poder de la fantasía. Don Quijote es un tipo magnífico que representa la ilusión, la esperanza, la fe del hombre en su propio destino. Por ello, Don Quijote, necesita una amada, la más bella de todas, y surge de la fantasía, de la de Cervantes, con tal fuerza, que da a los amantes del mundo entero la expresión del amor en el nombre mágico de Dulcinea. Necesita el hidalgo manchego castillos, y transforma las ventas de manera tan prodigiosa que ve en ellas poternas, fosos y murallas, y en las almenas bellas damas que le dicen viejos romances como aquél de Lanzarote. Todo lo transforma la fantasía de Cervantes con sus dedos sutiles. Ahí está el vivo ejemplo del "Retablo de las maravillas" y los sorprendentes diálogos de "Los dos habladores".

El estoico piensa en su libertad y pretende mantenerse en ella, a pesar de todos los obtáculos. Aunque sea esclavo será libre, porque en su conciencia lo conseguirá. No puede

ser libre en sus actos, pero puede situar su momento de presente donde él lo quiera con su fantasía. Si así no fuera, el hombre encarcelado, Segismundo, no podría hacer frente a su vida. La vida es precisamente sueño para él porque carece de libertad, y ello es la prueba de que el hombre tiene los medios para defenderse y crear, en las condiciones más penosas de su existencia, los medios de debatirse y de salir adelante. Fué en la cárcel donde Cervantes alumbró con su fantasía la más bella novela creada. Y es que el hombre se encariña con sus propios sueños, hasta el punto de preferirlos a la propia realidad.

Y en todas las luchas titánicas del hombre el ensueño juega un papel esencial. Abre puertas al optimismo y a la esperanza. Nunca está vencido el hombre mientras sueñe, y sueña de una manera natural. El que sueña cambia continuamente el caudal de sus imágenes. Hará del mundo lo que él quiera, aunque sea con la fantasía. Ejemplo de ello lo tenemos en Segismundo y en todos los versos del drama de Calderón. El soñar revela que nuestra vida es provisional y que se resuelve en instantes.

Y si se objeta que en la vida se trata de actos y no de ensueños, podremos decir: ¿Pero es que en la acción nos liberamos de los ensueños?. ¿Es que podríamos ir a la acción si antes no hubiera habido ensueños?. ¿Es que abandonar el ensueño es liberarse?. ¿No es precisamente el ensueño lo que nos da el impulso y la fuerza en la acción?.

El proceso de la invención en los sabios tiene los conocimientos científicos como base, pero de no ser por la fantasía difícilmente encontrarían fuerzas suficientes para mantenerse, sobre todo en los primeros tiempos del aprendizaje en que tantos esfuerzos han de hacerse y tan pocos beneficios se obtienen. Además, la imaginación creadora es lo que impulsa a los hombres de ciencia a inventar teorías, que se les presentan en los ensueños de manera completamente distinta a como fueron finalmente en la realidad.

Tenemos un ejemplo de la fuerza de la simpatía en un verdadero tratado de mística compuesto por el escritor inglés Powys. Jean Wahl, en su libro "Poesía, pensamiento, per-

cepción" (Colmann-Levy. París. 1948), hace un estudio de la obra de Powys "En defensa de la sensualidad".

El autor inglés se eleva, desde el reino limitado de la sensación captada en el instante de presente, a ambientes donde la fantasía construya mágicas regiones en las que el hombre encuentre la expansión de sus íntimos y nobles deseos. Dice Powys: "Un momento de bienestar es a menudo una revelación de la eternidad", y añade: "Pero esta felicidad no es la excitación o el placer, es una satisfacción tranquila, profunda, que por instantes sale en oleadas de éxtasis tembloroso". "Es preciso encontrar en un misticismo quietista la palabra del enigma de la vida". Y siempre partiendo del instante de la sensación Powys exclama: "Hay, en efecto, momentos en que un millar de años de vidas humanas es unificado en un latir convulsivo del corazón del tiempo".

El ensueño inflama la fantasía de este escritor, y en una síntesis vital en que comprende al hombre y a la bestia dice: "El alma se nutre de sueños como un gran buey inmortal se alimenta de la dulzura de la hierba". Y en alas del ensueño Powys imagina un éxtasis primitivo donde "nosotros encontramos la felicidad de las moscas, de los gusanos, de los gorriones y de los pececitos al mismo tiempo que el de los dioses, de los ángeles y de los santos". "Nuestra contemplación será indisolublemente solitaria y planetaria".

Todo lo que yo he leído acerca de Powys en el artículo de Wahl muestra al ser que no cree en los hombres, pero que ama la vida; al hombre que no va hacia el placer como lo haría un Aristipo. No es el placer impuro, inmediato, del instante, del filósofo de Cirene, lo que mueve la voluntad de Powys, sino que lo que él quiere en sus maravillosos ensueños es encontrar al hombre primitivo; pero es consciente del valor de la fantasía y trata de evadirse del ambiente de nuestra época donde la máquina se impone al hombre.

3.—Ensueño y Profecía

Para defenderse del peligro que pueda sobrevenirnos en el futuro de nuestra vida, la imaginación aviva nuestra preocupación en el presente y nos representa ese futuro con fuertes

caracteres en la profecía. Hay otra palabra que tiene un sentido similar al de profecía, es la de preocupación. La palabra profecía tiene por significado etimológicamente "decir de antemano". La profecía es algo así como la preocupación, pero le aventaja en que no sólo se ocupa del futuro, sino además en que lo expresa y adivina lo que va a ocurrir. Por eso los hombres tenemos una marcada tendencia a sentirnos profetas, y en verdad el oficio propio del hombre es precisamente ése, el de ser profeta. A esta palabra se le ha dado un sentido religioso porque el religioso, a pesar de que pudiera parecer que vive en las nubes, como suele decirse, esto es, en la irreabilidad, es sin embargo el que vive apegado a la tierra. Y por lo mismo, porque comprende la realidad humana, porque es muy fino psicólogo, quiere desprenderse de tanta miseria como toca a cada instante, y para liberarse de ella se lanza hacia el porvenir en brazos del ensueño. El religioso es una mezcla de soñador y de profeta, esto es, que está doblemente volcado hacia el futuro. Por esto no es extraño que con sus ensueños orade la muerte y se salga del campo vital. Y ésta es la causa de por qué las profecías se den sobre todo en el campo religioso y que el lenguaje del religioso encierre un sentido de predicción, de anuncio del futuro.

En la profecía el sujeto deja ir su fantasía hacia el futuro queriendo predecir los acontecimientos, es decir, trasladando su presente al futuro para crear el presente-futuro. Es un fenómeno que aparentemente se asemeja a lo que hace el sujeto en el tiempo psicológico, pero en él el sujeto no maneja sus hechos, sino hechos ajenos a sí mismo. Es la intromisión del yo personal en la vida colectiva con la pretensión de descubrirla, de predecirla, y de encontrar un presente colectivo. Por eso el profeta que triunfa una vez adquiere rápidamente boga tan grande en la sociedad: ejemplo lo tenemos en Nostredamus con sus predicciones, que han hecho época, en los cuatro siglos transcurridos desde que fueron hechas.

El ensueño es el traje hecho a la medida de cada persona; pero es con frecuencia el traje que cada cual se hace a sí mismo según su propio deseo. Y el que se pueda presentar con él a los demás dependerá de que su ensueño sea también el

deseo de otros hombres. Si esto sucede, los hombres se visten de uniforme. Y ocurre, que en la misma época, hay muchos hombres que se visten con el modelo de traje creado por los que tienen más rica fantasía en esa época.

La profecía tiene, como antes decíamos, un marcado carácter colectivo. Es muchas veces el ensueño de una colectividad. Y no solamente los religiosos son los que la forjan, sino también los políticos y las clases dominantes de una sociedad. Se dice a menudo como realidad posible el ensueño que se lleva íntimamente y que se quisiera ver convertido en realidad. La profecía se crea en estos casos insistiendo sobre los fines íntimos de los grupos sociales. Y hasta personalmente las opiniones responden a los deseos que están insertos en nuestros ensueños.

La interpretación de los sueños ha sido tema favorito de los llamados adivinos y augures. La pitonisa del templo de Delfos en Grecia, el vuelo de los pájaros, el estudio de las entrañas de los animales, etc., han originado juicios que han conmovido siempre la fantasía de los hombres de la época, aceptándolos como definitivos. Modernamente Freud, con su escarlapeo de la sexualidad reprimida, ha encontrado en los sueños raíces profundas en relación con la vida íntima del sujeto y con su viva realidad. Su libro sobre los mismos nos pone de relieve zonas y matices profundos de la naturaleza humana, y que revelan que el soñar no es producto del capricho, sino muchas veces del hondo sentir del sujeto, de sus más íntimos deseos, de sus ansiedades más queridas. Y todos estos deseos tienden a formar un presente que la sociedad nos impide crear a causa de motivos inconfesables, ya sea por debilidad personal, o por radical negación del objeto de nuestro deseo.

4.—Ensueño y Poesía

El poeta es el hombre que vive por excelencia en contacto con la naturaleza, sigue sus inflexiones, y saca de su propio espíritu las palabras con que expresa los sentimientos que en él ella produce. Esto hace el artista en general; pero el poeta hace más que el artista. El poeta saca el mundo de qui-

cio, en bloque, y le da una fisonomía propia. La imagen del poeta no está en ninguna parte, sino en él mismo. La imagen del pintor o del escultor encuentran su origen en la naturaleza o en la sociedad, la del poeta en su propio ensueño, en su fantasía, porque en el poeta ésta tiene la propiedad de ser naturaleza. El pintor se vale de la línea y el color para sus creaciones. El poeta de las palabras y del ritmo sobre todo. El artista y el poeta producen cosas, personas, acciones, movimientos, etc.; pero el poeta es el ser de la evasión absoluta y en esa evasión encuentra una forma que es suya. El pintor no se puede evadir completamente. Su forma no es en absoluto suya. El poeta se evade porque va al encuentro de lo que no existía y vuelve con su creación a cuestas. El artista quiere mostrar a los demás las cosas y personas desde su ángulo preciso. Y lo mismo el escritor y todos cuantos intentan abrir cauces nuevos. El poeta no quiere conducir a los demás, sino que, amante de la libertad, de la de todos, les deja la posibilidad de adherirse o no a su creación. Ante el artista o el escritor el mundo adquiere una forma determinada. Ante el poeta el mundo no adquiere una forma, sino que él saca una forma de sí mismo y la trasplanta, la da a los demás y al mundo. Ahí está la más elevada comuniación del espíritu, porque en contacto con la naturaleza la recrea, devuelve lo que sólo en él ha encontrado su color y su forma, su imagen y su calor, una vida que a nadie debe su existencia. No puede haber forma más superior de la creación y del ensueño.

Cuando vivimos en contacto con la cultura y tratamos de sacar de ella sus rasgos más salientes, nos detenemos en los poetas. Y no solamente en los que hicieron poesía en la forma métrica, sino en aquellos artistas, filósofos o escritores que en algunas de sus producciones supieron sacar del mundo material lo que en él no había, y lo devolvieron como una segunda naturaleza sobrepuerta a la primera en el devenir temporal, para ser después contemplada y gustada por todos los que tienen capacidad para sentir tales creaciones. Platón llega a las más altas cimas del ensueño, y sus ideas son verdaderos paradigmas poéticos a los que pretende dar la suprema realidad, considerando la que vemos y tocamos como som-

bras y simples reflejos de esas ideas “soñadas”. Y el caso es que la humanidad ha estado viviendo de esos ensueños durante siglos. San Agustín se elevó a planos de poesía en muchas de sus creaciones. Y todos los filósofos, aun los materialistas, son soñadores, y lo son los santos y los artistas, y todos los que pretenden interpretar el mundo. Y luego, los hombres que niegan el valor del ensueño y que califican de lunáticos a los que supieron darle forma ostensible, no saben que son “victimas” de los mismos sueños, que rechazan como inútiles y contraproducentes en la existencia de la vida que se llama real.

La poesía es la creadora del mundo que el hombre ha forjado para su suprema liberación, de los demás y de la materia misma, y que es el cimiento macizo del espíritu a lo largo de todos los tiempos. La poesía es la fuerza espiritual más sutil con que cuenta el hombre para hacer frente al infinito temporal de su vida futura, porque se apoya en el ensueño, en el supremo ensueño.

El poeta francés Léon-Gabriel Gross hablando de la poesía dice: “La poesía se funda en una experiencia anterior a las contradicciones filosóficas”. Y yo añadiría: la poesía es la antesala de la cultura, y nace de los ensueños como la idea nace de los arquetipos del alma. Poesía y ensueño surgen juntos y van siempre del brazo para preparar el terreno a la vida humana, a fin de que ésta aparezca al hombre más atractiva y hacedera.

Denis Saurat dice a propósito de los poetas: “Y el poeta, a causa de la rapidez de sus sensaciones, rapidez que le permite captar el tránsito veloz, y fijar en un instante la impresión más fugitiva, es de la mayor utilidad al moderno. Sin el poeta, el hombre moderno perdería la mayor parte de sus sensaciones, a causa de la lentitud de su inteligencia y de la rapidez con que la sensación desaparece. Y Paul Souday ha podido decir que no podría vivir sin los poetas. Lo que es literalmente verdadero, pues vivir sin las sensaciones no es vivir para el moderno, y el poeta recupera para nosotros las sensaciones que nosotros no podemos captar a causa de nuestra incapacidad sensual”. (pág. 145. o.c.).

5.—*El Ensueño según Bergson*

Para Bergson el ensueño es una resurrección del pasado, y en su libro “La energía espiritual” dice: “Cuando se realice esta unión entre el recuerdo y la sensación, yo tendré un sueño”. (pág. 96). En Bergson el futuro no cuenta para la explicación del ensueño. Y dice textualmente en dicho libro: “En cuanto al ensueño mismo, no es más que una resurrección del pasado” (pág. 93). Pero cuando yo sueño en un viaje que voy a hacer, podrá compararse con otros viajes que haya hecho antes, pero ése que voy a hacer pertenece completamente al futuro. Es curiosa esta total ablación del futuro que hace Bergson cuando habla de los sueños. Por el contrario, yo siempre he creido que el ensueño mira más hacia el futuro que hacia el pasado. Creo firmemente que el ensueño es el que penetra en el futuro, el que se dirige a él para preparar la acción. Por eso pienso que el ensueño es una fuerza poderosa en la actividad del hombre. La acción sin ensueño previo no tiene consistencia y el ensueño, haciéndose, ya es futuro, y el material que utiliza podrá salir del pasado, pero se modifica completamente para preparar lo que el sujeto va a hacer. Hablando así no confundo el ensueño con la fantasía, sino que los veo unidos. Bergson hace dejación de la última. El dice que en el ensueño se dan los mismos factores que en la vigilia, pero que hay en él un desinterés de la situación presente, y esto es exacto.

Soñar, para mí, es ir hacia adelante, es imaginar todo lo que nos puede ocurrir o lo que quisiéramos que nos ocurriera, es en fin, dar forma a nuestros íntimos deseos. Dos nociones distintas del soñar pueden darse: la relativa a la obra que vamos a hacer premeditadamente, y la que nace de manera espontánea. En la primera es donde el pasado se presenta de preferencia, y es donde casa la idea de Bergson, pero ella es sólo una vertiente del ensueño, y no la más rica. No tenemos sólo recuerdos proyectados hacia el pasado, sino también imágenes que se mezclan con nuestros deseos. Nuestras sensaciones actuales pueden caer bajo el área de nuestra fantasía y producir entonces tendencias originales. Cuando vamos a

hacer algo tenemos que imaginar, que preparar esa acción futura con elementos conocidos, pero el impulso que la anima va hacia adelante. Por otra parte ¿es que residen en sensaciones los estímulos que provocan ensueños relativos al arte o a la ciencia?. Y en las cuestiones sentimentales, ¿cuántas veces no hemos oido decir: "el sueño de mi vida sería..."? Todo esto revela que la vertiente del futuro en el ensueño es más amplia y rica que la del pasado.

Además, a nosotros, hombres, lo que nos interesa es ver realizados nuestros deseos, es tener capacidad para avanzar en el tiempo. El ensueño nos impulsa a ello y encierra un inmenso poder liberador. ¿Cómo Bergson, que habla de la libertad como un impulso genérico residente en la subconsciencia, no la ha asociado con el ensueño que emerge también de ella?. El ensueño considera la vida como una sucesión de presentes, y esta elasticidad es la que nos permite la posibilidad de obrar y de ser libres, es la que dilata ante nosotros el horizonte de nuestra acción. Si el ensueño dependiera exclusivamente del recuerdo, si mirara sólo al pasado, no existiría nuestro sentido de la libertad. El recuerdo nos impulsa a revivir los momentos pasados. Revivir éstos es pretender que el tiempo no transcurra, es querer que el presente de ayer se junte con el presente de hoy, es querer hacer de la vida pasada un continuo presente. En cambio, el ensueño nos lanza hacia el futuro sin querer que ese tiempo nos pertenezca por entero. El ensueño contribuye a la formación de nuestro sentido que hayamos de mirar al tiempo, porque es imposible hacer una acción pretendiendo asimismo darse cuenta del tiempo en que ella transcurre. Es antes o después cuando nos damos cuenta de ello.

Y aun añadiremos ¿cómo se pueden explicar los múltiples ensueños acerca de la muerte si ellos se nutren exclusivamente de recuerdos?. ¿Podemos recordar la muerte que nunca hemos vivido?. Y si se nos dice que es la representación de la muerte de otros lo que imaginamos, responderemos que en la muerte posible que yo pienso es en la mía, y es por lo tanto un hecho cierto de mi futuro que avanza hacia mí en el presente. Precisamente ya destacamos otra vez, en el

capítulo 2º, que el misticismo de Bergson es lo que le impidió darse cuenta de que si el “élan vital” existe es porque existe también el infinito de nuestro futuro hacia el que hay que avanzar y que colmar. Esta falta de presencia del futuro es lo que en fin de cuentas impidió a Bergson enfocar bajo un ángulo común los tres problemas: el del ensueño, el de la libertad y el de la muerte.

Pero esta ablación del futuro se ve con gran frecuencia en Bergson. Y ello es consecuencia de su noción del tiempo. Cuando él se pregunta en su libro “Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia” si el tiempo puede representarse por el espacio, responde: “Sí, si se trata del tiempo transcurrido; no, si habláis del tiempo que transcurre” (pág. 169). Y del tiempo futuro ni citarlo. Y a este propósito dice el escritor inglés Dunne en su libro “El tiempo y el ensueño”: “La actitud de Bergson, en lo que concierne a los acontecimientos futuros, es neta. Estos acontecimientos no poseen ninguna forma de existencia”. Y es así como la actitud de Bergson le lleva también a oscurecer el estudio del ensueño. Quién sabe si la causa de la ablación del futuro para interpretar los sueños tenga alguna relación con la cuestión religiosa. Todos saben que Bergson era judío y que últimamente se hizo católico. Acaso al quitar el futuro de los fenómenos oníricos quiso negar el mesianismo que late en el alma judía. Esto no pasa de ser una suposición.

6.—*El Ensueño para Dunne*

Ya en el capítulo 2º y ahora poco hemos citado el libro de Dunne “El tiempo y el ensueño”. En la pág. 67 de dicho libro se dice: “De cada mil hombres no existe uno que a través de los años haya notado que sus ensueños han tenido relación con el porvenir”. Cuando leí esta frase sentí un gran alivio, por ver que encontraba un compañero en la ruta solitaria.

La gran preocupación de Dunne es demostrar que las imágenes y las escenas de los sueños son extraídos del futuro,

en lugar de serlo del pasado como pensaba Bergson. Es decir, que para Dunne el ensueño tiene el carácter de una pre-cognición. Dunne ha hecho un estudio para probar el papel preponderante del futuro en los sueños, y ha sometido a múltiples sujetos a experiencias. Citemos entre ellas las que hizo con un grupo de estudiantes de la universidad de Oxford. El resultado fué que de 34 sueños 20 predijeron los hechos ocurridos después en el futuro, y 14 tuvieron relación con el pasado: Dunne afirma que estos sueños fueron realizados de una manera corriente y que los sujetos no tenían condiciones anormales de clarividencia o telepatía.

¿Cuál es la causa de esta coincidencia de los sueños con fenómenos ocurridos posteriormente?. Dunne da como razón un simple "décalage" en el tiempo. Es decir, que todos los hombres no viven en el mismo tiempo. La persona que vive en el tiempo correspondiente a un cierto acontecimiento del futuro, lo habrá vivido antes que el que vive en un tiempo posterior. No se trata, pues, de descubrir el porvenir por el pensamiento, sino de "vivir" con antelación el porvenir en el ensueño. Dunne llega a decir que él soñó un acontecimiento ocurrido 20 años más tarde.

Yo me inclino a creer en la posibilidad de vivir en tiempos diferentes, pero soy escéptico en cuanto a predecir con todo detalle un futuro, común a varios sujetos. Sería preciso que nuestro presente psicológico avanzara y llegara a situarse en el futuro colectivo para que se produjera el "décalage". Y ¿cómo es posible la coincidencia de los tiempos psicológico y colectivo?. Dunne no ha pensado en estas diferencias de los ritmos temporales y sin darse cuenta ha anulado completamente el tiempo psicológico, el ritmo subjetivo, que es una realidad en cada hombre. Llega incluso a afirmar que se puede soñar y descubrir el porvenir estando despierto, y relata varios hechos a él mismo ocurridos que corroboran su creencia. Para Dunne no hay tabique que separe el pasado del porvenir. Y por ello dice que se puede recorrer libremente la línea del tiempo, y en ella los acontecimientos. (Yo no comprendo cómo a Dunne no se le ha ocurrido comprar un billete de lotería). Y, ~~o~~ repito, en mi psique puedo tran-

sitar libremente, pero ¿cómo saliendo de ella puedo tener esa libertad?. Prodúceme satisfacción ver que Dunne me ha confirmado en la creencia que tenía de que en los sueños el futuro tiene más valor que el pasado, pero me cabe exponer que lo que yo pensaba y pienso, confirmado por observaciones repetidas, de que nuestros ensueños responden al futuro más bien que al pasado, no se apoya en el fenómeno de la precognición, sino en una fuerza auténtica que apoyándose en el querer y en la fantasía sirve para preparar nuestras acciones, y pone las bases fundamentales de las mismas.

Si Bergson no le dió valor al futuro en el problema del ensueño, Dunne le dió tanto, que el punto de entronque del pasado y el futuro y por lo que ellos existen, el presente, se le escapó de las manos, a pesar de que aprecie en tan alta estima la atención. En cambio, de su vista huyen nociones fundamentales tales como el temperamento y el carácter, la sensación, la percepción y el juicio, que se manifiestan en el instante de presente. En este poco aprecio que Dunne hace del momento de presente no sabemos qué pensar, si ello es debido a la rapidez con que transcurre el presente mismo, o a la prisa del observador. (Dunne ha sido el inventor del primer avión sin cola).

*
* *

Acaso se me diga que cuando yo encuentro una dificultad recurro a las diferencias de los ritmos temporales, y de esta manera encuentro la posibilidad de salir adelante, o de contradecir, como he hecho en varios casos y particularmente en éste de Dunne.

Estudiar el pensamiento y sus modalidades en la misma vía es cosa a la que nos han acostumbrado los tratados de Lógica; pero veamos que los razonamientos unilaterales no resuelven siempre los casos particulares, que lo genérico no incluye lo particular y que en cambio lo particular puede extenderse a zonas amplias. Los juicios universales responden a inducciones completas, y como quiera que éstas no existen, o son meras tautologías, de ahí que esos juicios universales

sean siempre problemáticos. Sin embargo, la tendencia a generalizar es nativa en nosotros. Pero esa tendencia está impulsada por nuestras fuerzas psicológicas, sobre todo la de la inducción. Por eso para mí las teorías que no tengan en cuenta estas fuerzas y los ritmos temporales no son aceptables. Yo comprendo que esto que digo plantea cuestiones de gran envergadura, pero quédese aquí la cuestión. Yo no destruyo la Lógica, ni niego valor a la Epistemología, lo que hago es simplemente tener en cuenta realidades psicológicas que observo en todos los hombres.

7.—Ensueño y Futuro

Yo pienso que casi todas las imágenes y los puntos de apoyo de los ensueños se encuentran en el pasado; mas lo esencial de ellos está en el impulso hacia el futuro; pero más importantes que los ensueños son las acciones a que dan ellos lugar. Lo conocido es lo que nos preocupa en nuestra vida consciente. El presente es lo que nos interesa sobremanera. El ensueño es el encargado de preformar, de fabricar de antemano el escenario en que hemos de entrar. Casi todos nuestros sueños, nos atreveríamos a decir que todos, tienden a guiarnos y a descubrir el futuro, acaso no el inmediato, sino el mediato, del que nosotros conocemos las imágenes y las situaciones análogas que se encuentran en nuestro pasado, pero en el que hay algo que no está en ese pasado, y es el riesgo, el peligro, o el placer como reacción posible, y en todo caso lo inesperado, lo imprevisible, y esa incógnita trabaja toda la psique y dispone adecuadamente todos sus elementos para descubrirla. Cuando tenemos que resolver un problema, después de comprenderlo perfectamente, realizamos un esfuerzo para descubrir la solución. Y si la encontramos, lo hemos hecho sin saber cómo. La clave del resultado se encontraba en algo desconocido, nuevo, que puesto que no estaba en el pasado tenía que ir hacia el futuro, o hallarse en el presente mismo, pero mirando hacia el futuro.

Cuando soñamos, todas las imágenes nacen del pasado, de escenas que nos son familiares, que son deformadas, y que a veces adquieren proporciones desmesuradas, pero la causa que las cambia y une es parecida al esfuerzo efectuado para encontrar la solución del problema una vez que lo habíamos comprendido. E intuyendo o soñando, cuando estamos dormidos o cuando estamos despiertos, en todas nuestras operaciones psíquicas, tratamos de forjar de antemano el futuro. Por eso vamos a repetir una frase del libro de Bachelard "La dialéctica de la duración" que ya citamos en el capítulo IV y que dice así: "Se acuerda uno con más seguridad de una acción ligándola a lo que sigue que uniéndola a lo que la precede". (Pág. 47).

Y si el ensueño se une al recuerdo y este recuerdo se evoca mejor ligándolo al futuro, el ensueño y el futuro no andan muy separados el uno del otro. Pero en el ensueño que hacemos dormidos es cuando la acción se presente como más eficaz y por eso su complicación es mayor. Las imágenes y los recuerdos danzan, se entremezclan, y no hay un fin consciente que los una, y sin embargo tienen una forma, grotesca, fantástica, inverosímil, pero que al fin y al cabo es una forma. Y cuando nos despertamos tratamos de interpretar los sueños, de casarlos con nuestra realidad de la vida de vigilia. ¿Por qué esa tendencia a hacerlo?. Empezamos a reconocer hechos anteriores, personas, cosas, y al cabo de un cierto tiempo de realizar esfuerzos no encontramos coincidencia entre la situación inventada y las situaciones pasadas. Las imágenes nos son familiares, pero las situaciones no. Penetremos en el análisis y pensemos en los deseos intensos que nos preocupan en la vida de vigilia. Y veremos adquirir forma o más bien significado la totalidad del ensueño. Lo que aparecía sin una finalidad en el sueño ahora la adquiere, porque los fines son propios de la vida consciente. Pensemos en los sueños que nosotros tenemos cuando estamos despiertos. Cada imagen se siente cogida dentro de un fin. Los recuerdos van siguiendo una orientación. Y sentimos el choque de la ansiedad irrealizada y quién sabe si irrealizable. En la vida consciente hay siempre un testigo. Así vemos que avanzamos a cada

instante, que soñamos avanzando, y que vamos hacia el futuro.

La diferencia esencial entre el ensueño y la vigilia es que cuando soñamos no nos damos cuenta del exacto momento en que estamos viviendo. Cuando soñamos no hay más que una actualidad, la psicológica. Las actualidades colectiva e histórica se presentan en la conciencia del sujeto cuando está despierto solamente, lo cual no evita que los datos de ambas actualidades aparezcan cuando soñamos, mas sólo como tales y no como realidades auténticas. Pero la actualidad psicológica, que en la vida consciente tenía un presente y por lo tanto un pasado y un futuro, que el sujeto recorría en alas de sus deseos y a partir del presente, en el ensueño este proceso sufre una transformación: el presente colectivo desaparece y aparece el psicológico, junto al cual quedan flotando el pasado y el futuro, los cuales se desplazan impulsados por la fuerza psicológica primitiva del ensueño, que goza del raro privilegio de iluminar nuestras tinieblas y de no dormir nunca. El presente colectivo ha desaparecido entonces, porque decir presente colectivo es decir conciencia y en el ensueño no hay, no puede existir la duplicidad que caracteriza a la conciencia, porque todo ensueño es una evasión. Así, pues, repetimos, en el ensueño la conciencia del instante ha desaparecido y nos embarcamos decididamente en un presente imaginario que nos impulsa en la nave del futuro o en la del pasado, de preferencia en la primera, porque son los horizontes desconocidos los que trabajan y se esfuerzan en nuestra subconciencia.

CAPÍTULO VIII

LA AFIRMACIÓN DE LA ESPERANZA

Hay conceptos que implicando deseos suponen absolutamente el tiempo, y sin cuya noción perderían su sentido, y otros que aparecen como exentos de esa noción temporal. Tal ocurre con los términos de esperanza, desesperación y paciencia por una parte, y con los de fe y resignación por otra. Los tres primeros suponen sentimientos existentes debido al transcurrir del tiempo, y los dos segundos parecen no dejarse influir por ese devenir.

La esperanza lleva en sí clavado el tiempo tan profundamente, que esperar parece estar aguardando el tránsito de un segundo para que nos sintamos inquietos y satisfechos asimismo, inquietos porque no sabemos lo que aportará ese futuro, satisfechos por la posibilidad de que en él se realicen los deseos queridos.

Cuando esperamos quisieramos influir sobre la cosa esperada, sobre todo cuando está en movimiento. Para el que espera, el curso del tiempo no encuentra solución adecuada. Si, por ejemplo, esperamos en la estación a alguien que viene ya de camino en el tren, nos extrañamos de que éste no haya llegado ya. Mentalmente suponemos que el tren va avanzando y no nos explicamos cómo no avanza más rápido, por qué ya no está aquí. El deseo hace desaparecer el espacio y éste es precisamente el fenómeno de la prisa: anular el espacio para quedarse solamente con el tiempo entre las manos, pero como ambos van juntos, anular el uno supone anular también el otro; he ahí por qué sea tan difícil interpretar el espacio, que es extensión, valiéndose del tiempo que es sucesión. Y la esperanza sabe del tiempo y de sus cambios, pero no sabe qué sea el espacio.

La esperanza es una afirmación, la afirmación de que queremos vivir en el futuro, la creencia de que no acabaremos en este instante en que existimos. La esperanza es la voluntad de vivir, es la fe en el cambio, en el cambio favorable. Por ejemplo, creer que nuestra alma es inmortal es fruto de la esperanza. Esperar es un desear con finalidad, con finalidad placentera. Esperar algo desagradable no es esperar, sino desesperar.

Aunque la vida es presencia, la esperanza se nutre de ausencias, pero es fuerza tan mágica que la ausencia la transforma en presencia, aunque esta presencia adquiera una típica modalidad, y es que la esperanza no es ya lo esperado, ni incluso el esperar, sino el esperando. La esperanza supone la consecución de lo esperado y se alimenta de esa posibilidad. Para mí, pues, la esperanza no es ausencia, sino presencia, es presencia del objeto deseado suprimiendo el tiempo que naturalmente ha de transcurrir hasta su presentación.

El gran valor de la esperanza no es lo que promete, sino la fuerza que da al que espera en el instante mismo de la promesa. No es la seguridad en el futuro, sino el sentirse fuerte en el presente actual, ya que es en él donde tenemos que hacer la afirmación de nuestro querer.

1.—La Negación de la Esperanza en Sartre

¿Puede negarse la esperanza?. Según Sartre, al afirmar la libertad de los demás se niega nuestra esperanza. La negación de nuestra esperanza se hace a base de la afirmación de la libertad. Y si ésta se niega ¿qué sentido tiene entonces la esperanza?. Si lo esencial del hombre es la acción, en lo cual convengo con Sartre, ella no puede depender de los demás, sino de nosotros mismos. ¿Y cómo vamos a negar la esperanza en nuestra propia acción, que depende de nosotros mismos, si no hay nadie, como no lo hay, que pueda substituirnos en ella?. Así, pues, la esperanza depende de mí mismo. No se puede afirmar la libertad y negar la esperanza. Hay que hacer la afirmación de ambas. Ni la libertad

ni la esperanza son seguros a prima fija, son más bien estados personales que convienen al momento psicológico en que se vive. Además, si mi esperanza depende de los demás, también la esperanza ajena puede depender de nosotros. Asimismo, la esperanza puede subordinarse a finalidades personales que se realizarán por un simple tránsito del tiempo.

Que la esperanza es un problema, es evidente. ¿No es la vida un problema, o una serie de ellos? Pero lo que nos interesa es plantearlos y aclararlos. Cuando yo espero, entro en relación con otros seres, los cuales viven en tiempos o ritmos extraños al mío, y mi momento de presente pretende coincidir con otro momento de presente distinto al mío. He ahí por qué constituye la esperanza un problema. Si la realización de la esperanza fuera un problema absolutamente individual el problema no existiría. Es un conflicto porque hay una vibración extraña que se inserta en la mía. En este punto, en efecto, la afirmación de la esperanza puede ser aleatoria. Pero ése no es más que un aspecto de la esperanza. La acción querida, esto es, la acción que se va a hacer con un fin o propósito determinado, supone una serie sucesiva de instantes, y todos ellos están enlazados por el fin común. En ese momento, cuando al ir a obrar pienso en el obrar siguiente, creo que ese instante va a llegar y espero actuar en él, incluso obtener éxito en él; entonces aparece la esperanza. Sartre la niega porque considera la posibilidad de la ayuda ajena, porque piensa más en los demás que en el propio sujeto que realiza la acción, y como quiera que en ésta estamos irremediablemente solos, de ahí su negación. Pero yo no acepto esta posición. Para mí la esperanza depende sobre todo del núcleo de mis fuerzas psicológicas. Es verdad que si esperamos lo hacemos pensando en que ha de llegar algo que no somos nosotros mismos. Lo esperado podrá no llegar, pero que la esperanza me ha dado fuerzas para que el tiempo pase, eso no se puede negar.

Todo sujeto vive en el ambiente que crea su propia mística, el conjunto de su ideación, en la cual pretende llegar a su superación. Superación que se manifiesta en seguir viviendo, incluso cuando se ven cerrados todos los caminos,

y respondiendo siempre a su unidad mental y vital. Esperar que nos paguen la mensualidad del trabajo que hemos hecho no se puede llamar esperanza. Eso es un simple hecho banal. Esperar es algo más hondo y problemático, hondo porque depende de nuestras fuerzas psicológicas, problemático porque se relaciona con hechos que sobrepasan nuestra individualidad.

Sartre niega la esperanza, pero ella le anima indudablemente en su lucha. Si Sartre afirma su libertad afirma su esperanza al mismo tiempo. Sin esperanza no hay libertad. El hecho de esperar es un fenómeno de liberación.

Yo he dicho otra vez al ocuparme de las tres clases de ritmos o tiempos, que la esperanza hay que afirmarla en el tiempo psicológico, que es un problema que afecta preferentemente a nuestro ritmo propio y no al ritmo colectivo o al histórico, pues cuando entramos en éstos, sobre todo en el colectivo, damos a la esperanza un carácter absoluto, queriendo que lo que depende de los demás y que está en relación con nosotros, sea plenamente realizado. Y éste es el error de Sartre: situar la esperanza en el tiempo colectivo.

Rechazad una esperanza y veréis como inmediatamente la esperanza es reemplazada por otra. Y es que en el hombre la esperanza se funde con la fe y con el deseo de vivir, cosas que Sartre no podrá negar.

Frente a Sartre, otro existencialista, pero esta vez de tipo católico, evoca un otro sentido de la esperanza. Me refiero a Gabriel Marcel, autor del libro "Homo viator" (Ediciones Montaigne. París. 1943), concebido por su autor como los prolegómenos a una metafísica de la esperanza. En este ensayo, rico en observaciones, profundo en análisis, de un gran acento místico y que se cubre bajo una dialéctica en la que van apareciendo las notas características de esta "pasión de pasiones" que es la esperanza, Marcel califica a ésta de penetración a través del tiempo" (Pág. 71), de "memoria del futuro". Y atribuyéndole la nota de "una aventura en curso", dice como pensamiento fundamental que la esperanza transciende del amor y del deseo, de la razón y del haber, im-

plicando "la unión supralógica de un retorno y de una novedad".

En todas las reflexiones que Marcel hace acerca de la esperanza se ve la corriente de infinitud que es. Colocada en el ángulo vital de la persona, la esperanza es una fuerza que surge espontáneamente, y al propio tiempo una creación que todos los hombres tienen la capacidad de forjar, y tan importante, que la absoluta negación de la esperanza es la negación de la libertad y de la vida, siendo una fuerza de tal naturaleza que tiende a sobrepasar toda clase de negaciones. Atacamos el futuro con las máximas posibilidades debido a la fuerza psíquica de la esperanza. Marcel ratificaría las anteriores frases con seguridad; sin embargo, Marcel sobrepasa los límites vitales y afirma la inmortalidad del alma, basado precisamente en la noción de infinitud de la esperanza. Pero ésta no es, para mí, una virtud teologal, como no lo es tampoco la fe. La esperanza es una virtud vital. El que sea una virtud teologal es fruto de la propia potencia vital. Tener esperanza para después de la muerte es ensanchar en demasiá la noción de individualidad, es saltar a un infinito sin límites, y es negar el sentido psicológico de la esperanza. Ese sentido que antes decíamos se especifica en los participios de presente. Nada gana la esperanza con separarse de la vida. Sólo puede justificarlo la desesperación.

2.—Esperanza y Desesperación

En las puertas del infierno pone el Dante en su "Divina comedia" estas estremecedoras palabras:

Perdida toda esperanza para el que aquí entre

El hombre entra allí sabiendo que su vida personal se ha perdido para la dicha, e irá bajando peldaño tras peldaño a un mundo de desolación, en el que ni la muerte podrá ser una esperanza, porque ésta ha perdido toda su significación. Un escalofrío recorre el alma humana pensando en el eterno sufrimiento. La fantasía puede representarse hasta lo que no tiene realidad, el eterno dolor:

por aquí se va al eterno dolor

Los poetas son capaces de imaginar la desolación más profunda y la ilusión más encantadora. André Gide dice que “todo hombre que piensa está obligado a ser pesimista”; y no muchas páginas después de haber expuesto ese pensamiento se libera de él y lo arroja con violencia fuera de sí, exclamando gozoso que el hombre se alimenta: “de amor, de espera y de esperanza, que son nuestras únicas verdaderas posesiones”. (Pág. 111. o.c.).

El hombre es fundamentalmente esperanza, a pesar del dolor, del sufrimiento, de las guerras, o acaso por todas esas causas. El carácter trágico de la vida hace que el hombre se yerga en su esperanza retando al dolor. Donde la esperanza falta la duda nace. La esperanza es madre de la ingenuidad, de la ambición, del orgullo, de todas las flores quebradizas del alma, y también de los porvenires razonables. No se puede fundar la vida en la desesperación, a pesar de los fracasos que suele reportar la esperanza cuando dirige sus pasos hacia la quimera.

En “Las Mocedades del Cid” de Guillén de Castro, pone su autor este verso en boca del Cid:

Quien con esperanzas vive, desesperado camina

En estas escuetas palabras se pone de manifiesto cómo nace la esperanza y cual es su significación. Quien con esperanzas vive da a entender que el sujeto se desentiende del vivir presente trasladando al futuro su ansiedad y su deseo de acción. De ahí nace un automatismo en la vida diaria. La memoria pierde su acento normal, y en lugar de mirar al pasado, se restringe, limitando su poder recordativo para dar paso a la fantasía, la cual se ocupa en imaginar continuamente situaciones futuras. De ahí la estrecha solidaridad entre la esperanza y la fantasía, como alguna vez hemos señalado.

Y si el hombre piensa sólo en esperanzas, cual dice Castro, es que únicamente vive de fantasías, y al ausentarse del presente se encarama en el futuro, en una acción mera-

mente imaginada. Y como ese futuro se aleja y nunca llega, a cada avance que el sujeto hace entra como si dijéramos en el vacío, en el que pretende agarrarse a la supuesta realidad, a una realidad huidiza. Por eso Guillén de Castro califica de desesperado al que sólo vive de esperanzas.

En la desesperación la persona y el tiempo coinciden como un frasco en un estuche. El tiempo se ha hecho absolutamente personal. El tiempo presente viene estrecho porque viene justo. Por eso el sujeto quisiera vivir al margen del tiempo. La forma auténtica del desesperado es el suicida, porque éste pretende someter a la naturaleza y al tiempo a su desesperado querer, en la imposibilidad de someterse él a ellos. A la desesperación se enlaza el concepto de suerte personal. Se es desgraciado ahora y siempre. La vida adquiere un ritmo de desgracia uniforme. El sujeto piensa que las cosas no variarán para él, por eso quisiera suprimir el tiempo, pero como no lo puede, se suprime él mismo. En la desesperación el sujeto es una llama viva. Así como con la esperanza piensa en el porvenir como ilimitado y lo ve en actividad, con la desesperación quisiera que el tiempo se detuviera, y lo ve como si estuviera muerto. Esperanza y desesperación es cuestión de dilatación del horizonte personal, y ese horizonte se puede estrechar o ensanchar con arreglo a ficciones personales.

El sujeto que está viviendo en esperanza, para no desesperar, no lo hace como si estuviera viviendo en el año que viene, sino que piensa que queriendo vivir en ese futuro no deja por eso de estar en este preciso instante, aunque comprende que cada esperanza lleva como signo auténtico el tiempo que le queda por recorrer, pues si ese signo no existiera, ni el futuro ni la esperanza existirían. La esperanza es, pues, la noción que se añade a todo lo que está animado por el soplo de la vida, y la desesperación por todo lo que pretende alejarse de su inexorable devenir.

3.—Paciencia, Resignación y Arrepentimiento

La palabra paciencia es un derivado de la voz paz; esto

es, el hombre armado de paciencia quiere estar tranquilo, pero esa tranquilidad no quiere decir abandono del propósito, sino por el contrario persistencia en el mismo, con la convicción de que el momento actual no es el suyo. Tiene paciencia el enfermo en la esperanza de curar, el preso en la de ser libre. El enfermo y el preso hacen nudos en el tiempo para acortarlo. Dar tiempo al tiempo quiere decir no atosigarlo, no quitarle su esencia propia de devenir. Por esto dice Gabriel Marcel que la paciencia indica una pluralidad temporal. En la paciencia el hombre dispone su conducta de tal manera que el cuerpo *no se le revuelva*. Sus juicios adquieren un tinte de serenidad. El sujeto se balancea en un cabeceo rítmico y trata de mirar a los demás con aire de serenidad sin dejarse llevar de la envidia. El hombre paciente es el que se ha dado en llamar el filósofo. La gente entiende por filósofo el hombre que debe comprender todo, que no debe irritarse ni alterarse por nada, esto es, el ser razonable y frío. Para la gente el filósofo está dentro de un marco determinado, es el filósofo estoico. Pero aunque la "apatía" sea virtud estoica, este filósofo no es insensible a los asuntos humanos, y bajo la cubierta de paciencia y serenidad bulle ardiente el ansia de libertad. Y en general, en el hombre armado de paciencia, bajo la calma, se deslizan fuertes corrientes de protesta, de encono y de malestar que su sentido del dolor y de la muerte detienen calando el voluntario freno.

¿Qué diferencias hay entre la paciencia y la esperanza? En ambas hay la nota de esperar. Quiérese que pase el tiempo para que se produzca el acontecimiento favorable. La nota temporal es absoluta en ambos. Los sentimientos humanos se repliegan sobre ellos mismos, pero la paciencia es un repliegue general deponiendo las armas, en tanto que la esperanza conserva prestas las suyas dentro del repliegue. En la paciencia el sujeto es pasivo, siente como un alivio en su renuncia a la lucha, abre una ensenada donde las aguas brillan sobre un fondo diáfano. La paciencia es una forma elegante con que se presenta la esperanza. En ésta el sujeto no pierde de vista un instante el objeto deseado y trabaja

y se esfuerza para conseguirlo. La esperanza envuelve la paciencia, es paciencia más objeto deseado, sobre un fondo en constante ebullición. La paciencia no pierde tampoco de vista el objeto deseado, pero es un estado general pacífico con la convicción de que las circunstancias son desfavorables a la consecución del fin, en tanto que en la esperanza el sujeto piensa en la posibilidad de conseguir el objeto, el cual se puede presentar cuando menos se piense. La esperanza es una espera activa. La paciencia es una espera pasiva.

En cuanto al concepto de resignación la nota de paciencia ha desaparecido, se ha anulado. El hombre resignado es el que confiesa la equivocación de su fin, pero se mece en su recuerdo. El resignado salió de sí y retorna a su ser queriendo dulcificar la acción hecha, no porque no la quisiera haber hecho, sino porque los demás no han consentido en la realización de sus propósitos. Resignarse es volver a la soledad de donde se salió ilusionado. Resignación no es arrepentimiento.

El hombre arrepentido quisiera anular, borrar la acción provocada por sí mismo. El arrepentimiento supone un fracaso. La resignación no hace tal confesión. Esto implica, a los ojos del sujeto, una incomprendición de los demás. Se resigna porque no tiene más remedio, no porque los demás le hayan convencido de que no debía haber pretendido lo que pretendió. La resignación es una paciencia sin solución de continuidad, es una decapitación provisional del futuro. El arrepentimiento es en cambio una decapitación total del pasado, por eso es un fracaso, porque el pasado no hay quien lo anule. Si como hemos dicho en otro lugar el sujeto hace siempre las cosas de la mejor manera posible, es decir, con objeto de obtener éxito, arrepentirse es un gesto inútil y orgulloso que muestra su fracaso. Y sin embargo, equivocarse es lo más natural del mundo, porque viviendo en instantes sucesivos, al decidirnos, hemos de abandonar un ingente número de decisiones posibles entre las cuales pudiera encontrarse la del éxito.

4.—Esperanza y Fe

Bella pareja de conceptos es ésta de la fe y de la esperanza. Los hombres que tienen conciencia de su vida y en general de la vida humana, han de ser personas en las que sus actividades florezcan exuberantes.

No hay hombre sin fe, porque el hombre es pequeño y débil y lo que le engrandece es su creencia, esto es, su fe. Kierkegaard dice en "Terror y temblor" (Aubier. Edic. Montaigne. París. 1946): "La fe es la más alta pasión del hombre... Pero aun para el que no llega a poseer la fe, la vida tiene tareas suficientes, y si él las aborda con amor sincero, su vida no será perdida..." (Pág. 207).

La fe es una pasión... y una virtud... y para Gabriel Marcel "esperanza absoluta, inseparable de una fe que es también absoluta". Pobre tiempo, sometido a la fe y a la esperanza, dos conceptos que viven en él absolutamente, y asimismo ambos comprendidos en el marco de la virtud. Y eso para evitar la desesperación. ¡Qué difícil es la vida, y qué éxito tan rotundo vivir con fe y con esperanza!

No hay esperanza sin fe, porque la fe es la continuidad en la creencia, la ininterrupción del continuo fluir de nuestro querer sin que haga en él mella la duda. Futuro que se abre a cada instante, al cual respondemos con el sentido de infinitud que hay en nuestras fuerzas psíquicas. Pero la esperanza y la fe no se mueven solamente en el ámbito religioso, sino que intervienen en toda nuestra vida, en la de todos los instantes, y nos sirven para entrar en ellos. Y la fe y la esperanza, religiosas, de infinitas que eran, concebidas para alcanzar la inmortalidad, recogen su velamen y previendo la muerte se secularizan y concentran toda su energía para ir atacando los presentes sucesivos, y al contacto con ellos, lo que había de ser infinito en el más allá se hace infinito en esta vida limitada que es la humana, y saben sacar adelante al hombre sin graves riesgos.

La esperanza es creencia que prolonga y expansiona la individualidad. Esperar es tener fe en que llegará lo que se espera. La fe es el conocimiento del futuro, la precognición

de lo que queremos. Todo el edificio de la humanidad reposa sobre la fe, aunque ésta sufra crisis, aunque se entibie por la presencia de los que no la sientan. La fe es el acompañante que no traiciona. El hombre quisiera siempre tener un amigo de esa naturaleza.

5.—*El Saber Esperar*

No todos los hombres tienen el mismo ánimo para saber esperar. Saber esperar es entender la vida. El que sabe esperar intuye el hondo sentido de la infinitud del tiempo, del tiempo nuestro, del número infinito de instantes que lo componen. El que sabe esperar comprende la dificultad de encajar en una actividad humana, en la que juegan heterogéneos factores en el porvenir cerrado que se abre ante nosotros. Y no todos esperamos igualmente. Unos lo hacen resignadamente, con pasión concentrada, que tiene su valor moral y psicológico; otros, más impacientes, esperan haciendo, creando. La resignación es una forma sublimada de la paciencia. La actividad muestra una esperanza aliada con un temperamento, o sea dos fuerzas enlazadas, que ya es ventaja.

Saber esperar es una posición que ha de darse en todos los hombres. El ensueño ayuda a saber esperar. Con él podemos avanzar hacia el futuro y mecernos tranquilamente. Para saber esperar hay que comprender y dominar al tiempo, pero sin imponerle condiciones. No se puede esperar con desenvoltura si estamos pendientes continuamente del fin hacia el que nos dirigimos. Para saber esperar hay que mirar al tiempo como un continuo que no desfallece. Comprender el sentido del saber esperar no quiere decir que nuestra comprensión sea tan amplia y exacta que permanezcamos imperturbables ante los acontecimientos que pueda traer el porvenir, sino que es darse cuenta del sentido del futuro y de la imposibilidad de avanzar hacia él inopinadamente sin tener en cuenta este momento que tenemos que vivir precisamente ahora. Asimismo saber esperar es ver que una hora es a veces un año y algunas otras un año es un segundo.

La privación de libertad nos impele a veces a inquietudes de tal naturaleza que quisiéramos alterar el curso del tiempo, haciendo puentes de vanos tan grandes que nos permitieran saltar sobre el aparente vacío del tiempo. Los impulsos nos llevan en ciertos momentos a desesperaciones de tal naturaleza que parece nos va a faltar el dominio de nosotros mismos para salir adelante. No reparamos en que el sentido de nuestra libertad no depende únicamente del deseo de conseguir fines propios, sino también de las voluntades ajenas.

Saber esperar es la clara comprensión de que el uso de la libertad es un convenio entre un ser que pretende obrar y otros que pueden facilitar o imposibilitar su acción. No es suficiente que el sujeto crea que su libertad sea un derecho, o simplemente una necesidad de sentido humano, es necesario que tales deseos no perturben el psiquismo o los intereses de los que conviven con él. Las pasiones, las simpatías y las antipatías, los momentos propicios, el descuido de los demás, la propia habilidad, nuestra constancia, nos permiten llegar a la obtención y al desenvolvimiento de nuestros fines. Pero el saber esperar, cuando se está privado de libertad, afecta sobre todo a lo que los otros nos concedan. Los hombres sienten una especial predilección en perturbar la libertad ajena. El saber esperar domina el propio deseo, lo constriñe, lo ahonda, como cuando interpolamos un número entre dos de una serie. Esperando nos damos cuenta de que el tiempo es elástico. El que no sabe esperar desconoce la naturaleza del tiempo y en consecuencia de la vida. El joven es el que generalmente no sabe esperar. No se da cuenta, como dice el precepto bíblico, de que hay tiempo para todo, para nacer y para morir. Y el que no sabe esperar confunde el devenir del tiempo con los sentimientos que van sobre él, y ve a los demás como si fueran seres sin voluntad, o los considera equivocadamente como hermanos. Saber esperar es darse cuenta, sin aparentar dársela, de que el tiempo pasa, y para eso hay que revestirse de paciencia, hay que narcotizar al tiempo.

El olvidar responde a leyes cuyo sentido cultiva el hom-

bre para posibilitar su vida. El olvido hace posible el cambio. Saber esperar es desentenderse, superar los deseos, olvidarlos, o fingir olvidarlos. En la medida en que nos interesamos por cuestiones ajenas a nuestra individualidad, durante el vivir de presente, hacemos posible el olvido, limpiamos el camino por donde nos deslizamos hacia el porvenir, y facilitamos la ruta de la esperanza.

En el esperar se va de transferencia en transferencia. Dividimos nuestro esperar en etapas sucesivas. Esperar a veces constituye un placer. Pero cuando presentimos un dolor, para no desesperar, nos forjamos ilusiones sucesivas, imaginando que va a llegar el momento ansiado, y como éste no llega nos señalamos nuevos plazos. Si nos dijieran: hasta tal fecha no se realizará lo que esperas, dispondríamos entonces nuestra fuerza moral, si es que ello era posible, en tal forma que esperáramos sin desesperar, pero como es la incertidumbre la nota característica de nuestra existencia, subconscientemente dividimos el plazo desconocido del futuro en pequeños plazos y esperamos nuestra gran esperanza en nuestra gran incertidumbre, con esperancitas sucesivas, y con ellas a cuestas vamos saltando de una fecha a otra como hacemos sobre los peñascos de un arroyo que tratamos de vadear, pensando que llegaremos a feliz término, que el tiempo será un aliado, un amigo nuestro.

Los hombres vivimos engañándonos a cada momento y a veces de manera consciente, para evitar sentir transcurrir la infinitud del tiempo. Oír el silencio quiere decir escuchar el gotear continuo del devenir, de temores y ansiedades. En el amor insatisfecho, en la pérdida de libertad, en la enfermedad, oímos el silencio; pero también entonces tenemos poder para saber engañarnos y salir adelante. Mirar frente a frente el tiempo sólo lo hacen los santos y los héroes. Estos son capaces de igualar con una pasión contenida el devenir infinito. Acaso el ser santo o héroe no sea más que la capacidad para seguir el infinito del tiempo vital con el caudal de una pasión, con lo cual, en lugar de sentirlo discurrir lo crean en su carne y realizan la gran evasión.

6.—Dos Sistemas Vitales: Optimismo y Pesimismo

El hombre, empujado por su natural poder inductivo y por su deseo de eternizar, de presencializar su vida, hace leyes de los principios salientes que él cree rigen la materia y la vida en general.

Hemos dicho alguna vez que los momentos placenteros tienden a persistir en nuestros recuerdos personales y que los dolorosos tienden a extinguirse, a ocultarse.

Con esos dos principios en la mano el hombre erige dos sistemas vitales: el del optimismo y el del pesimismo. El optimismo es un sistema moral, en el cual el hombre une las imágenes agradables insertas en su pasado, y se forja la idea de un futuro en el que esas imágenes persistirán, e incluso se desarrollarán en detrimento de las dolorosas. Esto es ver "la vie en rose". En cambio, el pesimismo es otro sistema en el cual el sujeto piensa que las imágenes dolorosas se proyectarán de preferencia en el futuro. Es decir, que el optimista imagina que en el futuro el número de placeres superará al de dolores, y el pesimista cree que el número de dolores será mayor que el de placeres. ¿Quién dice verdad? Acaso el pesimista tenga más razón que el optimista, pero no es ésta una cuestión de razonamiento, sino de temperamento y de salud.

Vitalmente el optimista aventaja al pesimista. El hombre es natural y psicológicamente optimista. Pero tanto en el optimismo como en el pesimismo el sujeto parte de un número limitado de impresiones, y por la fuerza psíquica de la inducción convierte en sistema lo que no lo es. El optimista y el pesimista subestiman el presente. El primero concentra toda su fe en el futuro y no se detiene en pensar que la muerte se encuentra en él oculta. El segundo desecha las imágenes agradables del pasado que quieren proyectarse hacia el futuro, y destaca sobre todo las dolorosas, pensando que de esa manera podrá evitar los momentos penosos. El pesimista recula hacia el pasado, hacia su nacimiento, porque sabe que en el futuro se encuentra la muerte, a la que teme, pero en cambio centra su preoccupa-

ción en el dolor y cree alejar esa idea de la muerte, mas su espíritu adquiere un tinte doloroso y letal.

El optimista se apoya en la fe y el pesimista en el juicio. La fe disminuye la fatiga nerviosa, pero hace aumentar los riesgos de muerte. Por el contrario, el pesimista cuenta sobre el valor del juicio porque es anunciador del peligro, de la muerte, que él trata de evitar, pero en cambio el juicio hace aumentar el grado de nuestra fatiga. La fe y el juicio nos muestran una bella contradicción de la vida humana. El optimista va gozoso hacia la muerte sin darse cuenta. El pesimista se quiere evadir de ella temerosamente. Y sin embargo, los dos se encuentran en la imposibilidad de evadir la tragedia.

Es el pesimismo el camino hacia el suicidio. El suicida quiere ser el dueño absoluto del tiempo, quiere dominarlo, anularlo, pero no olvidándose de ese tiempo, sino suprimiendo la vida, y con ello exagera la nota. El suicida desconoce las situaciones alternantes de las sensaciones alguedónicas, y no piensa que en la vida hay siempre soluciones posibles hasta tanto no adviene naturalmente la muerte. Dice Blasco Ibáñez, creo que en "Los cuatro jinetes del apocalipsis", que si el suicida pudiera diferir un poco su resolución fatal más tarde no la llevaría a cabo.

Tanto el optimismo como el pesimismo se dan la mano en apreciar lo que no existe en la realidad. Lo que en el pesimismo es exceso de reflexión y predominio de imágenes sacadas de lugares cerrados de la psique humana, es en el optimismo falta de reflexión y exceso de vitalidad. Lo que se llama progreso es hijo de los optimistas. El optimismo es una corriente vital que surge fuertemente de las naturalezas sanas, sin complicaciones. El optimista va decididamente hacia el futuro; acepta la vida y está dispuesto a recomenzar siempre. Al optimista no le asusta el infinito vital ni los problemas del futuro, sino que por el contrario supone "a priori" que la vida es así como se le presenta. En el optimista existe la fe y la esperanza como fuerzas creadoras en máximo grado. El optimista da a la esperanza toda su plenitud y piensa en el éxito, e incluso si la muerte se aproxima quiere

superarla e inventa la inmortalidad, la beatitud, la bienaventuranza, la vida eterna. Los optimistas son los que han descubierto las soberbias mitologías, las grandes doctrinas religiosas, las bellas utopías, los prometedores grupos políticos. El optimista sigue de cerca el tiempo y lo transforma, llegando a suponer que en el futuro se comportará como un buen amigo y se prestará a sus manejos y deseos. El optimista es el "tonto" del mundo y el que grita con entusiasmo: ¡Vivan los "tontos" del mundo!

El optimista va mezclado en esa corriente subterránea que surge del fondo de la naturaleza humana sin negarse a sí misma, sin que el pensar la empañe. El optimismo es el que mantiene a los pobres y a los grandes de espíritu, pero sobre todo a los primeros, es el que cae dentro de la fuerza de la esperanza, de la que el hombre se vale para soportar el tiempo, para superarlo. El hombre optimista, en fin, piensa "acaso" en su vida, pero no en su tiempo. Es la gran ventaja que tiene sobre el pesimista.

CAPÍTULO IX

LA FUERZA DE LA VOCACIÓN

El hombre procura entrar en las acciones que más faciliten el tránsito de su tiempo personal, y asimismo pretende obtener éxito. Por una parte vive en el ritmo psicológico, por otra en el ritmo colectivo. ¿Cómo compagina ambos ritmos en la vía de la acción?. Su vida íntima, o la vida social, no se detienen un instante y tienen que ir hacia el futuro. Hay que lanzarse en él. ¿Cómo entrar en ese infinito si no se dispone también de fuerzas de sentido infinito?. Hay que obrar, hay que hacer. ¿Qué es el hombre fuera de su acción?. Mas esa acción no se puede realizar de cualquier manera. Tiene que tener una dirección, la cual no puede provenir, si es una fuerza, más que de la intimidad del propio hombre. Y esta fuerza, la más específicamente personal, es la vocación.

Si hablamos, por ejemplo, del ensueño o de la esperanza, el sentido de ambos viene impuesto por fuerzas que brotan de nuestra individualidad, pero en las que la inteligencia no tiene necesidad de intervenir. Y cuando hablamos de la vocación, vemos también que es una fuerza, mas tiene un sello característico. Es una fuerza que sabe adonde va. El ensueño y la esperanza son ciegos, quieren resolverse en algo, y aunque no se resuelvan en ese algo, nuevos ensueños y nuevas esperanzas vienen a renovar los anteriores, pero con garantías, con garantías de éxito. Se puede soñar o esperar, incluso para la otra vida. La vocación, no. Su reino es de este mundo.

1.—Qué es la Vocación

La palabra vocación proviene de la voz latina “vocatio”,

acción de llamar. La vocación es una llamada que se nos hace. El sujeto siente una tendencia constante a hacer determinadas cosas, como si se tratara de una imposición. Siente en sí mismo una voz que le dice lo que podría hacer con éxito en la vida. Estas nociones de éxito y de vocación están enlazadas. Pero hay en esa voz interior un aspecto taumatúrgico. ¿De dónde viene esa voz?. ¿Qué autoridad tiene?. ¿En dónde se apoya?. ¿Cómo una llamada de la que la razón no da los fundamentos puede decidir toda una serie de acciones que han de ocupar al hombre durante su vida entera?. Ya que no cabe decir que la verdadera vocación se reconozca en seguida por los actos a que ella fuerza al sujeto. Y no cabe, aunque los que éste haga se distingan de los demás suyos, e incluso de los que realicen acciones similares. Aquí tenemos que decir lo que expresábamos cuando hablamos del éxito en el capítulo 1º. Sus actos responderán a una vocación real, como allí decíamos, si persisten, si a través del tiempo el sujeto no siente la fatiga. La continuidad es pues una nota característica de la vocación, pero ¿de dónde proviene esa continuidad?

Si nosotros observamos un manantial veremos que el agua surge con fuerza, a borbotones, desparpamándose por la tierra circundante. Si el agua que brota es mucha, si la salida persiste, forzosamente habrá de encontrar un cauce por donde discurre. Podrá filtrarse en la tierra. Ni aun así se perderá, pues la vegetación se revelará poco tiempo después en todo el contorno del manantial. Mas si el agua continúa saliendo en abundancia, al fin encontrará un cauce que dará lugar a la formación de un arroyo o de un río. Así, la vocación, como el manantial, tiene como notas distintivas ser una corriente de energía continua y tener un cauce por donde discurrir. Ese agua caminará por el cauce y se aprovechará en lugares muy lejanos de aquél donde nació para ir a desembocar, fecundados los campos de su tránsito, en el mar.

Detengámonos ahora en el origen y en el término del manantial. El agua surge de las entrañas de la tierra y va a las del mar. En el seno de la tierra el agua proviene de capas

más o menos profundas formadas como consecuencia de deshielos o de lluvias; al fin y a la postre proviene del cielo, del vapor de agua que había en la atmósfera, que a su vez deriva de la evaporación del agua del mar.

¿Y la vocación? También es un caudal de energía que surge del fondo íntimo del hombre, de ese fondo misterioso que escapa a la razón y al cual sin embargo ella debe hacer referencia en su impotencia para explicar los fenómenos de la psique y de la materia. Y esa energía es fecunda cuando encuentra un cauce por donde circular. ¿Y de dónde surge?. ¿Cuál es el mar del espíritu?. Ese mar, ese fondo íntimo, no puede estar en el propio individuo ciertamente, porque lo individual se agota en sí mismo. La vocación tiene que tener sus raíces fuera del propio sujeto, como el manantial lo tiene fuera de sí. La vocación enlaza al sujeto con los demás hombres. El oficio del hombre no es para él, sino para los demás. Como el agua del manantial no es para él mismo, sino que cierra el recorrido de un ciclo después de fecundar los campos. El oficio del hombre tiene por fin ayudar a los demás. Mas para fecundarlos ha de ser válido, tiene que tener savia. Esta savia se manifiesta en el trabajo efectuado y en su capacidad para resolver las continuas dificultades, específicas en cada caso, de sus semejantes. Esta savia es el sentido creador del hombre.

Hemos hallado así tres notas distintivas de la vocación: continuidad, cauce o dirección, y sentido creador. Ahora bien, lo que el manantial encontraba como origen y destino, el mar, aquí lo hemos hallado en la expresión sentido creador. La creación es el descubrimiento de las necesidades del hombre, de sus dificultades, por eso nace de la experiencia, de la observación, y no sólo del oficio de que se trate de una manera determinada; nace sobre todo del sentido histórico del hombre. La vocación tiene sus raíces en la historia. La vocación tiene un hondo sentido humano e histórico, humano porque nace espontáneamente en el hombre y fecunda a los demás, histórico porque la cultura enlaza a las generaciones, porque la vocación une a cada hombre que la practica con el que primitivamente sintió la necesidad de cumplir una mi-

sión original y con todos los que habitualmente practican un oficio, aun sin conocer su lejano origen.

Pero la creación humana, en lo que tiene de esfuerzo sistemático y continuo, ha de encontrar una expresión concreta en la profesión. El que la practica ha de enfrentarse con la materia, hacerla útil al hombre sometiéndose a sus leyes, pero sometiéndola al propio tiempo a las que él descubra. Sin oficio el hombre no puede dar un paso. "La cosa más importante de la vida —ha escrito Pascal— es la elección de oficio". La vocación está en estrechísima relación con la actitud total del hombre respecto de la vida. La vocación es una fuerza evidente, porque si con las graves preocupaciones que tiene la vida, tenemos energías para sobreponernos a ellas y nos esforzamos y mantenemos despierta nuestra atención y fija siempre en un trabajo específico, es porque en efecto debe tener raíces muy profundas en nuestra psique.

El problema del ser va ligado al de la vocación. El ser nos plantea problemas inmediatos y asimismo la vocación. Ya dijimos en el capítulo IV que el ser se desarrolla dentro de un completo determinismo y que hemos de ser en cada día, en cada instante, lo que hayamos de ser en la vida, en toda la vida. Pero este determinismo no envuelve la idea de un fatalismo, de un "fatum musulmanum", que por lo demás no es musulmán, como recuerdo decía Schleiermacher en su tratado de Etica. Este determinismo, base de la vocación y del ser, viene impuesto por las condiciones de la herencia y del ambiente de cada individuo. Hay elementos dados, impuestos, y elementos inventados, pero estos últimos se desarrollan en una gran amplitud. La vocación se desenvuelve en un medio de libertad individual en el que el genio personal, apoyándose en las fuerzas psíquicas, hace que el hombre pueda forjar su cauce vocacional. El determinismo de que yo he hablado quiere decir que memoria, atención, prudencia, imaginación, etc., tienen caracteres que corresponden a la naturaleza intrínseca de cada hombre y se encauza según el género, la especie o la familia a que se pertenece. El determinismo fuerza al hombre a encontrarse, a forjarse.

La caza y la pesca fueron los primeros oficios, las primeras actividades del hombre. Una vez aseguradas sus necesidades más perentorias pudo entonces pensar en oficios suntuarios. Conforme la vida se fué complicando los quehaceres fueron requiriendo más especialización. Lo que llamamos creación surge de la necesidad de plantear problemas y de resolverlos. La fantasía lucha con la materia para resolver las necesidades humanas y crea formas originales. Viene luego la inteligencia que descubre la ley. El hombre mide sus fuerzas con las de la naturaleza y siente el goce inefable de crear el arte y la ciencia. Y artes y ciencias son las que hacen solidarios a los hombres y esa solidaridad se da en el oficio, en la profesión. El principio económico los liga más tarde, pero las divisiones y luchas que él provoca revela lazos menos fuertes que los auténticos vocacionales. La vocación puede presentarse como una llamada exterior, como una necesidad de los demás, pero en su fondo se presenta como una fuerza psíquica. El sujeto lo que hace es ponerla, ayudado por su habilidad e inteligencia, al servicio de los demás; mas en esa acción él impone su sello personal, su gusto, su preferencia. Preferimos hacer una cosa a otra, nos sentimos más contentos haciendo unos actos en lugar de otros, y nos place darles un estilo propio. Esa preferencia, ese gusto, es lo que llamamos la vocación. Pero la vocación, es tan honda, que es la que marca nuestro destino, con preferencia a otras determinantes.

Mas ¿en virtud de qué preferimos?. Unas veces tenemos preferencia por un oficio o carrera a causa del ambiente, de tradiciones familiares, o de ventajas económicas, pero ahí el sujeto no es libre en su elección. Sólo habiendo libertad podrá decidirse el oficio por el que se siente vocación. No hay preferencia si no hay libertad, si no hay querer. El querer es fundamental en la vocación. En una psicología del querer, que es lo que yo vengo haciendo en este libro, encontraríamos los matices y las raíces de la vocación. La pasión acompaña a la vocación, pero una pasión no exenta de voluntad y de dominio. Y como la pasión es un encadenamiento, he ahí cómo hemos venido a parar en que la vocación es la esclavitud del genio propio, el determinismo de que hablábamos

antes, impuesto por un temperamento, que ha de adherirse a unas formas prefijadas por la materia. Continuidad, dirección o cauce, sentido creador, preferencia, libertad, pasión, temperamento; he ahí todas las notas, los conceptos sucesivos que hemos encontrado en este análisis hecho sobre el sentido de la vocación.

Temperamento. Esta es la palabra que resume la vocación. Esta envuelve una vibración específica, que une al sujeto con la materia y con los demás seres. Al fin, sentimiento estético, en una palabra, noción artística. El arte es la expresión animadora de la vida. En él se plasma el esfuerzo creador del hombre. El sentimiento estético es lo que le dicta su profesión. Y para cualquier carrera u oficio es lo mismo. Para cualquier tarea es igual.

La llamada interior, la fuerza original que siente el hombre para decidir su vocación, es un gusto particular para realizar determinados actos. Y ese gusto es permanente, continuo, no sufre desmayos, por lo cual encierra un sentido renovador persistente, que al fin llega a influir sobre los demás hombres. A la larga no hay vocación que no encuentre cauce y que no influya sobre los demás, porque una vocación pertenece al dominio público, aunque sea de dominio privado la fuerza que le impulsa y da forma.

2.—Factores Psicológicos de la Vocación

El hombre que mira la vida desde el punto de vista de la vocación da al tiempo una coloración determinada, lo considera como suyo. El tiempo que ha de venir le es ya familiar, conocido. No es un tiempo mostrenco, sino un tiempo que tiene un destino y una propiedad: el de la persona.

Para poder bandearse con cierta desenvoltura hay que hacerse un aliado del propio porvenir. La noción de entusiasmo que acompaña a la vocación impulsa al hombre a pensar en su obra sin fijarse en el tiempo en que se forja. Todos tenemos la experiencia de que éste pasa de prisa cuando en la labor hemos puesto un gusto, un entusiasmo personal.

La vocación va íntimamente unida a todas las demás fuerzas que aseguran el vivir. Todas tienen por fin atacar eficazmente el presente. La vocación aumenta la fe en nosotros mismos. Hombre con entusiasmo vocacional no es, ni ser aislado, ni ser solitario.

La vocación personal tiene tal influencia sobre la noción de tiempo que la pone íntegramente sobre el tablero y la domina. La vocación está siempre presente ante nuestro yo, es continua presencia, y con ella el sujeto se encuentra ante la naturaleza sin intermediarios. ¿Cómo si no fuera así se podría comprender que el gran histólogo español Ramón y Cajal, como él mismo relata en sus "Memorias", el día en que hizo un gran descubrimiento permaneciese treinta horas ante el microscopio sin levantarse, ni aún para comer?. Treinta horas que para él fueron un instante porque no sintió el devenir temporal.

La vocación nos da una actualidad perenne. Adquirimos con ella la conciencia clara de que somos algo ante la sociedad y ante nosotros mismos. No se trata de vanidad pueril, sino de necesidad vital. La vocación, como antes dijimos, lleva el signo característico de las fuerzas que nacen de la subconsciencia del hombre. Es presencia absoluta.

Un santo, un héroe, son virtuosos en la medida en que el temperamento les impulsa a serlo. Virtud por virtud no hay. La virtud sale del marco social para entrar en la propia individualidad y es en ésta donde el sujeto, sometiéndose a su propio designio o ideal, con el temperamento por base, regula una conducta que se desenvuelve en el tiempo con señales de continuidad en cada momento de presente. La virtud es un hábito, no de hacer el bien, sino de hacer lo que la capacidad marca. Y en esa capacidad está el hombre entero. Se tiene virtud, esto es, vocación, para el arte, para la ciencia, para una determinada profesión, pero se tiene también vocación para la santidad, para el heroísmo, para la prudencia, para el amor, para lo que el hombre distingue como aspiración valiosa. Se tiene virtud para todo aquello en que el sujeto es capaz de obrar sin contar el tiempo. Y en todas las aspiraciones la vocación se manifiesta en la convicción,

en la fe. Y el hombre, a su contacto, quiere ser virtuoso, porque piensa que ante la doble faz de las cosas, cara agradable y cara desagradable, sabrá soportar ésta para alcanzar aquélla, la cual le llevará al éxito. Y hay éxito hasta en la santidad y el heroísmo. No se es santo o héroe de mentirijillas, sino en virtud de cualidades de resistencia cuya directriz consiste en llegar a la nota del sacrificio propio. Cuando el pintor Loutreil decía: "Hacer dar al momento presente todo lo que él pueda dar", sentía en su propia carne el sentido de la santidad junto con el de ser pintor. Y este mismo acento del "pintor maldito" se ve en todas las naturalezas místicas.

Es virtuoso el que comprende que no puede perder el tiempo para realizar su obra, el que siente su vocación como una imposición que le transciende y que se ha humanizado al temporalizarse. Las biografías muestran el camino de vidas selectas que tan útiles son a los jóvenes. Ellas les dicen si el derrotero que han de tomar está en el marco de sus posibilidades. Bien es verdad que cada hombre es un caso único, pero muy humilde ha de ser el hombre de vocación que viendo lo que otros han hecho no se sienta capaz de intentar tomar su camino con decisión. Decía Franz Brentano, en su razonamiento para probar lo erróneo que es la suposición de lo inconsciente como fundamento de la representación, que no creía en la existencia del genio, y citaba con tal propósito las siguientes palabras que Goethe escribe en su "Wilhelm Meister": "no hay gran diferencia entre un talento extraordinario y un talento ordinario". Y Descartes lo manifiesta así también, cuando al principio del "Discurso del método" dice que "el buen sentido es la cosa que está mejor repartida en el mundo".

La vocación permite a la memoria hacer grandes síntesis. Los recuerdos acuden aún estando lejanos cuando se necesitan, para forjar la unidad en la acción. Y al canalizar la marcha hacia cada presente se facilita al propio tiempo el olvido de los inoportunos. La vocación actualiza recuerdos, imágenes e ideas, modifica la función intelectual para unificar la acción. Con la vocación crece el poder sintético del entendimiento y aumenta la posibilidad de ampliar nuestra fuerza

atractiva. Todas las vivencias psíquicas se hacen más ricas. No sólo el recordar, sino el imaginar, el soñar y el pensar mismo hallan facilidades para encontrar nuevas tendencias.

La vocación ensancha nuestro presente extendiéndolo radicalmente, abarcando en el plano consciente zonas antes reservadas al inconsciente. La conciencia puede trabajar a pleno rendimiento. Las últimas adquisiciones entran en contacto con viejas disposiciones. Un aire de juventud impregna la acción subjetiva, enriquecida con nociones técnicas, y se adquiere un sentido de ubicuidad. La acción ha eliminado el tiempo. Estamos en plena inspiración. El sujeto avanza virilmente por su pasado, con pie firme y seguro. Y sin temor ante el futuro penetra en él con decisión inventándolo en el presente. En su avance capta nuevos elementos, domina imágenes fugitivas y enlaza sueltos pensamientos. En una palabra, amplía las formas que en su vivir cotidiano entran en el centro de su esfera consciente.

CAPÍTULO X

VICIO Y TIEMPO

1.—*El Vicio como Fuerza*

Causará sorpresa al lector encontrar al vicio entre las fuerzas que aseguran la existencia del hombre; pero recuerde cuál ha sido nuestro punto de vista desde el comienzo de este libro. Nosotros hemos dicho que ante nuestra conciencia se plantea el arduo problema de asaltar el tiempo que nos queda por vivir hasta el momento de nuestra muerte, y que la naturaleza de ese tiempo es de tipo infinito. Es el presentimiento de la muerte y de ese infinito lo que impulsa al hombre a bucear en su propia psique para ver qué hay en ella y en el organismo que la sustenta, con capacidad suficiente para enfrentarse con ambos. Y es así como hemos encontrado el concepto de fuerza. Tiempo y fuerza coinciden en los continuos momentos de presente; nosotros avanzando, el plazo anterior a nuestra muerte acortándose, y nuestra fuerza progresando también hasta detenerse en el mismo momento. Pero no todas las fuerzas tienen la misma significación. Hasta ahora todas ellas se mostraron originales, creadoras, positivas, forjando a cada instante las formas que el pasado evocado o el futuro evocador requerían, y asimismo hemos hallado en ellas aquella noción de verdadera libertad de movimientos que se requiere para hacer la afirmación propia del hombre y conducirlo airosamente en su camino hacia adelante.

Ahora estamos frente a una fuerza que ataca el espacio y el tiempo continuos con un fin preciso e inmediato: obtener placer, sin declinar por eso el ansia de libertad del sujeto, o acaso por eso mismo. Y esta fuerza es el vicio. Y con ella en ristre avanza pisándole los talones a un infinito que a cada

momento se va haciendo finito. Naturalmente que hay una desproporción evidente entre un tiempo ilimitado, aunque se personalice, y una serie de acciones que se han de realizar en él y sobre todo con una condición precisa, la de obtener placer. Esta fuerza del vicio plantea el problema vital en una forma aguda, que es la de procurar que todos nuestros actos sean placenteros, o el mayor número, cuestión ambiciosa y harto complicada, pero aunque no lo consiga plenamente ¿cómo no dar categoría de fuerza a lo que produce lo que todo el mundo ansía, el placer?. ¿Qué de extraño tiene que demos el nombre de fuerza a un impulso ininterrumpido que lleva al sujeto a la acción placentera?. Esa continuidad tiene el sentido de la permanencia, de la presencia, porque es un impulso espontáneo, que surge irresistible, sin que muchas veces tengamos poder para dominarlo. Serán discutibles su sentido moral y sus consecuencias, en parte nocivas, pero no podrá negarse que lo que se suele llamar desde un punto de vista moral y religioso el sentido del mal o el demonio, el diablo o Lucifer, llevan al hombre a buscar el placer, y aun más, en el tiempo que se lo propone. El sentido del mal pretende tener el don de la oportunidad, y esa nota distintiva es lo que le hace temible, por lo cual placer y tiempo son las dos coordinadas que determinan la trayectoria del vicio. Vamos a ver sus recorridos, que más tarde nos detendremos en ver los que la virtud va siguiendo.

2.—El Vicio y el “Ni fu ni fa”

Lo riguroso del vicio, lo que le da su signo inexorable, es la presencia acusada que tiene, su continuo estar presente, y eso es lo que precisamente le hace adquirir el rango de fuerza. El vicio, como la vida, es presencia ininterrumpida y está siempre dispuesto a empezar, como ella. El vicio es para ahora y no para antes ni para después. No vive, ni de promesas ilusorias para el futuro, ni de vanos recuerdos del pasado. No se alimenta de irrealidades, sino que se le quiere aquí y ahora. La esperanza o el ensueño dan alas al vicio para au-

mentar los deseos y la tendencia se hace viciosa; pero el vicio no existe sin la acción. El vicio acepta promesas de donaciones futuras, pero a base de avances efectivos en el presente, y entra en éste con plenitud de derechos y reconoce cada instante que llega como si le fuera conocido de toda la vida. El vicio es un potro ligero, sobre el que monta ilusionado todo lo que de inconfesable y ruboroso lleva el hombre en su seno, y es un aliado formidable para entrar a saco en la fortaleza del futuro.

El hombre vive con una idea optimista clavada en el alma. Cree que el porvenir le reservará más placeres que dolores. Es una ley inexorable y expiatoria, a la que ya aludimos en el capítulo VIII, cuando hablamos del optimismo y el pesimismo. La verdad es que en la realidad del vivir hay muchas horas que sin ser dolorosas son indiferentes, son "ni fu ni fa". Y con el "ni fu ni fa" no transige el hombre, porque el "ni fu ni fa" es el aburrimiento, el fastidio, el ver pasar las horas iguales, blancas, sin poner nada en ellas. En el "ni fu ni ta" se ve transcurrir el tiempo a flor de piel y el sujeto se siente como anulado. El hombre se revela contra ese tiempo solitario, que no es nada, que no tiene sentido y que adquiere el volumen de lo que no tiene forma, que es el mayor de los volúmenes existentes, el que no se puede abarcar. El hombre considera al "ni fu ni fa" como su mayor enemigo y se dispone a forjar todo un sistema para arrinconarlo, para vencerlo. Sentir el "ni fu ni fa" con plenitud de derechos es permitir la instalación en el centro de nuestra conciencia de todas las cosas ridículas, de los hechos minúsculos, de las "puyas" de los demás, de las cosas sin categoría, de las pequeñas miserias de la vida. Esas cosas diminutas ponen a veces a Cronos al desnudo y le hacen mostrar su osamenta descarnada, su color amarillo e incluso su acerada guadaña amenazante. No. Hay que abatir, hay que liquidar al "fu" y al "fa". Y el hombre se pone la toga suntuosa del vicio y unas gafas negras, y avanza por los caminos del mundo creyendo que los demás son ciegos para ver los actos que él realiza; pero es que si así no fuera el vicio no sería una fuerza y el vicioso sería proscrito de la sociedad.

Si observamos el vicio desde el ángulo temporal, encontramos que lo que el hombre vicioso pretende es satisfacer el mayor número de deseos en el más breve plazo posible, porque el vicio es la hermana Siamesa de la prisa. Otra cosa que quiere es producir un placer "a fortiori" en el tránsito temporal sin mezcla de dolor. El vicioso sistematiza la consecución de sus deseos y pretende llegar regularmente a la realización de ellos. Quiere tapar cada vacío con un deseo efectivo, conseguido, de forma que conserve en todo momento su prerrogativa. El vicio es la hegemonía del deseo para instalarse en el devenir temporal cuando al sujeto le dé la gana. Por ello observa siempre su problema individual desde el mismo punto de vista. No le importa que los deseos cumplidos sean siempre iguales, lo que le interesa es que no se agoten. El jugador hace cada vez las mismas posturas: apunta a un color, elige una carta o marca un número, y está pendiente de la jugada que hace el banquero. Después apunta a otro, y así sucesivamente. Nada le desasosiega. Ni le altera la atmósfera llena de humo de la sala, ni la entrada o la salida en ella de otros jugadores. La luz de las lámparas recorta en el paño verde pálidas tonalidades y refleja sobre los rostros de los jugadores triángulos de luz lívida. El jugador no ve nada, no siente nada, para él todo es presente, se ha separado por completo del pasado y del futuro. Se ha hecho eterno porque ha anulado el tiempo. El jugador auténtico, el de "vocación", se olvida de todo. Sus sentidos no funcionan más que para su acción uniforme. Su atención, polarizada en el giro de la ruleta, sigue sus raudas vueltas en el placer de los placeres. No pide nada, no exige nada. Ni incluso ganar. Si pierde, siente disgusto, pero pronto se acaba al enlazar su atención con la jugada siguiente. Lo que pide a su acción uniforme es la ausencia de cambios. La conciencia no funciona. El olvido de todo es pleno. Ese es el verdadero vicioso. El sujeto ha olvidado los tropezones del tiempo, en los que surgen las imágenes que fastidian. El vicioso se ha evadido del "fu" y del "fa" y avanza más allá de las realidades del tiempo. El jugador ha conseguido lo que se proponía; no

sentir transcurrir el tiempo. Este es su éxito. Ese hecho absoluto es lo importante, lo esencial.

El vicioso no acepta el tiempo de la vida normal, el de la vida colectiva, quiere variar su curso monótono, pretende darle un acento eminentemente individual, suprimir el discurrir intolerable de lo que no dice nada, de lo igual, de lo borroso. Si anulo ese tiempo, ese tiempo que es el de todos, el colectivo, el impersonal, podría decirse el sujeto, ya no sentiré a los demás, ya seré el místico de la materia, el egoista elevado a la santidad, el solitario de la negación creadora.

El vicioso quita al tiempo de todos su movilidad, lo arrincona, lo vence, lo pulveriza. Cada minuto que pasa es para él un éxito porque no lo ha sentido. Por eso todos los hombres aman el vicio, porque en él se le quita al ritmo colectivo su devenir inexorable, y se le substituye por otro ritmo, por el psicológico, por el propio de uno, que yacía maltrecho y arrinconado. También este ritmo es temporal. ¡Pero qué tiempo! ¡Qué dócil es!. Se somete a todos nuestros caprichos, no protesta por nada; con él la vida marcha como sobre andaderas. Es el ritmo aquél de nuestra niñez, en el que nos mecía la "chacha" y en el que nuestra madre nos daba cachetes y nos besaba el cuerpo. Es aquel tiempo en que nos echábamos a llorar cuando nos negaban lo que pedíamos.

El vicioso es un intensificador formidable de la corriente vital que va hacia el futuro, la enriquece y evita el fastidio de la vida, y está siempre dispuesto a hacer el mismo esfuerzo inconsciente. El infinito temporal es absorbido por él con plena seguridad y dejar ir hacia su pasado, transformado en un mes, en un año, lo que fué un segundo en la realidad del presente del ritmo psicológico; y de esa manera este ritmo de su vida habrá dejado tras de sí la estela de una infinitud, rehaciendo aquella antorcha infinita que le venía al sujeto de su futuro. En el ritmo colectivo, donde ya el vicio no puede tener existencia, el tiempo, en su tránsito por el momento de presente pasa con toda gravedad, y da a la conciencia del sujeto un rendimiento impersonal, desfilando igual y monótono.

Y esa transformación de la energía psíquica, que se expe-

rimenta en el sujeto vicioso en el tránsito del ritmo colectivo al ritmo psicológico, es lo que hace su tiempo difícil y flúido. Añadid ahora la noción de acompañante que envuelve el vicio, con una particularidad notable, la de ser amable compañía sin voluntad propia y también el darnos avances a cuenta de un placer ansiado, y no os sorprenderá que tenga tantos y tan fieles amigos, que sea una fuerza a la que se someten las naturalezas más adustas y severas.

3.—Consideraciones acerca de la Virtud

• Frente al vicio como práctica del mal se afirma la virtud como hábito de hacer el bien. Estas definiciones de formato clásico no penetran en la actitud psicológica del sujeto.

La virtud es una preparación para la acción bondadosa, una buena disposición de ánimo, cuando se le une la noción de hábito. El hombre virtuoso pretende conseguir en el futuro un estado de perfección, o de salvación. La virtud es un estado de preservación, es decir, de salud para el porvenir. El hombre virtuoso no se impacienta, sino que muy por el contrario hace el aprendizaje de apreciar el tiempo, de aprender a medirlo, como si supusiera "a priori" que puede tener un carácter de eternidad.

El hombre virtuoso es más bien pesimista que optimista, presiente el dolor de la vida y quiere ahorrárselo en el futuro. No juega con el tiempo, se somete a él humildemente, sin querer forzar, ni a la naturaleza ni a sí mismo.

El virtuoso se somete al tiempo colectivo porque es su ritmo propio, y sabe muy bien que es para todos igual, y da un severo sesgo de uniformidad a todos, y si en efecto no aparece así siempre, es porque las naturalezas humanas son rebeldes y se desvían a causa del ritmo psicológico. El virtuoso es el constructor de ritmos colectivos, el que quita al vicio su rostro maligno y lo reemplaza por la simple diversión, de carácter apacible y tranquilo. En cambio, el vicioso se cansa de ese tiempo solemne, monorrítmico, rompe con todo y entra en el tiempo en que es dominador y acepta las consecuencias.

El virtuoso sabe muy bien la significación del deseo y de su obstinación peligrosa en el seno del tiempo psicológico; por eso quiere someterlo, esterilizarlo, para que no se le rebelle, como a San Agustín en sus años mozos.

La virtud es el confidente del hombre y sabe hablar en silencio a su oido para asegurar y prolongar su vida. Virtud y éxito van unidos, pero aquí se trata de un éxito pulcro, humilde, sin aspavientos. No es el de la ambición, sino que lleva en sí la nota de la paciencia meritoria, construida paso a paso, remachada, conseguida segundo tras segundo, sin inquietudes.

Entra el virtuoso en el futuro con las máximas precauciones y no pretende obtener el placer a la fuerza, sino vivir con distracciones sanas, tranquilas, sin pasiones, sin exigencias, sin forzar a nada ni a nadie. Por la virtud se va al éxito social a costa de sacrificar el placer. Por el vicio al éxito individual, restringido, limitado, pero intenso y apasionado, aunque el prestigio social del individuo se resienta.

La virtud es la prudencia y con ella desaparece toda intimidad, toda vibración personal. El temperamento ha huido, se ha eclipsado. En la prudencia es la vibración colectiva quien manda. En la lucha entre las dos vibraciones, la individual y la colectiva, el sujeto se debate continuamente. El tiempo se ha hecho virtud, o más bien, la virtud quiere anular nuestro tiempo personal, quiere desconocerlo. Las virtudes no gustan saber de vibraciones. Y por ello cada cual pretende mostrarse a los demás prudente, porque la prudencia, que a veces se transforma en astucia, es la total comprensión de los demás. Pero esa comprensión, esa prudencia, es una despersonalización. Por eso el vicio quiere volver la página y hacer lo contrario de lo que se le impone. El vicioso llega a hacer de sus deseos, como dijimos antes, un sistema, y quiere conseguirlos todos, y con el máximo refinamiento. Cree que todo debe moverse sincrónicamente y someterse a sus deseos, y que cada minuto transcurrido sea un éxito, y un éxito formidable que envidiaría cualquier hombre virtuoso, si no fuera por las consecuencias inconvenientes. También este hombre virtuoso querría ver realizados sus deseos, por-

que como cada “quisque” tiene su alma en su armario, pero no quiere hacerlo a costa de perder su prestigio. Por eso este hombre virtuoso piensa que no se debe forzar la naturaleza, pues es la única manera de realizar los propios deseos.

El hombre virtuoso es el del respeto máximo, sobre todo es respetuoso con el tiempo colectivo. No se pone nervioso cuando ve pasar igualcs los minutos, las horas y los días, sin que ningún acontecimiento personal destaque uno de entre ellos. Quiere como el vicioso anular el tiempo, pero sin acorralarlo, sin atomizarlo. No quiere gozar continuamente y no mira el tiempo psicológico más que de soslayo. Quisiera olvidarse de su inconsciente profundo, o por lo menos lo aparenta. El místico, por ejemplo, que es el caso de la virtud sin matices, tiene el aspecto de ser un gran vicioso, porque cubre su inconsciente con el paño de una pasión en cuyo tejido se ha dormido el tiempo. En ese caso la virtud ha engañado al tiempo para dominarlo.

La virtud es sacrificio, y es la comprensión de que en la vida humana se puede sacrificar uno mismo, pero no puede sacrificarse el tiempo y el espacio, sopena de hundirse con ellos. En el vicio el sujeto borra el espacio de un plumazo con gesto energico y el tiempo existente lo va quemando. En la virtud se restablece el espacio, se asegura el tiempo contra incendios, y sólo se permite al “péché mignon” ⁽¹⁾ sacar la cabeza de vez en cuando.

4.—Por qué se dice “Hay que” tener un Vicio

Algún vicio “hay que” tener, decimos frecuentemente. ¿Qué significación tiene ese “hay que”? . ¿Por qué es obligado tener un vicio?

El vicio supone un tiempo futuro y la necesidad de gozar en él de algún placer, de producir una corriente de tipo agra-

(1) Pecado leve preferido por el sujeto y que se puede satisfacer públicamente.

dable. El vicio pretende asegurar el placer en el momento que se quiere. Esa es, en mi opinión, una explicación del "hay que": Esto envuelve una condición: si quieres tener un placer cuando deseas ha de ser a base de que tengas un vicio, esto es, a condición de que peches con los resultados inconvenientes de tu conducta. El placer a voluntad supone, pues, el dolor posible.

El vicio tiene la propiedad fantástica de predecir el porvenir, puesto que pretende asegurar el placer de manera matemática cuando se desea. Naturalmente, no todos los vicios son iguales. Los hay que se verifican por la colaboración de varios sujetos, y son más difíciles de conseguir que los que dependen de uno solo. Por eso, por ejemplo, el fumar es vicio tan difundido. El fumar produce el placer cuando se desea. La gente fuma y no sabe por qué, ni le interesa. Fuma para obtener placer, para pasar el rato, para pasar el tiempo, para quemarlo, y aquí el tiempo es materialmente el cigarrillo. Eso es bien claro. En lo que no se repara es en que ese placer tiene el don soberano de la oportunidad, de una oportunidad que en el fondo es rebeldía. Nada impide tener ese placer al fumador, salvo la falta de tabaco o de cerillas. Se fuma cuando se quiere. Ese es su valor. Y es que hay muy pocas cosas en este mundo que se pueden hacer cuando se desean. La delicia del fumar estriba en que no depende de nadie, en que se realiza absolutamente cuando a uno le da la gana. El vicio es la dictadura del deseo individual. La realización de ese deseo no necesita de nadie. Se siente uno vivir deseando, sin que el "inexistente" objeto del desear se rebale.

Tienen una gracia incomparable esos hombres con caras muy severas, con actitudes imponentes, que avanzan por la calle dando grandes chupadas al cigarrillo, o a la enorme pipa, y lanzan bocanadas de humo como si fueran imponentes locomotoras. Ellos creen que causan miedo por el aire insólito que presentan, y todo lo que al fin y al cabo pretenden es obtener un poco de placer en el preciso instante del chupar. Otra chupada, y otro poquito de placer, y así hasta la cilla. Y después, con la vista fija en el próximo cigarrillo.

Su ideal sería fumar un cigarrillo tan largo como todas las horas del día juntas.

En el vicio del juego el hombre necesita la presencia de otra persona por lo menos, salvo el que gusta de hacer solitarios, y determinadas condiciones para que la partida se lleve a cabo. Aquí el placer que se ha de obtener está más condicionado, pero una vez en marcha el placer no se detiene, aun a trueque de pérdidas o de discusiones. Pero en fin, el vicio es un dirigirse hacia el placer matando el tiempo. Por eso “hay que” tener un vicio, para matar el tiempo, este tiempo agresivo que nos desafía, y sacrificarlo en aras de un placer arrancado a viva fuerza.

Pero ¿por qué “hay que” ir hacia un placer en el momento que se quiera?. ¿Por qué nos tiraña el ansia de placer? ¿Por qué no nos satisface un estado de indiferencia entre el placer y el dolor?. ¿Por qué esa persecución enconada contra el tiempo?. ¿No encontraremos en ese ansia desenfrenada hacia el placer y contra el tiempo el presentimiento de nuestra muerte?. El vicioso se plantea de manera apremiante el problema de su vida, considera que puede morir en cualquier instante del tiempo por venir y quiere sacar el máximo provecho, el mayor placer posible, de este preciso instante que está viviendo, si por un casual la muerte se le presentase inopinadamente. O acaso no sea pusilánime y presienta solamente que nuestro humor es alternante, que nos sobrevienen momentos difíciles, de preocupaciones grandes, sin que haya una importante causa o como vago resumen y síntesis de todos, o también para poder hacer frente a las largas esperas, a esas esperas absurdas en las que nos contamos historias a nosotros mismos, a ese “ni fu ni fa” de que hablábamos antes. Y para pasar el cabo de las tormentas el vicio nos construye un ancla recia que nos pueda servir de salvación y espera. Tenemos que considerar el pensamiento de la muerte, del peligro, o simplemente el inexorable devenir monótono de la conciencia, como una segunda causa del “hay que” tener un vicio.

Se dice que el hombre es un ser que lleva en sí una fiera. El hombre lleva, en efecto, un ansia incontenible de placer. Esa es la fiera, ese es su salvajismo, y justo es reconocer

que se domina bastante. Si ha inventado la virtud ha sido por las náuseas sentidas ante la depravación social y la necesidad de organizar un orden colectivo. Pero como hay muchos que caen frenéticos en el vicio ha ideado un convenio, un contrato, una ley, que garantice aquel orden. Y entonces todo ha cambiado. El vicio se ha restringido. Los hábitos nocivos se han moderado. El hombre se ha puesto triste porque se ha dado plena cuenta de que no podrá contabilizar el placer como había imaginado.

En el seno de la vida política bulle la noción de placer. Nada de extraño tiene, puesto que la política refleja el vivir diario con todas sus ambiciones, envidias, simpatías y odios, en fin, todas las inquietudes humanas. Yo miro aquí el sentido psicológico de la política, no el social de ser creadora del Derecho. En la política democrática se plantea la tendencia de todos al goce, en tanto que en la aristocrática, tomando el término en el sentido aristotélico de los mejores, el goce afecta a un número más reducido de individuos. Por eso la democracia es más complicada que la aristocracia, porque es más fácil "premiar a dos mil letrados que a treinta mil soldados", como dice Cervantes en el Discurso de las Armas y las Letras; pero tanto la una como la otra llevan inserto el deseo de placer, en sus formas de distracción o de vicio.

La tendencia natural del hombre es la política democrática, porque en obtener placer están todos de acuerdo, pero ella no se puede realizar más que a costa de limitar la porción de placer individual, y en este momento surge la crisis y hay que civilizar al hombre, que no es otra cosa que estrangular, o al menos limitar, su actitud viciosa y entonces, como un niño a quien se le quita de las manos el juguete con que jugaba se pone furioso, pero al fin acaba por someterse. Se ha conseguido mejorar su vida a costa de ser virtuoso, porque la virtud es un peso, una carga que nos imponemos, unas veces voluntariamente y otras, las más, que la sociedad nos impone.

Frente al "hay que" tener un vicio nos decimos "hay que" ser virtuosos. Y esto lo hacemos saliendo del ámbito de la individualidad, donde se vive en el tiempo psicológico, y

construyendo las grandes entidades, como son los grupos sociales disciplinados, llámense sindicatos, agrupaciones religiosas, o con mayor amplitud el Estado, donde hay que vivir en el tiempo colectivo. En la época moderna hemos de vivir sometidos a tales entidades porque el número de los aspirantes al placer ha aumentado monstruosamente, si queremos permitirnos vicios condicionados. Y la mayoría prefiere someterse a la más importante agrupación, al Estado, porque es la que da más garantías para beberse una copa de licor, ir a una sesión de cine, o presenciar un partido de fútbol de vez en cuando. El ritmo colectivo ha decapitado al vicio, transformándole en simple distracción.

5.—Objeciones contra el Vicio

Múltiples son las objeciones que se hacen contra el vicio: dañar la salud, dilapidar el dinero, pérdida del tiempo, desprecio moral y otras de menor cuantía, pero de todas ellas la más fuerte es la relativa a la salud. Si ésta no se quebrantara habría muchos más viciosos de los que existen. La moral y la religión esgrimen contra él la incapacidad del sujeto para dominarse, su falta de reconocimiento de los valores. Pero hay muchos vicios que no son deshonrosos y otros que son un acicate en la labor y el esfuerzo diarios. Hay muchas ocupaciones sociales que son verdaderos vicios, pero debido al rigor de su organización no pasan por tales.

Hay un factor en el vicio que le hace odioso: es su egoísmo, su limitación al propio sujeto, lo cual le lleva a una falta absoluta de solidaridad. Eso que es, como si dijéramos, el orgullo de la materia, los demás no lo toleran, por sentir que no pintan nada para el vicioso. Ese aislamiento es inaguantable. Esa artificiosa independencia es intolerable. Sin embargo, muchos vicios se practican en compañía de otras personas. En ese momento se hace un grupo cerrado entre los que participan en él, y lo que acaecía con el hombre solitario sucede ahora con el grupo, el cual queda aislado y puede recibir las mismas censuras que el individuo. Pero el número no tiene

importancia. El vicio sigue siendo egoista e individual, porque esa es su esencial característica.

Yo rechazo el vicio porque supone que el fin más importante del hombre es el placer y eso le convierte en un ser deleznable, lleno de defectos y falto de delicadeza y de sensibilidad en sus relaciones con los demás. Hay muchos hombres que con tal de conseguir el objeto de sus vicios recurren a las más astutas estratagemas y a las más bajas hipocresías. Pero cuando yo hablo del vicio no comprendo en él las enormes aberraciones con que algunas veces se presenta. Hay muchos vicios que en seres anormales llegan a producir verdaderas monstruosidades. Yo no hablo de los casos clínicos. Mas todos saben que el vicio es cosa corriente en la sociedad aunque, generalmente, las naturalezas sanas no sean inclinadas a él.

Contra el vicioso se esgrime a justo título la objeción del pecado. Es inútil detenernos en argumentar en favor de la virtud y en contra del pecado y del vicio. Sin embargo, cuando yo hablo del vicio es porque lo considero como una realidad psicológica de la mayor importancia, en lo cual creo que todos estaremos de acuerdo. No se trata de justificarlo, sino de reconocerlo y aun de comprenderlo. Pero se nos puede decir: ¿Por qué ponéis el vicio como una fuerza de la psique y en cambio no ponéis la virtud?. ¿No es más lógico considerar a ésta como fuerza en lugar de hacerlo del vicio, que tantos males produce?. Ya hemos visto antes que no se puede sólo estigmatizar el vicio, sino que hay otras fuerzas que pueden serlo también, según el uso que de ellas haga el hombre, como por ejemplo sucede con la ambición. Yo no quiero volver sobre el significado de fuerza, de que ya me he ocupado antes. El vicio es fuerza porque nace espontáneamente en nosotros, porque cubre vacíos que ninguna otra fuerza puede llenar, porque a su evocación el ritmo colectivo es soportable. Para alcanzar la virtud se requieren esfuerzos a veces enormes, para los que muchos hombres no están capacitados. Asimismo, la virtud como ideal cae en el área del ritmo histórico. No se puede exigir a todos que sean santos o héroes. Además, sobre la escala de los valores no todos están

de acuerdo. Hay unos que estiman como virtudes lo que otros consideran hasta como vicios. En la duda, el hombre no se detiene y va derecho a su vicio. Por esto yo lo considero como una fuerza porque, como la fe, vive liberado de la duda.

CAPÍTULO XI

LA ANULACIÓN DE LA MATERIA Y DEL TIEMPO. LA PRISA.

1.—*La Prisa como Fuerza*

Continuando en nuestro estudio de ver cuáles son las corrientes que se producen en la psique del hombre para adentrarse por el presente e ir hacia el infinito que se da en los límites de su futuro, nos encontramos ahora con la prisa. Todos los animales tienen prisa cuando tratan de alcanzar aquello que puede satisfacer sus deseos; pero no hay ninguno que con tal fin saque tanto de quicio a la naturaleza como el hombre. Sobre todo en la época moderna la fiebre de la prisa nos ha ganado a todos, y ha hecho de nosotros algo que nos diferencia radicalmente de los hombres de tiempos anteriores. Con el empleo del motor la noción galileica del plano inclinado ha desaparecido y hemos perdido la idea clara de la horizontalidad.

Y es precisamente en la ansiedad del hombre por caminar más a prisa donde se ha puesto de pleno relieve la infinitud de tiempo que suponemos hay en nuestro futuro. El sentido renovado de la prisa encuentra allí su máxima justificación. Si no supusiéramos la posibilidad de un infinito real ¿cómo íbamos a imaginar el aumento indefinido de la velocidad?. Porque un tal aumento no es contradictorio. Y si la materia puede producirlo es porque en efecto hay en nosotros una fuerza que puede satisfacerlo y abarcarlo. La prisa impulsa nuestro intento de aumentar la velocidad; pero jamás podrá conseguirse que sea infinita, pues si se llegara a la meta en el mismo instante que se inicia un movimiento, el espacio se habría anulado y la materia y la vida serían puntos

imaginarios. Ninguno de los dos infinitos, el del futuro y el de nuestras fuerzas son reales, pero de la posibilidad del uno nace la del otro. La prisa es, pues, inagotable y no encierra contradicción; por ello es una fuerza, porque por mucha prisa que se tenga siempre habrá mayor espacio que recorrer, y porque el ansia de ir más a prisa es continua en el hombre.

Recordemos a este propósito "La máquina de exploración del tiempo" de Wells. En esta novela, el explorador del tiempo parte con una máquina de su invención hacia el futuro y se instala en el año 802,701 para observar el progreso realizado por el hombre en tan largo plazo, lo cual no tiene importancia ahora para nosotros. Pero resulta, que al regreso de tan larga excursión, el explorador se encuentra en su laboratorio en el segundo exacto de su partida y nada en éste ha cambiado. Todo ha ocurrido en el instante de presentarse, como si la ida y la vuelta se hubieran hecho sobre un rayo de luz. Esta excentricidad revela el efecto de la fiebre de la velocidad, de la prisa, en la fantasía desbordada de un escritor del temple de Wells.

Abundando en el mismo pensamiento el escritor León-Paul Fargue dice la frase siguiente: "La idea en nuestros días, es ver la cosa realizada al mismo tiempo que es concebida".

Y en el plano de la vida corriente y vulgar de todos los días, recordemos aquella escena de la película italiana "Los ladrones de bicicletas", cuando el protagonista va a casa de la echadora de cartas para preguntarle cómo podría encontrar la bicicleta que le han robado, y ella le responde: "O la encuentras inmediatamente, o no la encontrarás nunca", frase en la cual su autor ha querido sintetizar y casi sin darle importancia el aspecto más saliente de nuestra época, el apresuramiento, que todos ponemos cuando realizamos nuestras acciones.

Si yo pongo la prisa como una fuerza de análoga categoría a la vocación o al temperamento, es porque al igual que éstas influye sobre todos nuestros procesos. Con la prisa, la energía animal tiende a encajar en las condiciones de vida que plantea el sujeto, a cada instante, al tiempo y al espacio. La

prisa da a nuestras acciones una acentuada coloración personal. Es una fuerza que influye poderosamente sobre el proceso de nuestra imaginación, con lo cual ésta modifica la idea de lo que nos rodea. La prisa es una fuerza auténtica que hace adquirir al sujeto apresurado una modalidad típica. Se caracteriza la prisa por una pretensión de conseguir todo, incluso antes de comenzar, y asimismo por los impropios esfuerzos hechos ante la realidad material, en la cual los días son de 24 horas. La prisa humaniza la materia, acelera nuestro ritmo vital, y hace sufrir una alteración continua a nuestros estados psíquicos y orgánicos. La prisa es una fuerza que está siempre en el umbral del instante dispuesta a desencadenar todas sus andanadas en el momento que se la requiera. En este sentido se parece al vicio. Sólo la prudencia hace que el sujeto apresurado no pierda los estribos, pero la prudencia es el aplazamiento de la prisa. Prudencias sucesivas son otras tantas dosificaciones de la prisa, que después surge más fuerte aún. La prisa se manifiesta en nosotros como un acelerador que impulsa siempre y que hace avanzar a todas las demás fuerzas de nuestra psique. Desearíamos no esperar. Nuestra ansia sería que el deseo futuro se realizara ahora mismo. Con la prisa hacemos elásticos el espacio y el tiempo. La prisa impide la precisa localización de los hechos y el pasado borroso se esfuma rápidamente. Por eso el hombre moderno vive en alerta permanente. El pasado no cuenta y se le desprecia. El futuro surge despótico entre la bruma y erige su perfil como un cíclope. Pero este futuro se confunde con el presente y entramos en éste como si él sólo existiese.

Y así vemos que la prisa, fuerza psíquica en todos los tiempos, es modernamente cuando ha descubierto sus valores. Con ella la vida se ha hecho más original y variada. En la quietud todos los momentos son iguales. La velocidad afirma y da relieve a cada instante. La prisa afirma nuestro dominio sobre la materia. El hombre apresurado se ve viviendo un doble destino. En uno de ellos acentúa la idea de su provisionalidad, de su limitación y pequeñez; en el otro descubre la solidaridad y el destino común y su sentido de eternidad y de permanencia.

2.—La Prisa y los Inventos

Dice el filósofo español Ortega y Gasset, nuestro antiguo y querido maestro, en su ensayo “La historia como sistema” las siguientes palabras: “Así, la pérdida de la fe en Dios deja al hombre solo con su naturaleza, con lo que tiene. De esta naturaleza el intelecto forma parte, y el hombre, obligado a atenerse a él, se forja la fe en la razón físico-matemática. Ahora perdida también... la fe en esta razón, se ve el hombre forzado a hacer pie en lo único que le queda, y que es su desilusionado vivir. He aquí por qué en nuestros días comienza a descubrirse la gran realidad de la vida como tal... El hombre se pregunta: ¿qué es esta única cosa que me queda; mi vivir, mi desilusionado vivir?”. (“Historia como sistema”. R. de O. 1941. Madrid. Pág. 77 y 78).

¿Por qué Ortega afirma que el ocuparse de la vida, de la historia, del tiempo, proviene de la pérdida de la fe en la religión y en la ciencia?. Jamás el hombre ha realizado estudios científicos tan vastos como ahora. Nunca hubo tantos hombres de ciencia como en el presente. ¿Es que la ciencia actual se ha propuesto fines distintos de los que ha alcanzado, o de los que se proponía estudiar?. ¿Es que la ciencia está insatisfecha de sus íntimas aspiraciones? ¿Ha pretendido quizá responder al enigma filosófico de la existencia? No. La ciencia ha intentado el análisis de la materia y el descubrimiento de las leyes que la rigen. No se puede exigir de la física, de la química, de la biología, lo que no son sus fines propios. La razón, en el siglo XVI, tuvo que alzarse contra los principios dogmáticos, religiosos y filosóficos, adonde la había conducido la tendencia aristotélica medieval, por su incapacidad para interpretar los problemas de su tiempo; pero una vez orientada, no se ha desviado de su camino. Es cierto que aquella ilusión renacentista por los descubrimientos científicos fué inmensa; pero desde entonces éstos no han hecho más que aumentar, y ello en el plano de la ciencia aplicada y en el de la teórica. No se ha perdido la fe en la ciencia. Es que han surgido nuevos problemas que no se pueden plantear en el plano de la ciencia física o biológica. Es el propio pro-

greso de estas ciencias lo que ha hecho aparecer esos nuevos problemas. Si se hace la distinción entre ciencia y destino humano, es porque donde se dice ciencia se ha querido decir sin duda metafísica. En todo caso, será en esta última en la que el hombre habrá perdido la fe, pero no en la ciencia.

En cuanto a la fe religiosa, los millones de creyentes aumentan cada día. Es cierto que a medida que el hombre avanza en sus descubrimientos científicos disminuye su fe en los principios religiosos. Pero es que ahora hay hombres para todo, para la religión y para la ciencia.

El hombre responde siempre a la llamada de un principio superior y misterioso. En el ritmo colectivo el escepticismo es una realidad, pero los ritmos histórico y psicológico preparan la evasión del hombre, sobre todo este último ritmo, y hace que los hombres penetren en el seno de la religión.

Pero volvamos al pensamiento de Ortega, a la idea de que el hombre ha perdido la fe en la ciencia y en la religión para concentrarla en su propia vida, en su historia, y en su tiempo. La causa de ello no se encuentra, ésta es mi opinión, en esa pérdida de fe, sino en un hecho más real, más auténtico, característico de nuestra época y consecuencia de los descubrimientos científicos. La velocidad, la aceleración, han dejado al descubierto la individualidad del hombre como nunca lo estuvo. Ha sido como una bocanada de viento que ha levantado sus vestiduras y ha dejado su cuerpo al desnudo. Es el fenómeno de la prisa elevado a la enésima potencia lo que ha engendrado un complejo nuevo en el alma humana.

Siempre conoció el hombre fenómenos de movimientos acelerados: los vientos huracanados, los vuelos de las aves y las velocidades de animales como el caballo, el elefante o la gacela, con sus 90 km. por hora. No es nuevo el fenómeno del pánico. Pero hay un momento en la vida del hombre del siglo XVIII que origina un cambio radical en su total existencia. Me refiero a la fecha en que el italiano Volta inventa la pila eléctrica, el francés Papin la marmita de su nombre y el inglés Savery descubre su aparato de vapor. Los tres echan, en el transcurso de unos cuantos años, las bases fundamentales de los inventos modernos que culminan por entonces en

el del motor eléctrico. Es en este momento cuando la velocidad adquiere un nuevo sentido en el hombre, cuando se apodera de todo su ser una nueva pasión. *El día en que se inventa el motor eléctrico, ese día la existencia humana sufre su conmoción más grande, y es en ese instante cuando la vida se instala en el primer plano de su conciencia, con una intensidad que nunca había tenido.*

No comprendo cómo se establece la fecha de 1456 para diferenciar las edades media y moderna, año de la toma de Constantinopla por los turcos, que no nos dice nada, y en cambio se arrincona, se olvida la de 1786 en que Volta inventa la pila que da origen al motor eléctrico, y que había de imprimir a la humanidad un derrotero radicalmente distinto al anterior. Y en poco más de siglo y medio el hombre llega a producir velocidades supersónicas, sin hablar de las enormes conseguidas por algunos cuerpos volantes. ¿Podemos apreciar exactamente la influencia que ha ejercido en la psique humana el aumento frenético de la velocidad?. El sistema nervioso sufre un choque inédito, sin precedentes. La existencia humana penetra en un reino desconocido hasta entonces. La máquina se funde con el hombre. Este se evade de sus límites antiguos. Puede nadar bajo el agua como el pez, volar como el pájaro, y hacerlo más velozmente que los peces y que los pájaros. Se siente la vida más que nunca porque tiene caminos en todas direcciones. Añadid que el perfeccionamiento del reloj, con su apreciación de minutos y segundos y décimas de segundos ha hecho que el tiempo se ponga intensamente de relieve, y que nuestras obligaciones sociales se centren a cada instante a una hora precisa. Esto hace que nuestra vida parezca escapársenos de las manos y que pretendamos retenerla avaramente. La muerte nos acecha hoy más que nunca y los poetas, que calan más rápida y hondamente que los filósofos en el alma humana, han descubierto la magnitud del instante temporal en la sensación, encontrando en él una eternidad "real". Por todo ello el hombre destaca su fe en la vida. No porque esté desilusionado. Es que el mundo se ha hecho más rico, científica, religiosa, política y vitalmente. La vida humana ha adquirido

una pujanza desconocida que ha aumentado nuestra atención al máximo, siendo precisos para interpretarla fuerzas y conceptos distintos de los tradicionales.

3.—*La Prisa, Fenómeno Moderno*

Con qué placer dice un hombre: dispénseme, no puedo ocuparme ahora de su asunto, estoy ocupadísimo, no tengo tiempo para nada. Ese tiempo que nos pertenece, que es nuestro exclusivamente, que no permite su enajenación, que está robado al tiempo común ¿desde cuándo fué objeto del derecho de propiedad?. Es que tenemos la plena conciencia de que el tiempo es oro, como dice el proverbio inglés. Ese tiempo pasado, ganado o perdido, no volverá. Y la acción irrealizada tampoco. Todos los hombres, al darse cuenta de la singularidad del devenir, presentan sus reservas personales como una originalidad. Esta originalidad de reservarse, de hablar de "su" tiempo, está circunscrita sobre todo al hombre moderno. Antes, ese "no tengo tiempo para nada" era sólo privilegio de unos cuantos magnates; pero ahora, hasta el ser más insignificante se puede permitir el lujo de poseer un tiempo propio. El tiempo se ha deshilachado. Y todos se han lanzado a apoderarse de una hilacha y tirando de ella tratan de ir cada vez más de prisa.

Todo está hoy envuelto en el aire de la prisa: los inventos, los instrumentos de trabajo, las relaciones sociales, los espectáculos. Todo. La velocidad de los trenes aumenta, la de los autos, la de los aeroplanos. Continuamente se ha hablado de superar en los aviones la velocidad del sonido, pero una vez esto conseguido ya se considera tal velocidad como ridícula. Y hasta se ha inventado la maquinilla eléctrica y la crema para afeitarse sin brocha a fin de ganar tiempo. Es preciso superar continuamente la rapidez. Hay que anular la materia, el espacio y el tiempo. El hombre se ha convertido en un nihilista del tiempo, de las cosas imponderables. La prisa acumulada durante millones de siglos ha estallado con caracteres de violencia. Se va cada vez más a prisa y se acorrala a la materia,

se la pulveriza. Y anulando a la materia se anulan también al espacio y al tiempo. Jean Guitton dice en su libro "Justificación del tiempo": "¿No hay en todo ejercicio de la inteligencia un esfuerzo para suspender y aun para suprimir el tiempo?" (Pág. 5).

La prisa es una fuerza que avanza como si el futuro no terminara con nuestra muerte natural, sino con la provocada. Con la prisa el hombre es un suicida en potencia. Con ella no recorre el tiempo ni el espacio, porque cuando sube en un avión no hay diferencia entre lo que él es y lo que es la materia. La ambición se hace entonces tan desmesurada como la prisa, y para la fantasía el límite del hombre coincide con el del mundo. La vida adquiere en el vértigo de la prisa un sentido trágico, porque la gran ambición no puede satisfacerse más que a costa de hacer de la muerte la dictadora de nuestros deseos. Hay en el vértigo de la prisa una divinización, y una anulación simultánea del hombre.

Se citan en los manuales de psicología los fenómenos de hipermnesia. Según éstos, hay hombres que en graves accidentes han estado en inminente peligro de muerte y han visto en un instante desfilar ante la fantasía, como en una película, la integridad de sus vidas. Y es que hay fenómenos psíquicos que siempre existieron, pero que se hacen tangibles en nuestra época debido a la velocidad.

Un hecho insignificante, pero que revela cómo modernamente vivimos influenciados por la prisa, lo tenemos en que al comenzar el año 1950 los periódicos, todo el mundo, ha celebrado el medio siglo XX, cuando en realidad aun faltaba todo el año citado para cumplirse el medio siglo. Y en cambio, al finalizar ese año nadie ha hablado del medio siglo. Y no es que los periodistas no se dieran luego cuenta de ello, sino que todos sentían un vértigo, una prisa inaudita por cortar un año de raíz, por arrinconarlo, por reducirlo a la nada.

Es que probablemente el fenómeno de la prisa hace más intensos nuestros placeres, es que el hecho mismo de la prisa es un placer. Sentimos un frenesí en apresurarnos. Presentimos ese frenesí en el acelerar de nuestra esperanza para tener

sueños más bellos y más numerosos. ¡Qué placer de dioses el hundir el acelerador del auto hasta el máximo! ¡Qué vértigo debe de sentirse cuando el aeroplano alcanza su máxima velocidad!

4.—Prisa y Personalidad

Si vamos andando de prisa y nos preguntamos por qué nos apresuramos nos responderemos, como es natural, pues porque el tiempo nos llega justo y queremos llegar adonde vamos a una hora determinada. Pero no se trata de eso. La pregunta encierra un aspecto más genérico. ¿Qué gana un hombre yendo de prisa? Gana, el goce de hacer más cosas que otro cualquiera en el mismo tiempo. La prisa envuelve, pues, un afán de hacer, una ambición, un deseo de gozar y de aumentar la propia personalidad. En la prisa podemos establecer una comparación entre dos términos. Un término es el tiempo colectivo, que es igual para todos. Un segundo término es el número de cosas que se pueden hacer en el mismo espacio de tiempo. Y sin que el sujeto aprecie exactamente en su conciencia los términos de la comparación, por simple intuición, y por un afán de superarse, trata de diferenciarse de los demás ejecutando dos y más cosas en el mismo plazo, porque todo le invita a ello: la clásica y ciega ambición y la moderna y ciega velocidad. Es claro que el mérito no consiste en hacer más cosas que otro en el mismo tiempo, sino en hacerlas bien. Pero en igualdad cualitativa, el hombre que ha hecho más cosas que otros en el mismo tiempo, revela valer más que ellos. Así, pues, la prisa concede al hombre la posibilidad de distinguirse de los demás. Y en este sentido, se puede decir, que obrando con premura tenemos más capacidad productora que haciéndolo despacio. Si la personalidad se midiera por el mayor número de acciones hechas en el mismo tiempo, diríamos que el hombre apresurado tiene más personalidad que el de ritmo lento. Claro es que no es exacto expresar tal pensamiento, pero si no lo es ¿por qué se ha establecido un pugilato entre los hombres para

ver quién llega antes? ¿Adónde? No se trata de adonde, sino de recorrer el mismo espacio en el menor tiempo posible. En nuestra época no hay más que carreras, apresuramiento, RECORD. El que llega antes demuestra poseer un conjunto apreciable de cualidades. En primer lugar la resistencia física, en segundo término la habilidad. La primera envuelve una constitución robusta, la segunda disposiciones personales de inteligencia y destreza. No hablemos del valor personal, que se supone, como suele decirse. Pero en la época moderna todo se ha hecho objeto de clasificación temporal. En los negocios, en las profesiones, se aprecia sobre todo al que hace más cosas en menos tiempo. Hay en ello una mezcla de ambición, de afán de gloria, de deseos de dinero, y todo ello excitado por la noción de prisa, de velocidad. Podríamos decir que la personalidad está apreciada según la aceleración de cada uno. A mayor prisa, mayor personalidad. Y sobre todo por la obsesión del tiempo. En esta edad en que se tiende al igualitarismo, los hombres podrían sentir su diferenciación en la nota específica del tiempo. Si en los orígenes del liberalismo se decía: todos los hombres son iguales en derecho, es decir, a los hombres se les reconocía la capacidad de poseer; en los tiempos actuales se diría que todos los hombres tienen derecho a acosar el tiempo como les venga en gana, o como puedan. Si la libertad o la dignidad humana eran el principio individualizador, ahora este principio sería la prisa de cada uno. Claro es que esto plantea problemas morales que no es propósito nuestro dilucidar.

No todos los hombres se pueden permitir ir con la velocidad que su prisa requiere, porque si la prisa reposa sobre el deseo, la velocidad lo hace sobre la materia organizada, que es la máquina, y no todos tienen siempre, ni la resistencia, ni la habilidad, ni los medios económicos necesarios. El hombre con prisa, si quiere avanzar más rápido, para evitar las molestias de los viajes largos, o para realizar negocios, no se contenta con ir a pie, sino que emplea su dinero en tomar un taxi o un avión, y si quiere aumentar su velocidad requiere un avión del último modelo; en fin, ha de tener medios materiales junto a condiciones de salud, energía, valor,

estímulo, constancia, ansias de éxito, etc. La libertad nunca es concepto viejo, ya que es la base de la personalidad humana; pero en nuestra época, cuando pronunciamos la palabra libertad nos llega dentro de ella la noción de prisa. Si no sonara a dislate, si no fuera una "herejía", se podría decir, que en nuestros días, el hombre más libre es el que tiene capacidad para apresurarse más, para ir más a prisa.

5.—Presente y Velocidad

Parecería que concentrando en el presente el mayor esfuerzo, la máxima atención, íbamos a limitar y a empequeñecer la vida; sin embargo, ha sido lo contrario. La velocidad se ha hecho más patética, pero también más atractiva, más rica de contenido, más variada y compleja. La velocidad ha hecho que el tiempo cambie de significación para el hombre. Y por esta causa, nociones que él tenía por muy fundamentales y arraigadas, han sufrido una profunda transformación.

Nos sentimos más plenos que nunca, porque la velocidad aumenta nuestras experiencias al grado máximo. El hombre es testigo de un número asombroso de hechos. La tierra se ha hecho redonda. Conocemos gentes de todos los países. Nos llegan noticias de ellos aun sin preguntarles, sin escribirles y sin que nos escriban, porque la prensa es un mensajero que nos relaciona a todos. La telegrafía y la telefonía nos colman de noticias. El cine y la televisión nos dan el instante real sin ningún esfuerzo por nuestra parte. Se han dibujado sobre la superficie de los mares, en las llanuras continentales y sobre las nubes caminos y surcos, en los que se han fundido el hombre y la materia.

Sentimos crecer la longitud y el tiempo de nuestra vida. Podríamos vivir menos tiempo que antes, pero en un año, ahora, somos capaces de hacerlo con una intensidad equivalente a toda una vida del pasado. La velocidad ha alargado la vida. Acaso haya perdido en ocasiones amplias dimensiones, pero su elasticidad temporal le ha hecho recuperarlas y hasta excederlas.

La noción de presente no es la misma en nuestra época que en las anteriores. El presente se nos impone de manera avasalladora. Antes, para organizar la vida, se partía del pasado o del futuro, hoy se parte del presente. Entiéndase esto bien. El pasado y el futuro preocupan hoy como antes, y el presente se imponía anteriormente a los hombres como ahora; pero en nuestra época se parte del presente, diríamos que casi conscientemente. Antes veníamos del pasado o del futuro al presente, ahora vamos del presente al pasado o al futuro. La velocidad ha impuesto la noción de presente. Se utilizan el pasado y el futuro como vehículos, como medios para ensanchar el presente. La rapidez con que puede llegarnos el futuro ha puesto al descubierto las costuras del tiempo y la posibilidad de nuestra muerte inmediata. No queremos saber más que del instante que vivimos y nuestra fantasía descubre en él amplios panoramas. Y acaso por vivir atenazados por el tiempo que marca nuestro reloj, acortamos o ensanchamos los deseos en ese instante, en un intento de superación personal. No ha habido nunca más deseos acumulados que en nuestra época. Esta es la más fuerte realidad de nuestro tiempo.

La idea de eternidad ha corrido parejas con otras, la de las causas ocultas, por citar un ejemplo, pero así como a ésta los filósofos racionalistas la detuvieron y echaron hacia atrás en el pórtico del Renacimiento, la de eternidad avanzó con espíritu presuroso y se adentró en la edad moderna obstinándose en seguir viviendo. La rápida vida actual no pudo soportar la permanencia en el cielo de esa eternidad, y su misma prisa la hizo descender al ámbito de la vida cotidiana, porque lo eterno, concebida la materia en perenne movimiento, es esencialmente el presente. Antes, el sentido de eternidad era metafísico, ahora es histórico. Antes lo eterno sobrepasaba los límites de nuestra vida, ahora está en ella misma.

ÍNDICE DE AUTORES

ÍNDICE DE AUTORES

- Alain, 122.
Anatole France, 12.
Aristipo, 190.
Aristóteles, 23, 61, 107, 123, 124, 125, 135, 136.
Azorín, 74.
Bachelard, XIV, 59, 78, 79, 80, 81, 90, 99, 153, 201.
Bain, 166.
Bentham, 12.
Bergson, 35, 37, 62, 65, 66, 68, 69, 77, 80, 120, 139, 150, 151, 164, 165, 166, 170, 178, 179, 195, 196, 197, 198, 199.
Berkeley, 135, 158.
Blasco Ibáñez, 217.
Boylesve, René, 65.
Boutroux, 166.
Brentano, Franz, 65, 68, 86, 137, 154, 226.
Calderón, 74, 189.
Carlyle, 10.
Carrel, Alexis, 173.
Cervantes, 188, 189, 239.
Consentino, 19, 30, 32.
Copérnico, 108.
Cousin, 118
Dante, 183, 207.
Deley, Jean, 134.
Demócrito, 100.
Descartes, 5, 18, 26, 29, 68, 69, 132, 134, 135, 137, 139, 140, 141, 150, 226.
Dilthey, 185.
Dostoevsky, 24.
Duhamel, Georges, 75.
Dunne, John W., 32, 33, 197, 198, 199.
Duns Scoto, 142, 146.
Einstein, 24.
Eluard, Paul, 125.
Espinosa, Benito, 150.
Fargue, León-Paul, 244.
Feuerbach, 129.
Fouillée, Alfred, 166, 167.
Freud, 86, 169, 192.
Galen, 172.
Gay-Lussac, 88, 91.
Gide, André, 9, 74, 78, 89, 131, 208.
Giorgione, 158.
Goethe, 226.
Gross, León Gabriel, 194.
Guillaume, 62.
Guillén de Castro, 208, 209.
Guitton, Jeau, 16, 35, 78, 250.
Gusdorf, 80, 140, 141, 142.
Guyau, 68.
Heidegger, 95, 135.
Heráclito, 59, 170.
Herbart, 63, 167.
Hipócrates, 177.
Höffding, 122.
Hume, 25.
Husserl, 59.
James, William, 4, 76, 88, 151, 165, 166.
Janet, Pierre, 61, 62, 89, 90, 99, 134, 135, 154, 159, 160.
Keller, Hellen, 149.
Kierkegaard, 74, 141, 212.

- Lalande, 122.
Lapicque, 151, 173
Lavie, P. 122.
Lecomte de Noüy, 151, 173.
Leibniz, 18, 24, 149, 150.
Loutreuil, 226.
Lubac, Emile, 83.
Mach, 61.
Maine de Biran, 68, 69.
Malebranche, 149, 150, 164.
Manrique, Jorge, 74, 170.
Marcel, Gabriel, 206, 207, 210, 212.
Mauriac, 74.
Max Scheler, 29, 139, 140, 168.
Merleau-Ponty, 81.
Montherland, 74.
Newton, 18.
Nietzsche, 3, 146, 165, 166, 170.
Nogué, Jean, 68, 69, 70, 134.
Nostradamus, 191.
Ortega y Gasset, 246, 247.
Papin, 247.
Pascal, 113, 222.
Perrin, Jean, 30.
Piaget, Jean, 51, 80.
Piéron, 141, 151.
Platón, 135.
Plotino, 16.
Powys, 74, 189, 190.
Proust, 27, 74.
Ptolomeo, 108.
Quevedo, 74.
Ramón y Cajal, 225.
Rilke, 74, 181.
Roosevelt, 149.
Rostand, Jean, 152.
Rousseau, 46.
Rowell, Ethel M., 74.
San Agustín, 16, 142, 194, 235.
Santo Tomás, 146.
Sartre, 59, 204, 206.
Saurat, Denis, 23, 24, 27, 74, 128, 194.
Savery, 247.
Schleiermacher, 222.
Schopenhauer, 75, 76, 114, 134, 165, 166.
Schubert, 146.
Sócrates, 6, 127.
Souday, Paul, 194.
Stuart-Mill, 5.
Supervielle, 74.
Tintoretto, 158.
Unamuno, 67, 74.
Valéry, Paul, 74, 84.
Volta, 247, 248.
Wahl, Jean, 141, 189, 190.
Wells, 32, 74, 244.
Zenón de Elea, 20, 25.

“Una Filosofía del Instante” se acabó de imprimir el día 5 de marzo de 1954, en los Talleres de EDIMEX, S. de R. L., Mateo Alemán 50, México, D. F. En su composición se emplearon tipos Electra de 11:12 y 9:10 puntos. La edición consta de 2,000 ejemplares y estuvo al cuidado de su autor.

\$ 12 m/mex.

